

LA LUCHA POR EL PODER



ROSA LUXEMBURGO

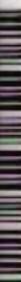
Lelio Basso

x 273

83 B 37



EDITORIAL NUESTRO TIEMPO



34303

LELIO BASSO

ROSA LUXEMBURGO

Traducciones:

GERARDO DAVILA
(Texto)

BEATRIZ TALAMANTEZ
(Prólogo)



E D I T O R I A L
NUESTRO TIEMPO, S. A.

Colección: LA LUCHA POR EL PODER

Primera edición: 1977

Derechos reservados conforme a la ley

© EDITORIAL NUESTRO TIEMPO, S. A.

Avenida Copilco 300

Locales 6 y 7

México 20, D. F.

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

CONTENIDO

Introducción 7

I

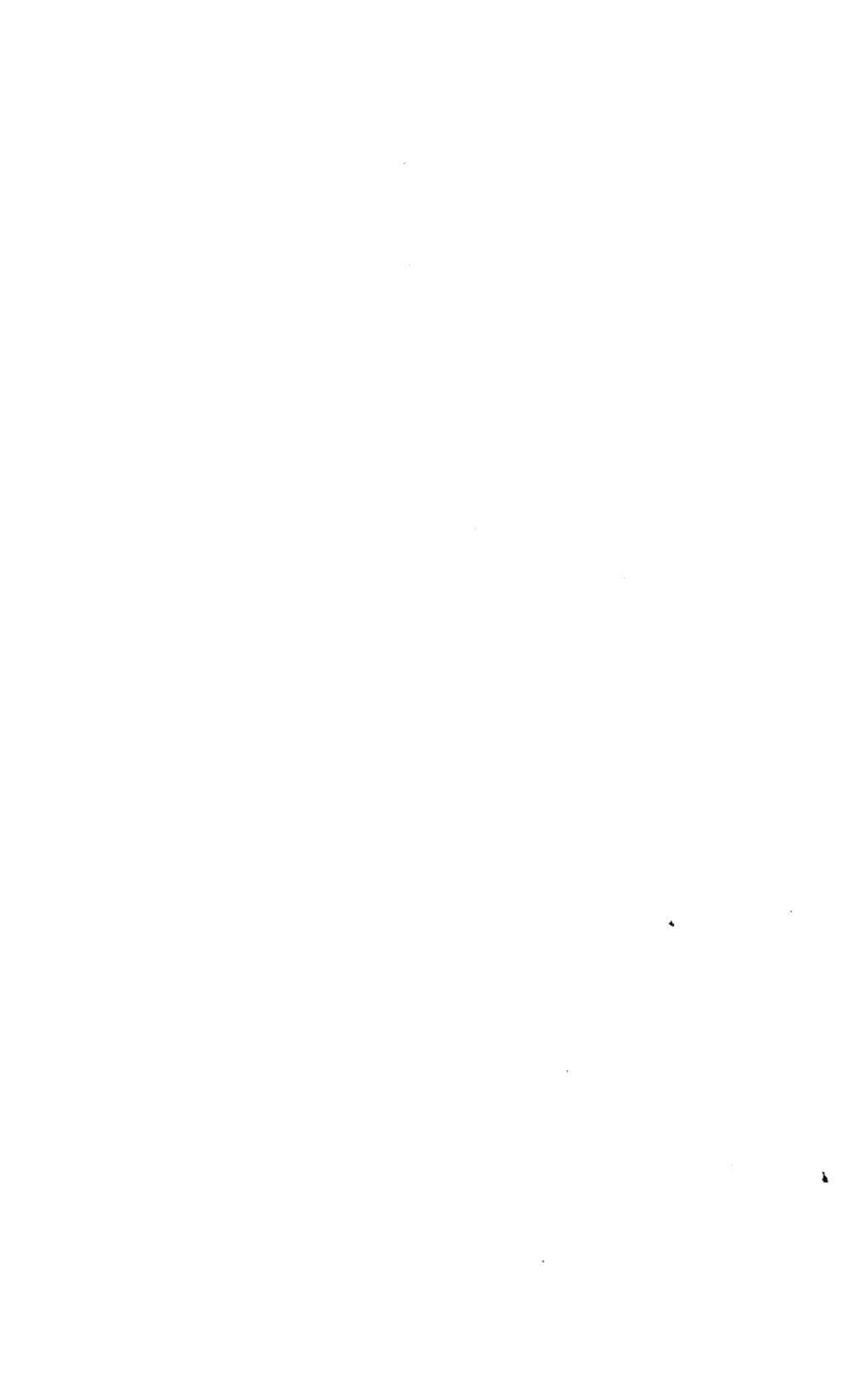
El método dialéctico 22

II

La estrategia 73

III

La revolución 123



INTRODUCCION

La publicación de sus obras completas servirá como lección útil en el entrenamiento de muchas generaciones de comunistas en todo el mundo.

LENIN

Ciertamente Rosa Luxemburgo fue una de las más efectivas y creadoras exponentes del marxismo, el cual, según la bien conocida definición de Engels, no es un dogma sino una guía para la acción; por eso es muy natural que el nombre de Rosa Luxemburgo casi se olvidara durante el largo periodo en el que el marxismo fue deformado en oportunismo, por un lado, y en dogmatismo, por otro. Por lo tanto, no es impertinente citar algunas de las declaraciones más importantes en torno a Rosa Luxemburgo hechas por prominentes miembros del movimiento obrero. La más conocida de éstas es de Lenin, que escribió en 1922: “Pero, pese a sus errores, ella fue —y lo sigue siendo para nosotros— un águila. Y no sólo su recuerdo será siemprepreciado para los comunistas del mundo entero, sino que su biografía y sus obras *completas* (cuya publicación los comunistas alemanes están retrasando inmoderadamente, lo que sólo se puede perdonar en términos de las tremendas pérdidas que sufren en su cruenta lucha), servirán como una lección útil en el entrenamiento de comunistas en todo el mundo”.¹

¹ *Notas de un publicista*. Escrito a fines de febrero de 1922 y publicado por primera vez el 16 de abril de 1924 en *Pravda*, No.

Este juicio hace eco a aquel de Karl Radek, uno de los más prominentes de los líderes bolcheviques en aquella época, quien la recordó de esta manera: "Lo que Rosa Luxemburgo representaba para el proletariado de Alemania y de otros países no es algo del pasado, sino que sólo aparecerá en el futuro, cuando sus obras completas hayan sido cuidadosamente estudiadas por parte de amplios sectores de comunistas, y cuando éstos se hayan empapado en el espíritu de su obra. Esto no significa que nosotros los comunistas tengamos que compartir cada opinión suya. Anton Pannekoek criticó su libro sobre la acumulación del capital y yo mismo he adoptado una actitud crítica acerca del lado positivo de su folleto signado con el seudónimo *Junius*, pero nadie que hable a favor del comunismo y que piense en términos comunistas, puede terminar la lectura de estas obras sin estar convencido de que en Rosa Luxemburgo el comunismo perdió su pensador teórico más profundo, de que ella es nuestra guía, de la que los obreros comunistas tendrán que aprender durante las décadas venideras".²

La afirmación de que Rosa Luxemburgo fue el pensador comunista más profundo no debiera sorprendernos, a pesar de haber sido hecha durante la vida de Lenin por parte de uno de los principales miembros de su propio Par-

87. En V. I. Lenin, *Obras Completas*, Tomo X, p. 313 Londres, 1936. El respeto que Lenin le tenía a Rosa Luxemburgo se demuestra en el hecho de que tenía muchas de sus obras en su biblioteca, un catálogo de la cual ha sido publicado recientemente en Moscú (*Bibliotheco V. I. Lenin v. Kremle*, Moscú, 1960). Tenía más de una docena de sus tomos en su estudio, así que eran libros que él quería tener fácilmente accesibles. La lista muestra también el gran número de traducciones de Rosa Luxemburgo hechas en la Rusia soviética durante la vida de Lenin.

² Karl Radek, *Rosa Luxemburg, Karl Liebknecht, Leo Jogiches*, p. 25, Hamburgo. Esta opinión fue ampliamente compartida en esa época; cuando fueron publicadas algunas cartas de Rosa Luxemburgo a Mehring, la revista Comunista *The Internationale* declaró que "ella había fertilizado la teoría del socialismo más que cualquier persona desde la muerte de Engels". (*The Internationale*, VI, 1923, 3, p. 67.)

tido; quince años antes, Franz Mehring, un experto en Marx y el marxismo, pudo escribir en la revista de Kautsky, *Die Neue Zeit* —y a Kautsky se le consideraba casi unánimemente como el principal intérprete del marxismo— que Rosa Luxemburgo fue “el mayor genio entre los herederos científicos de Marx y Engels”.³ Un juicio parecido se encuentra en el prefacio de Lukács a su colección de artículos publicada bajo el título de *Geschichte und Klassenbewusstsein* en 1922, cuando describió a Rosa Luxemburgo como “[. . .] el único discípulo de Marx a continuar la obra de su vida tanto en el análisis de los hechos económicos como en la esfera del método económico [. . .]” y declaró que “[. . .] desde este punto de vista ella estuvo concretamente relacionada a la actual etapa del desarrollo social”.⁴

Pero pese al hecho de que los más ilustres exponentes del pensamiento marxista habían subrayado su importancia, las obras teóricas de Rosa Luxemburgo, dispersas en numerosos folletos y esparcidas en cientos de artículos y discursos, fueron ocultadas bajo una espesa capa de silencio y sólo fueron accesibles a los estudiosos más tenaces. Por un lado, los socialdemócratas derechistas —que a pocas semanas de haber llegado al poder en Alemania se habían complicado en (si no instigado)⁵ el asesinato de Rosa Luxemburgo para deshacerse de su adversario más peligroso— evidentemente no tenían ningún interés en que saliera una nueva edición de sus obras, que parecían no ser más que acusaciones di-

³ Franz Mehring, “Historisch-materialistische Literatur” en *Die Neue Zeit*, XXV (1906-07), No. 41, p. 507.

⁴ George Lukács, “Geschichte und Klassenbewusstsein”, *Studien über marxistische Dialektik*, p. 56, Berlín, 1923.

⁵ Véase Paul Frölich, *Rosa Luxemburg, Gedanke und Tat*, p. 348. Frankfurt am Main, 1967. Sobre el asesinato de Rosa Luxemburgo, véase también Elisabeth Druck-Hannover y Heinrich Hannover (editores), “Der Mord an Rosa Luxemburg und Karl Liebknecht”, *Dokumentation eines politischen Verbrechens*, Frankfurt am Main, 1967. Un relato detallado del proceso legal contra los asesinos ya se había publicado bajo el título: *Der Mord an Karl Liebknecht und Rosa Luxemburg: Zusammenfassende Darstellung des gesamten Untersuchungsmaterials mit ausführlichem Prozessbericht*, Berlín, 1920.

rigidas contra la política socialdemócrata; por otro lado, el dogmatismo rígido de Stalin no podía permitir la difusión de un pensamiento tan valioso y vivo como el de Rosa Luxemburgo, que fue, por así decirlo, un llamado a la lucha contra cualquier intento de obligar la conversión del marxismo en fórmulas rígidas y sin alma. Apenas un año después de la muerte de Lenin, el ampliado cuerpo ejecutivo de la Internacional Comunista condenó algunas de las doctrinas de Rosa Luxemburgo, y a principios de los años 30 cualquier reimpresión de sus obras por parte de los comunistas se había vuelto imposible y su nombre sólo podía pronunciarse en términos condenatorios; y en fin, se habla de la «viruela Luxemburgo».⁶ En consecuencia, más de 40 años después de que Lenin anunciara la edición de sus obras completas y hubiera él mismo empezado a trabajar en ello, siguen sin publicarse; sin embargo, es cierto que los comunistas han empezado a reimprimir sus obras, y recientemente apareció una bibliografía completa en Polonia que será de gran utilidad para todo estudioso y futuro editor.

Para Rosa Luxemburgo el problema central en torno al que toda su obra teórica y su acción práctica giraban era el de la revolución socialista: “¿Cómo y por qué podemos,

⁶ Las mociones referentes a la bolchevización de los partidos Comunistas pertenecientes a la Internacional que fueron aprobadas en la sesión del ejecutivo ampliado (marzo-abril de 1925) y publicadas en el periódico *La Correspondance Internationale*, t. 50, aún elogian expresamente “la grandeza de las obras de Rosa Luxemburgo” y la describen a ella como “una gran revolucionaria” pero consideran como falsas todas sus opiniones que se desvíen de las de Lenin. El pensamiento de éste fue canonizado como la base única y universal para todos los Partidos Comunistas y convertido en dogma. Más adelante se declaró que las ideas teóricas eran tanto más peligrosas en la medida en que divergían del leninismo porque la autora había estado tan cercana al leninismo. La condena final provino de Stalin en su carta: “En torno a ciertas cuestiones de la historia del bolchevismo” al periódico *Proletarskaia Revolutsia* en 1931. (En Rosa Luxemburgo, ARS I, p. 136, *et seq.*) La expresión «viruela del partido» fue inventada por Ruth Fischer (véase los discursos de A. Rosenberg y C. Zetkin en *La Correspondance Internationale*, VI, Nos. 35 y 36).

en general, lograr el objetivo de nuestros esfuerzos?"⁷ Éste fue, por cierto, el problema central para Marx también,⁸ como debiera serlo para todo socialista que no ve en el socialismo meramente un tema de discursos complacientes en reuniones públicas dominicales, sino como una elección fundamental, moral y política que tiene que ser traducida en acción. Marx había hecho un aporte decisivo a la formulación correcta del problema y a su solución, pero sus seguidores habían mal entendido o traicionado el espíritu del marxismo en la práctica, y todo el esfuerzo de Rosa Luxemburgo se dirigió hacia el redescubrimiento de este espíritu, tanto en el nivel del método y el análisis como en el terreno de la acción.

La tradición revolucionaria que había predominado hasta llegar Marx fue naturalmente la tradición de la gran Revolución Francesa, y Marx y Engels estaban ellos mismos profundamente influidos por ella. Pero la Revolución Francesa fue un fenómeno histórico tan abundante y poderosamente creativo que aún hoy en día, casi dos siglos después, los historiadores no han logrado agotar sus aspectos aislados y llegado a conclusiones falsas y parciales, tanto más porque dentro de la Revolución misma obraban fuerzas contradictorias que necesariamente produjeron fuertes contracorrientes emocionales. Así, los conservadores tendían a criticar la Revolución y sus ideales en nombre de

⁷ "Sozialreform", *Pol. Schr.*, I, p. 54.

⁸ "Este era el científico que hablaba, pero ese lado no representa ni siquiera la mitad de Marx. Para Marx la ciencia era una fuerza impulsora histórica, revolucionaria [...] Porque Marx era primordialmente un revolucionario. Su verdadera vocación fue la de contribuir, de una forma u otra, al derrocamiento de la sociedad capitalista y las instituciones estatales creadas por esa sociedad, de contribuir a la emancipación del proletariado moderno cuya conciencia de las condiciones de su propia emancipación él había sido el primero en estimular —ésta era su verdadera vocación". (F. Engels, en su discurso ante la tumba de Marx en el cementerio de Highgate, el 17 de marzo de 1883, publicado en *Der Sozialdemokrat*, No. 13, 22/3/1883, y reeditado en *Marx-Engels Selected Works*, p. 435, Londres, 1968.

las leyes y la continuidad de la historia, mientras que las fuerzas de la izquierda tendían a atacar los resultados de la Revolución por haber fracasado en la realización de los ideales que ella misma había proclamado. Pero la propia izquierda estaba profundamente dividida en cuanto a los medios para la realización de esos ideales no alcanzados, es decir, para continuar el proceso histórico. Por lo tanto, al poner en relieve a uno u otro de estos aspectos de la Revolución, había por un lado aquellos que abogaban por la construcción de sistemas y por el otro, aquellos que querían hacer revoluciones.

Los primeros eran los utópicos que proyectaban sociedades futuras y supuestamente perfectas, pero que no lograron forjar el mecanismo detallado necesario para realizar sus ideales dentro del proceso histórico. Los otros eran socialistas del tipo de Blanqui, socialistas porque creían en la victoria del proletariado y reconocían que el verdadero enemigo ya no era la vieja aristocracia sino la nueva burguesía, pero que buscaban sus métodos revolucionarios en la tradición de Babeuf y Buonarrotti: es decir, separaban el problema de la toma del poder (mediante una conspiración de iniciados que debían establecer una dictadura para reestructurar el orden social de arriba a abajo) del proceso histórico que provoca dentro de la sociedad las condiciones objetivas necesarias para llevar al cabo la revolución y que cuenta con la voluntad y la participación de las masas. Esto significaba que los partidarios de Blanqui tendían a separar exclusivamente en los aspectos políticos de la toma del poder, a diferencia de los adherentes de Proudhon que enfatizaban en su lugar el aspecto puramente económico; los blanquistas tendían a ver la revolución como una intervención meramente subjetiva en el proceso histórico, casi como el resultado de una oposición global actuando desde afuera de la sociedad existente, mientras que del otro lado había muchos «reformadores» que creían que el socialismo se lograría dentro de la sociedad mediante una serie de medidas correctivas o al eliminar los «abusos» para elevar la sociedad a un plano más perfecto. Nuevamente, ambas corrien-

tes captaban sólo un aspecto de la realidad, porque el socialismo requiere de una oposición global, no solamente de medidas correctivas, pero ha de ser una oposición que surge dentro del proceso histórico, que es inmanente en las contradicciones de la sociedad capitalista. El historicismo y el utopismo, los factores políticos y económicos, la oposición global y la transformación interna son todos ellos aspectos parciales, aislados, inadecuados o falsos de una realidad compleja que sólo Marx pudo expresar en una síntesis lograda.

A partir del *Manifiesto*, se demuestra nítidamente que el proceso revolucionario socialista ocurre gracias a un mecanismo interno e intrínseco en la sociedad capitalista; es fruto de las contradicciones dentro de la sociedad y en particular de la contradicción fundamental entre las fuerzas productivas —cuyo carácter social se vuelve cada vez más marcado— y la organización de las relaciones de producción —que a su vez se ven dominadas por el principio del lucro privado. Dos años después, en 1850, agregó a su teoría de la revolución un elemento nuevo e importante, a saber: que la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción pueden asumir la forma violenta de una ruptura revolucionaria solamente cuando su antagonismo se intensifique como resultado de un creciente desequilibrio dentro de la sociedad capitalista, es decir, en la práctica, como resultado de una crisis económica; pero no dejó muy clara la idea de una crisis política como resultado de la guerra, aunque sí la tenía presente.

Por lo tanto, el gran valor histórico de Marx fue el haber discernido el proceso revolucionario dentro de la sociedad capitalista como una fuerza dialéctica inherente al desarrollo del propio capitalismo, inseparable de éste y por lo tanto inevitable. Ya que es también el resultado de las contradicciones permanentes del sistema, el proceso revolucionario no representa un factor aislado, una explosión inesperada; aunque sí adquiere formas más radicales y más definitivas en momentos de especial tensión en las condiciones sociales, de crisis particulares y de desequilibrio.

Estas formas radicales, las rupturas y las grietas en el tejido social, representan la culminación de un largo proceso de evolución continua, de altas y bajas, efectuados no por un puñado de conspiradores ni una vanguardia ilustrada, sino por el cuerpo central del ejército proletario formado por aquellos integrantes de las clases trabajadoras que estén más o menos conscientemente incorporados a la lucha. Las contradicciones dentro del capitalismo, las resultantes luchas de clase, la transformación de las estructuras sociales, y el colapso de la sociedad capitalista —esto es lo más notable del proceso revolucionario que Marx esbozó, un proceso que ocurre, se podría decir, diariamente, que tiene momentos en que parece haberse parado y periodos en que es especialmente agudo, un proceso en el que la lucha diaria de los trabajadores a favor del mejoramiento de sus condiciones de vida coincide en parte con la lucha revolucionaria por un nuevo orden social. La relación entre la lucha cotidiana y el objetivo final, entre el factor objetivo de las contradicciones en la sociedad y el factor subjetivo del deseo de la revolución es dialéctica y no mecánica, y las teorías de los cofrades más débiles entre los líderes socialistas casi siempre han fracasado en este arrecife particular de la dificultad de captar el carácter dialéctico de esta relación. Es aquí donde se puede ver su incapacidad de dirigir el movimiento laboral por vías marxistas, es decir de darle un contenido serio y conscientemente revolucionario.

Al principio, la influencia de Marx se ejerció de tres maneras principales por lo menos: la aseveración de que el movimiento obrero ha de ser autónomo y que ha de existir una distinción clara entre los partidos socialista y burgués; la insistencia en que este movimiento obrero autónomo no debe permanecer aislado en la espera de una crisis revolucionaria, sino que al contrario debe prepararse para la victoria final cuando llegara la crisis, al jugar su papel en la lucha diaria para extender la democracia y satisfacer sus propias demandas de clase; y finalmente la convicción de que la crisis revolucionaria era una necesi-

dad histórica vinculada al desarrollo de la propia sociedad capitalista. La primera de estas actitudes significaba un claro deslinde de los límites, que llevó a una lucha en el ala derecha del movimiento laboral con respecto a las tendencias democráticas burguesas, y esto fue auxiliado por los instintos de clase de las masas; la segunda, empero, implicaba una ruptura total con las viejas ideas de Blanqui, además del anarquismo de Bakunin, que se negaba a participar en la lucha política cotidiana y aun soñaba con la gran liquidación final de la sociedad burguesa que se realizaría en una fecha específica sin ningún intermediario, como resultado de una batalla campal entre las clases antagónicas. Los primeros congresos de la Segunda Internacional fueron dominados por estos debates: fue casi un símbolo de la disensión que acompañaría el surgimiento de los partidos socialistas el que la Segunda Internacional en París, en 1889 —un poco como el Partido Socialista Italiano tres años después en Génova—, haya surgido como resultado del choque entre dos congresos simultáneos, de los que sólo el que era mayoritariamente marxista en su inspiración fue finalmente capaz de organizarse. En cuanto a los límites que había que establecer en la derecha, desde un principio los congresos parecían estar muy claros en el nivel organizativo, es decir con respecto a la necesidad de crear un partido proletario autónomo (un área ya ocupada en Alemania por los partidarios de Lassalle), pero se mostraron mucho menos seguros en los asuntos de la autonomía ideológica y política, que se suponía estaban al servicio de la autonomía organizativa. En otras palabras, ¿cuáles debían ser los objetivos políticos y la acción política perseguidos por los partidos socialistas? Mientras fácilmente se aprobaron mociones que condenaban cualquier alianza o colaboración política con los partidos burgueses, surgieron grandes dificultades al buscar los criterios que distinguieran las perspectivas futuras, a excepción de la perspectiva esencial de lograr el socialismo.

Esto dio lugar al problema central que es la esencia de cualquier movimiento que sea verdaderamente socialista:

¿en qué sentido la acción diaria se ve afectada por el objetivo final, y en qué medida éste determina el camino a seguir de aquélla? Existe una solución fácil, por lo menos verbalmente, para aquél que no vea el valor de participar en la vida de las instituciones de la sociedad burguesa y que vea la lucha de clases en términos de dos ejércitos antagónicos, cara a cara, intrigando, esperando el momento de la batalla decisiva: en tal caso la solución es negarse a participar en el trabajo diario de la sociedad burguesa, una solución que no sólo no es marxista sino que tampoco es realista. Para aquéllos, sin embargo, que crean en la utilidad y, de hecho, en la necesidad de tal participación, el problema es más complejo y sólo puede resolverse en términos dialécticos marxistas. Donde se carezca de esta destreza dialéctica y sobre todo cuando, como resultado de una emergencia apropiada, aumente la presión a favor de la acción directa, tanto en el plano económico como en el político, se corre el grave riesgo de una ruptura entre tal acción y el objetivo final —el socialismo—, es decir, el presente puede perjudicar el futuro. Cuando esto ocurre, los límites establecidos por el movimiento laboral en su ala derecha se borran; permanece la autonomía organizativa, así como los límites organizativos, con respecto a los otros grupos políticos burgueses, pero los objetivos, los métodos, la mentalidad y la ideología de estos grupos políticos son dominados por el propio partido obrero, reviviendo así motivos internos que este mismo partido había tratado de excluir. Una vez rota esta unidad dialéctica marxista y nuevamente separados los dos factores (la lucha cotidiana y los objetivos finales), seguirá existiendo una división entre un ala posibilista, oportunista y reformista (o como se le quiera llamar) y un ala que es extremista, maximalista e intransigente; las dos son facetas del mismo malogro en cuanto a la comprensión de la dialéctica de la realidad, dos corrientes políticas externas a la verdadera conciencia de clase, y a la síntesis marxista y la acción revolucionaria en el verdadero sentido de la palabra.

Por otro lado, fue inevitable el que el lado práctico del

movimiento reaccionara ante el estímulo de la posible acción directa y se mostrara incapaz de lograr aquella visión global del proceso histórico que fue la gran contribución que hizo Marx a la teoría política. Desde el momento en que, como resultado del desarrollo industrial capitalista, el movimiento obrero había empezado a tomar proporciones masivas —primero en Inglaterra y luego gradualmente en otros países de Europa occidental—, este impulso hacia la acción directa y las consideraciones prácticas se volvió cada vez más fuerte; pero no apuntaba en una sola dirección porque en realidad los partidos socialistas habían surgido como resultado del encuentro entre varias corrientes sociales, cada una con sus propias necesidades y demandas. En general se pueden reconocer varias corrientes en la historia de los partidos socialistas, cada una con una continuidad histórica que antedata el marxismo y que sólo la síntesis marxista fue capaz de juntar en una verdadera unidad. En primer lugar había, naturalmente, una tendencia proletaria que asumió varias formas: una fue el alzamiento radical de los completamente necesitados en contra de todo el orden social existente; otros, influenciados más por motivos económicos o profesionales que por motivos políticos, se limitaron a apoyar las demandas de los sindicatos y no rechazaron la alianza con el partido en el poder para obtener su ventaja corporativa. Además de estas tendencias proletarias, había también otras igualmente diversas de carácter democrático, integradas fundamentalmente por pequeño-burgueses. Aquí se encontrarían demócratas aún más fieles a la tradición de 1848, quienes difícilmente se adaptarían a la práctica lucha diaria. Por otro lado había los posibilistas que se incorporaron al movimiento laboral porque lo veían basado en las masas y sentían que proporcionarían los medios para lograr la avenencia liberal-democrática final con la clase dominante, lo que aseguraría el avance político de las clases bajas de la sociedad dentro del marco del orden existente. Así, según las necesidades y aspiraciones de cada una de las varias corrientes, cada una intentó descubrir en la abundancia y complejidad de la

doctrina de Marx el aspecto o el factor específico que más les atraía: algunos buscaban la autonomía de las clases trabajadoras, otros la participación en las luchas cotidianas en el nivel sindical o político y otras la voluntad de una revolución final.

Sólo una dirección fuerte y un esfuerzo constante por educar, basándose en la capacidad de llegar a las conclusiones apropiadas a raíz de la experiencia, hubieran podido lograr, en acción militante práctica, la síntesis dialéctica que Marx había elaborado en teoría, pero que nunca había podido comprobar en la experiencia como dirigente de partido. Por desgracia, empero, fue esta capacidad para la síntesis dialéctica la que faltaba en los dirigentes del Partido Socialdemócrata Alemán y de los otros partidos que se declaraban marxistas. Por supuesto, estos dirigentes repetían y repetían que la lucha cotidiana era sólo la preparación para la crisis revolucionaria que surgiría del proceso del desarrollo capitalista mismo, pero esta crisis se veía como algo automático, independiente de la acción de las masas, como una necesidad natural en vez de una necesidad histórica en el sentido marxista. Pero si era un hecho mecánico, una necesidad natural independiente de la acción de las masas, como una necesidad natural en vez de una necesidad histórica en el sentido marxista. Pero si era un hecho mecánico, una necesidad natural independiente de la acción diaria de las masas, tal acción se volvía puramente narcisista, sin referencia alguna a la revolución futura, que no estaba influenciando de ninguna manera y por lo tanto permanecía como un fin en sí, encajada en el marco de la sociedad capitalista. Después de apoyar de dientes afuera a la «futura» revolución, los posibilistas y los oportunistas podían mansamente bajar la mira al blanco inmediato que veían. Por otro lado, aun los llamados revolucionarios intransigentes no lograron ver esta relación: para ellos la revolución era una catástrofe inevitable vinculada a una crisis económica que ocurriría inexorablemente y la que tenían simplemente que esperar sin, mientras tanto, ensuciarse las manos en la reivindicación.

ción de insignificantes demandas cotidianas; y también estaba vinculada a las viejas fórmulas de 1848 de barricadas y sublevaciones, la súbita toma del poder por la fuerza y la ocupación física de sus lugares legítimos. En las llamadas actitudes radicales o revolucionarias del ala izquierda de los partidos socialistas apenas si había un indicio, incluso en forma de transición pacífica,⁹ de la revolución concebida como un proceso continuo, como una extensión constante del poder y un cambio progresivo en las relaciones de poder, el cual era fundamental en el pensamiento de Marx y Engels, especialmente durante las últimas décadas de su actividad.

Karl Kautsky, figura de mayor importancia del órgano teórico del Partido Socialdemócrata Alemán, *Die Neue Zeit*, quien era considerado por todos como el heredero teórico y el intérprete oficial de las ideas de Marx, ni siquiera era un verdadero marxista: su marxismo estaba, de hecho, fuertemente imbuido del positivismo evolucionista de su época que incluso había podido contaminar al propio Engels en sus últimos años. Su subsiguiente evolución política, además, confirmaría ampliamente el hecho de que lo que Marx vio como una síntesis dialéctica entre la lucha diaria y la acción revolucionaria fue visto por Kautsky como un contraste mecánico; la lucha propiamente dicha contra el oportunismo y el extremismo, que en Marx surgió de una visión original e independiente del proceso revolucionario (y, más tarde, en Lenin, de su notable sentido de la realidad concreta), en Kautsky tomó la forma de un centrismo endeble que parecía más un intento por lograr una reconciliación ecléctica que un deseo de claridad. El programa de Erfurt del Partido Socialdemócrata Alemán en 1891, mayormente obra de Kautsky, reflejaba esta mentalidad, aun si a primera vista puede haber parecido leal

⁹ En cuanto a la evaluación de la concepción de Marx sobre la revolución, véase L. Bassar, "La pluralità delle vie al socialismo nol pensiero di Marx e Engels", en *Mondo Operaio*, 1956, No. 5, y "Marxismo e democrazia" en *Problemi del socialismo*, 1958, No. 1.

al espíritu del marxismo y fue aprobada en general por el propio Engels: sólo en la experiencia práctica fue que poco a poco se hizo patente que de hecho no había vínculo entre el «programa mínimo» y el objetivo final, y que en consecuencia el eclecticismo de Kautsky era una falsificación de la dialéctica marxista.¹⁰

En la práctica, el Partido Socialdemócrata en Alemania, y por cierto en otros países, se involucró cada vez más en la lucha por lograr objetivos inmediatos, y con mayor disposición ya que el desarrollo del capitalismo y su dinamismo interno ofrecían nuevas perspectivas de mejoramiento en las condiciones de vida de las clases trabajadoras y poco a poco eliminó las más graves causas del descontento, creando así la ilusión de un avance económico y democrático ininterrumpido y garantizado. La satisfacción ante los éxitos logrados en el terreno de los asuntos prácticos dia-

¹⁰ Existe un número de apologías de Kautsky que fueron recopiladas y publicadas para su septuagésimo cumpleaños y su centenario: *Karl Kautsky der Denker und Kämpfer — Festgabe zu seiner siebsigsten Geburtstag*, Viena, 1924 (artículos de W. Ellenbogen, A. Braunthal, H. Bauer, O. Olberg, J. Braunthal, Z. Topalowitz, Z. Ronai, O. Jensen, F. Adler, T. Schlesinger, J. Hannak, R. Abramovitch, A. Bräcke, M. Adler, M. Hillquit, F. Brügel); *Karl Kautsky zum 70en Geburtstag*, Berlín, 1924 (número especial de *Die Gesellschaft*, con contribuciones de M. Adler, K. Vorländer, A. Braun, Louis B. Boudin, V. Tschernow, E. Bernstein, F. Stampfer, P. Kampffmeyer, J. Marschak, J. Palach, J. Pistiner, J. Sakasoff, J. W. Keto, Th. Dan, B. Nikolaevsky, N. Jordania, R. Seidel, así como una bibliografía de las obras de Kautsky); *Ein Leben für den Sozialismus — Erinnerungen an Karl Kautsky*, Hanover, 1945 (artículos de K. Kautsky, L. Kautsky, F. Adler, F. Stampfer, S. de Wolff, J. Marschak, Z. Topalovitch, R. Abramovitch, B. Nikolaevsky, N. Jordania, P. Olberg); también: H. Brill, *Karl Kautsky, 16 de octubre de 1854 a 17 de octubre de 1938* en *Zeitschrift für Politik*, 1954, p. 211 et seq. Por otro lado, para una posición más crítica véase el ensayo fundamental de Karl Korsh, *Die materialistische Geschichtsauffassung. Eine Auseinandersetzung mit Karl Kautsky*, Leipzig, 1929, y más recientemente Erich Matthias, 'Karl Kautsky und der Kautskyanismus' en *Marxismusstudien, Zweite Folge*, Tübinger, 1957.

rios y la esperanza de mayores éxitos disfrazaban el hecho de que los objetivos socialistas estaban en retirada y que estos objetivos esenciales se volvían cada vez más míticos, separados de la realidad de la lucha cotidiana; la síntesis dialéctica de los dos términos establecidos por Marx cuando había demostrado la revolución socialista como surgiendo del desarrollo del capitalismo parecía haberse perdido totalmente. Una consecuencia de esta situación, en la que, como hemos dicho, las fuerzas de la realidad objetiva y las fallas e inseguridades de los dirigentes se juntaron, fue el que los socialdemócratas se volvieran cada vez más un partido demócrata burgués y perdieran de vista el vínculo permanente entre la lucha por la democracia y la lucha por el socialismo, si es que de hecho la habían entendido en algún momento. Como resultado, separaron la democracia del socialismo y decidieron que cada uno se podía lograr a su tiempo y en su lugar. Se diferenciaba de otros partidos burgueses por su composición social, que era mayoritariamente obrera, y por su cuidadosa atención a los problemas de los obreros, pero reducía cada vez más sus horizontes y sus objetivos futuros a los límites de la sociedad capitalista y de aquí a las soluciones que fueran compatibles con el orden capitalista, abandonando de este modo cualquier deseo de lograr la completa emancipación del proletariado de la explotación capitalista había sólo un paso. En cierto sentido, fueron este carácter obrero y la atención cuidadosa a los problemas laborales los que ayudaron a que los militantes del partido permanecieran apartados de los problemas políticos más importantes y de sus soluciones. Pero como no pudo separarse de la doctrina marxista oficial, hubo un divorcio entre teoría y práctica, entre sus declaraciones de principio y la acción propiamente dicha, lo cual llevó a un creciente predominio de ideas revisionistas; y esto por lo menos tuvo el mérito de proporcionar la oportunidad de teorizar, lo que, aunque significó una ruptura con el socialismo, también significó una reconciliación con la experiencia práctica y cotidiana de todos.

I

EL METODO DIALECTICO

Desde el punto de vista metodológico sus escritos representan, indudablemente, lo mejor que ha sido escrito en defensa del marxismo.

Karl Radek

En 1898, cuando Rosa Luxemburgo llegó a Alemania, el debate sobre el revisionismo abierto por los escritores de Bernstein estaba en su apogeo. Con su participación en dicha controversia la Luxemburgo —que hasta entonces se había ocupado principalmente del debate interno del socialismo polaco y en particular del problema nacional— ingresó al reducido círculo de los más expertos estudiosos del marxismo. Por cierto que su réplica a Bernstein sigue siendo un modelo de metodología marxista, claramente superior a las críticas que al mismo Bernstein le enderezaron en aquella ocasión Kaustky, Plejanov, Mehring, etc.¹

¹ El mismo Bernstein escribe que los artículos de la Luxemburgo “[...] por lo que respecta al método, pertenecen a lo mejor que se ha escrito contra mí” (*Voraussetzungen des Sozialismus un die Aufgaben der Socialdemokratie*, Estocolmo, 1899, p. 178) y en una respuesta a la Luxemburgo en *Mouvement Socialiste*, 16, 1899, dice que “Kautsky, que no posee la capacidad dialéctica de la Luxemburgo no me ha contestado, pero Luxemburgo, más hábil que él, [...]” (p. 264). También Bruno Schonlank la juzgó «magistral en la dialéctica» o también como «equiparable a

Si aceptamos la idea expresada por Lukács de que el valor principal del marxismo está en su método dialéctico,² pensamiento que por otra parte coincide perfectamente con el de Rosa Luxemburgo, podemos apreciar más fácilmente la importancia de la contribución de la Luxemburgo a la formulación de una moderna estrategia marxista.³ La obra de Rosa Luxemburgo consiste precisamente en el esfuerzo por introducir el método dialéctico de Marx en el centro de la lucha de clases, de hacerlo no sólo un método para la interpretación de la historia y el análisis de la sociedad presente, sino un método que se utiliza, además, para hacer la historia, esto es, se le aplica a la acción de grandes masas y a la construcción consciente del futuro. Como pocos otros marxistas ella sentía la realidad y la historia de un modo dialéctico y, como llegó a escribir ella misma, concebía la dialéctica histórica como la “roca sobre la que se apoya toda la doctrina del socialismo marxista”.⁴ O también como “el modo específico de pensar del proletariado consciente”, “¡el arma intelectual con la que el

Marx en madurez» (cfr. Carta de R. Luxemburgo a Leo Jogischen del 17 de septiembre de 1898 en *Z pola walki*, 1962, n. 1).

² “El marxismo ortodoxo no significa, por tanto, una adhesión acrítica a los resultados de Marx, no significa un «fe» en esta o aquella tesis, ni la exégesis de un libro «sagrado». La ortodoxia en materia de marxismo se refiere, al contrario, exclusivamente al método. Es la convicción científica de que en el marxismo se ha hallado el método justo de investigación, que este método puede ser elaborado, desarrollado y profundizado solamente en el sentido de sus fundadores y que todos los intentos de superarlo o de «mejorarlo» han conducido, y no podía ocurrir en forma diferente, a achatarlo, trivializarlo y convertirlo en ecléctico” (G. Lukacs, *Geschichte und Klassenbewusstsein. Studien über marxistische dialektik*, Berlín 1923, p. 123).

³ Así como Rosa Luxemburgo manifestó siempre que no se trataba de resultados aislados del análisis marxista, sino del método marxista, nosotros, siguiendo su ejemplo, debemos considerar así sus escritos y sus enseñanzas. No son sus deducciones particulares sino que es su método lo que forma una escuela de comunismo.” (K. Radek, *ob. cit.*, p. 40).

⁴ Rosa Luxemburgo, *Escritos Políticos*, Editori Riuniti, Roma 1974, p. 300.

proletariado, materialmente todavía subyugado, vence a la burguesía dándole la demostración de su transitoriedad histórica, mostrando lo inevitable de su propia victoria, actuando desde ahora la revolución en el reino del espíritu!"⁵ En otras palabras, era gracias al pensamiento dialéctico que la Luxemburgo veía el porvenir socialista ya en el presente capitalista; esto significaba tomar los aspectos contradictorios pero indisolubles de la realidad de hoy, ver el proceso histórico que surgía de aquella contradicción y darse cuenta que la verdadera esencia de cada momento aparece solamente si consideramos dicho momento empotrado en la continuidad de la historia. Pero quien dice historia dice totalidad del proceso histórico: y así como no se puede separar artificialmente en el tiempo los diversos momentos que se funden uno en otro, en una sucesión sin fin, del mismo modo los diversos aspectos, las diversas caras de la realidad no pueden tampoco aislarse del contexto general del que forman parte y en el que se condicionan e influyen recíprocamente.

La concepción totalizadora en que se coloca siempre Rosa Luxemburgo al considerar cualquier fenómeno y cualquier acontecimiento, es precisamente ese punto de vista que Lukács, por otra parte bajo la influencia luxemburguiana, considera lo esencial del método marxista.⁶ Naturalmente uso la palabra totalidad en el sentido de Lukács,

⁵ *Ob. cit.*, p. 199.

⁶ "No es el predominio de los motivos económicos en la explicación de la historia lo que distingue en modo decisivo al marxismo de la ciencia burguesa, sino el punto de vista de la totalidad. La categoría de la totalidad, el predominio universal y determinante del todo sobre las partes es la esencia del método que Marx tomó de Hegel y que puso, de modo original, en la base de una ciencia totalmente nueva [...] y lo que hay de fundamentalmente revolucionario en la ciencia proletaria no consiste solamente en el hecho de que contraponen los contenidos revolucionarios a la ciencia burguesa, sino principalmente en la esencia revolucionaria de su método mismo. *El predominio de la categoría de la totalidad es el portador del principio revolucionario en la ciencia* (G. Lukács, *Rosa Luxemburgo as Marxist*, en *ob. cit.*, p. 39).

o para ser más exactos, en el sentido marxista y luxemburguiano, de totalidad concreta, de un complejo orgánico de relaciones en el que cada cosa está referida al todo y el todo predomina sobre la parte; pero, naturalmente, no un todo fijo, estático, inmutable, sino un todo que esté él mismo en continua transformación. Por tanto toda separación entre política, economía, derecho, moral, etc., es arbitraria en tanto que se trata de caras diversas del mismo proceso unitario (caras que se pueden distinguir como tales pero no ser separadas de modo abstracto), de la misma manera en que es arbitraria toda separación neta de periodos y fases diversas del proceso histórico en cuanto que cada una comprende en sí la raíz de los desarrollos posteriores y la razón de su propia superación; como también es arbitraria la interpretación en un solo sentido de los hechos aislados, fuera de la totalidad de lo real, como si cada hecho, cada acción, cada movimiento, cada fenómeno no fuese el eslabón de una cadena infinita de acciones y reacciones recíprocas. Sólo quien tiene la conciencia de esta totalidad puede comprender los distintos momentos en que ella se articula, verlos en sus relaciones mutuas, en sus contradicciones intrínsecas, en sus líneas de desarrollo, y sólo quien no presupone conclusiones arbitrarias puede estudiar y analizar concretamente los fenómenos particulares.

Rosa Luxemburgo tuvo siempre presente esta conciencia de la totalidad en el análisis de los fenómenos sociales y en su polémica con los adversarios tuvo ocasión frecuente de denunciar la tendencia a aislar los fenómenos, a perder la noción del todo. En su polémica con Bernstein, la cual es sobre todo, como ya se ha dicho, una lección de método, regresa en forma insistente a esta acusación: "Con el abandono del socialismo científico ha perdido el eje de cristalización intelectual, alrededor del cual se reagrupan los hechos aislados en el conjunto orgánico de la visión general del mundo",⁷ o también: "En la base de todos sus

⁷ Rosa Luxemburgo, *ob. cit.*, p. 201.

escritos sobre la teoría de la adaptación —prescindiendo de su falsedad real— se encuentra todavía un rasgo característico común. Esta teoría no concibe a todos los fenómenos de la vida económica tomados en consideración como elementos orgánicos del complejo desarrollo capitalista sino despojados de estas relaciones, como fenómenos en sí mismos, como *disjecta membra* de una máquina privada de vida”;⁸ pero la misma exigencia del sentido de la totalidad en la valoración de los fenómenos regresa en casi todas sus polémicas, sea contra Lenin (“Pero si se consideran estos fenómenos, que han surgido sobre un terreno histórico concreto, despojados de su contexto, para hacer de ellos modelos abstractos de un valor universal y absoluto, se comete el más grave de los pecados contra el «espíritu santo» del marxismo, es decir contra su método de pensamiento histórico-dialéctico”)⁹ sea contra Kautsky que, para justificar el comportamiento de la socialdemocracia durante la guerra mundial, arbitrariamente separa el tiempo de guerra del tiempo de paz, como si “las guerras del actual período histórico” no derivaran “de los intereses concurrentes de los grupos capitalistas y de la necesidad de expansión del capital”, y como si estas causas no actuaran “no solamente cuando truenan los cañones. sino también en tiempos de paz”, confirmando la enseñanza de Clausewitz de que “la guerra es la continuación de la política con otros medios”;¹⁰ así mismo contra todos los socialdemócratas partidarios de la guerra en nombre del derecho a la defensa contra el peligro zarista (“En esta forma el concepto mismo de aquella guerra modesta y virtuosa en defensa de la patria, que aletea hoy día entre nuestros parlamentarios y periodistas, es una pura ficción que hace sentir vivamente la falta de cualquier concepción histórica del todo y sus correlaciones”).¹¹ El mismo pro-

⁸ *Ibidem*, p. 173.

⁹ *Ibidem*, p. 279.

¹⁰ *Ibidem*, pp. 421-422.

¹¹ *Ibidem*, p. 522.

fundo sentido internacionalista que tuvo la Luxemburgo, militante y dirigente al mismo tiempo de dos partidos, el alemán y el polaco, y muy interesada e incluso partícipe de todas las experiencias del movimiento obrero internacional, respondía a esta exigencia: “La política proletaria [...] debe orientarse internacionalmente en el complejo global de la situación política mundial”;¹² o bien “Cuanto más aprendemos a conocer los principios de la socialdemocracia en toda la multiplicidad de su diverso ambiente social, tanto más tomamos conciencia de cual es el elemento esencial, fundamental, de principio del movimiento socialdemocrática, tanto más retrocede la estrechez de horizonte que es la consecuencia de toda visión solamente local. No por nada en el marxismo revolucionario vibra tan fuerte la nota internacional, no por nada el pensamiento oportunista resuena siempre dentro de un particularismo nacional”.¹³

Se puede decir que el fundamento teórico de la larga batalla conducida por la Luxemburgo contra el revisionismo y el reformismo es la referencia a la categoría de la totalidad, que es la esencia precisamente del marxismo revolucionario, mientras los revisionistas son empíricos vulgares que aíslan los hechos particulares, y no logran ver la totalidad del proceso histórico. Para un marxista aprehender la totalidad del proceso histórico significa ver ahí las contradicciones internas y la necesidad de su superación al través de la victoria del socialismo; significa por tanto, en la lucha práctica, no separar jamás los momentos particulares y los objetivos también particulares de la lucha de la visión general de la lucha misma, la acción cotidiana reivindicativa y reformadora de la perspectiva revolucionaria del «objetivo final». Y esta unidad del objetivo final y de la acción cotidiana constituye precisamente el cimiento, el punto central de la estrategia luxemburguiana de la lucha de clases. “Se puede intuir toda la

¹² *Ibidem*, p. 523.

¹³ *Ibidem*, p. 217.

importancia de la concepción luxemburguiana para aquel tiempo sobre la base del hecho de que todavía hoy se conducen ásperas batallas en el seno del movimiento obrero acerca de la importancia de la pequeña guerra cotidiana y su relación con el objetivo final. Para los años 90, la Luxemburgo sentó el fundamento teórico de una estrategia de la lucha socialista. Por aquel entonces, una teoría semejante se hubiera podido construir sobre la base de signos ocasionales, apenas notados por Marx y Engels, pero toda la actividad sindical y parlamentaria de la socialdemocracia occidental reposaba sobre el mero empirismo, cuyos peligros muy pronto debían aparecer en el movimiento reformista. Es maravillosa esta obra de una joven de veintitrés años que lucha en el exilio contra el absolutismo, en una posición en la que fácilmente se desbocan impetuosas las ideas románticas. La obra es fruto de serios estudios de las teorías revolucionarias y de la historia, pero al mismo tiempo, también la manifestación de un instinto político seguro".¹⁴

La mención de Frölich a Rosa Luxemburgo está relacionada con la preparación, en representación de la redacción de la revista *Sprawa Robotnicza*¹⁵ de un informe al Congreso Internacional Socialista de Londres,¹⁶ en el que precisamente se afirma la exigencia de una estrategia glo-

¹⁴ P. Frolich, *ob. cit.*, pp. 37-38. Ver también K. Radek, *ob. cit.*, p. 14: "[...] el modo en que plantea el problema de la revolución social es absolutamente original en la literatura socialista".

¹⁵ La *Sprawa Robotnicza*, (*Causa obrera*) fue fundada en Zurich en 1893: la redacción estaba constituida por Rosa Luxemburgo, Leo Tyszka (Jogisches), Adolf Warski y Julian Marchlewski. Pronto se convirtió en el órgano oficial de la SDKP (Socialdemocracia del Reino de Polonia), el partido fundado el mismo año y dirigido por las mismas personas, Cfr. Rosa Luxemburgo, *ob. cit.*, pp. 241 y ss.

¹⁶ *Berich an den III. Internat. Sozialistischen Arbeiterkongress, in Zürich 1893 Über den Stand und Verlauf der Sozialdemokratischen Bewekung in Russisch-Polen 1889-1893, erstattet von der Redaktion der Zeitschrift "Sprawa Robotnicza" ("Arbeitersache") Organ der Socialdemokraten des Königreichs Polens.*

bal, conciente del objetivo; esta exigencia es reafirmada con mayor claridad en el informe posterior al Congreso de Londres en 1896¹⁷, donde se pone de relieve el carácter caótico del movimiento obrero polaco de los años precedentes (1889-1892) por la falta precisamente de un nexo entre las reivindicaciones inmediatas y los objetivos a largo plazo. Pero es en la batalla contra el revisionismo y el oportunismo alemanes donde ella tiene manera de elaborar y de clarificar su doctrina revolucionaria. Ya en el Primer Congreso de la Socialdemocracia Alemana en el que toma parte, el de Stuttgart en 1898, el problema de la relación entre la lucha cotidiana y el objetivo final está en el centro de su argumentación:

“Los discursos de Heine y otros han mostrado que en nuestro Partido se ha descuidado un punto extremadamente importante, es decir la comprensión de la relación entre nuestro objetivo final y la lucha cotidiana. Se dice: lo referente al objetivo final es un pasaje impactante del programa, el cual ciertamente no puede ser olvidado, pero que no tiene ninguna relación inmediata con nuestra lucha práctica. Pudiera haber un cierto número de compañeros que piensan: una especulación acerca del objetivo final sería una cuestión doctoral en el verdadero sentido de la palabra. Yo afirmo, al contrario, que para nosotros, como revolucionarios, para nosotros como Partido proletario, no existe ninguna cuestión más práctica que la del objetivo final. Reflexionemos en efecto: ¿en qué consiste el carácter específico, socialista de nuestro movimiento? La lucha práctica, propia y verdadera, se divide en tres momentos: lucha sindical, lucha por las reformas sociales y lucha por la democratización del Estado capitalista. ¿Acaso estas tres formas de nuestra lucha son socialismo en el verdadero sentido? Absolutamente no [...] Entonces ¿qué cosa es lo que hace de nosotros un partido socialista en

¹⁷ *Bericht an den Internationalen Sozialistischen Arbeiter-und Gewerkschafts-Kongress in London Über die Sozialdemokratische Bewegung in Russisch-Polen 1893-1896.*

nuestra lucha cotidiana? Solamente la referencia de estas tres formas de la lucha práctica al objetivo final. Sólo el objetivo final da forma al espíritu y al contenido de nuestra lucha socialista, es que la convierte en una lucha de clases".¹⁸ Y en una intervención posterior en el mismo Congreso, concluye poniendo al revés la famosa proposición de Bernstein según la cual el movimiento es el todo y el objetivo nada. "Al último discurso del Kaiser —dice ella—, se le debe responder. Debemos decir lisa y llanamente como Catón el viejo: «En fin, yo pienso que este Estado debe ser destruido». La conquista del poder político sigue siendo el objetivo final y el objetivo final sigue siendo el alma de la lucha [. . .] El movimiento como tal, sin relación con el objetivo final, el movimiento como fin en sí mismo no es nada para la clase obrera, el objetivo final lo es todo".¹⁹

Sus dos ensayos contra Bernstein, de los que hemos hablado líneas arriba, desarrollan en profundidad el mismo tema: la concepción bernsteiniana es mecánica y no dialéctica porque no contempla a la sociedad y a la historia como un conjunto de relaciones orgánicamente coligadas sino como una desnuda serie de hechos, lo que permite abstraer determinadas relaciones causales y separar, al estilo de Proudhon, los «lados buenos» y los «lados malos» de la sociedad.²⁰ Examinar aisladamente y considerar como eliminables y corregibles fenómenos que por lo contrario son momentos esenciales del proceso de desarrollo

¹⁸ *Ibidem*, p. 126.

¹⁹ *Ibidem*, p. 131.

²⁰ "Para él, para el señor Proudhon, toda categoría económica tiene dos lados, el uno bueno, el otro malvado. Imagina las categorías como el pequeñoburgués imagina los grandes hombres de la historia: *Napoleón* es un gran hombre, ha hecho mucho bien, pero ha hecho también mucho mal. El *lado bueno y el lado malo, la ventaja y la desventaja* tomados en su conjunto forman, para el señor Proudhon, la *contradicción* en toda categoría económica. Todo el problema por resolver consiste en conservar el lado bueno, eliminando el malo" (Marx *Miseria de la Filosofía*, Roma, 1949, p. 90).

capitalista, degradar por tanto la lucha de clases de su objetivo político fundamental de lucha por el poder a una serie de acciones separadas, encaminadas a obtener mejoras aisladas que no tienen ninguna relación con la lucha concebida en su totalidad, es decir, con el objetivo final. Y una veintena de años después, al exponer el programa de los espartaquistas, pone de relieve la oposición al programa de Erfurt precisamente porque une el objetivo final con las reivindicaciones inmediatas.²¹

“En esta perspectiva —observa Lukács— la separación revisionista del movimiento y del objetivo final se manifiesta como un retroceso al nivel más primitivo del movimiento obrero. Debido a que el objetivo final no es algo que espera al proletariado al final del movimiento, independientemente de éste último y del camino que aquél debe recorrer, un «Estado del porvenir» situado en algún lugar; por consecuencia tampoco es algo que se pueda olvidar tranquilamente en las luchas cotidianas y en todo caso acentuar en las prédicas dominicales como un momento de elevación, opuesto a las preocupaciones cotidianas. No es un «deber», una «idea» que opera como mecanismo regulador del proceso «real». El objetivo final, al contrario, es más bien esa *relación con la totalidad* ; con la totalidad de la sociedad considerada como proceso!, de la que cada momento particular de la lucha extrae su sentido revolucionario. Una relación que es inherente a cada momento precisamente en su simple y prosaica cotidianidad, pero que no se convierte en real si no en la medida en que se toma conciencia de él y en que se confiere por tanto realidad al momento de la lucha cotidiana haciendo evidente su relación con la totalidad”.²² Sin embargo, prosigue

²¹ “Este (el programa de la Liga Espartaco) se encuentra en oposición conciente con el punto de vista al que sigue adhiriéndose el programa de Erfurt, en oposición conciente a la separación de las reivindicaciones inmediatas, llamadas mínimas, por la lucha política y económica, del objetivo final socialista considerado como un programa máximo”. *Ob. cit.*, p. 615.

²² *Ob. cit.*, pp. 36-37.

Luckács, si se quisiera mantener la pureza del objetivo final, de la «esencia» del proletariado, se estaría arriesgando perder su sentido *concreto de lo real*, para caer en el extremismo, enfermedad infantil pero recurrente en el movimiento obrero.

Este último problema no se le había escapado a Rosa Luxemburgo que, por el contrario, había localizado claramente las causas del resurgir permanente en el seno del movimiento obrero del oportunismo y del extremismo en la contradicción misma de la sociedad capitalista reflejada en el seno del movimiento obrero. “La doctrina marxista no está solamente en grado de refutarlo teóricamente sino que también es la única capaz de explicar el oportunismo como un fenómeno histórico en el devenir del partido. El desarrollo histórico del proletariado hasta su victoria final no es efectivamente «una cosa tan simple». Toda la originalidad de este movimiento consiste en el hecho de que, por primera vez en la historia, las masas populares deben realizar su voluntad por sí mismas y contra todas las clases dominantes, pero para ello deben colocar esta voluntad más allá de la actual sociedad. Sin embargo, las masas no puede formarse esta voluntad mas que en la lucha cotidiana contra el orden existente y tan sólo al calor de ella. La unión de la gran masa popular con un objetivo que va más allá de todo el orden actual, de la lucha cotidiana con la gran reforma del mundo, éste es el gran problema del movimiento socialdemócrata, el cual, por tanto, debe actuar procediendo durante todo el curso de su desarrollo entre dos escollos: entre el abandono del carácter de masa y el abandono del objetivo final, entre recaer en la secta o precipitarse en el movimiento reformista burgués, entre anarquismo y oportunismo”.²³

²³ *Ob. cit.*, p. 205. Rosa Luxemburgo no deja de poner de relieve cómo la misma contradicción se refleja después también en los aspectos particulares de la lucha. Por ejemplo: “[...] *el papel de la socialdemocracia en los cuerpos legislativos burgueses*, está caracterizado por una contradicción interna. Participar en la ac-

Este pasaje de Rosa Luxemburgo es de una gran importancia no sólo para comprender la esencia dialéctica de su pensamiento sino también para comprender la raíz de las continuas e inexplicables desviaciones que se manifiestan en el seno del movimiento obrero hacia el reformismo y hacia el extremismo, hacia el oportunismo y hacia el sectarismo; y de la importancia de esta observación ciertamente era conciente la Luxemburgo pues la tomó casi al pie de la letra bastantes años después en su polémica con Lenin.²⁴ El sentido del pasaje citado es que, viviendo en el seno de una sociedad contradictoria, también el obrero participa de esta naturaleza contradictoria, es al mismo tiempo miembro de la sociedad burguesa, interesado en asegurarse en el seno de ella las mejores condiciones de vida, y miembro de la clase revolucionaria, de la clase que no puede emanciparse completamente de la explotación capitalista si no es derrumbando el orden capitalista. Ahora bien, en la medida en que el obrero individual, o fracciones más o menos considerables del movimiento, tengan en cuenta *solamente* la lucha cotidiana por las mejoras, o *solamente* el objetivo final, tienden y además se precipitan hacia una u otra de las desviaciones clásicas: en el primer caso descuidan el objetivo final, es decir la necesidad de que cada paso del movimiento sea tal que lleve adelante la negación de la sociedad capitalista, y permanecen internamente dentro del marco de la misma, en último análisis permanecen sobre un terreno burgués y en posición subalterna; en el segundo caso rechazan la lucha cotidiana pensando solamente en preparar el objetivo final, y en esta forma se alienan de la realidad, se encierran en el dogma y en la secta, se separan de la corriente vital del movi-

tividad legislativa, posiblemente con consecuencias prácticas, y al mismo tiempo valorizar a cada paso el punto de vista de una oposición de principio al Estado capitalista: ésta es en general la difícil tarea de nuestros representantes parlamentarios' (*Nachbetrachtungen zum Parteitag in Sächsischer Arbeiterzeitung*, 1 de octubre de 1898, o en *GW*, III, p. 157).

²⁴ Cfr., *ob. cit.*, p. 234.

miento, hasta caer en el maximalismo del «todo o nada», un dilema que en realidad tiene una sola opción: la de «nada», porque el «todo» sólo se puede conquistar si se le prepara precisamente al través de esa lucha cotidiana que se ha rechazado.

Quizás algún lector podrá asombrarse de que yo atribuya tanta importancia a esta observación de Rosa Luxemburgo, tantas veces repetida que puede llegar a parecer banal; sin embargo quien conoce la historia del movimiento obrero sabe que es precisamente alrededor de este problema no resuelto, de este nexo tantas veces buscado y casi nunca encontrado realmente por los partidos obreros, donde se han combatido tantas luchas, operado tantas escisiones y consumado, sobre todo, la degeneración progresiva de la socialdemocracia alemana hasta su fin miserable del 4 de agosto de 1914 y, posteriormente, la *degeneración de todos los partidos socialistas occidentales*. Los revisionistas que quieren precisamente revisar el marxismo, expulgándolo, según el propósito de Bernstein, del «residuo utópico» del objetivo final con la pretensión de volver a darle así una unidad científica y liberarlo del dualismo entre ciencia y utopía, no se dan cuenta de que “[...] el «dualismo» de Marx no es otra cosa que el dualismo del porvenir socialista y el presente capitalista, del capital y del trabajo, de la burguesía y del proletariado, es el reflejo científico monumental del dualismo existente en la sociedad burguesa, de los antagonismos burgueses de clase”.²⁵ Y Rosa Luxemburgo advierte contra la praxis cotidiana que, manteniendo la fe con palabras, en el objetivo final sin embargo tiende a separar arbitrariamente lucha política y lucha sindical y a reconocer la independencia recíproca, diciendo que “[...] no hay dos tipos de lucha de clase de la clase obrera, una económica y una política, sino que hay *una sola* lucha de clase, la cual al mismo tiempo está dirigida a limitar la explotación capitalista

²⁵ *Ob. cit.*, p. 182.

en el interior de la sociedad burguesa y a suprimir esta explotación junto con dicha sociedad".²⁶

Pero ella no ignora que estas separaciones abstractas de lucha económica y de lucha política, de reivindicación inmediata y de perspectiva socialista, que en períodos agitados de crisis son barridas por la intensidad y el vigor de las luchas obreras, están destinadas a renacer de nuevo y quizás a cristalizarse en los tiempos tranquilos, cuando se impone sobre la capacidad creativa de las masas, la rutina burocrática de las organizaciones y la praxis cotidiana de los mismos trabajadores, sobre todo de aquellos que ya se benefician de una mejor condición de vida. Por tanto, ella considera al oportunismo como un fenómeno inextirpable del movimiento obrero, una de las dos caras contradictorias pero coexistentes, la cara vuelta tan sólo hacia el presente, la cara que expresa el contacto inmediato con la sociedad burguesa sin saberla entender dialécticamente. Esta explicación marxista del oportunismo da a Rosa Luxemburgo una posición prominente en el gran debate bernsteiniano: en efecto no se trata de corregir simplemente los «errores» de Bernstein, como se esfuerza en hacer Kautsky, sino que se trata de entender la raíz de clase del oportunismo: al vivir en el interior de la sociedad burguesa, al sufrir él mismo el reflejo de las contradicciones de esta sociedad, el movimiento obrero expresa también momentos contradictorios, y uno de ellos —aquel empíricamente oportunista— significa aceptación de la sociedad burguesa, aceptación de la mentalidad burguesa, significa en otras palabras la presencia del enemigo de clase en el interior del movimiento obrero, presencia que debe combatirse decididamente pero cuya razón recurrente no puede ignorarse.

He ahí porqué Rosa Luxemburgo por un lado era la más radical opositora del oportunismo y del revisionismo bernsteiniano al que consideraba fuera del socialismo, y el porqué a las exhortaciones dirigidas a persuadirla de que sólo se trataba de discordias en el seno del socialismo, ella

²⁶ *Ob. cit.*, p. 356.

contestaba que por el contrario se trataba de la lucha contra la burguesía, cuya influencia el revisionismo transportaba al campo del socialismo;²⁷ y por el otro lado no perdonaba la ilusión de combatir al oportunismo con métodos organizativos o disciplinarios. “Es una ilusión —escribe

²⁷ “La nota particular de su lucha contra el revisionismo consiste en que ella, con mano decidida, puso de relieve el contenido político-social del mismo, conduciendo así la lucha contra el revisionismo no ya sobre el terreno de las sutilezas teóricas, sino como lucha contra una tendencia práctico-burguesa en el movimiento obrero. La manera despiadada con la que Rosa Luxemburgo condujo su lucha contra el revisionismo, la cortante ironía con que lo traspasó, el ímpetu con el que lo atacó, todo eso era puesto en la cuenta de su volcánico temperamento revolucionario. Pero era un juicio completamente superficial. Rosa Luxemburgo conocía como pocos la historia del movimiento obrero internacional. Historia que nunca fue para ella una simple compilación de historias tomadas de la vida y de las teorías de los fundadores de los diversos sistemas socialistas. El libro de la historia del movimiento obrero internacional le revelaba cómo en el movimiento obrero las luchas ideológicas tenían siempre una profunda base social, y cómo las luchas por el método, por la táctica, eran siempre luchas por la hegemonía en el movimiento obrero de un grupo social sobre otro, estando siempre representada la tendencia oportunista por la parte de la clase obrera más cercana a la burguesía. Rosa Luxemburgo ubicó en el revisionismo la teoría que correspondía no sólo a la praxis de los elementos burgueses, entrados al Partido después de la abolición de la ley contra los socialistas en Alemania, después de las victorias parlamentarias en Francia y en Italia, sino también a la política de un gran estrato de la clase obrera, el cual, levantado por la ola de la buena coyuntura económica, comenzaba a encuadrarse en la sociedad burguesa, [...] A las exhortaciones dirigidas a persuadirla de que tan sólo se trataba de discordias en el seno del socialismo, ella contestaba que por el contrario se trataba de la lucha contra la burguesía, cuya influencia el revisionismo transportaba al campo del socialismo” (K. Radek, *ob. cit.*, pp. 1-13). “[La concepción oportunista, n. de Lelio Basso] es mucho peor que falsa: es absolutamente la negación de la socialdemocracia. No es la opinión equivocada de un socialdemócrata. Es el pensamiento justo de un demócrata burgués que se considera erróneamente como un socialdemócrata” (R. Luxemburgo, *Nackhe-trachtungen*, *cit.* en GW, III, p. 159).

en polémica con Lenin— totalmente fuera de la historia pensar que la táctica socialdemócrata pueda ser fijada en forma precedente, de una vez por todas y que el movimiento obrero pueda ser garantizado de una vez por todas contra las desviaciones oportunistas”.²⁸ El movimiento obrero debe ser considerado como un proceso continuo, en el que continuamente se reproducen estas dos desviaciones, el extremismo y el oportunismo, que nacen del aislamiento de los términos (objetivo final y lucha inmediata) y es precisamente combatiendo contra estas dos desviaciones y alcanzando en esta batalla la conciencia dialéctica de la unidad de su lucha, como la socialdemocracia logra elaborar una estrategia acertada. “El movimiento proletario no se ha convertido de un golpe en socialdemócrata ni siquiera en Alemania, sino que se convierte en socialdemócrata cada día gracias a la continua superación de las desviaciones extremas del anarquismo y del oportunismo, que son solamente factores del movimiento de la socialdemocracia, considerado como un proceso”.²⁹ El Partido Alemán había pa-

²⁸ *Ob. cit.*, p. 234. Es sabido que Lenin consideraba al oportunismo como una expresión específica de estratos sociales determinados, la aristocracia obrera. Por tanto no es exacto afirmar que Lenin pensaba poder garantizar una vez por todas al movimiento obrero contra las desviaciones oportunistas, sino que las consideraba como un fenómeno que tenía sus raíces al margen del movimiento, es decir en las minorías privilegiadas, y no como un momento dialéctico necesario del movimiento en su conjunto, como un reflejo de las contradicciones de la sociedad capitalista, en el sentido luxemburguiano, explicado más arriba. Está claro que aun para la Luxemburgo el oportunismo, que representa la cara del movimiento dirigida hacia el presente, se hace explícito más fácilmente en aquellos estratos que están más satisfechos con el presente, y por tanto en las aristocracias obreras, pero sigue siendo un peligro permanente y latente de todo el movimiento, casi una tentación recurrente en cada uno y en todo momento, capaz de hacerse explícito y de extenderse a la totalidad, o casi de la clase obrera. La historia del movimiento obrero europeo parece haber confirmado el enfoque luxemburguiano que a nosotros nos parece teóricamente más correcto.

²⁹ *Ob. cit.*, pp. 206-207. Es superfluo advertir al lector que en el período en que escribía Rosa Luxemburgo las palabras “social-

sado en efecto de la necesidad de combatir la desviación extremista, es decir la misma valoración de la lucha cotidiana y la exaltación del objetivo final considerado en sí mismo, a la necesidad de combatir la desviación oportunista, es decir la sobrevaloración de la lucha cotidiana y el abandono práctico del objetivo final.³⁰

¿Pero qué significa «unidad de la lucha»? ¿Qué significa el que también en la lucha cotidiana se deba buscar el objetivo final, es decir la conquista del poder para la transformación socialista de la sociedad? Significa que el criterio que debe guiar al movimiento obrero en toda su acción, tanto en el terreno sindical como en el terreno político, debe ser el de un acercamiento real a la meta, significa que en cualquier momento el movimiento obrero debe tener como mira no los hechos particulares, las medidas aisladas, las conquistas individuales valoradas en sí mismas, sino en relación con el proceso histórico considerado en su complejidad, y finalmente significa que una ventaja económica, quizás un aumento de salario, que sea pagada con un compromiso político que refuerce el poder de clase del adversario o favorezca los programas bélicos del imperialismo, debe ser rechazada, mientras que una derrota en el terreno práctico que sin embargo refuerce la conciencia de clase puede constituir un paso adelante

democracia” y “socialdemócrata” no habían asumido todavía el significado propio de revisionismo oportunista que tienen hoy; al contrario en aquella época pretendían indicar el movimiento obrero de inspiración marxista. El mismo partido de Lenin, el futuro partido comunista, se llamaba entonces Partido Obrero Socialdemócrata Ruso.

³⁰ “Si antes un ala del Partido había sido propensa a la minusvaloración o incluso a la negación de la positiva acción cotidiana, la impetuosa expansión del movimiento después de 1890 debía conducir necesariamente al otro extremo, a la sobrevaloración del trabajo en pro de reformas inmediatas, a las tendencias oportunistas. El Congreso de Erfurt constituye el momento característico de pasaje en el que el partido debía luchar sobre dos frentes”. (*Nackhetrachtungen*, cit. en GW, III, p. 151).

del movimiento obrero y en último análisis, traducirse en un éxito.

En cambio si se nos coloca sobre el terreno de la mentalidad burguesa que atomiza a la sociedad, que ve las cosas en lugar de los procesos, que busca escapar a las contradicciones aislando los fenómenos, y si se acepta considerar cada cosa en sí misma, abstraída de la totalidad de lo real, sin ver las repercusiones que tiene sobre el proceso histórico, entonces cualesquier precio se convierte en aceptable también para el movimiento obrero, pero se hace eso a costa de la renuncia al carácter socialista del movimiento mismo, que sólo se expresa en una visión de conjunto. Esta era la concepción ilustrada por el diputado berlinés Heine, que circuló con el nombre de teoría de la «compensación», en base a la cual los socialistas deberían haber negociado su voto en el parlamento en favor de los créditos militares a cambio concesiones en el campo de la política social y esa era la concepción que inducía a otro diputado, Schippel, a convertirse en paladín de una política común de trabajadores y empresarios en favor de impuestos aduanales para el «mayor desarrollo de nuestra industria»: concepciones que mostraban precisamente su ignorancia de que, a cambio de algunas ventajas inmediatas sobre el plano salarial o social, los socialistas no hubieran dado solamente un voto en el parlamento sino que hubieran contribuido a reforzar el militarismo y el proteccionismo, es decir, dos instrumentos de opresión capitalista y de desarrollo imperialista, como resultaba claro para cualquiera que supiese mirar al fondo de la realidad.

Ciertamente, “[...] si se descuidan las contradicciones insuperables y se pone atención solamente al hecho de que proletariado y burguesía viven sobre el mismo terreno se puede llegar a la comprensión de los llamados intereses nacionales para la defensa de la industria nacional (ver los discursos de Schippel en Hamburgo), para la «defensa» nacional (ver al mismo Shippel y su posición sobre el problema de la milicia), para la Triple Alianza (ver los discursos de Vollmar en Múnaco 1891), para la política co-

lonial «razonable» (ver Bernstein en sus *Premisas del socialismo*)”.³¹ Pero “[...] en esta forma la concepción oportunista, que aparentemente no aporta «nada nuevo» al partido, en realidad trae consigo, poco a poco, un cambio total en toda la fisonomía del movimiento obrero. El programa, la táctica, la actitud hacia el Estado, hacia la burguesía, hacia la política exterior, hacia el militarismo, todo es puesto al revés, y de partido revolucionario e internacionalista, la socialdemocracia, se transforma en partido nacional-pequeñoburgués-socialreformista”.³²

Naturalmente los oportunistas, o al menos los oportunistas declarados,³³ respondían poniendo a discusión los mismos fundamentos teóricos marxistas, “Ya que nuestra «teoría», es decir, los principios del socialismo científico establece límites muy firmes a la acción práctica, en relación tanto a los objetivos por perseguir como a los medios de lucha por emplear, y en fin en cuanto al modo mismo de la lucha. De ahí se sigue por tanto, en aquellos que sólo van a la caza de los éxitos prácticos, el deseo na-

³¹ *Zum Kammenden Parteitag in Leipziger Volkszeitung*, 15 de septiembre de 1899, o bien en GW, III, p. 172.

³² *Ibidem*, pp. 172-173.

³³ Rosa Luxemburgo no ignoraba, sobre todo después de los primeros años de militancia en la socialdemocracia alemana, que el oportunismo dominaba también en aquellos que no se reconocían como tales y que por el contrario hacían profesión de fe radical: “Más de una vez, durante los debates sobre la política exterior, ella reprochó a los jefes más visibles de la socialdemocracia alemana el no conformar jamás sus actos a sus palabras, haciendo resaltar que cuando no se trataba más que de votar resoluciones, los socialistas hacían prueba de un radicalismo de primera fila, pero que apenas se encontraban en la necesidad de luchar con hechos contra la guerra y contra el gobierno que la provoca, parecían desaparecer [...] Estas palabras se antojaban entonces de una audacia inconcebible: el Partido Socialdemócrata Alemán estaba en el apogeo de su gloria” (Discurso de Zinoviev frente al Soviet de Petrogrado en *Karl Liebknecht et Rosa Luxemburg. Discours prononcés par G. Zinoviev et L. Trotski a la réunion du Soviet de Pétrograd le 13 janvier 1919*, Editions de L'Internationale Communiste, Pétrograd, 1919, p. 19).

tural de tener las manos libres, es decir, de separar nuestra praxis de la «teoría» y de hacerla independiente de ésta”.³⁴ Y sin embargo, como notaba ella misma, cada año, en cada congreso, crecían los partidarios del “evangelio de la «política práctica»”.³⁵ A pesar de ello, agregaba, “[...] no es gracias al evangelio de la llamada «política práctica», sino a pesar de él, que nuestro movimiento se ha convertido en grande y fuerte”.³⁶

En este conflicto entre el empirismo vulgar y oportunista de dirigentes y cuadros socialdemócratas, y la visión marxista de Rosa Luxemburgo, el primero fue el que salió vencedor sobre el terreno de la acción inmediata; pero los acontecimientos históricos, en cambio, han confirmado trágicamente el análisis y las previsiones de la Luxemburgo: el lento proceso de corrupción cotidiana ha llevado, a la vuelta de pocos años, a la socialdemocracia alemana a aliarse con el imperialismo en la guerra de 1914, y después de la guerra, a preparar con su actitud el camino del nazismo. Pero cuando ella levantaba sus críticas, era fácil para los hombres de corta visión contestarle con la acusación de doctrinarismo, frente al cual el empirismo vulgar se envolvía con los vestidos del «realismo» político y práctico, ese realismo de pequeño cabotaje que Marx ya había

³⁴ *Ob. cit.*, p. 203.

³⁵ *Zur Kommenden Pareitag, cit.*, en GW, III, p. 178.

³⁶ *Ibidem*, p. 180. Y después de la victoria de los reformistas en el Congreso del Partido Socialista Italiano de Milán, y en vísperas del Congreso de Reggio Emilia, ella escribe, siempre a propósito de la llamada «política práctica»: “Después de pocos años, la política práctica se muestra cómo la menos práctica de este mundo, porque está destinada a cortar la rama sobre la que se asienta. Pierde el contacto con las masas del proletariado, pierde el terreno bajo sus pies, se convierte en el juguete de la política burguesa, arrastrando tras ella, cual sombra de su propia debilidad, al sindicalismo, esta caricatura anarquista del socialismo revolucionario. Pero el experimento, hecho con lógica tan despiadada por el oportunismo socialista, no puede tener en Italia más que una sola consecuencia: la de regenerar el movimiento obrero” (*Rinascenza Socialista* en *La Soffitta* de Roma del 15 de mayo de 1911).

condenado³⁷ y respecto al cual la historia ha repetido tantas veces la condena sin lograr jamás extirpar las raíces que se aferran, como Rosa Luxemburgo ha demostrado, precisamente en el *humus* de la sociedad burguesa y son por tanto inextirpables mientras ésta dure.

El empeño fundamental de Rosa Luxemburgo en su obra de militante fue la lucha de clase revolucionaria contra el imperialismo y contra el oportunismo pequeñoburgués que de él se deriva. Pero no se puede conducir una lucha de clase revolucionaria si cada momento y cada aspecto suyos no son referidos a la totalidad del proceso histórico a la luz del método marxista. “La esencia del marxismo no consiste en ésta o aquélla opinión sobre los problemas en boga sino tan sólo en dos principios fundamentales: el análisis materialista-dialéctico de la historia, una de cuyas conclusiones cardinales es la teoría de la lucha de clases, y el análisis del desarrollo de la economía capitalista. Esta última teoría [...] es por sí misma una genial aplicación de la dialéctica y del materialismo histórico en la época de la economía burguesa. El alma de toda la doctrina de Marx es el método materialista dialéctico para examinar los problemas de la vida social y en base al cual no existen los fenómenos, los principios y los dogmas constantes e inmutables [...] y según el cual toda verdad histórica es sometida a una crítica constante e implacable por parte del desarrollo histórico real”.³⁸

De esto se desprende obviamente que la acción socia-

³⁷ “Creo que Schweitzer, etc., tienen intenciones *honestas*, pero ellos son *políticos realistas*, quieren tener en cuenta la situación *existente* y no quieren dejar solo al señor Miquel y socios este *privilegio* de la política realista [...] Ellos quieren tomar las circunstancias tal cual son, no irritar al gobierno, etc., precisamente como nuestros políticos realistas «*republicanos*» que están dispuestos a «alinearse detrás» de un *emperador* Hohenzollern. Pero dado que yo no soy un político realista, he juzgado necesario, junto con Engels, romper con los socialdemócratas en una declaración pública” (Carta a Kugelmann del 23 de febrero de 1865 en K. Marx *Lettere a Kugelmann*, Roma, 1950, p. 29).

³⁸ *Ob. cit.*, p. 265.

lista está condicionada por el conocimiento del proceso histórico, del desarrollo social, en una palabra, por la visión de la totalidad. Solamente sobre esta base, sobre la unidad estrecha de conocimiento y de acción, de teoría y de práctica, se pueden obtener éxitos; sólo afirmando continuamente, gracias al método marxista, la totalidad de lo real y refiriéndose a la valoración de los momentos particulares, el movimiento obrero puede avanzar también en sus aspectos prácticos diarios, en sus luchas económicas y sindicales. Por su parte, Rosa Luxemburgo buscó siempre desarrollar en sus escritos el sentido histórico del presente, es decir, la capacidad de analizar los acontecimientos contemporáneos y de ubicar las fuerzas en movimiento y sus tendencias de desarrollo, de desembarazar lo esencial de lo accesorio, de desenredar los ovillos más complejos, de valorar las recíprocas acciones y reacciones y descubrir así también las leyes escondidas del desarrollo social y prever algunas líneas fundamentales del devenir histórico.

Su análisis histórico del presente se basa ante todo en el reconocimiento de las leyes objetivas de desarrollo que son inmanentes a la sociedad capitalista. Son las leyes estudiadas por Marx y sobre las que no es pertinente regresar aquí, si no por otras razones al menos por las de falta de espacio. Por otra parte, Rosa Luxemburgo casi nunca se detuvo en sus escritos a repetir y resumir las enseñanzas marxistas sino que se esforzó por mostrarlas en vivo dentro del análisis que realizaba de los fenómenos contemporáneos y en las consecuencias que de ahí extraía para la acción. El marxismo, como ella lo entendía, es una premisa de su obra en la que se buscaría en vano amplias discusiones sobre el materialismo histórico, sobre la preeminencia del «factor» económico o del «factor» político o sobre otros temas análogos entonces ampliamente debatidos por adversarios y partidarios del marxismo. En una breve carta a Roberto Seidl quien al resumir su tesis de doctorado sobre el desarrollo industrial de Polonia,³⁹ había tomado

³⁹ *Die industrielle Entwicklung Polens*, Lipsia, 1898.

de ella la tesis de que el desarrollo industrial había sido deseado y promovido por el gobierno, y en consecuencia había otorgado preeminencia al factor político, ella observaba que incluso en dicho caso el elemento decisivo habían sido las circunstancias económicas (en primer lugar porque eran consideraciones económicas las que habían empujado al gobierno a promover el desarrollo industrial, y en segundo lugar porque sólo el desarrollo económico general había permitido el éxito de esta política de desarrollo industrial que, intentada ya algún decenio antes, había fallado precisamente por causa del ambiente económico feudal-natural en el que todavía vivía Polonia), y agregaba como conclusión: "Si por tanto existe indudablemente una influencia recíproca continua del momento político y económico en el devenir social, el económico sigue siendo en última instancia el elemento determinante y decisivo". Sin embargo "[...] los materialistas que afirman que el desarrollo económico pasa silbando como una locomotora presuntuosa sobre los rieles de la historia; y la política, la ideología, etc., se dejan arrastrar detrás de ella, abandonados y pasivos, como vagones de ferrocarril «en lastre», estarán fuera del marxismo".⁴⁰

La aceptación del marxismo es por tanto una premisa necesaria de la lucha socialista. "La mayor adquisición de la lucha de clases proletaria en el curso de su desarrollo fue el descubrimiento de que el punto de partida para la realización del socialismo hay que buscarlo en las relaciones económicas de la sociedad capitalista. Con esto, el socialismo que había sido soñado vagamente por la humanidad como un «ideal», se convirtió en una «necesidad histórica»".⁴¹ "Según Marx, la rebelión de los trabajadores, su lucha de clase —y en ello estriba la garantía de su fuerza victoriosa— no es más que el reflejo ideológico de la necesidad histórica, objetiva del socialismo".⁴²

⁴⁰ Carta del 15 de agosto de 1898, publicada en *Z pola walki* de Varsovia 1959, no. 1 (5), p. 72.

⁴¹ *Ob. cit.*, p. 176.

⁴² "Lo que los epígonos han hecho de la teoría marxista". Una

Esta concepción fundamentalmente marxista del socialismo como necesidad histórica ha valido a Rosa Luxemburgo la acusación de objetivismo, de determinismo, de fatalismo, como si confundiera la necesidad histórica con la fatalidad, con un proceso objetivo independiente de la voluntad conciente de los hombres. Al contrario, y no obstante cualquier crudeza verbal, fruto en parte de la polémica y en parte debida al lenguaje entonces en uso en los círculos oficiales de la socialdemocracia alemana, su interpretación dialéctica de la historia siempre excluyó el juego mecánico, el fatal encadenamiento de causas y efectos, y nunca confundió las leyes sociales con las leyes físicas cuyos efectos pueden ser calculados con anticipación: en una sociedad en la que todo se da en un proceso de desarrollo, en el que todo se condiciona y se influencia recíprocamente, y en el que la voluntad de los hombres es necesaria para poner en movimiento la rueda de la historia, la acción de una ley puede ser anulada por una reacción opuesta, un efecto previsible puede reducirse debido al surgimiento de nuevas circunstancias que producen efectos contrarios. Y sobre todo, en una sociedad contradictoria como la sociedad capitalista, todo fenómeno se presenta con dos caras, pone en movimiento paralelamente acciones contradictorias, debido a que es la misma sociedad la que impulsa por un lado hacia el desarrollo del imperialismo y por el otro hacia el desarrollo del movimiento obrero: "La política mundial [es decir, el imperialismo. Nota de Lelio Basso] y el movimiento obrero [...] no son más que diversos aspectos de la cara actual del desarrollo capitalista".⁴³

Por tanto las leyes sociales son en realidad *tendencias*,

anticrítica en *La acumulación del capital y anticrítica*. Turín, 1960, p. 497. A decir verdad, en este pasaje la autora hace referencia a una necesidad objetiva que ella extrae de su teoría de la acumulación. Pero como veremos más adelante, esto no disminuye el valor de su concepción. Cfr. en particular nota 2 de la p. 61.

⁴³ *Ob. cit.*, p. 189.

tendencias que pueden muy bien no realizarse completamente. “Aquí, como en toda la historia, la teoría rinde plenamente sus servicios sólo si nos muestra la *tendencia* del desarrollo, el punto final lógico hacia el cual objetivamente procede. Esto no puede ser logrado más de cuanto no haya podido evolucionar hasta sus últimas consecuencias extremas cualquier período precedente de la evolución histórica. Y es tanto menos *necesario* que sea alcanzado, cuanto más interviene la conciencia social, encarnada esta vez por el proletariado socialista, como factor activo en el juego ciego de las fuerzas. También en esto, la justa interpretación de la teoría marxista, ofrece a esta conciencia las orientaciones más fecundas y el más poderoso estímulo”.⁴⁴

“La justa interpretación de la teoría marxista”: he aquí una exigencia que debería ser medida por todos los marxistas dogmáticos que interpretan en sentido mecánico todas las afirmaciones de Marx. Piénsese por ejemplo en la interpretación mecánica y dogmática de ciertas *tendencias* acerca del precio de la fuerza de trabajo que ha empujado a una amplia ala del movimiento obrero a proclamar el dogma de la pauperización absoluta, que no es para nada una concepción marxista. “Sólo los anarquistas —hacia notar Rosa Luxemburgo en sus tiempos— especulan sobre la miseria creciente de las masas, por ello deben ser consecuentemente considerados como los representantes políticos y teóricos del lumproletariado. La socialdemocracia, al contrario, se basa siempre en el ascenso de la clase obrera, en la elevación de su condición”,⁴⁵ porque sabe que la acción sindical y la acción política cotidiana están perfectamente en grado de obtener este mejoramiento absoluto, incluso si este mejoramiento absoluto puede no representar un aumento, sino al contrario quizás una disminución de la cuota-por ciento que les toca a los asalariados en la

⁴⁴ *Lo que los epígonos... cit.*, p. 575.

⁴⁵ *Erörterungen Über die Taktik* en *Sächsische Arbeiterzeitung* del 1 de octubre de 1898, en *GW*, III, p. 163.

repartición del ingreso nacional. Del mismo modo la concepción del Estado como Estado de clase es válida como tendencia. "Se ha convertido ya en un lugar común que el Estado actual es un Estado de clase. Pero en nuestra opinión también este concepto, como todo lo que tiene alguna relación con la sociedad capitalista, no debería ser tomado en su rígida y absoluta significación, sino en el sentido fluido de la evolución".⁴⁶

En esta interacción y conflicto de tendencias que responden todas a una lógica objetiva del desarrollo, nada es fatal y nada es arbitrario. Nada es fatal porque no existen leyes mecánicas sino sólo tendencias que pueden ser contradictorias y porque, en último análisis, es la voluntad de los hombres la que hace la historia y la que produce aquellas circunstancias económicas de las que después surgen las tendencias objetivas. Pero nada es arbitrario porque la voluntad de los hombres se forma en el proceso histórico, se forma en la acción, en la praxis, en la experiencia, en la lucha, es decir ella misma es condicionada por las circunstancias objetivas en las que se mueve y por tanto no puede prescindir de las tendencias de desarrollo, de la "lógica del proceso histórico objetivo" que "precede a la lógica de sus protagonistas".⁴⁷ La «lógica del proceso histórico objetivo», la «lógica de las cosas», son expresiones que se presentan frecuentemente en sus escritos para afirmar su convicción de que la historia no procede al arbitrio de los hombres sino que tiene en sí las fuerzas (naturalmente creadas también por los hombres) que, sin embargo, una vez puestas en marcha, se desarrollan según un dinamismo propio: "El curso de la revolución inglesa desde su estallido en 1642 [...]" procedió según "[...] la lógica de las cosas";⁴⁸ la misma revolución rusa "[...] se desarrolló con la fatalidad de su lógica interna";⁴⁹ "[...]

⁴⁶ *Ob. cit.*, p. 164.

⁴⁷ *Ob. cit.*, p. 225.

⁴⁸ *Ob. cit.*, p. 570.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 563.

la guerra en favor de cuya continuación se afanan Scheidemann y los otros, tiene su propia lógica cuyos conductores elegidos son aquellos elementos agrarios y capitalistas que hoy en Alemania son los que montan la silla del caballo y no ciertamente las modestas figuras de los parlamentarios y de los periodistas socialdemócratas, los cuales se limitan a sostenerles los estribos";⁵⁰ "[...] pero las cosas tienen una lógica suya aun cuando los hombres no quieran tenerla".⁵¹

Existe pues una lógica de la historia, un proceso histórico objetivo. Pero "[...] el hecho de tomar en consideración la tendencia del proceso histórico objetivo no anula y no paraliza la activa energía revolucionaria; al contrario, despierta y temple la voluntad y la acción, indicándonos hacia cuáles vías seguras podemos empujar eficazmente el curso del progreso social, defendiéndonos e impidiéndonos golpear la cabeza contra el muro de manera inútil y desesperada, a lo cual sigue, antes o después, la desilusión y la desesperación; evitando también que consideremos como acciones revolucionarias las tendencias que el desarrollo social ha transformado en reaccionarias desde tiempo atrás".⁵² El revolucionario debe por tanto conocer las tendencias objetivas del desarrollo histórico hacia el socialismo para secundarlas e impulsarlas hacia adelante sin desperdiciar la propia energía en miles de vericuetos y quizás en vericuetos sin salida ni esperanza, ya superados por el flujo de la historia; pero asimismo debe conocer las tendencias objetivas que operan en sentido contrario para hacerles frente y obstruir su paso. En esta forma la guerra, la cual también está en la lógica del desarrollo del imperialismo, se puede impedir o atrasar con una intervención conciente del movimiento obrero fiel a su política de clase, a su política de lucha anti-imperialista. "Una garantía efectiva de paz y un baluarte eficaz contra la gue-

⁵⁰ *Ibidem*, p. 423.

⁵¹ *Ibidem*, p. 417.

⁵² *Ibidem*, p. 278.

rra no pueden ser dados ya por deseos, por recetas sabiamente compiladas o por peticiones utópicas dirigidas a las clases dominantes, sino única y exclusivamente por la enérgica voluntad del proletariado por seguir fiel, en medio de todas las tempestades del imperialismo, a su política de clase y a su solidaridad internacional. A los partidos socialistas de los países más decisivos no les han faltado fórmulas ni peticiones y en particular al Partido Socialista Alemán, para poner detrás de estas peticiones la voluntad y la acción en el espíritu de la lucha de clase y del internacionalismo":⁵³ precisamente por no haber tenido el coraje o la voluntad de una intervención consciente contra la lógica guerrerista del imperialismo es por lo que la socialdemocracia alemana se convirtió "[...] en un barco sin timón, presa del viento del imperialismo",⁵⁴ es decir arrastrada por la lógica del enemigo a la que no ha sabido enfrentarse. "Puesta frente a la alternativa, por o contra la guerra, la socialdemocracia, en el momento en el que ha abandonado la contra, ha sido obligada por la férrea lógica de la historia a echar sobre la balanza todo su peso en favor de la guerra".⁵⁵ Sin embargo le hubiera sido posible, más bien obligado, hacer la elección contraria apoyándose en las fuerzas objetivas que empujaban contra la guerra: esta fue la política revolucionaria de Lenin en Rusia.

Pero en Rusia el movimiento socialista había ya dado pruebas de una energía mucho mayor y de voluntad más decidida, y había mostrado hasta dónde puede influir la intervención consciente de los hombres en la historia: "En Rusia tocó a la socialdemocracia la tarea de sustituir con una intervención consciente un período del proceso histórico y de conducir al proletariado directamente de la atomización política, que constituye el fundamento del régi-

⁵³ *Ibidem*, p. 424.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 426.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 416.

men absolutista, a la más alta forma de organización, en cuanto clase que lucha por fines concientes”.⁵⁶

Nada por tanto más infundado que la acusación de determinismo o de fatalismo a una revolucionaria como Rosa Luxemburgo que en esta forma ponía el acento en el factor subjetivo en la historia, como para repetir a menudo las palabras de Fausto: «en el principio era la acción» y que en áspera polémica con los pretendidos ortodoxos del marxismo, que se perdían en el análisis de la situación rusa sin extraer las enseñanzas socialistas revolucionarias, recuerda muy justamente que “[...] el marxismo contiene dos elementos esenciales: el elemento del análisis, de la crítica, y el elemento de la voluntad activa de la clase obrera como factor revolucionario. Y quien adopta solamente el análisis, la crítica, no representa al marxismo, sino a una miserable parodia de esta doctrina”.⁵⁷ Por tanto no es el simple análisis sin voluntad de extraer las consecuencias necesarias para la acción, y ni siquiera la voluntad revolucionaria que no se base en un análisis de la situación, de las tendencias y de las fuerzas objetivas presentes: es a un determinado grado del desarrollo, a un determinado nivel de las contradicciones que la revolución se hace posible.⁵⁸

⁵⁶ *Ibidem*, pp. 218-219. La afirmación de que el socialismo ruso haya asumido la tarea «de sustituir con una intromisión conciente un período del proceso histórico» es, a mi juicio, muy importante para entender los desequilibrios y las dificultades sucesivas de la Revolución de Octubre, cuando la intromisión conciente para sustituir un período histórico asume proporciones gigantescas. Acerca de las implicaciones y las consecuencias de esta interpretación del papel del movimiento obrero y del partido véase mi libro *Da Stalin ak rusckiov*, Milán, 1962. En Lenin se encuentra un concepto análogo: “Los obreros rusos [...] han transplantado, por decirlo así, a un ritmo acelerado, en la joven tierra de nuestro movimiento obrero, la notable experiencia de un país vecino más avanzado”. (*Estado y Revolución*, en *Obras*, xxv, Roma, 1967, p. 448).

⁵⁷ *Ob. cit.*, p. 386.

⁵⁸ “El absolutismo [en Rusia, nota de Lelio Basso] no puede ser derrumbado en el momento que se quiera, como si para tal

El nexo dialéctico entre el momento objetivo y el momento subjetivo, por otra parte es expresado con toda claridad. "Los hombres no hacen arbitrariamente su historia.⁵⁹ Pero la hacen por sí. El proletariado depende en su acción del grado de madurez alcanzado por el desarrollo social, pero el desarrollo social no puede prescindir del proletariado: éste es al mismo tiempo su resorte de propulsión y su causa, cómo también su producto y su consecuencia. Su acción misma es un momento determinante de la historia. Y si no podemos saltar por encima del desarrollo histórico, como tampoco el hombre por sobre su sombra podemos sin embargo acelerarlo o frenarlo. El socialismo es el primer movimiento popular en la historia que se propone como objetivo, y que es llamado por ella a dar a la intervención social de los hombres un sentido conciente, un pensamiento planificado y con ello un libre albedrío. Por ello Federico Engels llama a la victoria final del proletariado socialista un salto de la humanidad del reino animal al reino de la libertad. Pero también este «salto» está determinado por las férreas leyes de la historia, por los miles de escalones de una evolución precedente, dolorosa y hasta demasiado lenta. Pero eso de ninguna manera puede ser alcanzado si no estalla la chispa animadora de la

intento fueran necesarios tan sólo un «esfuerzo» y una «constancia» suficientes. El crepúsculo del absolutismo es solamente una expresión externa del desarrollo interno social y de clase de la sociedad rusa". (*Ob. cit.*, p. 316).

⁵⁹ Rosa Luxemburgo vuelve a tomar la conocida observación con la que Marx abre su *Dieciocho Brumario* de que «los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen de manera arbitraria, en circunstancias escogidas por ellos mismos, sino por el contrario, en las circunstancias que encuentran por delante, determinadas por los hechos y la tradición». Pero mientras Marx ponía entonces el acento en las circunstancias pre-existentes, es decir en el dato objetivo, que pesa «como una pesadilla sobre el cerebro de los seres vivos», Rosa Luxemburgo, en cambio pone el acento en el momento subjetivo, es decir en la actuación de los hombres. Por tanto no estamos en presencia de una interpretación mecánica y determinista del marxismo.

voluntad conciente de las grandes masas populares. Animada por la necesidad de condiciones objetivas acumuladas por la evolución. La victoria del socialismo no caerá del cielo como un hecho sino que solamente puede ser conquistada con una larga serie de poderosas pruebas de fuerza entre las antiguas y las nuevas potencias, pruebas de fuerza en las cuales el proletariado internacional, bajo la guía de la socialdemocracia, aprende e intenta tomar en sus propias manos su destino, intenta apoderarse del timón de la vida social, transformarse de un ente sin voluntad en su propia historia, en un conductor de ella, dotado de una clara visión de sus propios objetivos".⁶⁰

"La victoria del socialismo no caerá del cielo como un golpe del destino": no podía decirse de modo más explícito que cuando Rosa Luxemburgo habla del socialismo como de una necesidad histórica no debe entenderse con esta expresión una fatalidad. Y por otra parte, ya lo hemos advertido, precisamente a propósito de la contradicción dialéctica encarnada en la sociedad capitalista, que existen hoy en día necesidades históricas: "El dominio burgués de clase es sin duda alguna una necesidad histórica, pero también el levantamiento de la clase trabajadora en su contra. El capital es una necesidad histórica, pero también su enterrador, el proletariado socialista; el dominio mundial del imperialismo es una necesidad histórica, pero también lo es su caída por obra de la internacional proletaria. A cada paso se encuentran dos necesidades históricas que están en contradicción una contra la otra".⁶¹ ¿Cuál vencerá?

Hasta sus últimos momentos Rosa Luxemburgo tuvo confianza en la victoria del socialismo, pero no se cansó de repetir que esta victoria no sería un regalo del destino, sino el fruto de una lucha tenaz y conciente de las masas. Ya al principio de su actividad periodística en Alemania había advertido contra las fáciles ilusiones sobre

⁶⁰ *Ibidem*, pp. 445-447.

⁶¹ *Ibidem*, pp. 541-542.

la próxima caída de la burguesía, indicando que “[...] influyen sobre el ritmo temporal del desarrollo burgués junto a factores económicos, también factores políticos e históricos, en forma tan descollada que pueden echar a perder cualquier elaborada teoría acerca de la duración del orden capitalista”.⁶² Y veinte años después, al final de su batalla y de su vida, está más convencida que nunca de que la victoria del socialismo no es ineluctable, pese a que solamente ella podrá salvar a la humanidad de las peores catástrofes. El párrafo citado arriba proseguía con estas palabras: “Nuestra necesidad entra en juego con pleno derecho en el momento en que la otra, el predominio burgués de clase, cesa de ser portador del progreso histórico para convertirse en un impedimento y un peligro para el desarrollo ulterior de la sociedad. Esto es precisamente lo que ya revelaba la actual guerra mundial sobre el orden social capitalista”.⁶³ Pero también en los meses que precedieron a su asesinato, en medio del fuego arrasador de la revolución, no se cansaba de advertir: “Las catástrofes en las que se precipita la sociedad capitalista no dan la certidumbre de la victoria del socialismo. Si la clase obrera no encuentra la fuerza para su propia liberación, la sociedad entera y con ella la clase obrera puede precipitarse en luchas destructoras. La humanidad está puesta frente a la alternativa: ¡socialismo o crepúsculo en la barbarie! [...]”. En su ensayo sobre el programa de Espartaco (*Rote Fahne*, 14 de diciembre de 1918) escribía: “O continuación del capitalismo, nuevas guerras y rápido paso al caos y a la anarquía, o abolición de la explotación capitalista”.⁶⁴ Y repetirá en su último discurso al congreso de fundación del Partido Comunista Alemán que “[...] si el proletariado no responde a su deber de clase y no realiza el socialismo, la ruina nos envolverá a todos juntos”.⁶⁵

⁶² *Die Krise in Frankreich* en *Sächsische Arbeiterzeitung*, del 29 de octubre de 1898, en gw, p. 269.

⁶³ *Ibidem*, p. 542.

⁶⁴ P. Frölich, *ob. cit.*, pp. 10-11.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 615.

Estamos muy lejos, como cualquiera puede ver, de las interpretaciones escolásticas que han reducido el marxismo a una repetición mecánica de fórmulas y esquemas válidos bajo cualquier latitud y aplicables en cualquier tiempo y circunstancia. Precisamente porque nada es fatal en la historia, porque las leyes de desarrollo son en realidad tendencias, porque la necesidad histórica empuja en direcciones contradictorias, porque la última palabra corresponde en definitiva a la intervención conciente de los hombres que, aunque objetivamente condicionada, es sin embargo siempre el elemento decisivo, precisamente por todo esto los datos de la realidad son siempre extremadamente complejos, los análisis tienen que renovarse constantemente, las tendencias de desarrollo sopesarse de vez en vez para poder tener delante de los ojos la visión de totalidad concreta que para Rosa Luxemburgo es el punto de partida a partir del cual se debe mover el revolucionario para dirigir en el sentido deseado su propia intervención conciente en el proceso histórico. "No se dominan los acontecimientos históricos imponiéndoles prescripciones sino haciéndose concientes anticipadamente de sus consecuencias previsibles y calculables y en base a ellas, regulando el propio modo de actuar".⁶⁶

En la aplicación de este principio vemos a Rosa Luxemburgo constantemente empeñada en batalla contra toda interpretación del marxismo que le parezca repetición mecánica de fórmulas o de esquemas, que no tenga en cuenta la diversidad de las situaciones. En esta forma reclamará a Lenin una «trasposición mecánica de principios organizativos»;⁶⁷ a los socialpatriotas polacos que se llenan la boca con las viejas frases de Marx sobre la independencia de Polonia les recuerda que lo que cuenta es la aplicación del método y de los principios fundamentales de la doctrina marxista y no "[...] transformar una opinión particular de Marx sobre la política de su tiempo en un dogma

⁶⁶ *Ibidem*, p. 352.

⁶⁷ *Ibidem*, p. 222.

verdadero, inmutable en todos los tiempos, independiente del desarrollo de las condiciones históricas y no sometido a dudas ni a críticas";⁶⁸ a los adversarios de la huelga de masas que se refieren a un viejo escrito de Engels, les repite que "[...] el mismo orden de ideas, el mismo método en situaciones cambiadas, puede llevar a condiciones diferentes";⁶⁹ a los mencheviques rusos que aún después de la revolución de 1905 invocan las frases del *Manifiesto* de Marx para demostrar la función revolucionaria de la burguesía y la necesidad de apoyar la revolución burguesa, replica que "[...] referirse a la caracterización del papel de la burguesía hecha por Marx y Engels hace 58 años, para aplicarla a la realidad actual, constituye un craso ejemplo de pensamiento metafísico, la reducción del vivo e histórico autor del *Manifiesto* a una dogma rígido" mientras "[...] el pensamiento dialéctico, que es característico del materialismo histórico, exige que se consideren los fenómenos no en condiciones estáticas, sino en movimiento".⁷⁰ Y en cuanto a la «competencia» aparente e infalibilidad teórica del «marxismo oficial», es decir de Kautsky y compañeros, ella dirá que se trataba solamente del "[...] epígonismo teórico adherido a las fórmulas del maestro en el acto mismo en que se renegaba del espíritu viviente".⁷¹

El lector de los escritos de Rosa Luxemburgo encontrará que estas reclamaciones y estas acusaciones contra las interpretaciones dogmáticas, mecánicas, rígidas, abstractas del marxismo, tienen por lo general origen en su esfuerzo por aplicar el método marxista a cada nueva situación, por aprehender la infinita riqueza de lo real pero sin perderse en los detalles inútiles, sino más bien apuntando siempre a la esencia de las cosas, por ver en un marco vivo los múltiples nexos de los fenómenos; en una palabra, por aprehender la realidad en su ritmo viviente, sobre todo si

⁶⁸ *Ibidem*, p. 265.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 299.

⁷⁰ *Ibidem*, p. 378.

⁷¹ *Ibidem*, p. 573.

se trataba del ritmo del desarrollo capitalista o del crecimiento del movimiento obrero: bajo este aspecto, la exposición de las vicisitudes revolucionarias rusas de 1905, como también algunos pasajes de sus escritos sobre la guerra o la narración de las conquistas coloniales hecha en *La Acumulación*, llegan a dar un cuadro particularmente eficaz, sea de los aspectos múltiples del fenómeno, sea de la lógica interna que los une. Su mismo estilo, a pesar de algunas redundancias hoy en desuso, da siempre la impresión de viveza, de movimiento, de algo concreto, lejano a mil millas de las áridas descripciones sin alma y sin vida a las que nos han acostumbrado, en nombre de un pretendido marxismo, tantos escritores contemporáneos suyos o nuestros.

Y es gracias a este su método que no sólo logra realizar análisis confirmados por acontecimientos posteriores, o dar juicios pertinentes sobre una situación específica sino sobre todo a menudo preve el desarrollo futuro de esa situación; en esta forma no tuvo dificultad en prever que del desarrollo del imperialismo se derivaría la primera guerra mundial,⁷² y así en el curso de esa confrontación bélica pudo anunciar lo que acaecería después, es decir el triunfo del nazifascismo: “Nuevos y febriles armamentos en todos los Estados —naturalmente con la vencida Alemania a la cabeza— y con ello una era de dominio incontrastado del militarismo y de la reacción en toda Europa, con una nueva guerra mundial como objetivo final”.⁷³

También sobre este punto la historia habría de darle sobrada razón.

En un párrafo recordado líneas arriba, Rosa Luxemburgo observaba que la enseñanza teórica del marxismo con-

⁷² “Incansablemente predica a las masas «la guerra mundial se avecina» y aclara que la Triple y la Doble (Alianza, N. del T.) son instrumentos de guerra. Sólo si las masas son concientes podrán levantarse contra el peligro en el momento oportuno” (H. Roland Holst van der Schalk, *Rosa Luxemburg-Ihr Leben und Wirken*, Zurich, 1937, pp. 120-121).

⁷³ *Ob. cit.*, p. 539.

sistía en el análisis materialista-dialéctico de la historia y en el análisis del desarrollo de la economía capitalista.⁷⁴ Ya he ilustrado cómo veía Rosa Luxemburgo el análisis materialista-dialéctico de la historia; examinemos rápidamente como entendía el análisis del desarrollo de la economía capitalista.

El criterio que adopta para su análisis es el que fundamenta toda su concepción; es el criterio de la totalidad, tal como emerge claramente de su panfleto contra Bernstein. Este último se había afanado en demostrar, con gran despliegue de estadísticas, que las previsiones de Marx no habían encontrado confirmación en los hechos: las clases medias no habían desaparecido, las crisis decenales no se repetían, la concentración capitalista no se había verificado y así por el estilo. Algunas de estas observaciones eran infundadas y los hechos sucesivos las desmentirían; otras eran debidas a una incomprensión radical del pensamiento marxista. Pero lo que interesa en la polémica de la Luxemburgo no son las contestaciones aisladas, algunas de las cuales pueden incluso no estar fundamentadas, sino la parte central del razonamiento. La sociedad capitalista, dice ella, es un complejo orgánico de relaciones con determinados aspectos esenciales, entre los que se encuentran el carácter contradictorio de esta sociedad y su incapacidad para resolver los desequilibrios internos. Bernstein había en cambio intentado extraer de su análisis la conclusión de que la sociedad capitalista venía superando gradualmente sus propios desequilibrios, que él consideraba hechos accidentales (las «perturbaciones» de las crisis, los «sobresaltos» de la reacción, etc.), y por tanto eliminando de su interior ese proceso de autodestrucción que debería llevar a la catástrofe final. Poco importa, responde Rosa Luxemburgo, que las crisis no se repitan a intervalos fijos decenales porque la duración del ciclo es un elemento accesorio, mientras lo esencial es que la sociedad capitalista lleva inexorablemente dentro de sí un desequilibrio entre

⁷⁴ *Ibidem*, p. 265.

la capacidad de expansión productiva y la posibilidad de comercio con ganancias de los productos; poco importa que la sociedad capitalista logre evitar una crisis económica autodestructiva, porque la naturaleza de la crisis que debe llevar al derrumbe de la sociedad capitalista es un elemento accesorio, mientras es esencial que esta sociedad, no pudiendo ya sanar definitivamente las propias contradicciones, esté potencialmente grávida de crisis económicas y políticas, es decir de guerras que el movimiento obrero puede transformar en crisis decisivas.

Debido a que estas contradicciones son inherentes a la naturaleza del capitalismo, el capitalismo al desarrollarse las agravará: acentuará inexorablemente la socialización del proceso productivo que está en antítesis radical con el orden privado de las relaciones de producción y al mismo tiempo acentuará las tendencias antidemocráticas, e incluso si determinadas contradicciones secundarias pueden cambiar de naturaleza, no puede desaparecer la naturaleza fundamental de la sociedad capitalista. Por ello la clásica ilusión pequeñoburguesa de conservar los «lados buenos» del capitalismo y de corregir los «lados malos», que se encuentra en Bernstein, está destinada una vez más a revelarse como ilusión porque los llamados «lados malos» son en realidad aspectos esenciales de la sociedad capitalista. “La idea de Fourier de transformar con el sistema de los falansterios todos los mares de la tierra en limonada, era muy fantástica. Pero la idea de Bernstein de transformar el mar de la amargura capitalista con el agregado de alguna botella de limonada socialreformista en un mar de dulzura socialista es solamente más vulgar pero no por ello menos fantástica”.⁷⁵

Una vez más resulta que el reformismo no es una vía al socialismo, que no es simplemente un proceso más largo para alcanzar los mismos objetivos que quiere alcanzar el revolucionario al través de la conquista del poder. En realidad el reformismo, precisamente porque ha

⁷⁵ *Ibidem*, p. 168.

perdido la visión total de la sociedad capitalista y tan sólo examina los detalles, ha perdido de vista el carácter esencial de las contradicciones y el papel que ellas ejercen en el complejo de las relaciones capitalistas; se limita por ello a querer corregir aspectos aislados de la sociedad con el objeto de atenuar las contradicciones más estridentes, pero con ello se coloca en el terreno opuesto al del socialismo, el cual sólo puede nacer de la agudización de las contradicciones y sobre todo, de la toma de conciencia por parte del proletariado de la insuperabilidad de las contradicciones mismas dentro del sistema existente. También desde este punto de vista por tanto, lo que distingue netamente a los reformistas de los socialistas es la falta de referencia a la categoría de la totalidad concreta, es decir al conjunto de las relaciones que constituyen la sociedad capitalista y que los lleva a desgastarse en la rutina de la pequeña lucha cotidiana que agota las energías de los trabajadores, adormece el espíritu revolucionario y los lleva inermes al enfrentamiento de las grandes crisis. Si estas crisis no se transforman en crisis revolucionarias, destructoras del orden burgués, como no se transformó para el proletariado alemán la primera guerra mundial, no es porque los marxistas estén equivocados al considerar las contradicciones y las crisis de la sociedad capitalista y su capacidad destructiva potencial, sino porque con la ayuda de los reformistas se adormeció en los tiempos tranquilos la conciencia de las masas y se creó una fractura entre el proceso objetivo de desarrollo de la sociedad y el proceso subjetivo de formación de la conciencia. Históricamente por tanto, los reformistas son los mejores aliados de la burguesía: como escribirá Rosa Luxemburgo durante la guerra, Krupp y la socialdemocracia alemana han resultado los dos más fuertes sostenes del imperialismo alemán, porque el primero proporcionó las armas materiales y la segunda el arma espiritual del adormecimiento y del engaño de las masas.⁷⁶

⁷⁶ "Napoleón dijo una vez: dos factores deciden el éxito de

Entre la polémica bernsteiniana y el estallido de la primera guerra mundial pasaron una quincena de años, en el curso de los cuales, por un lado Rosa Luxemburgo tuvo posibilidad de profundizar su análisis de la sociedad capitalista y de mostrar el pasaje progresivo a la fase imperialista, el gigantesco acentuamiento de las contradicciones y el acercarse de la trágica crisis de la guerra; y por el otro, viceversa, la socialdemocracia oficial se fue precipitando cada vez más en el oportunismo, encerrándose en la acción práctica inmediata, perdiendo toda ligazón con la visión global de las relaciones sociales y por tanto también con el objetivo final socialista, y en último análisis, identificándose cada vez más en un papel subalterno de sostenimiento de la sociedad capitalista.

En este texto no puedo hacer frente ni a la teoría de la crisis ni al análisis del proceso de acumulación, ni en general al conjunto de las doctrinas económicas a las que la Luxemburgo dio notable, aunque discutible contribución y quiere limitarse a clarificar la contribución que la autora ha dado a la doctrina política del socialismo. También desde este punto de vista sin embargo su análisis del desarrollo imperialista es de gran importancia.

“La acumulación capitalista, tomada en su conjunto, como un proceso histórico concreto, tiene por tanto dos lados diferentes. El primero se cumple en los lugares de producción de la plusvalía —la fábrica, la mina, la empresa agrícola— y en el mercado. Bajo este aspecto, la acumulación es un proceso puramente económico, cuya

una batalla, el factor terrestre es decir el terreno, la calidad de las armas, las condiciones metereológicas, etc. [...] y el factor «celeste», es decir las condiciones morales del ejército, su entusiasmo, su fe en la propia causa. Del factor «terrestre», en la presente guerra se encargó sobre todo la empresa Krupp de Essen, el «celeste» va en primera instancia a la cuenta de la socialdemocracia. Los servicios que ésta prestó y todavía presta a la conducta alemana de la guerra son incalculables”. (*Ob. cit.*, p. 417).

fase más importante se desarrolla entre capitalista y asalariado, pero que en ambas fases —la fábrica y el mercado— se mueve dentro de los límites del intercambio de mercancías, del intercambio de equivalentes. Paz, propiedad e igualdad reinan aquí como *forma*, y era necesaria la cortante dialéctica de un análisis científico para develar cómo en la acumulación el derecho de propiedad se convierte en apropiación de la propiedad ajena, el intercambio de las mercancías en expropiación, la igualdad en supremacía de clase.

“El otro aspecto de la acumulación del capital tiene por teatro la escena mundial, y por protagonistas al capital y a las formas de producción no capitalistas. Dominan aquí como métodos la política colonial, el sistema de préstamos internacionales, la política de las esferas de interés, las guerras. Aparecen aquí abiertamente y sin velos, la violencia, el fraude, la opresión, el robo, la guerra, y cuesta trabajo identificar bajo este ovillo de actos políticos de fuerza y de violencia explícita, las férreas leyes del proceso económico.

“La teoría liberal-burguesa ve tan sólo una de las dos caras: el dominio de la «competencia pacífica», de los milagros técnicos, del puro intercambio de las mercancías y separa netamente del dominio económico los ruidosos gestos de fuerza del capital como manifestaciones más o menos accidentales de la «política exterior».

“En realidad la violencia política no es aquí otra cosa que el vehículo del proceso económico, las dos caras de la acumulación del capital están ligadas orgánicamente una a otra por las condiciones de la reproducción y solamente en esta relación estrecha se cumple el ciclo histórico del capital. El capital no solamente nace «sudando por todos los poros sangre y fuego» sino que se impone gradualmente como tal en todo el mundo y prepara así, entre convulsiones cada vez más violentas, su propia destrucción”.⁷⁷

⁷⁷ *La acumulación del capital*, Turín, 1960, p. 445.

En este pasaje están expresados sintéticamente casi todos los puntos esenciales de la visión luxemburguiana en relación con el imperialismo. Sobre todo, el criterio metodológico fundamental y siempre presente: estudiar “[...] la acumulación capitalista tomada en su conjunto, como un proceso histórico concreto”, “identificar bajo este ovillo de actos políticos de fuerza y de violencia explícita, las férreas leyes del proceso económico”. Estas leyes existen y descubrirlas es precisamente tarea y mérito específico del marxismo: “Incluso en medio de la competencia, incluso en la anarquía general, evidentemente existen leyes invisibles pero rigurosas; de lo contrario la sociedad capitalista desde hace tiempo estaría en pedazos. Todo el sentido de la economía en cuanto ciencia, y en particular el objetivo conciente de la doctrina económica marxista, está en la determinación de las leyes escondidas que condicionan el orden y la unidad del complejo social en medio de la confusión de las economías privadas”.⁷⁸ Es por tanto tarea específica de la socialdemocracia desarrollar para la fase imperialista este mismo trabajo de sistematización científica, de descubrimiento de las leyes reguladoras que Marx realizó para la sociedad de su tiempo y que los marxistas deben saber renovar continuamente sobre el terreno concreto de una realidad, como la capitalista, perennemente en movimiento: este trabajo teórico, confiado a un partido político, es precisamente la otra cara inseparable del proceso práctico revolucionario, como ha afirmado constantemente Rosa Luxemburgo.⁷⁹

⁷⁸ *Ibidem*, p. 474.

⁷⁹ “Ya son universalmente conocidas las manifestaciones externas típicas del período imperialista: lucha de competencia entre Estados capitalistas por las colonias, las esferas de influencia, los campos de inversión del capital europeo, sistema de préstamos internacionales, militarismo, proteccionismo aduanal, papel dominante del capital financiero y de la industria cartelizada en la política mundial. Su ligazón con la última fase de la evolución capitalista, su importancia para la acumulación del capital, son ya tan evidentes que lo reconocen tanto los representantes como los adversarios del imperialismo. Pero la socialdemocracia no pue-

En el esfuerzo por asir las leyes últimas de la economía del imperialismo, por continuar sobre la base de una nueva realidad el análisis de Marx, Rosa Luxemburgo desembocó en su teoría de la acumulación como “[. . .] proceso de sustitución orgánico que se desarrolla entre el modo de producción capitalista y los modos no capitalistas”,⁸⁰ en el sentido de que la plusvalía en la esfera capitalista no puede ser utilizada enteramente y por tanto se transforma en nueva fuente de acumulación y desarrollo capitalista, si no utilizando, sí destruyendo al mismo tiempo como tales las formaciones no capitalistas. La indispensabilidad de este «proceso de sustitución» que según Rosa Luxemburgo se deriva de la imposibilidad de utilizar la plusvalía en el interior de la esfera capitalista, es como bien se sabe, el punto más discutido del análisis luxemburguiano del imperialismo; sin embargo, prescindiendo de este carácter de indispensabilidad, es cierto que Rosa Luxemburgo analizó con fuerza de penetración nada común la ligazón inseparable que existe entre lo que en el pasaje arriba citado ella llama «las dos caras de la acumulación», es decir entre el proceso de desarrollo capitalista en los países con alta industrialización y la agresión a los sectores no capitalistas, de modo particular la economía campesina y el mundo colonial o semicolonial.

Ella concentró su atención sobre este segundo aspecto en particular (relaciones con el mundo colonial y semicolonial), si bien ésto la llevó tal vez a dar una definición restrictiva y parcial del imperialismo (“[. . .] el imperialismo es la expresión política del proceso de acumulación del

de contentarse con este reconocimiento empírico. Se trata para ella de determinar en forma exacta las leyes económicas de este intrincamiento de fenómenos, descubrir la raíz verdadera del gran y polifacético conjunto de manifestaciones del imperialismo, ya que, *como siempre en casos similares, sólo la comprensión exacta, teórica del problema, puede dar también a nuestra praxis en la lucha contra el imperialismo la seguridad, lucidez y fuerza de choque que la política del proletariado exige*”. (“Lo que los epígonos”, *Ob. cit.*, pp. 481-482; el énfasis es de Lelio Basso).

⁸⁰ *La acumulación, cit.*, p. 406.

capital en su lucha de competencia por los residuos de regiones no-capitalistas todavía no sometidos a secuestro”);⁸¹ también es cierto que su estudio le permitió penetrar a fondo como pocos lo han hecho, en el verdadero significado de la política exterior mundial de su tiempo, la lucha por las esferas de influencia, por los préstamos, las construcciones de ferrocarriles, etc.; demistificar las pretensiones civilizadoras de Europa y percibir al través de los más complicados juegos político-diplomático-económicos, el carácter de rapiña y de expropiación del imperialismo, incluso en países formalmente independientes como Turquía, para no hablar de las verdaderas colonias, y descubrir por esta vía las raíces de la futura guerra mundial en la dinámica interna de la sociedad capitalista de su tiempo.

Porque, en efecto, sea o no indispensable, este asalto del mundo capitalista al mundo no capitalista, de cualquier manera responde a una necesidad histórica del capitalismo (aquella necesidad que, como se ve, es siempre «tendencia» y no «ineluctabilidad»), a su necesidad inextinguible de expansión, acumulación y desarrollo, por lo que de todos modos es exacto afirmar que “[...] la política imperialista no es obra de uno o de algunos Estados, es el producto de un determinado grado de maduración en la evolución mundial del capital, un fenómeno internacional por definición, un todo indivisible que se puede reconocer en todas sus variables relaciones”,⁸² como es igualmente exacto que “[...] en su empuje hacia la apropiación de las fuerzas productivas con fines de explotación, el capital hurga en todo el mundo, se procura medios de producción por todos los ángulos de la tierra,⁸³ los conquista o los compra bajo y cualquier grado de civilización y bajo cualquier forma social”.⁸⁴

⁸¹ *Ibidem*, p. 438.

⁸² *Ibidem*, p. 519.

⁸³ El medio de producción en el que piensa la autora es en particular la mano de obra arrastrada por la fuerza en todos los rincones de la tierra a la órbita de la producción capitalista.

⁸⁴ *La acumulación, cit.*, p. 344.

Sin embargo, este impulso imperialista no ejerce su influencia solamente en el campo de la política internacional, sino que actúa también en el interior de los países imperialistas, algunas de cuyas características refuerza y fortalece. Rosa Luxemburgo se ocupó de uno de estos aspectos del imperialismo de manera particular, se puede decir, durante toda su vida. Este aspecto es el militarismo. Ya en su ensayo contra Bernstein había puesto de relieve su triple función en el proceso de desarrollo capitalista: medio de lucha por intereses «nacionales» concurrentes con intereses de grupos que pertenecen a otros países, modo principal de emplear tanto el capital financiero como el industrial y en fin, instrumento de dominio de clase en el interior, frente al pueblo trabajador. Por efecto de esta triple función, el militarismo le parecía ya desde entonces, al final del siglo pasado, destinado a un rápido crecimiento casi “por una fuerza impulsora propia, interna, mecánica” hasta la “explosión que se está acercando”, es decir la espantosa guerra mundial. “Por efecto de la fuerza propulsiva del desarrollo capitalista también el militarismo se convirtió en una enfermedad capitalista”.⁸⁵

De las tres funciones del militarismo indicadas arriba, dos eran denunciadas normalmente en las publicaciones socialdemócratas, es decir, la de servir de instrumento a una política exterior de potencia y la de representar un baluarte de la reacción y una fuerza de represión contra la clase obrera. Es mérito de Rosa Luxemburgo haber insistido de modo particular sobre el aspecto económico, de haber mostrado cómo los gastos para los armamentos representaban también un mercado adicional para asegurar a la producción capitalista una demanda fuera del funcionamiento normal de los mercados habituales.

“Este capital constante y este trabajo vivo pueden ser empleados para otro tipo de producciones, admitiendo que se encuentre en la sociedad una nueva demanda. Esta nueva demanda está representada por el Estado, con la parte

⁸⁵ *Escritos políticos, cit.*, p. 166.

del poder de compra de la clase obrera que aquél se apropia mediante el instrumento fiscal. Pero la demanda del Estado no se dirige a los medios de consumo [...] sino a una categoría específica de productos: los instrumentos bélicos que utiliza el militarismo sea por tierra, sea por mar”.⁸⁶ “Además, una gran cantidad de demandas de mercancías, modestas, fragmentadas y no coincidentes en el tiempo, que podrían ser satisfechas también por la producción mercantil simple y como tales no interesarían a la acumulación del capital, es relevada por la demanda del Estado, una demanda concentrada en una potencia grande, unitaria y compacta. Pero ésta presupone, para ser satisfecha, un altísimo grado de desarrollo de la gran industria, y por tanto las condiciones más favorables con el objetivo de la producción de plusvalía y de la acumulación. En fin, bajo forma de pedidos militares del Estado, el poder de compra de las masas consumidoras, concentrado así en una magnitud poderosa, es sustraído arbitrariamente a las fluctuaciones subjetivas del consumo personal, para asumir una regularidad casi automática, un ritmo de desarrollo constante, y por otra parte, gracias al aparato legislativo parlamentario y a la manipulación de la llamada opinión pública mediante la prensa, las palancas del movimiento rítmico y automático de la producción bélica se encuentran en las manos del mismo capital. Este campo específico de la acumulación del capital parecería gozar de posibilidades de expansión ilimitada. Mientras cualquier otra ampliación del campo de venta y de la base de operación del capital dependen en gran medida de factores históricos, sociales, políticos que sobrepasan la voluntad del capital, la producción representa para el militarismo un campo cuya regular e impetuosa expansión parece enraizada en la misma voluntad determinante del capitalismo”.⁸⁷

⁸⁶ *La acumulación, cit.*, p. 450.

⁸⁷ *Ibidem*, pp. 459-460.

Hoy en día esta función del rearme como medio para hacer frente al desequilibrio permanente entre la tasa de expansión de la capacidad productiva y la tasa de expansión de la demanda se ha convertido en un lugar común al grado de que aun en «tiempos de paz» la economía norteamericana ha mantenido durante un cuarto de siglo su equilibrio relativo sin crisis peligrosas, precisamente gracias a la política del rearme. Pero cuando Rosa Luxemburgo hacía este análisis las cosas no eran obvias, y la socialdemocracia se mostró más bien renuente a aceptar estas argumentaciones, que hubieran puesto en duda toda su orientación política.⁸⁸ Mientras que el militarismo fuera concebido como un instrumento en la política internacional de algunas potencias, se podía esperar que conferencias internacionales y convenciones sobre el desarme fueran eficaces para prevenir la guerra, tanto como es posible confiar en la eficacia de los emplastos para curar abscesos en un cuerpo fundamentalmente sano. Y naturalmente se pensaba que el día en que la política internacional hubiese prescindido del militarismo, también la política interna hubiera sido liberada de esta amenaza y se hubiera despejado el camino para una victoria plena de la democracia. Pero si en cambio, como lo demostraba Rosa Luxemburgo, el militarismo tenía también una función económica esencial, era un factor necesario en el proceso de acumulación, la esperanza

⁸⁸ Si la socialdemocracia era renuente a aceptar el análisis de Rosa Luxemburgo sobre la función económica del armamentismo, los capitalistas sí estaban concientes de esta función. El 3 de diciembre de 1901, el presidente del *Deutsche Flottenverein*, príncipe Salm-Horstmar, dirigía una carta al almirante Tirpitz en la que llamaba la atención sobre el hecho de que en vista de la mala coyuntura económica y de la situación desfavorable de los negocios comerciales e industriales, una acelerada construcción de la flota sería un factor importantísimo “[...] para hacer aumentar la actividad de la bolsa, salvar muchos valores y alcanzar una consolidación del mercado al través de la construcción de nuevas naves de guerra y la vitalización del comercio y de la industria que se derivaría” (cfr. W. Hallgarten, *Vorkriegs Imperialismus*, París 1935, p. 164).

de frenar su monstruoso crecimiento se convertía en utópica, e igualmente utópica se volvía la perspectiva de un desarrollo democrático pacífico debido a que el militarismo, para solventar su función económica, tenía necesidad de una colusión plena entre gran industria y poder político, que de hecho se desarrollará en Alemania en formas cada vez más orgánicas bajo todos los regímenes, desde el imperial hasta al actual, pasando por el fascismo.

Pero si el análisis del imperialismo de Rosa Luxemburgo destruía las rosadas utopías socialreformistas, también cerraba otros horizontes de esperanza al movimiento obrero: ciertamente no la esperanza de los crepúsculos plácidos del capitalismo, sino aquella, bastante más realista, de una dura y larga lucha con perspectivas de victoria. En efecto, por una parte resultaba que el militarismo, la carrera por los armamentos, las guerras coloniales, la feroz lucha entre las potencias por el dominio de los mercados constituían un conjunto necesario para la vida y la prosperidad del capitalismo en su fase imperialista y que era tonto y ridículo cerrar los ojos frente a estas manifestaciones confiando simplemente en el desarrollo de la democracia, o peor aún, intercambiando armamentos por cualquier modesta reforma social. Pero por otra parte resultaba que como el imperialismo representaba un peso cada vez más duro de soportar, tanto para las masas obreras de los países industriales como para los millones y millones de trabajadores coloniales que continuamente eran empujados al círculo de la explotación capitalista y que también, al provocar nuevas tensiones y nuevos conflictos, ofrecía la ocasión histórica de las crisis políticas necesarias para hacer madurar en fuerza revolucionaria el descontento de las masas. En efecto, entre más avanza este proceso imperialista “[...] tanto más la historia cotidiana de la acumulación del capital en la escena del mundo se transmuta en una cadena continua de catástrofes y convulsiones políticas y sociales, que junto con las periódicas catástrofes económicas representadas por las crisis, hacen imposible la continuación de

la acumulación y necesaria la rebelión de la clase obrera internacional contra el dominio del capital".⁸⁹

Del análisis de Rosa Luxemburgo emerge con claridad la concepción de las dos tendencias de desarrollo inherentes a esta fase de la sociedad, las dos necesidades históricas contrastantes de las que hemos hablado arriba: la tendencia a las guerras mundiales y a las catástrofes; la tendencia al choque interimperialista y la tendencia a la revolución socialista, es decir, a la lucha decisiva entre fuerzas productivas y relaciones de producción, entre el movimiento obrero guiado por el partido socialista y la organización capitalista de la sociedad. "El imperialismo es tan sólo un método histórico para prolongar la existencia del capital en cuanto que es el método más seguro para acercarse objetivamente a la meta".⁹⁰ De la actitud del movimiento obrero, de su capacidad de intervención conciente, depende en gran parte que se le imprima a la historia una u otra dirección, que se haga triunfar una u otra necesidad histórica. Era por tanto natural que Rosa Luxemburgo combatiese con extremo vigor las utopías socialreformistas, (es decir, la ilusión de poder «corregir» los «defectos» del capitalismo, de poder atenuar el imperialismo al través de una política de colaboración y de intercambio recíproco de concesiones entre proletariado y capitalismo, la concepción que ve en la fase del imperialismo no una necesidad histórica, no una lucha decisiva por el socialismo, sino un malvado descubrimiento de un puñado de interesados. Esta concepción tiende a amonestar a la burguesía, diciéndole que imperialismo y militarismo le son funestos desde el mismo punto de vista de sus intereses específicos de clase, tiende a aislar al presunto grupito de estos interesados y a construir un bloque del proletariado con amplios estratos de la clase burguesa, ¡para «atenuar» el imperialismo, para someterlo a razón mediante un «desarme parcial», para «cortarle el aguijón»!

⁸⁹ *La acumulación, cit.*, p. 460.

⁹⁰ *Ibidem*, p. 438.

Así como el liberalismo en su decadencia rechaza a las monarquías despóticas para apelar a aquellas que aparentan ser más ilustradas, así el «centro marxista» quisiera dar la espalda a las clases medias más reaccionarias para rescatar y apoyarse en los sectores de esas clases medias susceptibles de ser ilustradas; apartar el curso catastrófico del imperialismo mediante el apoyo a las convenciones internacionales de desarme; liquidar el poderío de la dictadura mundial al través de la espada de la federación pacífica de los Estados nacionales democráticos. La rendición general de cuentas⁹¹ para resolver el conflicto histórico entre burguesía y proletariado se transforma en la utopía de un compromiso histórico entre proletariado y burguesía para la «atenuación» de los contrastes imperialistas entre Estados capitalistas.⁹²

Sin embargo era precisamente esta concepción, combatida con tanta pasión por Rosa Luxemburgo, la que debía triunfar en la socialdemocracia y guiar sus actitudes políticas. “Los epígonos que en el último decenio han tenido la dirección teórica del movimiento obrero en Alemania se han hundido al primer estallido de la crisis mundial, cedieron pacíficamente el timón al imperialismo”;⁹³ esta

⁹¹ Me he apartado, por lo que respecta a las primeras palabras de esta frase, del texto de la traducción de la que están sacadas todas estas citas. Tal traducción dice en cambio: “La lucha general por la eliminación del choque histórico entre proletariado y capital [...] que me parece que da idea impropia del texto alemán: *Die Generalauseinandersetzung zur Austragung des weltgeschichtlichen Gegensatzes*. He traducido *Generalauseinandersetzung* como «rendición de cuentas» porque es el mismo concepto que otras veces Rosa Luxemburgo expresa con la palabra *Generalabrechnung*. [Nota de Lelio Basso].

⁹² “*Lo que los epígonos*”. *ob. cit.*, pp. 576-577. Ciertamente es superfluo observar que estas consideraciones de Rosa Luxemburgo contra el desarme van referidas a su tiempo, a un tiempo en el que no existía un fuerte sistema de Estados socialistas y mucho menos el armamento nuclear. Lo que no quita que exista también hoy una dosis de utopía, aunque la batalla esté políticamente justificada.

⁹³ *Ibidem*, p. 578.

es la melancólica mas no resignada conclusión con la que Rosa Luxemburgo cerrará desde la cárcel, durante la guerra, la polémica con sus críticos a propósito de imperialismo.⁹⁴

⁹⁴ La crítica fundamental que ha sido levantada en el terreno político a la concepción luxemburguiana del imperialismo (el aspecto económico sale de nuestro propósito) es que ella postula, en un cierto momento del desarrollo, la imposibilidad del capitalismo y por tanto la fatalidad del socialismo. En realidad, una cosa es delinear una cierta tendencia del desarrollo histórico y otra basar la propia previsión política en el cumplimiento definitivo de dicha tendencia. En la polémica contra Kautsky a propósito de la fase «superimperialista» Lenin admite como fundada la hipótesis kautskiana, es decir que “[...] el desarrollo sigue la línea de un *trust* único mundial que absorba todas las empresas y todos los Estados, sin excepción, pero la sigue en circunstancias tales, a tales ritmos, con tales contrastes, conflictos y conmociones —y no solamente económicos sino también políticos, nacionales, etc., etc., que sin falta, *antes* que se llegue a un único *trust* mundial, a la asociación mundial, «ultraimperialista» de los capitales financieros nacionales, el imperialismo deberá estallar sin falta y el capitalismo transformarse en su contrario”. Lenin. *Prefacio al folleto de Bujarin “La economía mundial y el imperialismo”* en *Obras*, Roma, 1966, vol. xxxi, pp. 111-112.

También Rosa Luxemburgo después de haber sostenido en el terreno económico la imposibilidad de un desarrollo ilimitado de la acumulación capitalista agrega “Naturalmente, esto no significa —similares reservas que entran en el *abc* del marxismo, son siempre indispensables, como veremos— que el proceso histórico deba, o incluso que solamente pueda, agotarse hasta el último límite de esta imposibilidad económica. Basta la tendencia objetiva de la evolución capitalista hacia dicha meta para determinar semejante agudización social y política de las contradicciones de la sociedad, y una inestabilidad de situaciones tal, que necesariamente prepare el fin del sistema dominante” (“*Lo que los epígonos*” *ob. cit.*, p. 497). Y todavía: ¿“Llegará en realidad ese momento? No olvidemos que se trata de una abstracción puramente teórica, ya que la acumulación del capital es un proceso no solamente económico, sino político, [...] Aquí como por donde quiera en la historia, la teoría rinde plenamente sus servicios sólo si nos muestra la *tendencia* del desarrollo, el punto final lógico hacia el cual objetivamente procede. Esto no puede ser alcanzado más de cuanto no haya podido desarrollarse hasta sus consecuencias extremas en cualesquier período precedente de la evolución

histórica. Y es tanto menos *necesario* que sea alcanzado, cuanto más la conciencia social, encarnada esta vez por el proletariado socialista, interviene como factor activo en el ciego juego de las fuerzas", (*Ibidem*, pp. 574-575).

Por tanto Rosa Luxemburgo rechazaba esta crítica que le había estado dirigida en particular por Otto Bauer, invocando no sólo el sentido y la expresión literal de su argumentación, sino su actitud práctica frente a la guerra, mientras su crítico, que había invocado contra ella «la creciente rebelión de la clase trabajadora en continuo ascenso, educada, unida y organizada por el mismo mecanismo del proceso de producción capitalista» se atrincheraba en la política de la «abstención» y en la impotencia del centrismo kautskiano, justo en el momento en el que había sonado la hora de la rebelión de las masas.

II

LA ESTRATEGIA

El marxismo contiene dos elementos esenciales: el elemento del análisis, de la crítica, y el elemento de la voluntad activa de la clase obrera. Y quien adopta solamente el análisis, no representa al marxismo sino a una parodia miserable de esta doctrina.

Rosa Luxemburgo

Si hemos insistido tanto hasta aquí en poner de relieve la importancia del método dialéctico en Rosa Luxemburgo y el significado de su referencia continua a la totalidad, es porque ésta es la clave para comprender no sólo su constante polémica con el revisionismo sino toda su estrategia revolucionaria, basada, como ya se vio, en el restablecimiento de la unidad dialéctica entre acción cotidiana y objetivo final revolucionario.

En este aspecto el pensamiento socialdemócrata estaba en plena crisis en aquel último decenio del siglo pasado que por otra parte contemplaba la expansión victoriosa del movimiento espontáneo del proletariado. Como es conocido, el *Bernsteindebatte* fue la ocasión que obligó a la socialdemocracia alemana a plantearse explícitamente —pero no a resolver— toda una serie de problemas que existían independientemente de Bernstein y que se pueden resumir en la fractura entre las formulaciones teóricas ofi-

ciales de la socialdemocracia y su actividad práctica real. En teoría, la socialdemocracia reconocía el marxismo como su doctrina inspiradora, sobre todo por mérito de Engels, que desde Londres seguía atentamente el movimiento, y de Kautsky, que desde 1883 dirigía la revista *Neue Zeit* y al través de ella conducía la batalla por el triunfo de la ideología marxista: entre los jefes del Partido, Liebknecht era de formación marxista y A. Bebel, que fue líder obrero hasta la víspera de la primera guerra mundial, aun siendo de formación lasalliana, se había convertido al marxismo. Sin embargo, también por algunas deficiencias propias del viejo Engels y sobre todo de Kautsky, el marxismo asimilado por la socialdemocracia alemana había perdido gran parte de su agudeza dialéctica y de su vigor revolucionario, y según las circunstancias o los temperamentos, era interpretado ya sea como mesianismo revolucionario o como la teoría que justifica la participación en las elecciones y en el trabajo práctico cotidiano al margen de toda consideración estratégica. El Programa aprobado en el Congreso de Erfurt de 1891 había intentado conciliar la doble exigencia, poniendo una junto a otra la parte teórica que contenía afirmaciones revolucionarias y la parte práctica que contenía un programa mínimo de acción, pero sin lograr establecer un nexo efectivo entre las dos partes. El programa mínimo no servía en realidad para preparar la crisis revolucionaria sino más bien para esperarla, mientras que la parte teórica no lograba definir una estrategia proletaria y planteaba como un vago y remoto objetivo el problema de la conquista del poder.¹

El resultado de esta incapacidad de fundir ambos ele-

¹ Según E. Mattias (*Kautsky under Kautskyanismus, cit.*), la parte teórica, en cuanto que contenía la demostración del futuro arribo al socialismo, aunque estuviese dada en términos evolucionistas y no marxistas, tenía esencialmente el objetivo de mantener vivo el entusiasmo proletario y de mantener por tanto ligadas las masas al partido, el cual, en la práctica, hacía sólo la política cotidiana, y hacía del socialismo una especie de sustituto del paraíso de los creyentes.

mentos en una estrategia fue que mientras el Partido se dedicaba cada vez más intensamente a la actividad práctica cotidiana, la perspectiva revolucionaria aparecía cada vez más bailando en el aire y abstraída de la realidad. Todavía en los años alrededor de 1890, esta perspectiva les había parecido a los dirigentes socialdemócratas muy cercana, incluso calculable con «certidumbre matemática»,² y Bebel decía en el Congreso de Erfurt: “Estoy convencido de que la realización de nuestros objetivos se encuentra tan cercana que pocos de los que estamos en esta sala no vivirán esos días”.³ Sin embargo, dado que al mismo tiempo la socialdemocracia renunciaba a la insurrección callejera, la perspectiva revolucionaria seguía ligada, o a un derrumbe del sistema capitalista determinado por una grave crisis económica, es decir a un mecanismo independiente de la acción del proletariado, o a la conquista de una mayoría parlamentaria.

Ahora bien, la primera de estas dos alternativas parecía difuminarse precisamente en ese mismo lapso temporal: Alemania estaba atravesando entonces un período de prosperidad económica. Del cuarto lugar que ocupaba entre los países industriales en 1870, pasaba al tercero alrededor de 1890 y al segundo para 1900. El rostro económico del país cambiaba rápidamente: el proceso de concentración celebraba sus triunfos en la industria del hierro, del acero y del carbón, así como en la química y en la electrónica, poniendo las bases de una política imperialista que debía expresarse en el comercio exterior, en las conquistas coloniales, en la política internacional, en la carrera al rearme. Contraparte de esta expansión capitalista eran un aumento de los salarios reales, que aunque seguían

² F. Engels, *Der Sozialismus in Deutschland* en *Die Neue Zeit*, (1891-92), 1, n. 19, pp. 580-589.

³ *Protokoll Über die Verhandlungen des Parteitagés der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands-Abgehalten zu Erfurt vom 14. bis 20. Oktober 1891*. Berlín, 1891, p. 172, y aún más: “Nosotros no debemos hacer otra cosa más que esperar el momento en el que el poder caerá en nuestras manos”. *Ibidem*.

siendo bajos de todas maneras desmentían las teorías todavía de moda de la miseria creciente, y el desarrollo de la seguridad social deseada ya desde antes de Bismarck, presentaba a las masas la cara paternal del Estado. Las posibilidades de una crisis económica catastrófica o incluso de una crisis *tout court* parecían cada vez menores a los mismos socialistas: la teoría marxista de las crisis parecía recibir un duro golpe.

A los ojos de muchos sólo se presentaba como posible una sola vía de acceso al poder: la conquista de una mayoría parlamentaria. Todavía en 1893, Mehring había protestado en la *Neue Zeit* contra esta utopía: "La idea de que la mayoría de un parlamento burgués, aunque esté formada por obreros concientes, pueda alguna vez abrir el camino a la sociedad socialista, es como un cuchillo al que le faltase el mango o la hoja. Sólo cuando la fe de las masas en el parlamentarismo burgués ha muerto del todo, se abre la vía hacia el porvenir".⁴ Pero Kautsky había reaccionado⁵ y el mismo Engels había cedido mucho a los entusiasmos parlamentarios. La experiencia debía confirmar en cambio el núcleo de verdad que se encontraba en la posición de Mehring siempre y cuando no se la entienda como rechazo de la lucha parlamentaria sino como rechazo a reconocer en ella la vía al socialismo. La parlamentarización de los partidos socialistas ha contribuido indudablemente de manera notable al triunfo del oportunismo: para conquistar asientos parlamentarios, es en efecto necesario extender la influencia del partido a estratos más vastos de población y ello ocurre demasiado frecuentemente no conquistando la conciencia de estos estratos para el socialismo sino adaptando el socialismo a la mentalidad y a las necesidades prácticas de estos estratos. Pero si la parlamentarización del partido alejaba, en lugar de acercar

⁴ *Der neue Reichstag* en *Die Neue Zeit*, XI (1892-93), 2. folio 42.

⁵ K. Kautsky, *Der Parlamentarismus, die Volksgesetzgebung und die Sozialdemokratie*, Stuttgart, 1893.

la perspectiva socialista, sin embargo permitía, al través de la influencia acrecentada del partido, objetivos más cercanos.

Y en último análisis, esta esperada futura mayoría parlamentaria venía a representar la ligazón entre la acción cotidiana y el objetivo final, una ligazón que sin embargo permitía ocuparse sólo del presente porque el futuro no era otra cosa que la suma aritmética de tantos pequeños éxitos por lograr en cada uno de los colegios electorales en los que se dividía el *Reich* alemán.

En esta forma aparecen con evidencia en este período los dos componentes fundamentales del revisionismo: por un lado la posibilidad de explotar la coyuntura económica para conquistar mejoras en las condiciones proletarias de vida y por tanto, de un interés acrecentado por los objetivos prácticos inmediatos, por la lucha cotidiana; y por el otro, la esperanza de utilizar las instituciones representativas para aumentar la influencia del partido sobre el poder político. A medida que estos dos tipos de acción parecen incidir cada vez más eficazmente sobre la realidad inmediata y crean condiciones de vida siempre más tolerables para amplios estratos de las masas, la perspectiva revolucionaria va perdiendo interés y el movimiento obrero orienta cada vez más sus esfuerzos hacia los objetivos inmediatos, es decir al interior de la sociedad capitalista: la subordinación de la socialdemocracia al capitalismo, a pesar de las profesiones de fe repetidas de congreso en congreso, aparece ya desde entonces como evidente.

Cuando Bernstein comenzó a escribir sus artículos, la praxis del Partido estaba ya de hecho dominada por el oportunismo. El líder de la socialdemocracia bávara, Von Vollmar, desde 1891 se había convertido en portavoz de un giro político en este sentido con dos discursos en los que ponía el acento precisamente en las tareas inmediatas:⁶

⁶ Los discursos fueron publicados en un folleto cuyo título se refería precisamente a las tareas inmediatas: *Über die nächsten Aufgaben der deutschen Sozialdemokratie. Zwei Reden gehalten*

la socialdemocracia, sostenía, debe renunciar a las discusiones «teóricas» acerca del mañana para concentrar toda su fuerza «en las cosas inmediatas y más urgentes», pero al mismo tiempo, pagaba el precio de este pragmatismo aceptando la política exterior del gobierno, presentando a la Triple Alianza como instrumento de paz y dejando entender que en caso de guerra la socialdemocracia colaboraría en la defensa del país. En este discurso se encontraba ya *en germen* la que sería la línea de las progresivas concesiones de la socialdemocracia hasta la capitulación de 1914. Pero cuando Von Vollmar fue atacado a causa de las tesis que sostenía, pudo responder, no sin fundamento que en realidad no había hecho otra cosa más que proyectar la que ya era la praxis del Partido, juicio que será confirmado por la más reciente historiografía. “El revisionismo es sólo un reflejo débil de esta múltiple praxis reformista. Los que determinaban el carácter del partido, que ya desde antes del 900 se había transformado esencialmente en un trabajo práctico con algunas frases revolucionarias no tomadas en serio, no eran los Schippel, Bernstein, Heine, Calwer e Hildebrand sino los Vollmar, Grillenberger, Auer, Kloss, V. Elm, Legien, Leipart, Hue, Dr. Südekum, Ebert, Scheidemann, Keil y Löbe, ni tampoco eran los académicos revisionistas del *Sozialistischen Monatshefte*, sino los secretarios del trabajo y los dirigentes sindicales, los consejeros comunistas y los diputados de los *Landtag*, que eran los responsables, en último análisis inatacables por insustituibles, del trabajo político de cada día”.⁷

En modo particular contribuían a este giro las regiones meridionales donde la industria era menos desarrollada y menos desarrollada por tanto la clase obrera, y donde los votos debían ser captados entre los pequeñoburgueses y los campesinos: por esto, Vollmar, bávaro, se había convertido en promotor de un programa agrario que tuviese

am 1. Juni und 6. Juli in “Eldorado zu Münche”, (Münich, 1891).

⁷ G. A. Ritter, *ob. cit.*, p. 187.

en cuenta los intereses de los grandes y medianos campesinos. Y a medida que el Partido, gracias a esta política de adaptación, adquiría mayor fuerza electoral desvirtuando su original naturaleza clasista, aflúan a él nuevas capas pequeñoburguesas, atraídas en parte por la ambición de la carrera y del éxito, y en parte por la función democrático-burguesa que el Partido asumía objetivamente. Es desde 1892, apenas dos años después del fin de la ley de excepción, que Hans Müller podía hablar de una lucha de clases al interior de la socialdemocracia notando el ingreso al Partido de elementos “[...] sin ningún sentimiento revolucionario y sin sensibilidad proletaria, estratos sociales que no sólo no piensan en eliminar radicalmente el actual orden económico, sino que buscan procurarse en su interior una mejor posición”.⁸ En esta forma, mientras los dirigentes del Partido seguían usando la terminología tradicional y pagando el debido tributo verbal al marxismo, el Partido sufría en aquellos años una transformación profunda bajo la presión sobre todo de los elegidos en las asambleas locales, de los funcionarios periféricos y sindicalistas. Y mientras en el *Landtag* bávaro ya en 1894 el grupo parlamentario llegaba a votar a favor del presupuesto atrayéndose la condena del siguiente Congreso Nacional del Partido en Frankfurt, en la región de Badem, la socialdemocracia local daba vida al experimento más avanzado de colaboración con los partidos burgueses en el gobierno. Al mismo tiempo los sindicatos intentaban sacudirse de encima la tutela ideológica y política del Partido; en el congreso sindical de Frankfurt, Theodor Leipart expresaba un sentimiento difundido cuando decía: “Déjenos entrar tranquilamente en la sociedad burguesa y presentar nuestros derechos y reivindicaciones como ciudadanos con paridad de derecho, como hacen las otras capas y partidos”.⁹

⁸ H. Müller, *Der Klassenkampf in der deutschen Sozialdemokratie*, Zurich, 1892, p. 25.

⁹ *Protokoll des dritten Kongresses der Gewerkschaften Deutschlands. Abgehalten zu Frankfurt a. M. vom 8. bis 13. Mai 1899* (Hamburgo, sin fecha, p. 13).

Cuando más se abandonaba la perspectiva del socialismo proyectándola lejana en el tiempo, tanto más se afirmaba lógicamente la tendencia a mejorar las condiciones actuales: la escisión entre el porvenir y el presente se hacía cada vez más completa.¹⁰ Y naturalmente un funcionario medio del Partido no se ocupaba más que del presente que lo tocaba de cerca.¹¹

El proceso era más lento pero no menos evidente en la sede de parlamento nacional donde el Partido debía enfrentarse a sus tradiciones, a la vigilancia de los militantes más concientes, a las deliberaciones de sus congresos. Sin embargo también en esta sede se desarrollaba la ofensiva revisionista contra la línea oficial del Partido y se puede decir que en cada campaña electoral el deseo de extender la propia clientela electoral provocaba nuevas brechas no sólo en la doctrina sino en la política del Partido. Comenzó M. Schippel sosteniendo la necesidad de votar los gastos

¹⁰ G. A. Ritter, *ob. cit.*, p. 160, en la nota, recuerda que en el Congreso de Gottenburg del sindicato de trabajadores de la madera, un orador llegó a decir expresamente que, dado que el Estado del porvenir no era de esperarse de hoy a mañana, “[...] nosotros debemos ponernos en grado de resistir en las condiciones actuales”. Ver también en la carta de Adler a Bebel del 13 de junio de 1903, en V. Adler, *Briefwechsel, cit.*, p. 421, la mención a la tendencia que se desarrolla en los trabajadores a “gozar tranquilamente lo que se ha ganado, a poder vivir una buena vida como los otros”.

¹¹ “La socialdemocracia oficial alemana de antes de la guerra, cuyo representante era Augusto Bebel, unía a una gran actividad políticosocial un formal radicalismo pasivo en todos los otros campos de la vida pública. El funcionario medio socialdemócrata no tenía ninguna relación intrínseca con los nexos de política exterior o militares, con la escuela y con la justicia y ni siquiera con los de la economía en general, especialmente respecto a la cuestión agraria. Él no se imaginaba jamás que llegaría el día en que él, el socialdemócrata, debería resolver todos estos problemas; a él le preocupaba todo lo que se refería en sentido estrecho a los intereses profesionales del obrero industrial y en ello era hábil y activo. Lo que quizás le interesaba inmediatamente después era cuando mucho, la cuestión del derecho electoral” (A. Rosenberg, *Historia, cit.*, pp. 14-15).

militares para no dejar a los soldados alemanes expuestos a un peligro mayor en caso de guerra; en apoyo a esta tesis, Heine, diputado de Berlín, expuso la teoría de la «compensación», por la cual los socialdemócratas deberían haber negociado su voto contra concesiones en el campo de la política social; Schippel todavía se hizo sostenedor de una política común de trabajadores y empresarios en favor de impuestos aduanales. Y a pesar de que el Partido en general condenase estas tomas de posición, el espíritu revisionista que lo animaba acababa por permear toda la actividad cotidiana del Partido, creando esa escisión oficial entre la doctrina y la práctica que Bernstein se propuso precisamente colmar sometiendo a revisión también la doctrina marxista.

Al hacer esto, por otra parte, se provocaba un conflicto abierto: si los dirigentes habían podido hasta entonces aparentar que no veían el carácter revisionista de la praxis y enmascarar bajo las frases tradicionales la ruptura entre la práctica y la teoría, entre lucha cotidiana y objetivo final, entre presente y futuro —cosas que el programa de Erfurt no había logrado superar— el surgimiento de Bernstein en el plano de la doctrina los obligaba a tomar una posición abierta. Por otra parte, esto ya había sido visto claramente por uno de los viejos dirigentes, que representaba en la dirección del Partido la tendencia netamente de derecha, Ignacio Auer, el cual escribía a Bernstein: “¿Juzgas realmente posible que un Partido que tiene una literatura vieja de 50 años, una vieja organización de casi cuarenta, y una tradición todavía más vieja, pueda realizar semejante cambio en un abrir y cerrar de ojos? [...] Querido Ede, lo que tú pides no se vota y ni siquiera se dice: se hace. Toda nuestra actividad —incluso la realizada bajo la ley vergonzosa— ha sido la actividad de un partido socialdemócrata reformista. Un partido que tiene que vérselas con las masas, absolutamente no puede ser de otra forma.”¹²

¹² E. Bernstein, Ignaz Auer, *Der Führer, Freund und Berater* en *Sozialistische Monatshefte*, 1907, 1, p. 345.

Para ser veraces, hay que reconocer que Bernstein comenzó prudentemente: desde octubre de 1896 hasta 1898 publicó en la *Neue Zeit* una serie de artículos agrupados bajo el título *Problemes des Sozialismus*, en donde la crítica al marxismo era por principio implícita y no explícita. En enero de 1897 el ataque fue dirigido a la táctica intransigente del Partido, en favor de una táctica de compromiso, y sólo después, pero en forma sucesiva, Bernstein pasó a criticar la concepción de la clase, la teoría de las crisis, etc. . . Finalmente en enero de 1898, en un artículo titulado *Zusammenbruchstheorie und Colonialpolitik*, como respuesta a Belfort Bax que decía que Bernstein había sacrificado el objetivo final del socialismo, afirmaba claramente no tener ningún interés por lo que comúnmente se llama el objetivo final y escribía la frase que se hizo famosa: "Este objetivo, cualquiera que sea, para mí es nada, el movimiento lo es todo".

La rutina que se derivaba de este enfoque no podía encontrar el favor de Rosa Luxemburgo. Procedía de un país de escaso desarrollo industrial como Polonia, que además era parte del imperio zarista, es decir, de un imperio que hacía apenas pocos decenios había abolido la servidumbre de la gleba y daba los primeros pasos hacia la industrialización, siendo todavía dominado por formas políticas absolutistas y precapitalistas. De joven había participado en movimientos ilegales en su país y llevaba por tanto consigo a occidente la carga revolucionaria propia del ambiente en que se había formado; por otra parte su cosmopolitismo hebreo, la vivacidad de su ingenio, su preparación intelectual, sus estudios económicos en la universidad de Zurich y, en fin, su experiencia de militante alemana, la disponían a superar el condicionamiento del ambiente de origen y a injertarse en la realidad occidental, sin perder el potencial de lucha revolucionaria que había asimilado desde su temprana juventud. Al intensificar su participación, con nuevas funciones de responsabilidad, en la vida de dos partidos que actuaban en condiciones tan diferentes, el alemán y el polaco, e interesándose por año-

didura, llevada por su profundo internacionalismo, a seguir el movimiento obrero de todos los países, estaba en las mejores condiciones para intentar una síntesis de diversas experiencias, sobre todo de sus dos experiencias fundamentales, la de un país capitalista desarrollado donde las preocupaciones dominantes se referían a la acción cotidiana, a pesar de todos los discursos revolucionarios¹³ y la experiencia contraria, o sea la de un país cuya situación objetiva no dejaba más que un escaso margen a la acción de cada día, se vio impulsada hacia los deslindes revolucionarios y las viejas formas conspirativas. “Montado en las raíces que tenía en el movimiento ruso-polaco, el radicalismo de Rosa Luxemburgo tenía un carácter diverso del de los radicales alemanes, con la sola excepción de Liebknecht. En el sentimiento, voluntad y pensamiento de Rosa, la revolución estaba siempre presente y prepararla era, como dice Clara Zetkin, su «única ambición». Esta ambición intentó inocularla en la socialdemocracia occidental, sobre todo en el Partido Alemán. Y al mismo tiempo intentó —su polémica con Lenin lo demuestra— hacer comprensible la esencia de la democracia al movimiento ruso-polaco, que era un movimiento de conspiradores, y con la esencia de la democracia ella quería decir la dignidad de un hombre y su capacidad de colaborar a la formación del propio destino”.¹⁴

¹³ Ya en el Congreso del Partido de Halle (1890), Bebel afirmaba que las nueve décimas partes, del trabajo de Partido estaban dirigidas a «elevar y mejorar» la condición de los trabajadores «sobre el terreno del presente orden social burgués» (*Protokoll Über die Verhandlungen des Parteitages der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands-Abgehalten zu Halle a. S. vom 12 bis 18. Oktober 1890*, Berlín 1890, p. 102) y no sin razón Von Vollmar, atacado por haber sostenido que el Partido debía renunciar a discutir sobre el mañana y concentrar toda su fuerza «en las cosas inmediatas y más urgentes», podía contestar que en realidad no había hecho otra cosa mas que delinear la que era ya la praxis del partido.

¹⁴ H. Roland Holst, *ob. cit.*, p. 75. Cfr. también la introducción de A. rajewski a la publicación de las cartas de R. L. a Jogisches en *Zpola Walki*, 1931, n. 11-12, pp. 178 y ss.

Esta tensión revolucionaria suya, junto con la inflexibilidad de su carácter, le hicieron particularmente difícil el aclimatarse a la vida de la socialdemocracia alemana donde ciertamente no había un espíritu revolucionario, e hicieron más fácil la tarea de sus adversarios internos. “Entre los «padres de la Socialdemocracia Alemana», Rosa Luxemburgo, con su insólito temperamento para la concepción alemana, con sus ideales no dispuestos a compromisos, que desempolvaban los ojos de la rutina, que aclaraban y ampliaban los horizontes podía suscitar un sentimiento de extrañeza más que de confianza y de benevolencia. En breve, sin embargo también ellos debieron convencerse de que Rosa Luxemburgo no era un meteorito de luz pasajera, sino un individuo sincero y totalmente, con todo su ser y con toda su conciencia, ligado al movimiento obrero. Eso prevaleció, aunque continuase siempre el sentimiento de una cierta extrañeza frente a una militante que no concedía jamás nada a la rutina que siempre buscaba la solución, la vía de salida de una situación dada. “Debido a que fue ella la primera en darse cuenta de que en el seno de aquel grande y fuerte partido, esperanza entonces de todo el movimiento obrero, había comenzado a penetrar el mal, que lo roía ya el gusano del oportunismo, fue también la primera que sacudió la tranquilidad de los dirigentes del partido”.¹⁵ Y, en efecto, no sólo fue la primera en denunciar expresamente el revisionismo declarado de Bernstein como una manifestación del pensamiento burgués, la presencia del enemigo de clase en las filas del proletariado, sino que también fue la primera en descubrir el revisionismo y el oportunismo latentes bajo la máscara de la ortodoxia marxista tanto de los dirigentes como de los mismos radicales de pseudoizquierda que no iban más

¹⁵ F. Tych., Introducción a la publicación de las cartas de R. L. a Leo Jogisches en *Z pola walki*, 1961, n. 3, pp. 128 y ss. La desconfianza e incluso el hastío de los dirigentes alemanes hacia R. L. transpira también de sus cartas, ver por ejemplo V. Adler, *Briefwechsel mit August Bebel un Karl Kautsky, gesammelt und erläutert von F. Adler*, Viena, 1951, p. 513.

allá de un continuo recordatorio verbal de la santidad de los principios.¹⁶ Si a menudo razones tácticas la obligaban a utilizar en la polémica las mismas palabras de los dirigentes, y por tanto a fingir aceptarlas por buenas, sus cartas dan claro testimonio de su pensamiento real.

Desde sus primeros contactos con la socialdemocracia alemana escribe a Roberto Seidl a Zurich denunciando el carácter «convencional, foto (*hölzern*) y adocenado (*scha-blonenhaft*)» de los artículos que se escriben, y pocos años después con el mismo corresponsal habla sin velos del mundo oficial del Partido, que no admite ni siquiera escribir la verdad en los periódicos socialistas.¹⁷ El año siguiente, en una carta a su amiga Roland-Holts, desahoga su ira ante el comportamiento político de este mundo oficial, aparentemente radical pero cada vez más rutinario y sin alma.

“No son entusiastas para nada —escribe— del papel que el llamado «radicalismo» ortodoxo ha jugado hasta aquí. Correr detrás de las tonterías oportunistas y repetir la crítica de ellas no es un trabajo que me alegre, más bien estoy tan cordialmente aburrida de este oficio que en estos casos prefiero mejor callar. Admiro también la seguridad con que muchos de nuestros amigos radicales juzgan necesario siempre regresar a la borreguita perdida —el Partido— al establo seguro de la «solidez de los principios» y no se dan cuenta que en esta manera puramente negativa no dan ningún paso adelante. Y para un movimiento revolucionario no caminar adelante significa hacerlo para atrás. El sólo medio par combatir radicalmente el oportu-

¹⁶ J. P. Nettl, autor de la biografía más reciente y completa de la Luxemburgo escribe que fue ella la que descubrió el oportunismo en la Segunda Internacional y la que dio de él una presentación conceptualizada (J. P. Nettl, *Rosa Luxemburgo*, Londres, 1966, pp. 853). Hay traducción al español: Era, México, 1974.

¹⁷ Cartas de R. L. a Roberto Seidl, la primera del 23 de junio de 1898 y la segunda sin fecha (pero 1903) publicadas en *Z pola walki*, 1959, n. 1, respectivamente en p. 69 y p. 84.

nismo es precisamente caminar adelante, desarrollar la táctica, acentuar el lado revolucionario del movimiento. El oportunismo es en general una planta pantanosa que se desarrolla rápida y abundantemente en el agua estancada del movimiento [obrero, n. de L. B.]; pero parece cuando hay una corriente robusta y vigorosa. Aquí en Alemania caminar adelante es una necesidad urgente, ¡candente! Y esto lo perciben muy pocos. Unos se pierden en pequeñas escaramuzas con los oportunistas, otros ceden y creen que el crecimiento automático, mecánico, de número (en las elecciones y en las organizaciones) significa ya por sí mismo un caminar adelante. Olvidan que la cantidad debe ser cambiada en calidad, que un partido de 3 millones no puede hacer todavía los mismos movimientos automáticos que hacía un partido de medio millón. No necesito decir a usted que yo no pienso en algún improvisado «descenso a la calle» o en alguna otra artificiosa aventura. Pero todo el trabajo debe asumir otro tono más profundo, la conciencia de la propia fuerza debe aumentar y... pero basta porque de otra manera introduzco en una carta un artículo de fondo”.¹⁸

Poco después, en ocasión de la revolución rusa y del debate sobre la huelga general, comienzan a enfriarse sus relaciones con Kautsky, en quien advierte límites y contradicciones entre sus palabras y en su forma de comportarse en la práctica. En una carta de 1907 e Clara Zetkin expone sin reservas también su pensamiento sobre Bebel, el líder indiscutible del Partido: “Después de mi regreso de Rusia me siento apaciblemente sola [...] Siento la pusilanimidad y la ordinariedad de todo nuestro Partido de una manera tan áspera y dolorosa como jamás en el pasado. Pero no me inquieto por estas cosas como tú, porque ya he comprendido con impresionante claridad que estas cosas y estos hombres no se pueden cambiar sino hasta que la situación haya mudado enteramente, y que incluso entonces

¹⁸ Carta de R. L. a H. Roland-Holst, del 17 de diciembre de 1904 en T. Roland Holst, *ob. cit.*, pp. 215-216.

[...] deberemos, ni más ni menos, saldar las cuentas con la resistencia inevitable de esta gente si queremos conducir adelante a las masas. La situación sencillamente es ésta: Augusto [Bebel], y tanto más los otros, se han echado totalmente de cabeza en favor de y en el parlamentarismo. Fallan completamente; es más, buscan encerrar todo dentro de las rejas parlamentaristas, y por tanto combatirán rabiosamente como «enemigos del pueblo» a todos los que quieran salirse de esto. Siendo que las masas y todavía más, la gran masa de los compañeros, están íntimamente cansados del parlamentarismo. Ellas saludarían con júbilo una corriente de aire fresco en la táctica, pero las viejas autoridades pesan todavía sobre ellas y todavía más los estratos superiores de periodistas, diputados y sindicalistas oportunistas [...] Mientras que se trataba de defenderse contra Bernstein y C., Augusto y C. aceptaban nuestra compañía y nuestra ayuda ya que, solos, se hubieran hecho en los calzones. Pero si se pasa a la ofensiva contra el oportunismo, entonces los viejos están con Ede, [Bernstein] Vollmar y David, y contra nosotros.”¹⁹

¹⁹ Carta de R. L. a Clara Zetkin de principios de 1907, reportada en P. Frölich, *ob. cit.*, pp. 156-157. Ver también el amargo juicio que da R. L. sobre los líderes socialdemócratas en una carta desde la cárcel a Matilde Wurm de fecha 28 de diciembre de 1916: “Si sólo me acuerdo de la galería de tus héroes me siento desmoralizada: el dulce Haase, Dittmann el de la bella barba y de los bellos discursos parlamentarios, Kautsky, el ondulante pastor que naturalmente tu Emmo [Emmanuel Wurm, n. de L. B.] sigue fielmente en sus altibajos, el magnífico Arthur [Stadhagen, n. de L. B.] —*ah je n'en finirai!* Te juro: preferiría pasarme aquí años [...] más bien que tener que «luchar», hablando con tu permiso, con tus héroes, o en general tener que ver con ellos” (*R. Luxemburg Briefe an Freunde*, Hamburgo, 1950, p. 45). En cuanto a su juicio sobre el optimismo evolucionista de Kautsky, es interesante confrontar dos cartas escritas a distancia de muchos años. El 11 de julio de 1900 escribe a Jogisches: “Mi discusión con K. K. se refería naturalmente a la situación general del Partido (el oportunismo), a su porvenir y a la táctica que es necesario seguir. Te contaré mejor esto de viva voz: sus ideas se pueden expresar brevemente con la sabi-

Estos juicios de Rosa no tienen tanto un valor personal cuanto un significado político, en cuanto ponen de relieve

duría de Ben Akiba: todo ha existido ya, por lo tanto no es el caso de preocuparse; el desarrollo material conduce hacia el socialismo, entonces todo debe andar bien, etc.” (*Z pola walki*, 1964, 3 p. 167). Y el 15 de abril de 1917, al escribir desde la cárcel a Luisa Kautsky habla de “[...] un cómodo optimismo fatalista, que debe esconder la propia impotencia, lo que precisamente me resulta odioso en tu esposo” (W. Blumemberg, *Einige Briefe Rosa Luxemburgo en International Review of Social History*, 1963. 1. p. 103). Es de subrayarse la agudeza del juicio luxemburguiano en un período en el que el mismo Lenin prestaba confianza al espíritu revolucionario de Bebel y Kautsky. Así, Lenin escribía sobre Bebel en 1909: “[...] Bebel es una autoridad tan grande en el movimiento obrero internacional, un dirigente práctico tan experto, un socialista tan sensible a las exigencias de la lucha revolucionaria que en 99 de 100 casos, él ha sabido surgir del pantano después de haber dado un paso en falso, extrayendo también del fango a aquellos que lo habían seguido” (*Neutralidad de los sindicatos en Acerca de los sindicatos*, Roma, 1950, p. 28). Y a propósito de Kautsky escribía en una carta a Soliápnikov el 27 de octubre de 1914: “Tenía razón R. Luxemburgo cuando escribió, hace tiempo, que en Kautsky existen «las migajas del teórico», en palabras llanas el servilismo, servilismo frente a la mayoría del partido, frente al oportunismo” (*Obras*, vol. xxxv, p. 109).

El juicio histórico no puede sino confirmar la opinión de R. L. de que los dirigentes de la socialdemocracia, comenzando con Bebel, fueron adversarios de palabra del reformismo pero que en realidad se servían de la fraseología revolucionaria sólo para cubrir la política reformista. “Los contrastes que llenaron la vida interna del Partido durante todo un decenio a partir de 1898, no fueron en ninguna parte tan profundos como la apariencia que tenían, y en todos sus aspectos esenciales eran irrelevantes para la práctica socialdemócrata. Si por un lado la voluntad de los revisionistas por acercarse al orden constituido fue limitada fuertemente por la estructura social del imperio germánico, por el otro, la mayoría radical, Bebel a la cabeza, representó precisamente en el interior de estos límites las mismas ambiciones de reforma social y política de las que la minoría se proclamaba abiertamente partidaria. Desde un punto de vista general, la disputa se reducía al hecho de que «unos aprobaban como reformistas lo que los otros aprobaban también, pero como revolucionarios»”. (E. Matthias, *Kautsky und der Kautskyanismus*, cit., p. 167).

cómo, detrás de las fórmulas marxistas y las afirmaciones clasistas de Kautsky y de Bebel, se escondía desde entonces una aceptación de la praxis reformista. La misma Luxemburgo, por otra parte, había reconocido, como veremos, que la diferencia entre una posición revolucionaria y una reformista no estaba tanto en el «qué», es decir en los objetivos de la lucha cotidiana, cuanto en el «cómo», es decir en la ligazón de estos objetivos al objetivo final: si esta ligazón, aunque proclamada de palabra, venía a faltar de hecho, si la perspectiva socialista no influía sobre el llamado «programa mínimo» y éste permanecía como fin en sí mismo, he ahí que la línea oficial se confundía en los hechos con la línea revisionista. Frente a esa, la línea revolucionaria de la Luxemburgo —a pesar de la leyenda difundida por obra de sus adversarios de una «Rosa sanguinaria» o «romántica de la revolución» («petrolera romántica» la llamó incluso, con valoración totalmente equivocada, Piero Gobetti) era una línea marxista, nutrida de severos estudios y de realismo político. En el curso de la guerra mundial, y cuando ya estaba en plena ruptura con la socialdemocracia oficial y se sentía el acercamiento de la revolución postbélica, ella exaltaba todavía la nueva estrategia marxista que ha colocado al trabajo en el lugar de las barricadas, pero con la condición de “[...] enderezar la táctica de combate de cada hora hacia la inmutable meta final”.²⁰ Y lo que precisamente ella reclamaba en la praxis socialdemócrata era que la acción cotidiana tuviera esta dirección hacia la meta final.

Tratemos de ver con claridad las contradicciones de fondo entre las dos concepciones. Antes que nada ayudará recordar cuánto se ha dicho ya acerca de la diferencia entre una visión evolucionista y una visión dialéctica de la historia. La primera, netamente dominante en el pensamiento socialdemócrata, veía desenvolverse la historia en modo rectilíneo: el socialismo debiendo suceder al capitalismo como una estación sigue a la otra a lo largo de una

²⁰ *Escritos Políticos, ob. cit.*, p. 440.

línea de ferrocarril. También para aquellos que no habían abandonado el objetivo socialista y creían de buena fe trabajar para él, todo el trabajo consistía en dar de vez en cuando algún pequeño paso adelante, a veces sobre el plano de las conquistas económicas, a veces sobre el de las conquistas políticas, cada paso representando un acercamiento seguro a la meta. Y la meta no era, en esta visión, concebida como un derrumbe revolucionario sino como la transformación gradual, progresiva, casi insensible, de la actual sociedad en la sociedad socialista. Por ello todo esfuerzo debía ser hecho para atenuar los contrastes, para limar las puntas, para encontrar compromisos, para no exasperar las situaciones, para evitar las crisis agudas, porque en tanto que la historia sigue caminando y mientras que se tenga paciencia, se llegará de la estación capitalista a la estación socialista. En todo caso se debe intentar impedir que los adversarios empujen para atrás el curso de la historia: en este sentido es justo decir, cómo lo hace Schorske, que la táctica de Bebel era una táctica defensiva, e incluso las menciones a la violencia y a la huelga general que se encuentran en sus discursos son colocadas en una perspectiva defensiva.²¹

Exactamente lo contrario era la concepción luxemburguiana. Para ella la historia no camina en modo rectilíneo sino mediante contradicciones dialécticas, al través de la lucha de clases. Existe una necesidad histórica, como se ha visto, pero en el sentido de que la historia no puede ser hecha arbitrariamente, no es un negocio donde se pueda comprar lo que se quiere,²² sino donde el presente con-

²¹ C. E. Schorske, *German Social Democracy 1905-1917*. Cambridge Mass., 1955, p. 43.

²² "Se ve que el egregio compañero no posee la más pequeña idea de la existencia de alguna dirección general del desarrollo social en cada país. Al contrario, imagina la historia como una gentil vendedora que en su negocio escoge entre la masa de las mercancías algo para cada quien según el gusto y la voluntad, y los socialistas deberían pedir naturalmente las cosas mejores porque vienen al negocio con la orden del futuro señor del mundo"

diciona siempre al futuro. Sin embargo este presente, al ser contradictorio, y la sociedad actual, al ser lacerada por profundas contradicciones de clase, contienen tendencias divergentes: el imperialismo y el socialismo son ambas tendencias objetivas del desarrollo social. Por ello si se quiere que prevalezca la tendencia socialista del desarrollo histórico sobre la otra, es necesario combatir duramente, a cada paso, pero se necesita hacerlo de manera rigurosamente científica. Es necesario en primer lugar localizar las tendencias objetivas del desarrollo social,²³ tomar ahí el lado revolucionario,²⁴ y empujar fuertemente en esta dirección a modo de agudizar las contradicciones con la clase dominante, que necesariamente apunta al lado opuesto del desarrollo histórico; y en consecuencia, a acrecentar la conciencia revolucionaria de las masas.²⁵ No se trata, por tanto, simplemente de ser pacientes sino de actuar.²⁶ Ciertamente también para Rosa Luxemburgo, como es obvio, existen momentos de tensión más o menos aguda, hay los altos y los bajos de la lucha, pero jamás puede haber detenciones en sentido absoluto porque la situación proporciona siempre ocasiones y motivos para las agitaciones y las batallas. Mucho más inadmisibles es querer evitar la lucha abierta en los momentos de crisis: “Es una locura gigante imaginar que nosotros debemos solamente sobrevivir a la guerra, como el conejo que espera bajo un ma-

(*Zur Taktik der polnischen Sozialdemokratie* en *Vorwärts*, 25 de julio de 1896).

²³ *Ibidem*.

²⁴ “El proletariado no es omnipotente [...] toda su potencia consiste sólo en la realización de la parte revolucionaria de la tendencia del desarrollo capitalista” (*Nacjonalizm a socialdemokracja rosyjska i polska: 1. Socjalpatriotyczna robinsonada* en *Przegląd Socjaldemokratyczny*, 1903, n. 10).

²⁵ *Socjalpatriotyczne lamance programowe*, *ibidem*, 1902, n. 3.

²⁶ En una carta desde la cárcel a Marta Rosenbaum de abril de 1917, escribe polémicamente en relación al Partido, que en el período mortalmente tranquilo de antes de la guerra: “[...] la impaciencia era la más alta virtud, desgraciadamente muy poco practicada”, (*Briefe an Freude*, *cit.*, p. 159).

torral el final del temporal para reemprender después, todo seco, su carrera”, escribe contra el hábito de esperar de Kautsky.²⁷ Y como la historia no sigue un camino rectilíneo, sino contradictorio, accidentado y por ello mismo diversificado, las situaciones no se repiten en forma idéntica y es imposible querer aplicar recetas o fórmulas válidas para todo caso, como pretenden los burócratas de la organización y los filisteos que pregonan «solamente parlamentarismo»: la lucha debe ser siempre una lucha concreta, basada en un análisis desprejuiciado capaz de tomar lo vivo de la realidad cambiante de las relaciones de clase y de las posiciones de fuerza. “La moderna clase proletaria conduce su lucha no según un esquema listo y cocinado custodiado en un libro o en una teoría. La moderna lucha obrera es un pedazo de historia, un pedazo de desarrollo social. Y en medio de la historia, en medio del desarrollo, en medio de la lucha, nosotros aprendemos cómo luchar [. . .] El primer deber de los militantes políticos, como somos nosotros, es proceder con el desarrollo de los tiempos y darse cuenta a cada momento de los cambios en el mundo moderno y de los cambios de nuestra estrategia de batalla”.²⁸

Ningún esquema por tanto, ningún modelo prefabricado, ni siquiera empirismo. Al contrario. La necesaria variedad de tácticas y de estrategias que es una consecuencia inevitable de la variedad de las situaciones (y el revolucionario que no supiese tomar y explotar la multiplicidad de lo real sería un dogmático y no un marxista), se aplica solamente por lo que respecta a los «momentos internos» del desarrollo: el resultado final debe ser siempre el mismo y las líneas esenciales de la estrategia son constantes. “Naturalmente ni siquiera la táctica corriente de la socialdemocracia consiste en *esperar* el desarrollo de las contradicciones capitalistas hasta la pudrición y sólo en

²⁷ *Escritos políticos, cit.*, p. 442.

²⁸ Discurso a la asamblea general de los sindicatos libres en Hagen del 1 de octubre de 1910, en *ARS*, II, pp. 360-361.

ese punto intentar un cambio repentino. Al contrario, nos basamos sencillamente en la *dirección* ya reconocida del desarrollo, pero después en la lucha llevamos al extremo sus consecuencias y en ello consiste la esencia de toda táctica revolucionaria”.²⁹ Y todavía más: la socialdemocracia “[...] no puede y no debe esperar fatalmente, con los brazos cruzados, la llegada de la «situación revolucionaria» [...] Al contrario debe, como siempre, *recorrer por anticipado* el desarrollo de las cosas, intentar apresurarlo. Pero no puede hacerlo distribuyendo de improviso, al momento justo o equivocado, la «consigna» caída del cielo de una huelga general, sino sobre todo aclarando a las más amplias capas proletarias la *llegada* inevitable de este período revolucionario, los momentos *sociales internos* que conducen a él y las *consecuencias políticas*”.³⁰

Probablemente ahora ya esté claro el significado de la mención que habíamos hecho más arriba al «qué» y al «cómo» en la diferencia entre estrategia revolucionaria y oportunista. En efecto, Rosa Luxemburgo no niega la validez de las reivindicaciones que forman el llamado «programa mínimo» de la socialdemocracia, la validez de las reformas parciales y de las conquistas limitadas, como tampoco discute el valor del «pequeño trabajo cotidiano», porque al contrario es precisamente de este trabajo cotidiano que ella quiere extraer el impulso revolucionario. Pero mientras para los revisionistas, y como ya se dijo, también para los centristas y los sedicentes «ortodoxos» estas conquistas parciales tienen un valor por sí mismas o en el mejor de los casos son etapas a lo largo de la avenida que lleva al socialismo, para Rosa Luxemburgo ellas sirven también dialécticamente para mostrar la esencia de la sociedad capitalista y los límites insalvables que ella presenta. Por ello, aparentemente todos quieren las mismas cosas: conquistas sindicales, reformas sociales y democratización de las instituciones políticas. Pero en realidad “[...] cuan-

²⁹ *Escritos políticos, cit.*, p. 172.

³⁰ *Ibidem*, p. 347.

do se considera la cosa más de cerca, las dos concepciones son incluso contrapuestas [...]", porque para la concepción revolucionaria todas estas conquistas, más allá de su valor inmediato, deben servir para convencer al proletariado "[...] de la imposibilidad de cambiar fundamentalmente la propia situación por medio de esta lucha y de la consecuente e imprescindible necesidad de llegar al fin a la conquista del poder político".³¹ En otras palabras, las luchas y las conquistas no pueden cambiar la naturaleza fundamental del imperialismo y sus tendencias insuprimibles: por ello precisamente sirven para ponerlas en mayor evidencia, aumentan con ello la voluntad de lucha y la conciencia de clase de los trabajadores y aumentando en tal modo la tensión social, conducen a la crisis final. Esta crisis final los oportunistas la habían prácticamente expurgado de su visión histórica porque no se necesitaba más: concebida la historia como una avenida que lleva por vía de evolución gradual a etapas siempre más avanzadas, hablar de crisis final o de catástrofe significaba introducir del exterior en el proceso histórico un elemento arbitrario, contrario a la lógica del proceso histórico, de sabor blanquista. Y en cuanto a los pretendidos ortodoxos que se mantenían fieles a la idea de una crisis final de la sociedad capitalista, ellos, sin embargo, no lograban ligarla a la lucha cotidiana, porque precisamente no lograban ver el carácter dialéctico de esta última: para ellos, por tanto, el famoso «derrumbe» del capitalismo aparecía más bien como algo abstracto, lejano, mecánico, casi la ejecución de una pena capital pronunciada por una fuerza trascendente, el decreto del destino o de la historia. En la visión de Rosa Luxemburgo, precisamente por el significado que ella le da a la lucha cotidiana, como medio continuo de intervención conciente en el proceso histórico para hacer triunfar una de las dos tendencias de desarrollo contra la otra, la crisis revolucionaria no es otra cosa que el punto terminal de este proceso de desarrollo, en cuyo interior

³¹ *Escritos políticos*, p. 169.

la tensión entre los dos polos opuestos ha ido creciendo hasta alcanzar el punto de ruptura. “Las catástrofes —advierete ella— no están en contradicción con el desarrollo sino que son un momento, una fase del desarrollo [...]” que sólo los pequeñoburgueses pueden concebir “[...] como un proceso insensible de diversas fases y grados de desarrollo que resbalan uno en el otro de manera del todo pacífica”.³²

En el marco de estas líneas estratégicas profundamente divergentes era natural que la Luxemburgo chocara sobre todos los terrenos con la política práctica conducida por el Partido. Engels había indicado tres campos de actividad a la lucha proletaria, el económico, el político y el ideológico, pero este último estaba prácticamente abandonado, al menos como campo de lucha para afirmar una posición autónoma de clase del proletariado, y al contrario, eran las ideologías burguesas las que cada día se abrían más brecha en el campo socialdemócrata. Quedaban la lucha económica y la lucha política, concebida la primera, esencialmente como lucha sindical (el movimiento cooperativo no tenía perspectivas amplias), y la segunda como lucha parlamentaria. ¿Acaso estas formas de acción pueden ser consideradas por sí mismas como revolucionarias, capaces, como los sostenían los revisionistas, de hacer surgir casi silenciosamente el socialismo de la sociedad capitalista, atenuando poco a poco las contradicciones, mitigando su aspereza, introduciendo siempre nuevos elementos socialistas al través de un proceso gradual e insensible? La Luxemburgo lo discute y muestra en cambio que acción sindical y acción parlamentaria, en cuanto se desarrollan por su naturaleza en el interior del sistema y por tanto se le subordinan, no pueden por sí solas modificar realmente su sustancia.

Acerca del problema de los sindicatos, la posición de la Luxemburgo era ya clara desde su escrito contra Bernstein. Polemizando contra la posición revisionista que confiaba a los sindicatos una tarea de primer plano en la victoria

³² *Erörterungen, cit.*, en GW, III, p. 164.

sobre el capitalismo (aumento de la cuota de ingreso nacional correspondiente al asalariado y disminución progresiva de la correspondiente a la ganancia, hasta la desaparición de esta última), ella había observado que la lucha del salario contra la ganancia no se efectúa en abstracto, sino en el terreno concreto de la sociedad capitalista y no puede por tanto romper por sí sola el mecanismo fundamental que es precisamente el mecanismo de la ganancia. Y había mostrado cómo en realidad la tarea de los sindicatos era, en las condiciones de entonces, bastante más modesta, aunque siempre esencial. Los sindicatos, escribía ella, no pueden ir más allá de la contratación de la fuerza de trabajo al interior de las relaciones capitalistas y por tanto pueden contrastar eficazmente las tendencias a la reducción de los salarios inherentes en la sociedad capitalista, pueden conseguir también mejoras sustanciales de las condiciones de trabajo, pero el límite de sus posibilidades está dado por las condiciones del mercado capitalista en cuyo marco se desenvuelve la contratación: el mayor éxito obtenible consiste por tanto en cristalizar las condiciones más favorables que el mercado capitalista consienta y no puede consistir en negar la ganancia porque esto detendría el mecanismo capitalista mismo. Y dado que las condiciones del mercado capitalista cambian continuamente, el sindicato nunca terminará de trabajar para alcanzar su objetivo, es decir, la consecución del máximo salario posible en las condiciones de mercado existentes, y por ello, su trabajo es parangonable en un cierto sentido al trabajo de Sísifo porque es un trabajo sin fin, que continuamente se repite, pero no por ello es inútil, pues sin él las condiciones de los trabajadores empeorarían sensiblemente. Este carácter del trabajo sindical, la existencia de un límite a sus posibilidades, tiene por otra parte una consecuencia política, la de amonestar a los trabajadores acerca de la imposibilidad de liberarse de la esclavitud del salario sin romper las relaciones productivas existentes, y acerca de la consecuente necesidad de luchar políticamente para derribar el orden capitalista como premisa de una eman-

cipación real: en este sentido la lucha sindical contribuye a formar la conciencia política, y en este sentido Rosa Luxemburgo hablaba de los sindicatos como escuela de socialismo.

Estas dos concepciones encontraron la oposición áspera de los sindicalistas: ellos interpretaban «trabajo de Sísifo» como equivalente de «trabajo inútil» y advertían en eso una grave minimización del trabajo sindical; en la fórmula del sindicato como «escuela de socialismo» veían una negación de la autonomía del sindicato y una justificación teórica de su subordinación al Partido. Rosa Luxemburgo se convirtió entonces en la bestia negra de los sindicalistas y en el objeto permanente de sus ataques en el curso de la larga polémica que en los primeros años del siglo sostuvieron para sustraer su propia organización a toda forma de dirección política por parte del Partido.³³ Y conforme los sindicatos se reforzaban, crecía su consistencia numérica y se consolidaba su organización, crecía también su autoridad frente al Partido: numérica y financieramente su fuerza era aplastantemente superior a la del Partido, y este hecho no podía dejar de pesar en sus relaciones recíprocas. Pero paralelamente a este proceso se verificaba otro: el peso creciente de los sindicatos reforzaba en el seno del movimiento obrero la tendencia que consideraba esencial no el objetivo final, el socialismo, sino la lucha cotidiana y los objetivos inmediatos, y esta tendencia acababa por considerar incluso como fin supremo de la propia actividad, el reforzamiento de la organización, la cual en esa forma se convertía de medio de lucha en objetivo, de instrumento de acción en objetivo de la acción misma: un objetivo que no podía por ninguna razón ser sacrificado y ni siquiera ser puesto en peligro. Así, con el triunfo gra-

³³ En su libro *Der Weg zur Macht*, Kautsky volvió a tomar la expresión «trabajo de Sísifo» y por su parte el órgano de los sindicatos *Korrespondenzblatt*, publicó una serie de artículos para combatir esta teoría, publicada después aparte con el título *Sisyphusarbeit oder positive Erfolge?* Berlín, 1910. Para toda esta polémica cfr. la introducción de Paul Frölich en *GW*, LV.

dual del reformismo barato, la organización terminaba por convertirse en un obstáculo cada vez más serio para la acción y la lucha: el conservadurismo de la burocracia sindical mataba el instinto de clase y la voluntad de lucha de las masas. Dado que los revisionistas y los oportunistas que dirigían el sindicato y, a pesar de las frases revolucionarias, también el Partido, eran llevados a disolver la lucha por el socialismo en la acción cotidiana, es decir en la lucha parlamentaria y en la sindical, y terminaban por concebir estos dos campos de actividad como dos manifestaciones de igual valor y autónomas del movimiento obrero: de ahí se deriva en la práctica la teoría de la autonomía y de la igualdad de derechos entre Partido y sindicatos, teoría que tuvo la sanción de los congresos y fue consagrada en un pacto que obligaba a la dirección del Partido a consultar con la comisión general sindical antes de tomar decisiones que pudieran empeñar a los trabajadores en acciones juzgadas de interés sindical. Contra esta pretendida igualdad de derechos, la Luxemburgo se levantó vivamente en nombre de la unidad del movimiento obrero que no puede ser dualizado en sectores separados e independientes. Una vez más es el concepto de totalidad el que ella opone a los oportunistas que quiebran el movimiento en pedazos separados: el objetivo final del movimiento es un objetivo político, la emancipación de los trabajadores de la explotación capitalista, y este objetivo puede ser perseguido concientemente sólo por la organización política del proletariado, el partido socialista, que en cuanto tal, representa la totalidad del movimiento. La lucha sindical es sólo un momento de esta totalidad y no puede ser vista sino en relación al todo, al cual debe estar subordinada. La igualdad de derechos entre sindicato y partido es por tanto un absurdo en el plano teórico, aunque en la práctica de la socialdemocracia alemana de aquel tiempo encontraba la propia justificación en el hecho de que el Partido había renunciado a ponerse como expresión de la voluntad revolucionaria conciente del proletariado, como guía de la acción conjunta de clase y ha-

bía reducido su propia actividad al mero parlamentarismo, es decir a una acción que se puede desarrollar tan sólo en el terreno de la presente sociedad, renunciando por tanto a ser el factor unificador de la totalidad.³⁴

Naturalmente esta subordinación del sindicato al partido en el sentido luxemburguiano —que de cualquier manera debe ser encuadrada en la situación concreta de su tiempo— no debe ser confundida con la teoría del sindicato como mera «correa de transmisión» de la voluntad, o peor, de las órdenes del partido. Rosa Luxemburgo no desconoce la autonomía de la organización sindical en la esfera de su propia actividad; sólo juzga que esta actividad puede ser concebida solamente como momento de una acción más vasta, política en el sentido más amplio de la palabra, que encabeza el partido. Vista en este marco la acción sindical no se agota en sus relaciones inmediatas, sino que tiene una tarea formativa de conciencia, el cual es en cierto sentido su punto más alto. Se trata precisamente de conducir a los trabajadores a tocar con la mano los límites de clase de la presente sociedad, a ver cómo una real emancipación de la explotación de que son víctimas es imposible en el ámbito del orden presente y exige necesariamente un profundo cambio social que lleve a la instauración de un régimen socialista: no tanto por lo que obtiene —aunque sea una mejora importante— sino sobre todo por lo que no puede obtener, el movimiento sindical contribuye eficazmente a la lucha socialista. Esto sólo es posible si el sindicato se mantiene sobre el terreno marxista de la lucha de clases, que ha sido la razón de su fuerza y de su superioridad sobre los otros sindicatos: pretender la paridad de derechos, pretender consecuentemente una propia y autónoma «teoría» sindical, significa privar al sindicato de su fuerza principal que es la doctrina marxista, es decir, precisamente la doctrina que da al sindicato conciencia de su función en el movimiento global³⁵ y con-

³⁴ *Escritos Políticos, cit.*, pp. 356-357.

³⁵ *Ibidem*, pp. 358-359. Naturalmente hay que trasladar las

vertirlo en definitiva en un engranaje del mecanismo burgués.

Se pueden hacer consideraciones análogas respecto a la lucha parlamentaria, considerada no como un momento de la acción de clase, sino como la forma por excelencia de la lucha emancipadora, según la teoría entonces de moda de que el aumento progresivo de los votos socialistas habría llevado, sin necesidad de otra cosa, a la consagración «parlamentaria» del socialismo. La Luxemburgo, ya lo hemos visto, aborrecía los esquemas de validez universal, y por ello no excluía la posibilidad de una vía pacífica al socialismo pero sí excluía que se pudiera hacer de esto un principio general, resultado de una elección socialista, porque la lucha de clases se desarrolla en condiciones históricas dadas y debe adaptarse concretamente a ellas. “El problema ¿revolución o tránsito legal al socialismo?, no es un problema de la *táctica* socialdemócrata, sino sobre todo un problema *del desarrollo histórico*”,³⁶ pero sería absurdo decidir *a priori* el uso exclusivo de los medios legales porque “[...] lo que se nos viene presentando como legalidad burguesa no es otra cosa que la fuerza de la clase dominante elevada *a priori* a norma obligatoria”.³⁷ En esta perspectiva, que admite la posibilidad de medios legales y medios ilegales de lucha, la acción parlamentaria tiene pleno derecho de ciudadanía, y es un instrumento eficaz a condición de que no se sobrevalore su importancia. En los períodos tranquilos de la sociedad burguesa, “[...] la lucha política de la socialdemocracia parece consumarse en la lucha *parlamentaria*. Pero la lucha parlamentaria, la otra cara que encuentra y completa la lucha sindical, es como ésta una lucha conducida exclusivamente sobre el

observaciones de la Luxemburgo al tiempo en que ella escribía. Hoy las tareas sindicales son más amplias, pero las tareas de dirección política corresponden siempre al partido.

³⁶ *Und zum dritenmal das belgische Experiment* en *Die Neue Zeit*, xx (1901-1902), 2, n. 33, (1 de mayo de 1902), p. 203, o en *GW*, iv, p. 361.

³⁷ *Ibidem*, p. 362.

terreno del orden social burgués. Es, según su naturaleza, trabajo de reforma política, como los sindicatos son trabajo de reforma económica. Ella representa trabajo político del presente, como los sindicatos representan trabajo económico del presente. Una y otros son tan sólo una fase, un grado de desarrollo en el conjunto de la lucha proletaria de clase, cuyos objetivos finales van en igual medida más allá de la lucha parlamentaria y de la lucha sindical”.³⁸ Si se pretende elevar esta parte a la calidad del todo, como lo hacía entonces el Partido en Baden, la organización proletaria se subordina a la sociedad burguesa: al generalizar a toda Alemania la praxis de Baden “[...] la socialdemocracia habría simplemente dejado de existir”.³⁹ La consigna «sólo parlamentarismo», es una manifestación de «cretinismo parlamentario» según la expresión de Marx.⁴⁰ Pero cuando se tenga conciencia de que “las maniobras parlamentarias y las estrategias electorales no tienen posibilidad de modificar los hechos históricos”,⁴¹ y que la verdadera fuerza del partido está en la conciencia y en lo compacto de las masas (“[...] nuestra verdadera victoria y nuestra verdadera potencia están en los 4 millones y medio de electores [...] y solamente la presión de estas masas desde el exterior es la que confiere importancia a nuestro grupo en el *Reichstag*, que puede tener 20 hombres de más o de menos”),⁴² el terreno parlamentario es

³⁸ *Dil badische Budgetabstimmung* (1910) en *Bremer Bürgerzeitung*, agosto de 1910, o en *GW*, III, p. 454.

³⁹ *Ibidem*.

⁴⁰ *Escritos Políticos, cit.*, p. 320.

⁴¹ *Was nun?* en *Gleichheit* del 5 de febrero de 1912, o en *GW*, III, p. 526.

⁴² *Unsere Stichwajltaktik* en *Leipziger Volkszeitung* del 4 de marzo de 1912, o en *GW*, III, p. 509. En esta forma la afirmación puede parecer excesiva y errada, pero el contexto del artículo explica el sentido, en cuanto los veinte diputados de más se hubieran debido obtener con alianzas y acuerdos que sacrificaban los objetivos socialistas y confundían la conciencia de clase, debilitando la combatividad y la fuerza del movimiento. Ver también *Was weiter?* (publicado en *Dormunder Arbeitzeitung* del

un terreno de lucha que el partido debe utilizar amplia y ventajosamente.

Las cosas dichas hasta aquí podrían hacer aparecer absurdo a un lector superficial que Rosa Luxemburgo se encontrara en el seno de la socialdemocracia alemana, a la cabeza de la lucha por la conquista del sufragio universal en Prusia (donde regía todavía el sufragio de las tres clases) y en general en todas las batallas por la democratización de las instituciones alemanas. Pero en verdad no hay nada de absurdo y de extraño. Si bien Rosa Luxemburgo no creía en la panacea parlamentaria, sin embargo creía firmemente en los valores democráticos y en la importancia que tenían para elevar la conciencia y la madurez de las masas trabajadoras a las que correspondía la responsabilidad de asumir la dirección del proceso histórico. Y por otra parte, a diferencia de sus compañeros de partido, ella no se hacía ninguna ilusión acerca de la democracia de la sociedad capitalista, que al llegar en aquellos años a la fase del imperialismo, llevaba en sí los gusanos de destrucción de la vida democrática y que era necesario por tanto dar sobre este terreno una batalla sin cuartel a las fuerzas del adversario.

Localizar las tendencias históricas del desarrollo capitalista y contraponerles las tendencias del desarrollo socialista: hemos visto ya que éste era el fundamento de la estrategia luxemburguiana. Una vez reconocido que el imperialismo, lejos de favorecer la vida democrática, como creían los socialdemócratas, sus contemporáneos, estaba en cambio, por su naturaleza, llevado a sofocar incluso los gérmenes de ella, Rosa Luxemburgo no podía no ver en ello una de las contradicciones fundamentales de su tiempo, dado que contemporáneamente, el imperialismo arrasaba nuevas masas al proceso productivo y proponía por

14-15 de marzo de 1910, o en gw, iv, p. 509): "Es imposible que la reforma electoral prusiana pueda ser resuelta con medios parlamentarios, solamente una acción de masas inmediata en el país puede llevar a un cambio".

tanto a estas masas el problema de una promoción social y civil propio, la cual es inseparable de un crecimiento democrático. Y he ahí por qué, mientras los dirigentes ultraparlamentaristas del Partido, fieles a la táctica de la defensa, de la paciencia, de la espera, se preocupaban por no exasperar las situaciones pensando que la tempestad pasaría, por mostrarse conciliadores para lograr nuevos electores en las pacíficas filas de la clase media, por no dar batalla y no correr riesgos para no provocar la cólera de la reacción y no poner en peligro la suerte de las organizaciones políticas y sindicales,⁴³ y mientras el “marxista” y “revolucionario” Kautsky inventaba la nueva estrategia, la estrategia de la usura (*Ermattungsstrategie*),⁴⁴ es

⁴³ “¿Pero qué lucha, qué acción, qué huelga puramente económica no significa un riesgo para el obrero? Si precisamente la potente y completa organización de nuestros sindicatos alemanes y su fuerza numérica debería ser una razón para tener, durante la lucha, más dudas delante a estos peligros de los que no tienen los sindicatos más débiles de otros países, por ejemplo de Suecia y de Italia, entonces este sería un argumento peligroso contra los sindicatos mismos; pues llevaría a la extraña conclusión de que entre más grandes y potentes son nuestras organizaciones tanto menos son capaces de acción y tanto más se convierten en vacilantes. El objetivo mismo de una organización fuerte de sindicatos sería por esto puesto en duda, dado que nosotros tenemos necesidad de las organizaciones como medios para un fin, como armas para la lucha, no como un fin válido en sí mismo” (*Ibidem*, pp. 515-516).

⁴⁴ En respuesta al artículo *Was weiter?*, *cit.* publicado en la *Dortmunder Arbeiterzeitung* después de que había sido rechazado tanto por el *Vorwärts*, órgano oficial del Partido, como por su órgano teórico *Die Neue Zeit*, Kautsky publicó en mayo en el *Neue Zeit* el artículo *Was nun?* en el que tomaba prestados de los estudios sobre la guerra de Delbrück, la noción de una «estrategia de la usura», (*Ermattungsstrategie*), que planteaba vencer al enemigo por el desgaste, contrapuesta a la *Niederwerfungsstrategie* («estrategia del derrocamiento»), buscaba enfrentar al enemigo, y sostenía que la primera, y no la segunda, se aplicaba a la lucha de clases en Alemania. A esta concepción, ideada a propósito para justificar la táctica conciliadora de la socialdemocracia que inevitablemente debía llevar a la capitulación del 4 de agosto, Rosa Luxemburgo replicó a su vez con el artículo *Er-*

decir el no hacer nada, Rosa Luxemburgo se ponía a la cabeza de la agitación por el sufragio universal y, ante el escándalo y el terror de sus compañeros de partido, lanzaba la consigna de la república.

Desde su panfleto contra Bernstein de 1898, Rosa Luxemburgo había dado este enfoque a la lucha democrática del proletariado: "El progreso constante de la democracia que a nuestro revisionismo como también al liberalismo burgués le parece la ley fundamental de la historia humana, o al menos de la historia moderna, visto más de cerca resulta ser una quimera [. . .] Si prescindimos así de una ley histórica general del desarrollo de la democracia, también en el cuadro de una sociedad moderna, y miramos solamente la fase actual de la historia burguesa, vemos también aquí, en la situación política, factores que más bien que conducir a la realización del esquema bernsteiniano, conducen en sentido contrario, al abandono por parte de la sociedad burguesa de las conquistas anteriores." Entre las causas que empujan en esta dirección, Rosa Luxemburgo indicaba entonces, además del hecho de que las instituciones democráticas habían agotado en gran parte la función útil para la burguesía en la fase de ascenso al poder, el creciente peso de la administración y por tanto de la burocracia en la vida estatal, pero sobre todo el desarrollo del imperialismo y del militarismo (pues si política mundial y militarismo son una tendencia *en expansión* en la fase actual, la democracia burguesa debe por consecuencia moverse a lo largo de una línea descendente, donde «política mundial» es sinónimo de imperialismo), y en fin, el miedo de la clase dirigente frente al avance del movimiento obrero. De ahí se sigue que, "[. . .] si para la burguesía la democracia se ha convertido en un elemento superfluo en parte, y en parte obstáculo, para la clase obrera se ha convertido en necesaria e indispensable. Necesaria antes que todo en cuanto que ofrece las formas

mattung oder Kampf? publicado en la *Neue Zeit* del 27 de mayo y 3 de junio.

políticas (autogobierno, derecho electoral) que servirán al proletariado de escalones y puntos de apoyo en su obra de transformación de la sociedad burguesa. Pero también indispensable, porque sólo en ella, en la lucha combatida por la democracia, en el ejercicio de los derechos democráticos, el proletariado se hace conciente de sus propios intereses de clase y de sus propias tareas históricas. La democracia en suma es indispensable, no en cuanto que hace superflua la conquista del poder político por parte del proletariado, sino al contrario, porque hace de esta conquista una *necesidad* y al mismo tiempo la única *posibilidad*".⁴⁵

Y algunos años después: "Si el partido social-demócrata obrero en todos los países combate por una mayor influencia sobre la legislación y en la administración, por el sufragio universal, por la escuela obligatoria y gratuita, etc., no es porque éstas sean tan sólo «bellas ideas», como hubiera dicho el probo señor Limanowski, que deben necesariamente ligarse al socialismo, que tampoco es una «bella idea», sino porque todas estas formas democráticas, necesarias al proletariado, se derivan del desarrollo de la sociedad burguesa, del desarrollo del capitalismo. Esto no es cambiado por el hecho de que el proletariado combata hoy sobre todo por la democratización del Estado burgués no junto a la burguesía, sino contra la burguesía. *Este hecho demuestra que a un cierto grado de madurez de los antagonismos de clase, la burguesía cesa de ser la representante del desarrollo, la dirección de cuyas corrientes progresistas se arroga el proletariado*".⁴⁶

En otras palabras, mientras Bernstein consideraba la democracia burguesa como una conquista definitiva e incluso la ley fundamental que gobernaba el desarrollo social, Rosa Luxemburgo consideraba, con justa razón, que en la fase imperialista, una vez agotada definitivamente la

⁴⁵ *Escritos Políticos*, p. 196.

⁴⁶ *Nacionalism a socjaldemocracja. cit.* [El énfasis es de Lelio Basso.]

función democrática de la burguesía, era el proletariado el que debía ponerse a la cabeza de la lucha por la democracia, no para completar la revolución burguesa, sino para abrir, gracias a la hegemonía conseguida en este terreno, la nueva fase de la revolución socialista. Después de la revolución rusa de 1905 ella veía con creciente claridad esta función histórica del proletariado, y por ello rechazaba la tesis menchevique según la cual la revolución socialista habría debido esperar que la burguesía cumpliera primero el ciclo de la revolución democrática, porque esta revolución democrático-burguesa, en la fase del imperialismo, estaba ya excluida.⁴⁷

Pero es en el problema de la guerra donde esta estrategia luxemburguiana ha tenido una influencia notable en el desarrollo ulterior del movimiento obrero. Aquí se puede decir que fue Rosa Luxemburgo la que introdujo un elemento importante y original en el análisis del desarrollo y de la ubicación del tipo de catástrofe, inherente al desarrollo, hacia la que el capitalismo iba al encuentro. Tanto Marx como sus sucesores habían apuntado generalmente a una crisis económica como matriz de revolución y era contra esta opinión que Bernstein había conducido su batalla. Al replicarle, la Luxemburgo declaraba no considerar esencial la idea de que una crisis económica debería marcar el momento del derrumbe: "El que este momento haya sido concebido bajo forma de una crisis económica general y catastrófica no sucedió naturalmente sin buenas razones, pero tampoco queda como idea fundamental este hecho marginal y no esencial".⁴⁸ Lo esencial era que el desarrollo capitalista contuviera en sí, necesariamente, elementos de crisis, y en su nueva fase del imperialismo este elemento podía ser la guerra.⁴⁹ Hemos visto como Rosa

⁴⁷ *Escritos políticos*; ver el discurso pronunciado en el Congreso del POSDR en Londres.

⁴⁸ *Escritos Políticos*, p. 148.

⁴⁹ Marx y Engels habían tenido presente naturalmente esta posibilidad: "Esa tarea no comenzará a existir sino en el mo-

Luxemburgo partía del concepto de que el imperialismo no es una manifestación patológica del régimen capitalista sino que es su modo de ser en la fase que atraviesa hoy el mundo; que tras a los juegos sutiles de la política mundial de las grandes potencias imperialistas actúan tendencias económicas que representan para el capitalismo una «necesidad histórica»; que eso lleva necesariamente en tiempo de paz al militarismo y a la carrera del rearme, y que todo ello desembocará inevitablemente en una guerra. Este tema de la guerra había sido ciertamente reiterado en los congresos de la Internacional y los anarquistas habían propuesto con insistencia una huelga general que se desencadenaría en concordancia con la declaración de guerra, proposición que había sido rechazada como utópica y de realización imposible. Por lo contrario, las corrientes socialistas de derecha, para las cuáles el im-

mento en el que por una guerra mundial el proletariado será empujado, a desempeñar el papel principal en el país que domina los mercados mundiales, Inglaterra. La revolución que aquí encontrará no ya su fin, sino su principio de organización, no es una revolución de breve alcance" (K. Marx, *Las luchas de clase en Francia*, en K. Marx y F. Engels, *Opere scelte*, cit., p. 452). También Engels en su Introducción al panfleto de S. Borkeim, *Zur Erimmerung für die deutsche Mords patrioten 1806-1812* (1887) había previsto que una próxima guerra hubiera podido ser una guerra europea que hubiera procurado en 3-4 años devastaciones semejantes a las de la guerra de los 30 años, desorganizado industrias, comercio, crédito, etcétera., creado las condiciones para una bancarrota general, colapso de viejos Estados, etcétera: "Es absolutamente imposible predecir como acabará todo esto y quién emergerá victorioso de la lucha. Un solo resultado es absolutamente cierto: agotamiento general y advenimiento de las condiciones para la victoria final de la clase obrera". También en ocasión de la guerra de Crimea, Marx y Engels habían esperado que en ella se hubieran creado las condiciones para una revolución. Sin embargo siempre habían considerado con mayor probabilidad la eventualidad de una crisis; y todavía el Congreso internacional de Londres de 1896, en su moción oficial, había hecho referencia a la crisis económica como causa de revolución y esta era la doctrina aceptada por cuantos creían en la revolución socialista.

perialismo era un hecho patológico que se podía corregir, ilusionábanse también en la idea de que la guerra fuese evitable mediante acuerdos diplomáticos o conferencias sobre el desarme; y no pensaban ciertamente en la guerra como posible salida revolucionaria.

Por tanto, corresponde a la Luxemburgo el mérito de haber llevado al primer plano en el seno del movimiento internacional el factor militarismo y guerra como un potencial factor revolucionario.

La historia debía darle razón con la primera revolución rusa de 1905, nacida en el curso de la guerra ruso-japonesa, y con las revoluciones que han acompañado y seguida las dos guerras mundiales. Pero su campaña en este sentido proviene de 1900, al término del decenio que marca, se puede decir, el advenimiento de la fase imperialista:⁵⁰ en el Congreso del Partido Alemán en Maguncia

⁵⁰ En el último decenio del siglo XIX se dio la alianza franco-rusa en 1891, con la consecuente polarización de las fuerzas en Europa en la Triple Alianza y la Doble Alianza; la entrada del Japón en la activa competencia imperialista (con la guerra a China de 1894-1895); de los Estados Unidos con la victoria electoral de Mac Kinley (1896) y la guerra del azúcar contra España (1898); la agresión de Italia a Abisinia (1896) y la de Inglaterra a los boers (1899); la tensión franco-inglesa en África, que culminó en el incidente Fascioda y el inicio de la carrera por la supremacía naval de Alemania contra Inglaterra, instigada por el emperador Guillermo II. Sin embargo no fueron muchos los que supieron ver en estos fenómenos la señal del inicio de una nueva fase del capitalismo, que llevaba en su propio seno la guerra mundial como una «necesidad histórica». En cuanto a Rosa Luxemburgo, ya expresaba su interpretación en una carta a Jögisches el 8 de enero de 1899: “[...] en la política internacional hasta los últimos 5-6 años, el papel *central* pertenecía a Constantinopla, y alrededor de ella se desarrollaba toda la lucha internacional. Y como aquí se trataba precisamente de conquistar un punto puramente estratégico, entonces en los últimos 10 años se creó la política del apoyo a la integridad de Turquía para el equilibrio político. Con lo cual la *cuestión* de Constantinopla es convirtió en un *punto muerto* sobre el que se detuvo el desarrollo de las relaciones internacionales. Hacia 1895 sucedió un importante cambio: la guerra nipona *abre el portón* chino y

(septiembre de 1900), Rosa Luxemburgo y sus compañeros de izquierda habían insistido particularmente sobre este punto.⁵¹ Fue por tanto con justa razón que en el Congreso Internacional de París, inmediatamente posterior al de Maguncia, fue nombrada relatora de la iv comisión (Paz Internacional, Militarismo, Supresión de los ejércitos permanentes) y en esa sede hizo valer sus concepciones, poniendo de relieve lo que había de nuevo bajo este aspecto, es decir «que la política del militarismo se ha generalizado y acentuado bajo la forma de la política mundial

la política europea empujada por los intereses capitalistas y estatales se precipita hacia Asia. Constantinopla pasa a un segundo plano. Aquí la lucha internacional y con ella el desarrollo de la política tienen un vasto campo: la ocupación y división de toda Asia se convirtió en el objetivo al que tiende la política europea. Acontece la rápida toma de Asia a pedazos, y ahora también Persia y Afganistán son atacados por Rusia e Inglaterra. De aquí los antagonismos europeos en África reciben nuevo impulso y la lucha estalla también ahí con nueva fuerza (Fascioda, Delagoa, Madagascar). Está claro que la división de Asia y África es el objetivo *ulterior*, después del cual la política europea ya no tiene hacia dónde desarrollarse. Entonces sobrevendrá de nuevo un paréntesis, como hace poco con la cuestión oriental, y a los Estados de Europa no les quedará otra cosa por hacer más que echarse de cabeza uno contra otro, lo que conducirá en política al período de las crisis definitivas” (*Z pola walki*, 1963, n. 1-2).

⁵¹ Fue en el Congreso de Maguncia donde Ledebour, también de la tendencia radical, había dado del imperialismo la definición tomada después por Lenin de «última etapa del capitalismo». La palabra «imperialismo» no era todavía corriente y se usaba más bien la expresión «política mundial» (*Weltpolitik*) Ledebour había hablado de la «nueva era de la política de rapiña y de opresión de los pueblos», de la que eran representantes Chamberlain en Inglaterra y Mac Kinley en los Estados Unidos y había agregado: “Tenemos que enfrentarnos a fenómenos de importancia histórica mundial en la última etapa del imperialismo”. Antes que él, Federich de Karlsruhe había también afirmado que “[...] estamos frente a un grado de desarrollo, quizás el último (*Entwicklungsstufe*) del capitalismo” (*Protokoll Über die Verhandlungen des Pareitages der Sozialdemokratischen Partei Deutschlande — Abgehalten u Mainz vom 17. bis 21, September 1900*. Berlín, 1900, pp. 166-167).

del imperialismo», que con ello «la sociedad burguesa ha entrado en una nueva fase de su evolución; el mundo capitalista toma nuevo impulso en su desarrollo», pero «precipita el momento fatal de su derrota». “Ya que esta política —agregó—, comienza a dominar toda la política interna y exterior del mundo capitalista, es necesario que en la política socialista se organice la defensa. Es tiempo de que por medio de sus representantes, el partido socialista tome oficialmente nota de la política mundial; es esto precisamente lo que hemos querido poner de relieve con nuestra resolución [. . .]. Pero se impone una unión más estrecha de los proletarios de todos los países en materia política para dar un nuevo impulso a la lucha cotidiana y también desde el punto de vista de nuestro objetivo final. Ciudadanos, al comienzo del movimiento socialista se suponía generalmente que habría una vasta crisis económica que marcaría el principio del fin, la *grande debacle* capitalista; ahora bien esta hipótesis ha perdido muchas de sus probabilidades, pero se hace cada vez más probable que sea en cambio una vasta crisis política mundial la que doblará en la hora de la muerte del capitalismo. Por tanto ciudadanos, si el Malborough capitalista se va a una guerra, de la cual quizás no regresará, si la política mundial genera conflictos y acontecimientos inesperados, incalculables, es necesario que nos preparemos para el gran papel que nos tocará asumir tarde o temprano”.⁵²

La famosa resolución del Congreso de Stuttgart (1907) no es más que un desarrollo de esta premisa: en Stuttgart, cuando hasta los más ciegos debían darse cuenta que los

⁵² *Compte-rendu sténographique non officiel de la version française du cinquième Congrès Socialiste International tenu a Paris du 23 au 27 septembre 1900, Par 1901*, pp. 181-185. Pocos historiadores han subrayado la importancia y originalidad de la contribución que este informe luxemburguiano daba y las perspectivas que abría a la doctrina de la revolución. Sin embargo véase la justa valoración que hace de él G. A. Ritter, *Die Arbeiterbewegung im Wilhelminischen Reich*, Berlín Dahlem, 1959, pp. 195-196.

peligros de guerra se acercaban, el militarismo y los conflictos internacionales constituían el primer y más importante punto del orden del día. La delegación alemana, que daba el tono a los congresos internacionales, estaba formada predominantemente por elementos de derecha y Bebel había preparado una moción en su acostumbrado estilo centrista en la que en general, las palabras estaban escritas para impedir los actos. Frente a ésta, había en el congreso otras tres resoluciones: la de Herve que volvía a tomar la idea de la huelga militar y de la insurrección como respuesta inmediata a toda declaración de guerra, de cualquier país que viniera; la de Guesde que rechazaba cualquier idea de agitación antimilitarista en cuanto el militarismo era inseparable del capitalista y sólo la victoria integral del socialismo lo hubiera podido hacer desaparecer; y finalmente la de Jaurés-Vaillant que parecía la más realista y la más seria en la definición de los medios de lucha contra el militarismo. En la subcomisión encargada de proponer una resolución al congreso, entró Rosa Luxemburgo —que en el congreso representaba a la socialdemocracia polaca— a proposición de Lenin que con ese objeto le hizo atribuir un mandato del Partido Socialdemócrata Ruso. Y fue en representación de los Partidos—polaco y ruso— que ella presentó la enmienda al texto de Bebel que después, en el curso de la primera guerra mundial, se convertiría en la plataforma de lucha de Lenin. La enmienda se liga al informe del Congreso de París porque concluye con la afirmación de que de la crisis política y económica provocada por una guerra, los partidos socialistas deben extraer el motivo para una intensa agitación de las masas populares hasta el derrumbe del dominio capitalista, lo que naturalmente es posible solamente si antes de la guerra, y sobre todo al intensificarse el peligro, se ha conducido una lucha cada vez más decidida contra el militarismo y el imperialismo, usando los medios más enérgicos que consiente la situación. Al defender la enmienda, que fue aprobada, ella se levantó contra los delegados alemanes Bebel y Vollmar, los cuales habían “[. . .] declarado

que no se hubiera podido hacer más de cuanto había sido hecho hasta entonces. Sin embargo la revolución rusa no surgió solamente de la guerra, sino que además ha servido para interrumpir la guerra que de otra forma el zarismo hubiera continuado. Comprendemos la dialéctica histórica no en el sentido de que debemos esperar con los brazos cruzados hasta que ella nos traiga sus frutos maduros. Soy convencida seguidora del marxismo, y precisamente por ello considero como un grave peligro dar a la concepción marxista esa forma rígida y fatalista, cuya única consecuencia es la de provocar reacciones excesivas como el *herveísmo*".⁵³

Stuttgart marcó un viraje en la lucha contra la guerra, dando con la enmienda Luxemburgo una nueva dirección a las posiciones marxistas, dirección que los sucesivos congresos de la Internacional, en particular el de Basilea (1912) debían confirmar.⁵⁴ Pero Rosa Luxemburgo sabía

⁵³ *Internationale Sozialisten-Kongress-Stuttgart 1907-vom 18, bis 24, August*, Berlín, 1907, p. 97. Zinoviev, entonces brazo derecho de Lenin en Suiza y redactor con él del órgano central del Partido bolchevique, haciendo historia de las posiciones de la Segunda Internacional, dirá de este discurso que fue el único pronunciado en Stuttgart que se separaba por razones de principio del punto de vista francés y alemán en los que se inspiraban los textos en discusión y que «proporcionó la base de una posición marxista revolucionaria», mientras que de la enmienda Luxemburgo, firmada también por Lenin y por otros, dirá que «sólo en ella se expresan las ideas marxistas con plena claridad». (G. Zinoviev, *La II Internacional y el problema de la guerra*, publicado en *Sbornik Sotsialdemokrata* en octubre de 1916 y después incluido en la compilación de artículos de este período preparada por Lenin mismo: N. Lenin, G. Zinoviev, *Gegen den Strom. Aufsätze aus den Jahren 1914-1916*, Verlag Der Kommunistischen Internationale, 1921, pp. 476-477.

⁵⁴ En otro artículo de Zinoviev, todavía sobre el tema de la guerra civil, publicado en el órgano oficial del Partido bolchevique *Sotsialdemokrat*, n. 51 del 29 de febrero de 1916 e incluido en la compilación citada (pp. 321-327), se afirma que la enmienda Luxemburgo, presentada a nombre del Partido ruso además del Partido polaco, expresaba al parecer del Partido bolchevique en la cuestión de la guerra civil y que al parecer había

que la afirmación de un principio tiene muy escaso valor si no se traduce en acción: no hubiera sido posible utilizar la guerra como matriz revolucionaria si no se hubiera luchado antes, intensamente contra la guerra. Si en todo movimiento del desarrollo histórico está enclavada la contradicción dialéctica entre la «necesidad histórica» del imperialismo y la del socialismo, si cada momento encierra potencialmente dos futuros contradictorios, depende de cómo las fuerzas sociales en pugna logran ligar cada momento aislado a la cadena de los hechos históricos, la posibilidad de que ésta tenga una salida más bien que otra. “Por un lado, Rosa Luxemburgo, habiendo ubicado en el militarismo y en la guerra dos aspectos de la «necesidad histórica» del imperialismo, entendió que sólo el movimiento obrero podía contraponerle la defensa de la paz,⁵⁵ y por tanto, la lucha contra el militarismo y contra la guerra en preparación era para ella una exigencia precisa de clase del proletariado, tanto más que, como se ha visto, veía en la futura guerra la matriz de esa crisis política de la que hubiera podido nacer el empuje revolucionario y el derrumbe de la sociedad capitalista. Pero dado que toda revolución exige una amplia participación de masas concientes, y la conciencia se adquiere sólo al través de la experiencia y la lucha, el compromiso antimilitarista se convertía en un elemento necesario de la preparación revolucionaria: sin esta preparación, el momento de la crisis hubiera llegado igualmente, pero hubiera encontrado al proletariado, como sucedió, impreparado para su tarea.

permanecido inmutable desde 1907. También la resolución sobre la posición de las corrientes socialistas aprobada en el I Congreso de la Tercera Internacional hará de esta enmienda un punto de referencia para identificar las corrientes marxistas en el seno de la Segunda Internacional.

⁵⁵ “Como un factor de paz debemos confiar no en los intereses pacíficos de cualquier grupo capitalista, sino solamente en la resistencia de los elementos populares concientes” (*Um Marokko* en *Leipziger Volkszeitung* del 24 de julio de 1911, en *ARS*, II, pp. 382-383).

Siguiendo a Engels ella pensaba que el éxito final de la revolución se hubiera podido lograr no tanto con una victoria del pueblo armado contra el ejército, sino con la unión de los soldados a las fuerzas populares; y ello suponía en los soldados una conciencia y madurez política capaces de liberarlos del sistema de la obediencia rígida impuesta por los reglamentos y la práctica militar. Con este fin era también necesario un largo período de luchas educadoras que arrastraran sobre todo a la juventud: la propaganda antimilitarista debía romper la separación entre ejército y pueblo minando en la conciencia popular el respeto a las autoridades constituidas y sustituyéndolo, en cambio, con un espíritu de encendida combatividad contra la opresión que de él se deriva y contra el peligro de guerra”.⁵⁶

Pero los socialistas que se dedican a conciliar, a atenuar las contradicciones de clase, a colaborar con el adversario y a justificar las actitudes como «demócratas» o «pacifistas», los socialistas que esperan la paz o la democracia de la colaboración con las fuerzas del imperialismo, son un obstáculo objetivo a la solución socialista y por tanto una ayuda objetiva al imperialismo.⁵⁷ La socialde-

⁵⁶ “Somos de la opinión de que las guerras pueden ser conducidas sólo hasta que la masa del pueblo trabajador, o las hace con entusiasmo porque las considera cosa justa o necesaria, o al menos las soporta pacientemente. Cuando en cambio la gran mayoría de la población trabajadora llega a convencerse —y despertar este convencimiento, esta conciencia, es precisamente la tarea que nos proponemos nosotros los socialdemócratas— cuando, digo, la mayoría del pueblo llega a convencerse de que las guerras son un fenómeno bárbaro, profundamente inmoral, reaccionario y adverso al pueblo, entonces las guerras se hacen imposibles [...]. Los que llevan el llamado uniforme del rey son solamente una parte de la población trabajadora y si ésta alcanza la necesaria conciencia de que la guerra es reprobable y dañosa al pueblo, entonces también los soldados comprenderán (por sí solos) sin nuestras intimidaciones, lo que deben hacer en el caso específico”. (*Militarismus, Krieg und Arbeiterklasse*, pp. 401-405 en *Escritos Políticos*, ob. cit.).

⁵⁷ La socialdemocracia alemana se rehusó obstinadamente a

mocracia, “[...] con la aprobación de los créditos y la aceptación de la tregua civil, está usando todos los medios a su alcance en el sentido de evitar la crisis social y *el levantamiento de las masas por obra de la guerra*”,⁵⁸ escribirá durante la guerra misma. Y ciertamente es de achacar a la responsabilidad de la socialdemocracia alemana el que en el curso de la crisis revolucionaria que sucedió a la guerra, no sólo fue decididamente frenada toda solución socialista sino que se conservó casi intacta la fuerza del capitalismo imperialista que en pocos años debía tomarse la revancha con Hitler.

La estrategia luxemburguiana estaba por tanto en antítesis total con la línea oficial del Partido, sobre todo después de 1905. En concreto: ella tenía la certidumbre de la próxima guerra mundial, veía que en cuanto más se acercaba el imperialismo a su suprema prueba de fuerza, tanto más se hacía sentir su exigencia de sofocar también la vida democrática; veía por tanto acercarse sobre los principales frentes de batalla momentos de crisis aguda que hubieran podido proporcionar un potente combustible para una solución revolucionaria. Pero una revolución no exige solamente la existencia de condiciones objetivas que

tomar en serio el peligro de guerra denunciado por la Luxemburgo y sus compañeros. En el mismo Congreso de Stuttgart, Bebel había afirmado que «en los círculos influyentes de Alemania casi nadie quiere la guerra» (Resumen cit., p. 83). Todavía en 1911, en plena crisis marroquí, después de que el crucero alemán «*Panther*» había entrado en el puerto de Agadir, la proposición de los socialistas franceses de una manifestación internacional contra las aventuras imperialistas, sostenida por ingleses y españoles, fue rechazada por el comité ejecutivo de la socialdemocracia alemana en una carta del secretario Molkenbuhr en la que se expresaba la opinión de que el Partido debía esforzarse en los problemas internos y no correr riesgos electorales con una acción referente a la política internacional. Al hacer pública la Carta, Rosa Luxemburgo logró levantar una fuerte indignación contra el comité ejecutivo, pero éste, después de un repliegue formal, siguió con su política acostumbrada. Cfr. G. Haupt, *Le Congrès manqué*, Paris, 1965, p. 34.

⁵⁸ *Escritos Políticos*, p. 512.

la hagan posible, sino que también una participación activa, y por tanto, una preparación subjetiva de las masas. ¿Cómo conseguir esta preparación que hubiera debido ser una de las tareas esenciales de la socialdemocracia? Para la Luxemburgo, como para Marx, la conciencia se forma en la praxis y la conciencia de clase en la lucha de clase: los volantes y los discursos de propaganda no serían por sí solos suficientes sin la directa experiencia de las masas. Pero la experiencia directa de las masas tiene necesidad, a su vez, de ser guiada y dirigida por la socialdemocracia para acentuar en la sociedad presente su carácter esencial y contradictorio, para pasar del estímulo ocasional, del objetivo parcial, de la lucha cotidiana, a la visión total de la sociedad, para verificar en todo conflicto las barreras de clase que constituyen el máximo obstáculo para eliminar las causas profundas del conflicto mismo en el marco de la sociedad presente.⁵⁹ En esto estriba precisamente la referencia a la categoría de totalidad, la visión del porvenir en el presente, la ligazón permanente de la lucha cotidiana con el objetivo final. Tarea del partido es, por tanto, no sólo la de percibir toda ocasión de lucha, toda posibilidad de movilización de las masas, sino también la de profundizar lo más posible los términos de la lucha y agudizar las contradicciones, porque ello no sólo desarrolla la conciencia de las masas sino que acerca y prepara la crisis revolucionaria, es decir, transforma en desarrollo real aquéllo que como hemos visto sólo son tendencias de desarrollo inmanentes en la sociedad capitalista; traduce en realidad histórica la necesidad histórica de la revolución socialista.

Naturalmente todo ello no puede ser provocado artifi-

⁵⁹ "El absolutismo en Rusia debe ser derrumbado por el proletariado. Pero el proletariado tiene necesidad para ésto de un alto grado de educación política, de conciencia de clase y de organización. Todas estas condiciones no se las puede procurar con folletos o volantes, sino tan sólo por la escuela política viva, por la lucha y en la lucha, en el curso progresivo de la revolución". *Escritos Políticos*, p. 316.

ciosamente: sin una contradicción real, sin una tensión real de las relaciones sociales, las masas no son empujadas a la lucha; y si falta un impulso espontáneo de las masas, las consignas de los partidos no son suficientes por sí solas. Sin embargo, las contradicciones reales no faltan en la sociedad capitalista, es más, son ineluctables: la estrategia y sobre todo la táctica deben saber captar cotidianamente los motivos más válidos, descubrir las tensiones quizás latentes, advertir todos los desequilibrios, utilizar todos los puntos de apoyo. Y deben además tender a unificar estos diversos embates en un movimiento político unitario que asuma claramente el objetivo más avanzado posible en ese momento, el que puede constituir el punto común de referencia de las diversas luchas en marcha: sólo de esta manera se puede salir de un marco sectorial parcial, que en cuanto tal es siempre inmanente a la sociedad presente, y dar una dirección socialista a las luchas de los trabajadores. Por otra parte, las contradicciones de la sociedad no hay que entenderlas como un dato bruto, meramente objetivo, independiente de la presencia y de la acción de las masas, porque el proceso histórico es siempre fruto de una interacción recíproca entre momentos objetivos y subjetivos: en último análisis, el grado de agudización y por tanto de incidencia revolucionaria de las contradicciones capitalistas, está en función del grado de conciencia y de fuerza combativa de los trabajadores.

Esta exigencia estaba presente en la Luxemburgo desde el inicio de su actividad, y la encontramos ilustrada en el primer informe preparado por ella sobre la situación polaca para el Congreso Internacional de Zurich,⁶⁰ y desde

⁶⁰ Bericht, cit., p. 30, nota 1. En este informe Rosa Luxemburgo sostiene la necesidad de que la socialdemocracia impulse al proletariado a batirse por todos los objetivos económicos y políticos con el fin de guiarlo a entender el nexo y a ver la sociedad en su conjunto de manera que pueda madurar una conciencia revolucionaria. En esta forma, advierte que el comportamiento del gobierno frente a las luchas económicas (prohibición de las huelgas así como de las uniones obreras y de las cajas de

este punto de vista es particularmente eficaz y sugestivo el análisis de la revolución rusa de 1905 en su obrita sobre la huelga general. La estrecha unidad de la lucha política y económica —dos caras de la misma lucha de clase— la fuerza creativa de la acción y la posibilidad de suscitar siempre nuevas oleadas, la rápida maduración de la conciencia en el fuego de las batallas y el nacimiento de nuevas fuerzas organizadoras de las mismas experiencias de la lucha: todo eso aparece con nítida evidencia en la narración luxemburguiana. De ahí emerge también con claridad una estrategia que tiende a utilizar todas las posibilidades de lucha, haciendo nacer o desarrollar en cada batalla la conciencia de metas más avanzadas, de objetivos más vastos, en los que se recojan y se fusionen todos los impulsos populares. Y es el profundo valor de esta experiencia, no ciertamente la repetición mecánica de los hechos, lo que ella se esforzó por hacer asimilar también al proletariado occidental.

Si ella hizo en aquellos años agitación antimilitarista y por el sufragio universal, los dos puntos cardinales de su batalla en Alemania, es porque juzgaba que sobre estos dos terrenos el imperialismo era más amenazador y agresivo y que sobre ello, por tanto, se debería concentrar la acción popular. Pero no intentó jamás hacer de ellas agitaciones en sí mismas. En toda su polémica de aquellos años dos motivos resuenan constantes: la necesidad de mantener siempre al proletariado a la ofensiva, de no dejar jamás caer en el vacío la ola que ha sido levantada, de no dejar perder el potencial de lucha que se ha acumulado,⁶¹

resistencia; intervención de la policía y del ejército en los conflictos de trabajo, etc.), debe empujar a la clase obrera a luchar también en el terreno político y a hacer del primero de mayo no sólo la jornada de lucha por las ocho horas de trabajo sino al mismo tiempo por el sufragio universal, por los derechos de asociación y de reunión, por la libertad de conciencia, de palabra y de prensa, etc. . .

⁶¹ "Las manifestaciones de la voluntad de masa en la lucha política, en efecto, no se pueden mantener artificialmente a lar-

y la necesidad de romper las barreras sectoriales y de reanimar la voluntad de lucha de los trabajadores hacia objetivos políticos comunes. En esta forma reclama al Partido y a su órgano oficial, el *Vorwärts*, el haber intentado mantener cuidadosamente separadas dos grandes agitacione temporáneas, una por el sufragio universal y otra contra la desocupación, ¡un bonito ensayo de la «estrategia de la usura» a la Kautsky!, en lugar de ligar la demanda de pan y trabajo con la demanda del voto;⁶² así, en la campaña electoral de 1911 protesta contra la consigna del Partido de limitarla a los temas de política interna, impuestos y legislación social. “Pero la política financiera, el dominio de los *junker*, la tregua en la legislación social, están orgánicamente ligados con el militarismo, con el rearme naval, con la política colonial, con el régimen personal y su política exterior. Toda división artificiosa de estos campos puede dar sólo una imagen incompleta de nuestra situación política. En las elecciones para el *Reichtag* debemos difundir principalmente la luz socialista, pero esto no es posible si limitamos nuestra crítica exclusivamente a la política interior de Alemania, si no describimos las grandes ataduras internacionales, el avance del dominio capitalista en todos los continentes, la anarquía que se manifiesta por donde quiera y el papel dominante de la política colonial y mundial en este proceso”.⁶³ Y una vez más, contra la táctica paciente y adormecedora de la «usura»: “No usura sino lucha en toda la línea:

go plazo y al mismo nivel, no se dejan encasillar en una misma forma. Deben crecer, agudizarse, asumir nuevas y más eficaces formas. La acción de masas desencadenada debe seguir adelante. Y si al partido le falta decisión en el momento oportuno, si no sabe dar a las masas al consigna necesaria, entonces inevitablemente se adueña de ella una cierta desilusión, el empuje se reduce y la acción se divide y termina” *Was weiter?*, cit., p. 516

⁶² *Ermattung oder Kampf?* en *Die Neue Zeit*, xxviii (1909-1910), 2, n. 35 (27 de mayo de 1910), p. 257, e.n. 36 (3 de junio de 1910), p. 291, o en *GW*, iv, p. 537.

⁶³ *Um Marokko*, cit., p. 383.

esto es lo que necesitamos. No la revancha dentro de un año y medio en las urnas, sino inmediatamente, golpe por golpe”.⁶⁴

El objetivo unificador de estas luchas no puede ser más que la lucha contra el imperialismo, en el que se resumen todas las contradicciones sociales. “Los problemas del militarismo y del imperialismo representan hoy el eje central de la vida política; en ellos, y no en un problema de responsabilidad ministerial o en otras reivindicaciones puramente parlamentarias, está la clave de la situación política”.⁶⁵ Pero el sostén visible de la política imperialista, el punto de referencia de todas las fuerzas reaccionarias es la monarquía: “La monarquía semifeudal con su régimen personal forma indudablemente desde hace un cuarto de siglo, y refuerza cada año, la base del militarismo, la fuerza motriz de la política de rearme naval, el espíritu de la aventura imperialista, y constituye el sostén de los *junker* en Prusia y el baluarte del predominio del atraso prusiano en toda Alemania [...]”; la monarquía es, “[...] por decirlo así, el enemigo personal y jurado de la clase obrera y de la socialdemocracia. La consigna de la república es por tanto en Alemania, hoy en día, infinitamente más que la expresión de un bonito sueño del «Estado popular» democrático o de un doctrinarismo político abstracto; es un grito de guerra práctica contra militarismo, «marinismo»⁶⁶ política colonial, imperialismo, dominio de los *junker* y prusificación de Alemania. Esta consigna es sólo una consecuencia y una síntesis drástica de nuestra lucha cotidiana

⁶⁴ *Ermattung oder Kampf?*, cit., p. 553. Ver también en *Was nun?* (*Gleichheit* del 5 de febrero de 1912, o en GW, III, p. 530): “Ofensiva en toda la línea en la lucha por el derecho electoral, en la lucha contra el imperialismo, en la lucha por el pan a buen precio y en el trabajo positivo de la política social”.

⁶⁵ *Was nun?*, cit., p. 627.

⁶⁶ «Marinismo» significa el militarismo aplicado a la flota. Dada la carrera para convertir a Alemania en una potencia naval, emprendida por Guillermo II contra Inglaterra, la marina tenía un peso particularmente importante en la política alemana.

na contra todos estos aspectos parciales de la reacción dominante".⁶⁷

Una síntesis drástica de todas las luchas parciales representaba para Rosa Luxemburgo el crisol que debería fundir todas las energías de la clase trabajadora y atraer a la lucha fuerzas que la política oficial del Partido y de las organizaciones sindicales mantenían alejadas: en particular las masas no organizadas, que metían miedo a los dirigentes, preocupados por asegurar en cada caso el orden y la disciplina de las agitaciones.⁶⁸ Y en este crisol Rosa Luxemburgo esperaba fundir también la unidad entre proletarios del trabajo y proletarios de uniforme militar: estos últimos "[...] son solamente una parte de la población trabajadora y si ésta alcanza la necesaria conciencia de que la guerra es reprobable y dañina para el pueblo, entonces también los soldados comprenderán por sí solos, sin nuestras intimidaciones, lo que deben hacer en el caso específico".⁶⁹ Contra el «espíritu de aventura de la soldadesca imperante», que amenaza la paz internacional y atenta contra la seguridad pública y el derecho personal con el estado de sitio, que pone en juego el mismo sufragio universal y el derecho de coalición,⁷⁰ un frente de todos los trabajadores se convierte en posible con tal que no sea el mismo partido socialdemócrata el que frene el impulso.

⁶⁷ *Zeit der Aussaat* en *Volswacht* del 25 de marzo de 1910, o en *GW*, IV, p. 521.

⁶⁸ "En un Partido en el que, como en el alemán, el principio de la organización y la disciplina de Partido es valorado en modo extraordinario, en el que por ello la iniciativa de masas no organizadas y su capacidad de acción espontánea, por así decirlo, improvisada, que han constituido un factor importante y a menudo decisivo en todas las grandes luchas políticas realizadas hasta ahora, está casi excluida, corresponde precisamente al Partido [...etc.]". (*Was weiter?*, *cit.*, p. 514). Sobre la importancia de las masas no organizadas ver, sobre todo, *Escritos Políticos*, capítulos V y VI.

⁶⁹ *Escritos Políticos*, p. 405.

⁷⁰ *Die künftige Revanche en Sozialdemokratische Korrespondenz* del 20 de enero de 1914, o en *ARS*, II, p. 484.

Es conocido que la socialdemocracia alemana se dedicó precisamente a frenar el impulso de las masas haciendo aparecer como fantásticas las previsiones realistas de Rosa Luxemburgo, y así ayudó objetivamente al imperialismo a desencadenar la guerra mundial. Sin embargo, el marco de la estrategia luxemburguiana que hemos intentado delinear no estaría completo si no subrayamos que, en su concepción, esta oposición radical del proletariado a la sociedad burguesa en nombre del socialismo, debía dar al proletariado mismo, junto con la autonomía política, también la autonomía cultural. “Muy pronto [...] la acción del socialismo que busca salvar la civilización de las amenazas feudales prusianas, se desplegará con vigor acrecentado gracias precisamente a la liquidación del revisionismo. Porque la conexión íntima del movimiento socialista con el impulso intelectual se realiza no gracias a los tráfugas que nos vienen de la burguesía, sino gracias al ascenso de la masa proletaria. Esta conexión se basa no en una afinidad cualquiera de nuestro movimiento con la sociedad burguesa, sino en su *oposición* a esta sociedad. Su razón de ser es el *objetivo final* del socialismo, la restitución de todos los valores de la civilización a la totalidad del género humano. Y entre más se acentúe el carácter proletario de la socialdemocracia, más probabilidades habrá de que la civilización alemana sea salvada de las rejas de sus celadores feudales, y que Alemania misma escape al anquilosamiento de tipo chino en el que la quisieran mantener los conservadores”.⁷¹

⁷¹ *Keknickte Hoffnungen* en *Die Neue Zeit*, xxii (1903-1904), 1, n. 2 p. 33, o en GW, III, p. 206.

III

LA REVOLUCION

Las dificultades de la tarea no residen en la fuerza del adversario, en la resistencia de la sociedad burguesa. [...] Las dificultades están en el proletariado mismo, en su inmadurez, o más bien en la inmadurez de sus jefes, de los partidos socialistas.

Rosa Luxemburgo

El método y la estrategia de Rosa Luxemburgo que hemos delineado hasta aquí se refieren en general a la lucha de clases que se desarrolla en el marco de la sociedad capitalista con el objetivo de preparar y apresurar el choque decisivo: veamos ahora como se articularía esta estrategia en el curso de la verdadera lucha revolucionaria.

Hemos puesto de relieve que una de las más importantes contribuciones de Rosa Luxemburgo a la teoría revolucionaria fue la ligazón establecida entre revolución y guerra, más bien que entre revolución y crisis. También hemos señalado ya, como otra importante característica de la posición luxemburguiana, el esfuerzo por realizar una síntesis de las experiencias rusa y occidental: si ésta última podía ofrecer el ejemplo de una clase obrera más madura, y más directamente involucrada en la lucha política moderna, por tanto más dotada de las cualidades necesarias para convertirse en clase dirigente, la clase obrera rusa de-

bía en cambio ofrecer el ejemplo de un mayor vigor combativo, de un impulso revolucionario más rico, sobre todo con una menor integración al Estado capitalista, y por tanto, con una mayor posibilidad de ruptura radical con el sistema. En otras palabras, aun reconociendo a la clase obrera alemana y a su Partido una función dirigente, en cuanto a capacidad política con miras a una futura gestión del poder, y en cuanto a métodos de lucha en una sociedad capitalista avanzada, Rosa Luxemburgo se inclinaba a pensar que cualquier impulso revolucionario vendría de Rusia. En sus tenaces polémicas con el Partido Socialista Polaco, que tenía en su programa la reconstitución del Estado polaco, y contra los socialistas occidentales que lo sostenían en nombre de la antigua aversión al régimen zarista, siempre había afirmado que era un error considerar a Rusia como baluarte de la reacción porque, al contrario, se estaban madurando en el seno de las masas rusas gérmenes revolucionarios capaces de dar frutos copiosos.¹

Establecidas estas dos premisas era por tanto natural que ella, como dirigente de la socialdemocracia polaca, luchase contra la guerra ruso-japonesa e intentase utilizarla con fines revolucionarios, al igual que los bolcheviques rusos con los cuáles se llevó al cabo entonces un acercamiento notable.² En la interpretación del significado de la re-

¹ "El reforzamiento del movimiento obrero en Rusia en los últimos años, que se propaga en círculos cada vez más amplios al través de sangrientas manifestaciones y enormes huelgas, es un fenómeno que da a todo socialista la garantía más segura de la destrucción del despotismo ruso. Las noticias sobre la lucha revolucionaria del proletariado ruso fueron acogidas con gran entusiasmo no sólo por los pueblos subordinados al zar, sino en toda Europa, en los dos hemisferios donde el socialismo tiene su bandera", (*Nacjonalim e socialdemokracja, cit.*). El escrito es de 1903

² "Fue a continuación de las vicisitudes revolucionarias de los años 1905-1906 en Rusia y Polonia cuando el Partido polaco de Rosa Luxemburgo, el SDKPIL, entró a formar parte del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso en el IV Congreso (Estocolmo

volución de 1905 se encontró en contradicción con todos los seudomarxistas esquemáticos que se imaginaban la historia de cada país como una sucesión regular de las fases históricas que los países más avanzados habían ya atravesado, y que por ello hablaban de una revolución democrático-burguesa que habría debido marcar el pasaje de un régimen absolutista-semifeudal a un régimen capitalista parlamentario. Atenta al análisis de las diversas situaciones vivas y preocupada por ubicar todo acontecimiento en la totalidad de sus relaciones, la Luxemburgo no podía dejar de advertir el hecho de que la revolución se desarrollaba en un país donde había ya una clase obrera y un partido socialistas, y donde por otra parte la burguesía era relativamente débil y tímida y más dispuesta al compromiso con el poder autocrático, lo que no podía dejar de dar a esa revolución un carácter profundamente diverso del de las revoluciones burguesas de occidente. Es decir, en Rusia se verificaba un empalme de situaciones históricas por las cuales el proletariado y la socialdemocracia se convertían en protagonistas de una revolución antes de que la burguesía hubiera cumplido su ciclo histórico, antes aun de que hubiera podido sentarse en el poder.³ “Esta interpretación rompía con el esquema escolástico que concebía un curso histórico uniforme para todos los países y que proponía una revolución socialista hasta el término del desarrollo capitalista, es decir, cuando la sociedad estuviera reducida enteramente a un Estado capitalista puro con una ruptura total entre un capitalismo fuertemente concentrado y una inmensa mayoría de obreros asalariados organizados por la socialdemocracia. En cambio, comenza-

1906), y Rosa Luxemburgo misma participó después como delegada al V Congreso del POSDR (Londres 1907), donde pronunció dos importantes discursos y contribuyó con los votos polacos, a dar la mayoría a los bolcheviques contra los mencheviques”. Estos discursos están reproducidos en R. Luxemburgo, *Ausgewählte Reden und Schriften*, vol. II, Berlín, 1951, con alguna leve omisión sin importancia.

³ *Escritos Políticos, cit.*, pp. 350-351.

ba a aparecer la que sería después la teoría leninista del eslabón más débil, que por otra parte ya había sido anticipada en alguna forma por Marx, en el sentido de que, a causa de esta conjunción de distintas situaciones económicas, el proletariado pudiera lograr más fácilmente la victoria en un país atrasado donde el poder estatal y el capitalismo eran más débiles.

“La revolución que actualmente se lleva al cabo contra el absolutismo ruso, es consecuencia de los resultados generales del desarrollo capitalista internacional y aparece menos como un epílogo de las viejas revoluciones burguesas que como un precursor de la nueva serie de las revoluciones proletarias de Occidente. Rusia es *el país más atrasado, pero precisamente porque está imperdonablemente retrasado en la consolidación de su revolución burguesa, puede mostrar de esta manera nuevas vías y métodos de lucha de clase útiles al proletariado de Alemania y de los otros países capitalistas avanzados*”.⁴

Esta tesis ponía a la Luxemburgo en conflicto absoluto con los mencheviques para los cuales, en cambio, Rusia debería haber atravesado todas las fases que habían caracterizado el desarrollo de los países más avanzados, y por ello, habría debido pasar por una revolución demo-

⁴ *Huelga general, partido, sindicatos, Escritos Políticos*, p. 351 *ob. cit.* [El énfasis es de Lelio Basso]. Ver también el artículo *Die Revolution in Russland* (“*Neue Zeit*” del 25 de enero de 1905, n. 18, pp. 572-577): “La revolución rusa [...] por el hecho mismo de su retraso sobre las revoluciones europeas, es de un tipo totalmente original. Rusia hace su aparición en la escena mundial de la revolución como el país políticamente más atrasado. [...] Pero es precisamente por esta razón que, contrariamente a la opinión en boga, la revolución rusa reviste un carácter de clase proletario más acusado que el que se advierte en todas las revoluciones precedentes”. También Marx había sostenido que la revolución socialista saldría definitivamente victoriosa sólo si triunfaba en Inglaterra, en la patria del capitalismo, pero que estallaría más fácilmente en países menos avanzados, en la periferia del mundo capitalista. Y también, por lo que respecta a Inglaterra, pensaba que el estallido revolucionario podría ocurrir en la región donde el capitalismo era más débil, es decir en Irlanda.

craticoburguesa, después por un período de lucha parlamentaria, etc. . . , antes de que pudiera hablarse de una revolución socialista. En esta concepción, el movimiento obrero era reducido a un papel subalterno: se trataba de ayudar a la burguesía a conquistar el poder a fin de permitir la plena expansión del capitalismo, con lo que se suponía que el movimiento obrero se reforzaría, preparándose para tomar el poder.⁵

Para Rosa Luxemburgo, como para la izquierda socialista en general, el proletariado debía en cambio tener la dirección de la lucha revolucionaria porque era la única clase capaz de conducir esta lucha (la burguesía capitalista y la pequeña burguesía eran demasiado débiles y mucho más llevadas al compromiso con la autocracia), incluso si no tenía todavía la fuerza de instaurar un régimen socialista, para lo cual hacían falta las condiciones objetivas. "Cuando llegamos a la conclusión de que la burguesía en la revolución actual no asume y no puede asumir la función de guía del movimiento de liberación, que ella, por la esencia de su política es contrarrevolucionaria, cuando por ello declaramos que el proletariado no puede ya considerarse como tropa auxiliar del liberalismo burgués, sino como vanguardia del movimiento revolucionario, que regula su política, naturalmente en unión con las otras clases, pero deduciéndola de sus propias tareas e intereses de clase, ya que el proletariado no es tan sólo el mensajero de la burguesía sino que está llamado a tener una política autónoma. Al decir todo esto, parece claro que el proletariado conciente debe explotar todo movimiento revolucionario del pueblo y subordinarlo a su guía y a su política de clase":⁶ éstas son palabras pronunciadas en el

⁵ Martynov en *Dos dictaduras* (Cit. por Frölich, *ob. cit.*, p. 115), escribía que la clase obrera debería haberse limitado a sostener a la burguesía en sus aspiraciones al poder, «a constreñir a los estratos dirigentes de la sociedad, a conducir la revolución burguesa hasta su lógico final».

⁶ ARS. II, pp. 300-301.

Congreso de Londres del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso en 1907, en polémica con los mencheviques.

«Explotar todo movimiento revolucionario del pueblo y subordinarlo a su guía y a su política de clase»: esto presentaba también el problema de la relación entre proletariado y campesinado. Rosa Luxemburgo rechazaba francamente la tesis menchevique según la cual los campesinos, tomados globalmente, eran una clase reaccionaria, pero tampoco aceptaba la tesis contraria de que ellos pudieran marchar hasta el final, sosteniendo la revolución socialista. Su posición y la de su Partido era que se debería distinguir entre un estrato potencialmente revolucionario (peones y campesinos pobres), y un estrato potencialmente reaccionario (campesinos medios y ricos), pero que, de todas maneras, si hubieran obtenido la tierra, los campesinos se hubieran convertido en un obstáculo al desarrollo posterior de las luchas socialistas. Por ello pensaba que la clase obrera no debería abandonar la hegemonía y la guía de la lucha jamás, y a la fórmula leninista de la «dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y de los campesinos» contraponía la de la «dictadura revolucionaria del proletariado, apoyándose en los campesinos».

Pero si el proletariado debía guiar la revolución hasta el abatimiento del zarismo y eventualmente hasta la conquista del poder, no hubiera estado en grado de conservarlo, sea debido a su debilidad relativa respecto a la inmensidad de las tareas que tenía por delante,⁷ sea en razón de la situación internacional. Sin embargo, aunque llegara a ser derrotado, el proletariado ruso abría un capítulo nuevo

⁷ «Ninguna revolución ha terminado de otro modo que con la dictadura de una sola clase y ahora existen todos los elementos para que el liquidador sea el proletariado. Naturalmente ningún socialdemócrata se ilusione con la idea de que el proletariado *logrará conservar el poder*; si lo conservase conduciría al poder su idea de clase, realizaría el socialismo. Para esto, hoy no alcanzarán las fuerzas precisamente porque el proletariado, en el sentido estrecho de la palabra, en el Estado ruso, es una minoría de la sociedad». (*Blankizm i socjaldemokracja en Czerwony Sztandar* del 27 de junio de 1906, o en WP, 1, p. 490).

en la historia, el de las revoluciones socialistas, lo que era importante desde dos puntos de vista. En primer lugar, para Rusia misma, donde la revolución derrotada había creado de todas maneras una situación que impedía al viejo régimen mantenerse inmutable mientras la burguesía no hubiera logrado consolidarse en el poder. Por tanto, escribirá más tarde, la derrota de 1906, “[...] no es un fracaso, sino la conclusión natural del primer capítulo, al cual deberán seguir otros, con la ineluctabilidad de una ley natural”.⁸ Y desde este punto de vista la revolución de 1917 le ha concedido razón.

Al mismo tiempo la revolución rusa, en una situación internacional en la que todo se mantenía en calma, abría la discusión sobre la revolución en Alemania, es decir en el país donde existía el partido socialista más fuerte. En esta alianza entre proletariado ruso y alemán, alianza que ella sentía intensamente, el primero le era ciertamente deudor al segundo de la doctrina marxista, de la experiencia de la lucha de clases y en general de todo cuanto era necesario para que un partido socialdemócrata surgiera y se afirmara, pero a su vez, el proletariado ruso podía enseñar al occidental «nuevas vías y métodos de lucha» que hubieran podido alimentar el futuro esfuerzo revolucionario. Esta íntima unidad internacional de la lucha proletaria estaba en el centro de sus esfuerzos de militante socialista de dos partidos, uno de los cuales operaba dentro de los confines del imperio zarista y el otro en Alemania.⁹

⁸ *Escritos Políticos*, pp. 498-499.

⁹ Stern en *Die Auswirkungen der ersten russischen Revolution von 1905-1907 auf Deutschland*, Berlín, 1955, p. 202, reproduce del *Hamburger Nachrichten*, edición vespertina del 8 de diciembre de 1905, la noticia de un mitin celebrado por Rosa Luxemburgo, en Hamburgo, en el curso del cual, al anarquista Erich Mühsam que reivindicaba los méritos de los anarquistas en Rusia, ella replicó vivazmente que “[...] la dirección de la revolución rusa estaba en Rusia solamente, en las manos de la socialdemocracia internacional y estaba en estrechísimo contacto con la socialdemocracia alemana [...] Es carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre la que lucha en Rusia”.

Era natural que los jefes socialdemócratas alemanes, tan orgullosos de la fuerza de su propia organización y por otra parte tan escolásticamente adheridos a la idea de un desarrollo capitalista uniforme en todos los países, no pudieran aceptar la idea de un proletariado ruso a la vanguardia de la revolución socialista, a la vanguardia incluso respecto al proletariado alemán y a la socialdemocracia alemana. Deben haber sentido horror frente al pasaje siguiente del escrito ahora citado de la Luxemburgo: "Por tanto, tomando las cosas también por este lado, aparece como erróneo del todo el considerar desde lejos la revolución rusa como un bello espectáculo, como algo específicamente «ruso» y a lo más como digno de admirar el heroísmo de los combatientes, es decir de los iniciadores **externos** de la lucha. Es mucho más importante que los obreros alemanes aprendan a considerar la revolución rusa como una *actividad propia*, no sólo en el sentido de la solidaridad internacional de clase con el proletariado ruso, sino sobre todo como *un capítulo de su propia historia social y política*. Aquellos dirigentes sindicales y aquellos parlamentarios que consideran al proletariado alemán como «demasiado débil» y a las condiciones alemanas como demasiado inmaduras para luchas de masa revolucionarias, evidentemente no tienen ninguna idea de que la medida de la madurez de las relaciones de clase en Alemania y de **la fuerza del proletariado** no se encuentra en las estadísticas de los sindicatos alemanes o en las estadísticas electorales, sino en los acontecimientos de la revolución rusa. Precisamente del mismo modo en que la madurez de las contradicciones de clase en Francia bajo la monarquía de julio y en la época de la batalla de París de junio se reflejaban en la revolución alemana de marzo, en su curso y en su fiasco, así hoy la madurez de los antagonismos clásicos alemanes se reflejan en las fuerzas de la revolución rusa. Y mientras los burócratas del movimiento obrero alemán van buscando la prueba de su fuerza y de su madurez en los cajones de sus escritorios, no se dan cuenta de que lo buscan está precisamente delante de sus ojos con una gran

evidencia histórica, ya que, considerada históricamente, la revolución rusa es un reflejo de la fuerza y de la madurez del movimiento obrero internacional, por tanto en primera línea del alemán".¹⁰ Sin embargo no eran sólo los burócratas los que rechazaban estas tesis, eran también, en parte, sus amigos radicales y el mismo Kautsky, quien oficialmente todavía no había pasado al centrismo: data de entonces, de estas polémicas, el enfriamiento de las relaciones amigables y hasta aquel momento tan estrechas, entre la Luxemburgo y Kautsky, enfriamiento que se convertirá en lucha abierta en 1910.¹¹

¿Era utópica o realista la visión de Rosa Luxemburgo? La respuesta a esta pregunta, en nuestra opinión, implica tanto un examen de las condiciones políticas de Alemania en aquellos años, como un examen de los métodos de lucha que Rosa Luxemburgo sugería, lo que a su vez implica examinar dos de los aspectos más discutidos de su pensamiento, el relativo a la huelga general y el relativo a la relación entre clase y partido, y a la llamada teoría de la «espontaneidad».

Acerca de la madurez de las condiciones para una revolución en Alemania, nada sería más fauto que aferrarse a los datos de la historia. Si, en efecto, la verificación de un acontecimiento prueba que eso era históricamente posible (y así por ejemplo el éxito de la revolución bolchevique de 1917 prueba que las previsiones de Rosa Luxem-

¹⁰ *Ibidem*, p. 351.

¹¹ "Los métodos de la revolución rusa de 1905 le parecían aplicables también a Alemania. Así, desde 1906 comenzó a introducirse una cierta tensión entre nosotros, tensión que fue superada durante algún tiempo gracias a la amistad personal que nos unía, pero que finalmente nos condujo en 1910 a la ruptura, cuando mi amiga intentó imprimir a la lucha por el sufragio universal en Prusia un carácter que en su opinión debía conducir a la revolución, pero que según la mía debía conducir en cambio a una desastrosa derrota" (*Rosa Luxemburg, Karl Liebknecht, Leo Jogisches, Ihre Bedeutung für die Sozialdemokratie-Eine Skizze von K. Kautsky*, sin fecha pero de 1921, p. 15).

burgo acerca del desarrollo al primer acto revolucionario de 1905 eran fundadas), no se puede decir con igual certeza que la no verificación pruebe que dicho acontecimiento era históricamente imposible, porque es siempre pensable que un diverso comportamiento de los protagonistas hubieran podido dar otro resultado: en el caso específico nada nos autoriza para afirmar que si los dirigentes de la socialdemocracia alemana hubieran hecho suyas las tesis revolucionarias de la Luxemburgo, la revolución hubiere fallado igualmente. Entre los factores de éxito de una revolución, el comportamiento de la dirección política del partido revolucionario es indudablemente uno de los más importantes, pero si éste mismo partido en lugar de guiar la revolución, hace todo esfuerzo por impedir la o sofocarla en su nacimiento, es difícil esperar un éxito de la revolución. Sería por tanto una tautología argüir que los dirigentes socialdemócratas alemanes tuvieron razón en rechazar las perspectivas políticas de Rosa Luxemburgo por el hecho de que su rechazo imposibilitó su verificación. El tema es por tanto bastante más complejo y nosotros nos limitaremos solamente a dar aquí algunos elementos de juicio.

Ahora bien, en primer lugar, no se debe olvidar que para Rosa Luxemburgo la revolución no es un arreglo de cuentas entre proletariado y capitalismo que sobreviene de improviso, sino un hecho que se coloca en el interior del desarrollo capitalista mismo, cuando las contradicciones y las tensiones que genera alcanzan su plena madurez. Es por tanto, al través de un *crescendo* de luchas, como se llega al máximo de tensión: la conquista del poder por parte del proletariado, es decir la victoria de la revolución socialista, no puede ser vista como el acto de un solo momento, como el choque violento y definitivo, sino que es el momento final de un proceso revolucionario. Justamente, observa ella, la socialdemocracia “[. . .] ha liquidado la vieja fe en la revolución violenta como *único* método de la lucha de clases y como medio utilizable *en cualquier*

tiempo, para la instauración del orden socialista".¹² En realidad "[...] la toma del poder político puede ser sólo el resultado de un período más o menos largo de la normal lucha de clases cotidiana",¹³ y "[...] este objetivo no puede ser realizado de un golpe, sino también mediante un largo período de luchas sociales gigantescas".¹⁴ Y todavía en el fuego de la revolución que se extiende, en los días que preceden a su muerte, cuando ya considera la realización del socialismo como una tarea actual, ella no descarta esta concepción de la toma del poder como proceso: "La conquista del poder —dice en el Congreso de Fundación del Partido Comunista— no se realiza de un solo golpe sino progresivamente, metiéndose como cuña en el Estado burgués hasta ocupar todas las posiciones y al defenderlas con las uñas y con los dientes".¹⁵

Por lo tanto, cuando la Luxemburgo hablaba, después de 1905, de la posibilidad de una revolución socialista en Alemania, en ningún caso pensaba en el desencadenamiento repentino de una oleada revolucionaria, sino en un ascenso de tensiones y de luchas, cuya desembocadura podía ser la conquista del poder. Las condiciones para estas tensiones y para estas luchas no faltaban ciertamente entonces: además del militarismo y el derecho electoral que ya hemos mencionado, también la situación económica hubiera ofrecido amplias posibilidades. En el ensayo sobre la huelga general incluido en el volumen de los *Escritos Políticos*, Rosa Luxemburgo menciona las condiciones económicas reales de los trabajadores alemanes, de los cuales muchas categorías vivían entonces en condiciones de gran explotación: probablemente no hubiera sido difícil empeñarlos en batallas serias. Eso, por otra parte, se verificó en dos ocasiones en aquel período: en 1905 y en 1910, la segunda vez en coincidencia con una agitación por el derecho elec-

¹² *Und zum drittenmal, cit.*, p. 365.

¹³ *Ibidem.*

¹⁴ *Escritos Políticos*, p. 354.

¹⁵ *Ibidem*, p. 629.

toral en Prusia, la cual adquirió proporciones alarmantes para el gobierno, no obstante que los dirigentes del Partido y de los sindicatos ejercieron siempre una acción de freno en relación a las masas. También la lucha contra el militarismo asumió aspectos de amplia popularidad, por ejemplo en ocasión del asunto de Zabern.¹⁶

Según Rosenberg “[...] la guerra sorprendió a la nación alemana en una situación interna insostenible e intolerable. De 1908 a 1914, la antítesis entre la aristocracia dominante y las masas populares se había venido agudizando cada vez más. Acontecimientos como el asunto del *Daily Telegraph*, las elecciones de 1912 y el contrato Zabern, si bien todavía no significaban revolución, sin embargo eran presagios de una época revolucionaria. Si en 1914 no hubiese estallado la guerra, los conflictos entre el gobierno imperial y la gran mayoría del pueblo alemán se hubieran agudizado cada vez más hasta desembocar en una situación revolucionaria. Fue así que el estallido de la guerra superó, pero no colmó, la vorágine que se había abierto en la

¹⁶ Zabern, ciudad alsaciana, donde se verificaron encuentros entre la población y la tropa. Con abuso evidente de sus poderes, el coronel von Reuter comandante del regimiento acuartelado en Zabern, mandó soldados a arrestar decenas de manifestantes, que tuvieron que pasar la noche en los sótanos del cuartel y que sufrieron también malos tratos. Naturalmente el coronel von Reuter fue absuelto por el tribunal de guerra de Estrasburgo el 10 de enero de 1914.

A este respecto Rosenberg escribe: “En otras condiciones políticas los incidentes de Zabern hubieran sido juzgados tan sólo como un deplorable incidente local, pero dada la alta tensión política de 1913, las noticias de Zabern excitaron profundamente al pueblo alemán. Las masas se sintieron sin defensa y sin derechos frente al arbitrio de la aristocracia militar [...] Con 293 votos contra 54 y 3 abstenciones, el *Reichstag* afirmó el 4 de diciembre de 1913 su desaprobación por la conducta del gobierno en el asunto de Zabern. La más importante enseñanza política del asunto de Zabern fue la constatación de que, al verificarse un gran movimiento de oposición por parte de las masas, era arrastrada también la prudente dirección del Centro”. (A. Rosenberg, *Orígenes, cit.*, pp. 60-61).

política interna".¹⁷ "El imperialismo alemán en 1914 buscó en la guerra la solución de sus conflictos de política interior y exterior", observa Bartel.¹⁸

En cuanto a la orientación de las masas, no sería difícil compilar documentos para probar que era mucho más avanzada, por lo que respecta a combatividad revolucionaria, de cuanto no lo eran sus dirigentes oficiales. Refiriéndose al período inmediatamente prebélico, Clara Zetkin escribe: "En realidad, grandes masas proletarias ardían entonces en el deseo de ponerse en lucha contra el militarismo y el imperialismo. Ahí donde su conciencia de clase no reconocía todavía claramente al enemigo mortal, lo presentía su sano instinto de clase".¹⁹ Cuando en 1914 Rosa Luxemburgo fue condenada por el tribunal de Frankfurt por excitación a la desobediencia contra los militares, la ola de indignación que se levantó entre las masas fue enorme, pero todavía más grave fue cuando se anunció otro juicio contra ella por haber denunciado los maltratos a los soldados: según el recuerdo de la misma Zetkin, más de treinta mil maltratados se ofrecieron como testigos y la autoridad debió renunciar al proceso.²⁰ Es significativo que hasta en una reunión de Partido —de un partido educado en la férrea disciplina ante los dirigentes, y en el que el presidente Ebert y el secretario Scheidemann gobernaban dictatorialmente— Rosa Luxemburgo logró hacer aprobar, con gran mayoría, por la asamblea general de la organización en Berlín, una resolución que obligaba a todos los miembros del Partido a convencer a los trabajadores con todas sus fuerzas, de que sólo la máxima presión de la voluntad popular, que sólo la huelga de masas podía

¹⁷ A. Ronsenberg. *Origini della repubblica tedesca (1871-1918)*, Roma, 1947, p. 61.

¹⁸ W. Bartel, *Die Linken in der deutsche Sozialdemokratie im Kampf gegen Militarismus und Krieg*, Berlín 1958, p. 109.

¹⁹ Clara Zetkin, *Introducción a R. Luxemburg* en *Die Krise der Sozialdemokratie*, Berlín, 1919, pp. 111.

²⁰ *Ibidem*, p. IV.

abrir el camino al sufragio universal en Prusia.²¹ Las manifestaciones de masas del 28 de julio de 1914 contra la amenaza de guerra constituyeron una confirmación posterior de este estado de ánimo al que sólo las decisiones de los dirigentes impidieron tener una salida más avanzada. Y si la dictadura militar instaurada durante la guerra logró en gran parte sofocar, pero ciertamente no impedir enteramente posteriores manifestaciones, bástenos recordar —como testimonio de los sentimientos de las masas inmediatamente después de la guerra— lo que escribe Kautsky —testigo insospechable— a propósito de Liebknecht, apenas liberado de la cárcel en la que había sido retenido durante la guerra. “Ningún monarca tuvo jamás en Berlín un recibimiento más entusiasta de el que le fue tributado a Liebknecht a su llegada a la estación de Anhalt”.²²

Por lo tanto es lícito preguntarse qué hubiera sucedido si la socialdemocracia hubiera seguido plenamente la estrategia luxemburguiana, es decir si en lugar de frenar, sofocar y hacer callar a las masas se hubiera dedicado a poner el acento en las contradicciones y a incrementar el espíritu de lucha del proletariado. Ciertamente hubiera salido reforzada la conciencia de clase que, como escribió Marx, es siempre una conciencia antagónica y se nutre por tanto de la experiencia directa de lucha y de la clara conciencia de la existencia de las contradicciones fundamentales. Un reforzamiento de la conciencia de clase del proletariado hubiera incrementado el potencial de lucha y esto, a su vez, hubiera ampliado la capacidad de atracción de la socialdemocracia e impulsado nuevas masas a la batalla por esa fuerza avasalladora y ese ejemplo contagioso de la lucha, que Rosa Luxemburgo puso tantas veces en evidencia. Ciertamente nadie más que Rosa Luxemburgo hubiera estado en contra de una agitación en amplia escala conducida en frío, en base a cálculos de escritorio; nadie mejor que ella sabía que sin la existencia de condiciones

²¹ *Vorwärts* del 15 de junio de 1914 en Bartel, *ob. cit.*, p. 125.

²² K. Kautsky, *Eine Skizze, cit.*, p. 13.

determinadas, es decir, de vitales contradicciones sociales y tensiones psicológicas, y sin la consiguiente participación espontánea de las masas, toda agitación está destinada al fracaso. Pero cuando las condiciones existen y las tensiones están presentes, cuando las masas sienten instintivamente un impulso a la acción, poco se requiere para levantar una tempestad. Es precisamente en estos casos cuando una batalla política puede poner en movimiento una serie de reivindicaciones económicas que hasta entonces han pasado inadvertidas por parte de los estratos más descuidados y menos organizados de la población, o por parte de fuerzas sujetas a una presión particular (por ejemplo el ejército), y hemos ya puesto de relieve que ella contaba precisamente con estos estratos y con estas fuerzas, y no sólo con las agitaciones meramente obreras.²³

La forma específica que ella sugirió para estas luchas fue, bajo el ejemplo precisamente de la revolución rusa de 1905, la huelga de masas. Acerca de la huelga de masas se discutía desde hacía mucho tiempo en el movimiento

²³ “Nuestros precursores espirituales no hablan tanto de los «obreros» sino mucho más del *proletariado*. Al proletariado pertenecen en primer lugar los obreros asalariados como la clase explotada y sometida *sans phrase*; sin embargo también pertenecen a él los estratos de la población que tienen un doble carácter económico, como los pequeños burgueses y los pequeños campesinos, los cuales en cuanto tienen intereses proletarios contra sus explotadores y contra la dominación de clase del Estado, pueden muy bien ser incluidos en la agitación de la socialdemocracia” (*Arbeiterbewegung und Sozialdemokratie* en *Leipziger Volkszeitung* del 4 de julio de 1902, o en *GW*, iv, p. 220. Ver sobre todo *Escritos Políticos*, p. 347). “Y cuando las condiciones en Alemania habían alcanzado el grado de madurez necesario para un período tal, los estratos hasta hoy desorganizados y más atrasados formarán naturalmente los elementos más radicales y más vivaces, no los más subordinados. Si Alemania debiera llegar a una huelga de masas, casi seguramente no serán los mejor organizados —por ejemplo, los tipógrafos— sino los mal organizados o no organizados definitivamente, los mineros, los trabajadores textiles, quizás los obreros agrícolas, los que desarrollarán la máxima capacidad de acción”.

obrero y el tema había sido también motivo de choque entre marxistas y anarquistas: para estos últimos la huelga general era concebida como el acto revolucionario que debería liquidar a la sociedad capitalista, y Engels había rebatido el punto manifestando que si los obreros fueran ya tan fuertes como para poder iniciar en frío y mantener una huelga general hasta la caída de la sociedad capitalista, entonces hubieran ya tenido la fuerza también para tomar en sus manos el poder, sin necesidad de recurrir ni siquiera a la huelga general. La posición negativa de Engels prevaleció netamente contra la tesis anarquista en el seno de la Segunda Internacional: en el Congreso de Bruselas, fue rechazada una proposición favorable a la huelga general en caso de guerra. Pero mientras que se discutía en los congresos acerca de ella, la huelga general entraba en la realidad como una arma de lucha de los trabajadores belgas por la conquista del sufragio universal: en esta forma, el siguiente Congreso en Zurich (1893) volvió a examinar el tema y la comisión nombrada aprobó una resolución preparada por Kautsky, la cual, aunque manteniendo firme la condena de la huelga general en la forma concebida por los anarquistas, reconocía no obstante su eficacia en determinadas circunstancias como medio de lucha económica y política, poniendo como premisa necesaria la existencia de una fuerte organización sindical y política de la clase obrera. A partir de entonces la huelga general fue efectivamente adoptada, o cuando menos tomada en consideración en diversos países, sobre todo en relación a las luchas por el sufragio universal: en Alemania defendieron la oportunidad de ella Bernstein²⁴ y Parvus,²⁵ pero la gran mayoría siguió estando en contra. En ocasión de la gran huelga belga de 1902, también Rosa

²⁴ E. Bernstein, *Strike als politisches Kampfmittel* en *Die Neue Zeit*, XII (1893-1894), 1, n. 22, p. 689.

²⁵ Parvus, *Staatsstreich un politischer massenstrike*, *ibidem*, XIV, (1895-1896), 2, n. 33, p. 199; 35, p. 261; 36 p. 304; 38, p. 356; 39, p. 389.

Luxemburgo intervino eficazmente en el debate, mostrando lo abstracto de aquéllos que defendían en lo absoluto la huelga general como arma suprema, válida bajo todos los cielos y todas las circunstancias y que en esa forma prescindían “[...] del elemento local y temporal de las condiciones políticas concretas de la lucha de clases en cada país, y al mismo tiempo de la ligazón orgánica de la lucha socialista decisiva con las luchas proletarias cotidianas, con el trabajo de clarificación y organización gradual”; pero reconociendo la posibilidad concreta de la huelga general cuando se presentaran las premisas objetivas y existiese la adhesión de las masas.²⁶ El debate se alargó con intervenciones de Mehring,²⁷ de Hilferding,²⁸ de Eckstein²⁹ y de Kautsky³⁰ quien, en concreto, se mantuvo en una posición de reserva, aceptando la huelga general sólo como medio a emplearse «en la última lucha decisiva para conquistar el poder político», y no para conquistas aisladas como el derecho de voto o el derecho de coalición: sin embargo, como la lucha por el poder político no era inminente tampoco lo era la huelga general. Sobre una posición análoga se pronunció la mayoría del Congreso de la Internacional en Amsterdam (1904), cuya resolución admitía la posibilidad de la huelga general sólo como «medio extremo para realizar importantes convulsiones sociales o para oponerse a los ataques reaccionarios a los derechos de los trabajadores» y amonestaba de todas maneras en el sentido de que la premisa necesaria para el éxito eran la organización y la disciplina. Apenas se había clausurado el Congreso cuando

²⁶ R. Luxemburgo, *Das belgische experiment*, *ibidem*, xx (1901-1902), 2, n. 30, p. 105.

²⁷ Fñ Mehring, *Was nun?* *ibidem*, xx (1902-1903), 1, n. 15, p. 449.

²⁸ R. Hilferding, *Zur Frage des Generalstreiks*, *ibidem*, xxii (1903-1904) 1, n. 5, p. 134.

²⁹ G. Eckstein, *Was Bedeutet der Generalstreiks*, *ibidem*, n. 12, p. 357.

³⁰ K. Kautsky, *Allerhand Revolutionäres*, *ibidem*, n. 18, p. 559; 19, p. 588; 20, p. 620; 21, p. 652, 22, p. 685; 23, p. 732.

estallaba en Italia la huelga general de 1904, que tuvo un gran eco por toda Europa.³¹

En sustancia, el Partido alemán había sido siempre contrario a la huelga general, y las cautas y hábiles formulaciones kautskianas habían logrado enmascarar este rechazo práctico, bajo un aparente reconocimiento teórico, fuertemente condicionado.³² Sólo Parvus se había mostrado abiertamente favorable, pues la clara toma de posición de Friedeberg³³ favorable a la huelga general, era sin embargo de inspiración anarquista. La inmensa mayoría de la socialdemocracia había permanecido fiel a la fórmula de Auer «Huelga general, locura general». Pero, como sucede a menudo, los acontecimientos debían encargarse de volver a poner a discusión un problema que se consideraba resuelto. Después de los años de la coyuntura favorable y de creciente prosperidad, que habían favorecido el ascenso del revisionismo, los trabajadores alemanes conocieron nue-

³¹ Una historia amplia y documentada de todos estos debates se encuentra en el volumen de K. Kautsky, *Der politische Massensstreik*, Berlín, 1914 (naturalmente desde un punto de vista kautskiano), y también en H. Laufenberg, *Der politische Streik*, Stuttgart, 1914. La misma historia desde un punto de vista luxemburguiano se encuentra en la introducción de P. Frölich a *GW*, iv. Un amplio estudio del problema como se presentaba después del Congreso de Amsterdam se encuentra en H. Roland-Holst, *Generalstreik und Sozialdemokratie*, Dresde, 1905. Un cuadro de las diversas opiniones existentes acerca de este problema en el campo internacional fue recogido al través de una investigación de la revista francesa *Mouvement Socialiste*, publicada en el número de junio-julio-agosto-septiembre de 1904 y después reproducida en el volumen de H. Lagardelle, *La greve general et le socialisme, Enquete internationale, Opinions et documents*, París, 1904.

³² “Si todas las observaciones hechas aquí son fundadas, debemos llegar a la conclusión de que la huelga política de masas es un arma que, en determinadas circunstancias, puede rendir servicios eminentes, pero que no ha llegado todavía [en Alemania] el momento para su empleo fructífero” (K. Kautsky, *Allehand Revolutionäres*, cit., p. 737, reproducido en H. Lagardelle, *ob. cit.*, p. 204).

³³ Cfr. dr. R. Friedeberg, *Parlamentarismus und Generalstreik*, Berlín, 1904.

vas dificultades: los salarios no alcanzaban al costo de la vida en aumento y la cuota del salario en el producto nacional en aquellos días iba disminuyendo en mayor medida que en los otros países de Europa. La lucha sindical se agudizaba: en 1903-4 hubo la gran huelga de los obreros textiles de Crimmitschau y en enero de 1905 estalló pujante la huelga de los mineros del Ruhr. Esta comenzó el 7 de enero; el 17 estaban en huelga 155 000 mineros, y el 20 se agregaban otros 14 000 en la Alta Silesia. El 22 se realizó el baño de sangre de San Petersburgo, el cual tuvo un efecto estimulante sobre los obreros alemanes: el 9 de febrero de 268 000 mineros empleados en Alemania, 220 000 estaban en huelga. Desgraciadamente el efecto de los acontecimientos rusos sobre los dirigentes sindicales había sido de signo contrario y los sindicatos cristianos abandonaron la lucha, induciendo también a los otros al cese de la huelga. De cualquier manera, esta fue una huelga de proporciones inusitadas en Alemania en aquellos tiempos: después de ésa, fueron particularmente significativas la huelga de la industria de la construcción en Renania-Westfalia, la de la industria textil en Turinja-Sajonia y la de la industria eléctrica de Berlín. El número de los obreros participantes en acciones de lucha (huelgas o cierres), que en 1902 había sido de 55 713 con 964 317 días de lucha, llegaba en 1903 a 121 593 con 2 622 232 días, en 1904 a 135 957 con 2 160 154 y saltaba en 1905, también bajo la influencia de los acontecimientos rusos, a 507 964 con 7 362 802 jornadas de lucha. La huelga de masas, que la socialdemocracia había siempre rechazado en la práctica y que el Congreso de Bremen de 1904 había archivado, rechazando una proposición de Carlos Liebknecht y de Clara Zetkin para experimentarla prácticamente, cesaba de ser argumento tan sólo de discusiones académicas.

Rosa Luxemburgo no habían tomado parte activa en la polémica, porque no le parecía que tuviera una ligazón directa con la realidad alemana: su intervención en la discusión que hemos recordado fue un comentario a la huelga general belga. Su posición teórica no había cambiado sus-

tancialmente: condenaba la huelga general de tipo anarquista, propuesta como receta revolucionaria abstracta, pero no convalidaba la idea de aquellos que la aceptaban para objetivos pre-establecidos (por ejemplo defensa contra los ataques al derecho de voto), y la concebían como una acción de masas basada exclusivamente en la organización y la disciplina y por tanto susceptible de ser iniciada y detenida al gusto. La revolución rusa, que había ofrecido una serie imponente de huelgas de masas, había mostrado claramente cómo se trataba de un arma de lucha que presuponía una situación en un cierto sentido revolucionaria y por tanto no provocable artificialmente: Exigía, por un lado, como condición objetiva, una fuerte tensión social y política y por el otro, como condición subjetiva, un alto grado de participación de las masas que no puede ser mero fruto de disciplina y de organización sino que está esencialmente ligada a la tensión presente y, puede ser, por tanto, obtenida también por masas desorganizadas. "Para ser franca —escribe Rosa Luxemburgo a la Roland-Holst después de la publicación por parte de esta última del libro sobre la huelga general, de inspiración kautskiana y anclado en las posiciones del Congreso Internacional de Amsterdam —la observación que quería hacer a tu libro, por lo demás excelente, es que, precisamente, tu desarrollas la huelga de masas demasiado formalmente, como un medio defensivo y correlativamente pones demasiado el acento en la cuestión de la organización y de la disciplina y demasiado poco en el proceso histórico de la agudización de las contradicciones de clase".³⁴ La polémica fue reactivada por la revolución rusa, que puso en evidencia el valor de la huelga de masas como arma de lucha en períodos de agudas tensiones. Desde este punto de vista, bien se puede decir que fue saludada como un descubrimiento de extrema importancia, después de que hacia el final del siglo pasado había caído la concepción tradicional de la revolución en las barricadas, sin que la boleta electoral

³⁴ H. Roland-Holst, *ob. cit.*, pp. 218-219.

o la organización sindical hubieran mostrado saber proporcionar realmente esa nueva arma de lucha revolucionaria que debía encontrarse dialécticamente junto con la lucha cotidiana. Así como Marx había saludado en la Comuna de París la forma «finalmente descubierta» de la dictadura del proletariado de la que había hablado desde hacía más de 20 años sin lograr precisar el contenido, con igual espíritu la Luxemburgo y sus amigos radicales iban a la escuela de la experiencia histórica para «descubrir» nuevos medios de lucha adecuados a la nueva fase de la acción revolucionaria.

En fin, la revolución rusa parecía abrir un período de luchas de clase y revolucionarias también en los otros países. Hemos ya puesto de relieve que según las concepciones luxemburguianas, el imperialismo, en su esfuerzo por crear un vasto mercado capitalista mundial y en los conflictos que se derivaban de ello, corría precipitadamente hacia la guerra mundial, y que las masas debían estar preparadas para llegar a la cita de la historia al través de un *crecimiento* de luchas. Hasta entonces el revisionismo había logrado imponer prácticamente su táctica y adormecer gradualmente a las masas, integrándolas al sistema; las grandes agitaciones obreras de aquellos años y la agudización de 1905 bajo la influencia de la revolución rusa, así como las luchas que se desarrollaban un poco por dondequiera en Alemania, alrededor del derecho de voto, podían ser los signos precursores de un viraje importante. Así como el choque de los imperialismos ruso y japonés, provocando la primera gran guerra fuera de Europa, preparaba un conflicto mundial más vasto, del mismo modo la respuesta de las masas rusas a la guerra habría podido preparar una respuesta de las masas mundiales, si la socialdemocracia hubiera estado a la altura de su tarea histórica. La política imperialista alemana creaba también en Alemania situaciones de aguda tensión y el movimiento obrero alemán debía extraer las necesarias lecciones de la experiencia rusa, impulsando al proletariado a intensificar la lucha, favoreciendo la alianza con las masas no organizadas, no

retrocediendo frente a la perspectiva de huelgas de masas si las condiciones se presentaran, no sacrificando a la integridad de la organización las razones fundamentales de la organización misma.

El debate interno de la socialdemocracia alemana que desde la época del *Bernsteindebatte* se había desarrollado principalmente sobre temas de doctrina, se desplazaba a los temas concretos de la estrategia de lucha, y el ataque a las posiciones tradicionales provenía esta vez de la izquierda.³⁵ Pero, como observaba Schorske, fue precisamen-

³⁵ En un informe del inspector de policía Förstenberg, fechado el 16 de junio de 1906 en relación al movimiento político y sindical en el 12 y 13 colegio electoral, y preparado para el *Reichstag* (*Leipzig Stadt und Land*) para el año 1905, se lee: "Mientras que antes la huelga general era rechazada por la socialdemocracia alemana, y en particular por casi todos sus dirigentes, el año pasado un número de conocidos dirigentes del partido socialdemócrata se pronunciaron en su favor, en forma tal que en el interior del partido socialdemócrata se verificó un cambio total en la valoración de la huelga de masas como medio de lucha para la clase obrera. Toda la prensa socialdemócrata radical, en especial la *Leipziger Volkszeitung*, intervino en favor de la huelga general. Por tanto condenó de la manera más drástica la actitud negativa del Congreso, celebrado en mayo del año pasado en Colonia por los sindicatos socialdemócratas alemanes, el cual rechazó por pocos votos en contra el empleo de la huelga general, sobre la base de una proposición anti-huelga general del líder sindical socialdemócrata Bömelburg. La *Leipziger Volkszeitung* y con ella los dirigentes más autorizados del Partido Socialdemócrata de Leipzig, no estuvieron para nada de acuerdo con esta resolución, se opusieron a la resolución aprobada por el Congreso, haciendo frecuente referencia a un opúsculo *Huelga general y socialdemocracia* publicado por la escritora socialdemócrata holandesa Roland-Holst, en el que se aclara la naturaleza de la huelga general y de masas y se realiza agitación en su favor. Una segunda, encendida partidaria de la huelga política de masas fue la agitadora y escritora socialdemócrata Rosa Luxemburgo, casada con Lúbeck, empleada actualmente en el órgano central socialdemócrata *Vorwärts*, que en una gran reunión se pronunció en favor de lo mismo y de su empleo en la eventualidad de una limitación de los derechos políticos. En una serie de artículos de la Luxemburgo, publicados en la *Leipziger Volkzeitung*, y que trataban el mismo argumento, el uso de la huelga política de

te esta la ocasión que permitió a la derecha mostrar su verdadera fuerza. Fue la burocracia sindical, que se sentía amenazada por este activismo y por esta renovación del empuje de las masas, veía en peligro la solidez de la organización y por ello fue la primera en pasar al contrataque. El Congreso Sindical, que tuvo lugar en Colonia en mayo y que precedía al del Partido, fue enfocado como congreso de batalla contra los partidarios de la huelga de masas. Después de un amplio informe de Bömelburg, que establecía polémica con los «románticos de la revolución», a los que se contraponía la solidez y la seriedad de la organización, fue aprobada por 200 votos contra 7 una resolución que rechazaba claramente este medio de lucha, condenaba la propaganda y recomendaba a los trabajadores organizados oponerse enérgicamente, y no dejar que tales ideas pudieran distraerlos del «pequeño trabajo cotidiano por el reforzamiento de la organización sindical».

Un sonido diferente dio en cambio el Congreso del Partido en Jena (17-23 de septiembre de 1905), que había sido esperado por todos con gran tensión, y donde la izquierda se batió con coraje. Fue particularmente fuerte el discurso de la Luxemburgo, el cual anticipaba algunos de los motivos desarrollados después en su obra teórica: “Cada día leen ustedes en los periódicos las noticias de la revolución [...] pero parece que tienen ojos y no ven, y oídos y no oyen [...]. Ha llegado el tiempo que nuestros

masas fue igualmente recomendado. También otros jefes de aquí y de fuera recomendaron en una serie de reuniones organizadas tanto en público como en la prensa socialdemócrata la idea de la huelga general, en forma tal que este argumento estuvo en la orden del día durante todo el año. La idea de una suspensión masiva del trabajo para conquistar derechos políticos, o en caso de una limitación de los mismos, ha echado tan sólidas raíces en la clase obrera socialdemócrata que debemos enfrentarnos a los peligros de este medio revolucionario”. (cit. en *Archivalische Forschungen zur Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung—Die Auswirkungen der ersten russischen Revolution von 1905-07 auf Deutschland, herausgegeben von Prof. Dr. Leo Stern, Berlín, 1955, pp. 240-241*).

grandes maestros Marx y Engels habían previsto, en el que la evolución se transforma en revolución. Nosotros vemos la revolución rusa y seríamos unos asnos si no aprendiéramos nada de ella". A la preocupación de Heine de que la huelga de masas pudiera poner en movimiento no sólo a las masas bien organizadas, sino también a las no organizadas y a su pregunta de si el Partido tuviera listo un bozal para refrenar a estas masas, la Luxemburgo contestaba que en las situaciones revolucionarias, no es a las masas a quiénes se les debe poner el bozal sino a los abogados parlamentarios «para que no traicionen a las masas y a la revolución». Y a aquéllos que temían poner en peligro la organización, contestaban que no la organización, sino el iluminado espíritu revolucionario, debe ser puesto por delante de todo. Las masas rusas, advertía, se lanzaron a la revolución "[...] sin casi siquiera una huella de organización sindical, y refuerzan ahora paso a paso su organización mediante la lucha. Es precisamente una concepción mecánica y no dialéctica la que considera que fuertes organizaciones deban preceder siempre la lucha. Al contrario, la organización nacerá con la lucha, junto con la conciencia de clase".⁸⁶

Incluso Bebel se vio constreñido a polemizar con el ala derecha y con los sindicalistas, e hizo aprobar por 287 votos contra 14 una resolución en la que se decía que "[...] en caso de ataque al sufragio igual y directo o al derecho de coalición, es deber de toda la clase obrera adoptar enérgicamente todo medio de defensa que parezca apropiado. Para rechazar semejante crimen político contra la clase obrera o para conquistar un derecho de importancia fundamental para su liberación, el Congreso considera el empleo más vasto de la suspensión general del trabajo como uno de los medios de lucha más eficaces en los casos determinados". La opinión pública juzgó el Congreso como una victoria de la izquierda y Lenin apreció positivamente la resolución. En cambio, el juicio de Rosa Luxemburgo

⁸⁶ *ow*, iv, pp. 396-397.

fue más reservado en la carta antes citada a Enriqueta Roland-Holst, en la que justificaba por razones tácticas el apoyo dado por la izquierda a Bebel, no obstante que ésta concibiera la huelga general «de manera unilateral y chata»: ³⁷ “Efectivamente los debates de Jena contribuyeron a desarrollar la conciencia de clase de los obreros alemanes en la medida en que se desarrollaba el ritmo de la revolución rusa, aunque tal avance se diera a escala muy reducida. Un ejemplo único inaudito en la historia de la socialdemocracia alemana, da la pauta al respecto. A fines de octubre de 1905 la dirección del Partido depuró la redacción del *Vorwärts*. Despidió a seis redactores, con Kurt Eisner a la cabeza, a causa de su política reformista, y puso a radicales en su lugar, Rosa Luxemburgo, A. Stadt-hagen, Heirich Cunow, Wilhelm Düwell, etc.” ³⁸ Pero a pesar de este éxito más o menos aparente, no logró Rosa Luxemburgo que el Partido aceptara, y mucho menos los sindicatos, su concepción, según la cual la huelga de masas era un instrumento validísimo e importantísimo, mas no manejable a placer, por orden o en fecha fija, según el beneplácito de los órganos dirigentes, sino tan sólo cuando una alta tensión social provocara la fiebre revolucionaria en las masas.

“La decisión de que se debían realizar grandes manifestaciones populares y acciones de masas, en esta o en aquella forma, depende de todo el complejo de los factores económicos, políticos y psicológicos, *de la tensión de los antagonismos de clase en aquel momento, del grado de la claridad de ideas, de la madurez del espíritu combativo de las masas, factores imponderables que ningún partido puede provocar artificialmente*. Esta es la diferencia entre las grandes crisis de la historia y las pequeñas acciones de

³⁷ En realidad todo el análisis de Bebel estaba enfocado en los términos tradicionales y la huelga general era concebida sólo como un medio para eliminar algunos obstáculos de la táctica; además rechazaba la comparación con la revolución rusa. Cfr. Schorske, *ob. cit.*, pp. 42 y ss.

³⁸ P. Frölich, *Einleitung*, en *GW*, IV, p. 68.

desfile que un partido bien disciplinado puede hacer limpiamente, en tiempo de paz, con la batuta directiva o de las «instancias»”.³⁹ Rosa Luxemburgo combatió, por tanto, con igual energía “[...] a aquellos que quisieran ordenar a la mayor brevedad la huelga general sobre la base de una decisión del comité directivo y en un día pre-establecido del calendario, así como a aquellos que [...] quisieran excluir del mundo el problema de la huelga de masas, prohibiendo la propaganda de ella. Ambas tendencias consideran la huelga de masas como un medio técnico, como un arma, «una especie de navaja de bolsillo» que se puede tener cerrada y lista en la bolsa para «cualquier eventualidad» pero que se puede decidir también abrir y usarla.”⁴⁰ La revolución rusa ha enseñado precisamente que la huelga de masas no puede ser decidida arbitrariamente, “[...] sino que es un fenómeno histórico que en un cierto momento surge de las condiciones sociales con toda la fuerza de una necesidad histórica”.⁴¹

Pero si es verdad que la huelga de masas presupone la existencia de condiciones objetivas y subjetivas que la hagan posible, o incluso necesaria, es igualmente verdadero, según la Luxemburgo, que se provoque en el sentido de crear nuevas condiciones favorables a la lucha, forzando las situaciones, aclarando las relaciones, poniendo al desnudo la realidad social, suscitando nuevas fuerzas, nuevas energías, nuevas voluntades. Por tanto, dicha huelga es ya un momento revolucionario y de la revolución tiene la rica fuerza creadora, con la cual contaba la Luxemburgo como un potente motor y acelerador de la historia en el sentido que ya Marx había puesto en clara evidencia cuando había hablado de la revolución como de una «locomotora de la historia». “Ciertamente todo esto cambiará después de la revolución y el regreso a las «condiciones normales» —escribe desde el teatro mismo de la revolución—,

³⁹ *Escritos Políticos*, p. 530 [El énfasis es de Lelio Basso].

⁴⁰ *Ibidem*, p. 302.

⁴¹ *Ibidem*, p. 303.

pero este estado de cosas no pasará sin dejar huellas. Mientras tanto la obra realizada por la revolución es enorme: el antagonismo entre las clases se ve profundizado y acentuadas y aclaradas las relaciones sociales. ¡Y todo esto no se observa en el exterior! Se cree que terminó la lucha porque se ha prolongado en profundidad. Al mismo tiempo, la *organización* progresa incansablemente. A despecho del estado de sitio, la socialdemocracia funda con ardor sindicatos profesionales, en todas las formas, con credenciales impresas, timbres, estatutos, reuniones regulares, etc. [...]⁴² Independientemente, por tanto, del éxito o no de una lucha, de los altibajos del proceso revolucionario, “[...] lo que es máspreciado, por lo permanente, en este flujo y reflujo de la ola, es su *sedimento espiritual*: el crecimiento intelectual y cultural hecho a saltos por el proletariado, ya que es lo que ofrece una garantía inviolable de su ulterior e irresistible progreso en la lucha económica y política”.⁴³

Dada esta fuerza creativa de la revolución, no se puede pretender que estalle solamente cuando todas las condiciones de éxito son adecuadas y verificadas rigurosamente por los «jefes», porque algunas de estas condiciones se irán realizando precisamente en el curso de la lucha. “La concepción pedante que quiere hacer que se desarrollen grandes movimientos de masas según un esquema y una receta, cree encontrar en la conquista del derecho de coalición para los ferrocarrileros la *premisa* necesaria para que sólo entonces se «pueda pensar» en una huelga de masas en Alemania. El curso real y natural de los acontecimientos puede ser únicamente a la inversa: sólo por una espontánea

⁴² Carta a los Kautsky del 5 de febrero de 1906, en R. Luxemburg, *Briefe an Karl und Luise Kautsky*, 1896-1918, Berlín 1923, p. 92.

⁴³ *Escritos Políticos*, p. 320. Véase también las páginas 346-347: “[...] seis meses de período revolucionario completarán, en cuanto a la educación de estas masas no organizadas, la obra que no pueden realizar diez años de reuniones populares y de distribución de volantes”.

y robusta acción de huelga de masas puede nacer efectivamente el derecho de coalición de los ferrocarrileros y de los empleados postales alemanes. Y la tarea, insoluble en las presentes condiciones de Alemania, encontrará de pronto sus posibilidades y su solución bajo el golpe y la presión de una acción general política de masas del proletariado".⁴⁴ Esta estrategia estaba evidentemente en contradicción total con las posiciones de expectativa, típicas de la socialdemocracia, que justificaba su impotencia revolucionaria con la falta de condiciones objetivas, con la «inmadurez» de las masas y de la situación. A esta actitud de expectativa Rosa Luxemburgo respondía que la crisis revolucionaria puede llegar a la madurez sólo en el curso de un proceso revolucionario, que sin la intervención activa de las masas y sin la guía conciente del partido hacia el objetivo final, hacia la toma del poder, no habrá jamás una maduración objetiva y fatal de las situaciones y tanto menos de las masas mismas; que sólo en el curso de la lucha revolucionaria la ideología, la organización y la conciencia se transforman y se adaptan a las tareas más avanzadas que corresponden al proletariado. Por ello, sólo rompiendo el círculo vicioso del estancamiento con una acción que nazca de las situaciones existentes, de los conflictos reales, pero que tienda a superarlos, se puede realizar el socialismo. Y en este sentido se aclara la afirmación, muchas veces repetida por ella en polémica precisamente con los expectantes, de que la toma del poder por parte del proletariado será siempre inmadura porque la madurez se alcanza en el fuego de la experiencia, porque es también al través de las derrotas como el proletariado forja la propia conciencia y la propia unidad de clase revolucionaria,⁴⁵ y

⁴⁴ *Ibidem*, p. 340.

⁴⁵ "Los acontecimientos de Moscú muestran, al mismo tiempo y en escala reducida, su desarrollo lógico y el porvenir del movimiento revolucionario en su conjunto: su inevitable conclusión en una insurrección abierta y general, pero que por su parte no puede tener éxito de otro modo más que al través de la escuela

es también en este sentido como se aclara la forma en que una revolución democrática puede crecer y desarrollarse hacia una revolución socialista.

de una serie de insurrecciones parciales preparatorias que, preci-

Ciertamente, y lo repetimos para evitar los equívocos en que a menudo han caído los intérpretes y críticos de Rosa Luxemburgo, este valor creativo de la revolución no significa creación *ex nihilo*; ya hemos subrayado, con las palabras mismas de la Luxemburgo, que el proceso no puede iniciarse si no existen las condiciones objetivas y subjetivas. Contra lo que ella se levanta es contra la pretensión de los estrategas de escritorio de tener en la bolsa la victoria antes de empezar, de fijar *a priori* las etapas del proceso, de delimitar con precisión el inicio y el fin de la acción de masas y de la misma revolución. Así como no se puede esperar pasivamente la llegada de la situación revolucionaria sino que es necesario prepararla con intervenciones y acciones decididas,⁴⁶ de la misma manera no se puede considerar cerrado el capítulo revolucionario a la primera derrota, porque la revolución misma habrá creado nuevas condiciones de arranque más favorables que podrán ser utilizadas en una segunda batalla. Pero lo que hay que rechazar decididamente es el «colismo» —para usar la expresión de Lenin de los que quisieran desencadenar la acción tan sólo cuando estuviese organizado y disciplinada todo el ejército proletario, como un ejército para la batalla. “A este respecto, se presupone tácitamente que en general toda la clase obrera alemana, hasta el último hombre y la última mujer, debería haber entrado a la organización, antes de que sea lo «suficientemente fuerte» para osar una acción de masas que entonces, según la vieja fórmula, resultaría probablemente «superflua». Esta teoría es, sin embargo, completamente utópica por la sencilla

samente por ello, deben terminar provisionalmente con derrotas parciales y exteriores, y pueden, cada una considerada aisladamente, aparecer como «prematuras». (*Escritos Políticos*, pp. 325-326. Pero sobre todo ver *Ibidem*, en pp. 198-199).

⁴⁶ *Escritos Políticos*, p. 347.

razón de que cae en una contradicción interna, se resuelve en un círculo vicioso. Los obreros deberían, antes de poder emprender cualquier acción directa de lucha, estar todos organizados. Las relaciones, las condiciones del desarrollo capitalista y del Estado burgués traen como consecuencia que en el curso «normal» de las cosas, sin luchas de clase tempestuosas, determinados estratos —y en realidad el grueso de ellos, los más importantes del proletariado, los que están más bajos, que son oprimidos en grado máximo por el capital y el Estado— precisamente no puedan ser organizados”.⁴⁷

Nadie que tenga sentido histórico puede aventurarse en el terreno de las hipótesis: por ejemplo acerca de lo que hubiera sucedido si la socialdemocracia alemana hubiese aceptado y aplicado la estrategia de lucha sugerida por Rosa Luxemburgo. Mas dado que aquí estamos *discutiendo teóricamente* la doctrina luxemburguiana de la revolución, no tenemos duda alguna en concluir que en ella no había nada de utópica y probablemente era la que más respondía a las condiciones reales de lucha en la Alemania de antes de la guerra. Si todas las posibilidades de lucha que entonces eran fuertes hubieran sido efectivamente utilizadas, si todo el potencial revolucionario de las masas hubiese sido echado a la batalla y hecho converger hacia el objetivo de una lucha contra el poder político, como Rosa Luxemburgo lo sugería, es probable que Alemania se hubiera aventurado bastante más difícilmente en la guerra mundial y de cualquier manera, que la revolución hubiera estallado antes de noviembre de 1918 y con otra fuerza muy diferente de ruptura. En cambio toda la fuerza de la socialdemocracia fue, como es conocido, utilizada para frenar las agitaciones, sobre todo después de que en 1907 el canciller Bülow había logrado hacer retroceder las posiciones parlamentarias socialdemócratas, enfocando la campaña electoral en el nacionalismo y el militarismo.

Desde entonces la preocupación principal de los di-

⁴⁷ *Escritos Políticos*, p. 343.

rigentes socialdemócratas fue liberar al Partido de la acusación de «antinacional», redoblando el celo patriótico. En la primera discusión del presupuesto militar después de las elecciones, tuvo lugar en el *Reichstag* el primer discurso importante de Noske, futuro «hombre fuerte» de la represión antiobrera posterior a la guerra, quién no vaciló en afirmar que los socialistas estaban interesados en asegurar la organización militar necesaria para la defensa del país y que querían un pueblo libre y culturalmente más avanzado para garantizar una Alemania más fuerte.

En esta dirección empujaban sea el temor, común a todos los dirigentes del Partido y del sindicato, a comprometer la organización, o el miedo de perder pequeñas posiciones de poder, particularmente en el parlamento, o sea, sobre todo, la sustancial integración al sistema que ya para entonces era un hecho consumado. La alianza de la dirección del Partido con los sindicalistas y con los revisionistas lo dominaba desde el Congreso de Manheim de 1906, y hacía cada vez más difícil la vida de la minoría de izquierda, especialmente después de la llegada a la secretaría del Partido de Ebert, quien algunos años después, por la muerte de Bebel, ascendería a la presidencia.

Fue en el marco de esta política que la socialdemocracia alemana intentó siempre sustraerse de tomar posiciones internacionales contra el imperialismo y la guerra, minimizando los peligros;⁴⁸ fue siempre en el marco de esta política que la dirección del Partido se opuso a una organización autónoma de la juventud, deseada por Liebknecht, Ludwig Frank y otros, por temor a que fuese presa de la propaganda antimilitarista. Finalmente, en 1913, el grupo parlamentario se pronunció por 52 votos contra 37 y 7 abstenciones por votar a favor de una proposición del gobierno que instituía un nuevo impuesto para aumentar los gastos para armamentos: como dijo entonces Fritz Geyer, uno de los líderes del grupo de los diputados opositores, el gobierno alemán sabía ya que podía impulsar la

⁴⁸ Cfr. nota 1, en la p. 86.

política del rearme gracias a los fondos que le procuraban los votos socialdemócratas. El viejo lema «A este sistema, ni un hombre ni un centavo», cesaba de guiar la táctica parlamentaria de la socialdemocracia alemana y se imponía ese otro que ya corría en 1907: «En la hora del peligro no dejaremos plantada a la patria».⁴⁹

Nada más natural por tanto que, cuando se acercó el momento decisivo de la primera guerra mundial, los dirigentes socialdemócratas alemanes, aunque fingiéndose todavía fieles a las consignas tradicionales y llegando hasta a convocar manifestaciones contra la guerra, en cambio, secretamente, aseguraron al canciller que la socialdemocracia alemana «no faltaría a sus deberes patrióticos».

Y el Kaiser desencadenó la guerra sabiendo que podía contar con el apoyo del Partido más fuerte del Reich. Por lo que es justo concluir a este respecto, que si no se puede afirmar con certeza que la estrategia luxemburguiana hubiera logrado impedir la catástrofe bélica o de cualquier manera darle una solución socialista, en cambio es cierto que la actitud de la socialdemocracia antes de 1914 favoreció el estallido de la guerra mundial, así como la actitud sucesiva a la derrota favoreció objetivamente el advenimiento del nazismo.

Sin embargo, debemos examinar todavía la doctrina luxemburguiana desde otro punto de vista. Si bien creemos que al través de nuestra exposición precedente hemos contestado a la acusación de «romanticismo revolucionario» que constantemente le fue dirigida a la Luxemburgo desde la derecha, ahora debemos tomar en consideración la otra crítica, la dirigida a ella por los bolcheviques, sobre todo, pero también desde otras partes: la acusación de espontaneísmo, de falta de valoración de la función dirigente del partido, de minimización de la dirección conciente de la lucha revolucionaria. Es conocido que Rosa Luxemburgo

⁴⁹ Cfr. E. Schorske, *ob. cit.*, pp. 284 y siguientes. Hasta elementos de izquierda como Radek y Pannekoek se pronunciaron por el voto a favor (cfr. Frölich, *ob. cit.*, p. 211),

tuvo muchos choques polémicos con Lenin, sobre el problema nacional, sobre la interpretación del imperialismo y sobre la posibilidad de guerras nacionales en el período imperialista, sobre la unificación o no de las varias fracciones en que estaba dividido el movimiento socialista ruso,⁵⁰ pero el que me parece más importante de todos, desde el punto de vista teórico, es el relativo al problema partido-clase y por tanto al papel de la espontaneidad, tanto más que a este problema se ligan después las críticas dirigidas a la izquierda socialista alemana, y en particular a Rosa Luxemburgo, por haber descuidado la organización a tiempo de la fracción, y por haber retardado después la escisión, sea del antiguo partido socialdemócrata, sea del nuevo partido surgido durante la guerra, presentándose en esta forma organizativamente mal preparada para los grandes sucesos post-bélicos. Si bien nos hemos ocupado de alguna de estas polémicas en las notas introductorias a los ensayos aislados de esta autora creemos indispensable afrontar aquí la acusación en espontenismo que, como decíamos, es la más importante.

No podremos examinar seriamente este problema si no lo afrontamos desde las raíces. Es conocido que el fundamento teórico de la crítica leninista de la espontaneidad es la afirmación contenida en *¿Qué hacer?*: “Hemos dicho que los obreros *no podían* todavía *poseer* una conciencia socialdemócrata. Ella les podría ser aportada solamente desde el exterior. La historia de todos los países testimonia que la clase obrera, con sus solas fuerzas, está en grado de elaborar solamente una conciencia sindicalista, es decir la convicción de la necesidad de unirse en sindicatos, de conducir la lucha contra los patrones, de reclamar del gobier-

⁵⁰ En las “Notas de un publicista” citadas al principio de este trabajo, Lenin recordaba los siguientes «errores» de Rosa Luxemburgo: La cuestión de la independencia polaca, la valoración del menchevismo en 1903, la teoría de la acumulación del capital, el problema de la unidad entre bolcheviques y mencheviques y en fin, el escrito de 1918 sobre la revolución rusa.

no esta o aquella ley necesaria a los obreros, etc. La doctrina del socialismo surgió de aquellas teorías filosóficas, históricas, económicas, que fueron elaboradas por los representantes cultos de las clases poseedoras, los intelectuales".⁵¹ Ahora bien, la teoría de la introducción del elemento conciente desde el exterior en la lucha de clase del proletariado es en Lenin una derivación kautskiana,⁵² pero es una teoría de inspiración iluminista y no ciertamente marxista. No hay necesidad de desempolvar muchos textos para convencerse de ello: basta recordar el *Manifiesto*.⁵³ o la *Miseria de la filosofía*,⁵⁴ o los estatutos de la Inter-

⁵¹ *¿Qué hacer?*, en *Obras*, Roma, 1958, vol. v, p. 346.

⁵² "La conciencia socialista es por tanto un elemento importado en la lucha de clases del proletariado desde el exterior, y no algo que surge espontáneamente" (*K. Kautsky, Die Revision des Programms der Sozialdemokratie in Oesterreich* en *Die Neue Zeit*, xx, 1901-1902, 1) La influencia de Kautsky sobre el pensamiento de Lenin fue probablemente mayor de lo que comúnmente se cree, y sería un estudio interesante profundizar esta relación. Desgraciadamente, como ya hemos observado, Kautsky no había asimilado la dialéctica marxista y su pensamiento lo resiente.

⁵³ "Los obreros comienzan por formar coaliciones contra los *burgueses* y se reúnen para defender su salario. Hasta forman asociaciones permanentes para aprovisionarse en vista de eventuales levantamientos. Aquí y allá la lucha prorrumpe en sacudidas. De vez en cuando vencen los obreros, pero sólo transitoriamente. El verdadero resultado de sus luchas no es el éxito inmediato sin el hecho de que la unión de los obreros se extiende siempre más. Ella es favorecida por el aumento de los medios de comunicación, producidos por la gran industria, los cuales ponen en contacto a los obreros de las diferentes localidades. Y basta este contacto para centralizar en una lucha nacional, en una lucha de clase, las muchas luchas locales que por todos lados tienen igual carácter. Pero toda lucha de clase es una lucha política" (*Manifiesto del Partido Comunista*, Turin, 1948, p. 104).

⁵⁴ "Los socialistas y los comunistas son los teóricos de la clase proletaria. Hasta que el proletariado no se haya desarrollado suficientemente todavía para constituirse en clase, y por consecuencia la misma lucha del proletariado con la burguesía no ha asumido todavía un carácter político [...] estos teóricos no son más que utopistas, los cuales [...] improvisan sistemas y recorren qui-

nacional.⁵⁵ Los pasajes que reproducimos en estas notas dicen claramente que el proletariado se eleva de sí a clase y a partido político, lo que, para quien conozca el pensamiento de Marx, significa que se eleva a la conciencia de clase: hasta que no se llegue a esta fase, los teóricos no son más que meros utopistas, y cuando finalmente el proletariado ha llegado a la madurez de partido, «deben tan sólo darse cuenta de lo que se desarrolla delante de sus ojos y constituirse en su portavoz». Por tanto, los teóricos son portavoces del proletariado: lejos de aportarle desde el exterior la conciencia, son ellos los que extraen sus teorías de la experiencia del proletariado. Que estos teóricos resulten después intelectuales burgueses o que sean en cambio obreros que reflexionan sobre su propia experiencia es un hecho meramente accidental y de ninguna importancia en esta instancia aunque si es que son de origen burgués, en cuanto se constituyen en «portavoz» del proletariado se ven integrados a esta última clase. Lo que importa para Marx es que la clase obrera adquiera conciencia de clase al través de las propias luchas y al través, naturalmente, de la reflexión conciente sobre estas luchas; por otra parte, basta recordar las *Tesis sobre Feuerbach*, sobre todo la tercera, para darse cuenta de que el prole-

meras de una ciencia regeneradora. Pero a medida que la historia progresa y con ella la lucha del proletariado se perfila más clara, ellos [...] deben darse cuenta de lo que se desarrolla delante de sus ojos y constituirse en portavoz de ello" (*Miseria de la filosofía*, Roma, 1949, p. 102).

Véase también el preámbulo al *Cuestionario*, preparado por Marx y publicado en la *Revue Socialiste*, del 20 de abril de 1880, donde hablando de los obreros, Marx dice que «ellos solamente, y no los redentores providenciales, pueden aplicar enérgicamente los remedios a las miserias sociales que sufren». En sustancia la espontaneidad, como la entendía la Luxemburgo, se emparentaba estrechamente con la *gesschichtliche Selbsttätigkeit*, la capacidad históricamente creativa de la clase obrera, de la que habla Marx en el *Manifiesto* y que ha permanecido siempre como el fundamento del marxismo.

⁵⁵ "La emancipación de la clase obrera debe ser obra de la clase obrera misma".

tariado según Marx no puede ser educado desde el exterior (de otra forma, ¿quién educará al educador?) porque, dada la unidad inseparable de teoría y praxis, es sólo al través de la praxis (la propia y la ajena), la lucha, la acción, la experiencia, cómo se forma la conciencia. Ciertamente no todo el proletariado se eleva simultáneamente al mismo nivel de conciencia, y la parte más avanzada, más conciente, se esfuerza por ayudar a los otros proletarios a elevarse al mismo nivel que ha logrado ella: la tarea de esta parte más avanzada, de los militantes más concientes, de los comunistas, como decía Marx en sus primeros escritos o de los socialdemócratas como decían Lenin y la Luxemburgo en sus escritos de este período, es luchar con los otros proletarios y ayudarles a comprender por qué luchan en realidad, cuáles son las razones profundas de la lucha de clase y cuáles son los intereses permanentes del proletariado como clase.

Por tanto, Rosa Luxemburgo está perfectamente en armonía con el pensamiento marxista cuando escribe: "La lucha de clase proletaria es más antigua que la socialdemocracia: producto elemental de la sociedad clasista, se extiende con la consolidación del capitalismo en Europa. No es la socialdemocracia la que ha educado primeramente al proletariado moderno para la lucha de clases, sino es éste más bien el que le ha dado vida para llevar conciencia del objetivo y coordinación a los diversos fragmentos locales y temporales de la lucha de las clases".⁵⁶ Está claro cuál desarrollo y cuáles contrastes puedan estar implícitos en estos diferentes puntos de partida. Según la tesis de Kautsky y de Lenin, se tiene una oposición casi mecánica entre espontaneidad y conciencia, esta última considerada elemento de origen externo: existe pues en estos casos el peligro de una separación permanente, de una fractura entre el elemento conciente y la masa, que puede ser una fractura entre partido y clase, o incluso una fractura entre dirigentes y base. El que Lenin haya sido

⁵⁶ *Escritos Políticos*, pp. 505-506.

siempre capaz de evitar esta fractura en la práctica, se debió a sus excepcionales cualidades de jefe, siempre extremadamente listo a percibir, y en la medida de lo posible, a recoger, los estados de ánimo o las aspiraciones de las masas. Pero es innegable que el peligro estaba implícito en su teoría y en la mentalidad que se derivaba para los dirigentes, y los acontecimientos posteriores a su muerte lo han confirmado de la manera más dolorosa.⁵⁷ En el pensamiento marxista, en cambio, seguido en este punto por la Luxemburgo, la relación espontaneidad-conciencia no implica contraposición, sino tránsito dialéctico: la conciencia nace de la espontaneidad superándola en un proceso de formación ininterrumpido, que evita las fracturas, de manera que, entre la masa y el elemento político activo, entre la clase y el partido, entre la base y los dirigentes, haya una circulación continua no en una sola dirección (transmisión de conciencia de arriba hacia abajo), sino en dos direcciones porque la conciencia misma nace y se nutre de la experiencia de las luchas espontáneas.

Cuando hablamos de «proceso ininterrumpido» de formación de la conciencia, no pretendemos sin embargo que deba surgir casi automáticamente, como un producto natural, como la secreción de una glándula, según una concepción «orgánica» del proceso mismo. En realidad, el pasaje de la espontaneidad a la conciencia implica siempre una mutación cualitativa, una superación dialéctica, superación de los propios errores al través de la autocrítica, como Rosa Luxemburgo subraya con fuerza, superación del momento de la inmediatez alcanzando el momento de

⁵⁷ Puede ser instructivo volver a leer hoy, a la luz de la degeneración estalinista, lo que Lenin escribía acerca del «centralismo democrático» en el libro criticado por la Luxemburgo, donde presentaba al «burocratismo» (contrapuesto a la democracia), como el modelo de organización del partido revolucionario. El burocratismo que “[...] desea partir del vértice, propugnando la extensión de los derechos y de los plenos poderes del centro frente a los de la parte” (V. I. Lenin, *Un paso adelante y dos atrás*, en *Obras*, VII, Roma, 1959, p. 384).

la reflexión. Basta recordar la opinión de Rosa Luxemburgo acerca de la naturaleza contradictoria del movimiento obrero en el que están juntos, contemporáneamente, el momento de la lucha cotidiana por mejoras en el marco de la presente sociedad, y el momento del objetivo final, es decir, de la superación revolucionaria de la misma sociedad, viendo, en un cierto sentido, la misma tensión interna y la misma dialéctica en la relación espontaneidad-conciencia. Es una vez más la misma dialéctica la que se debe ver en la relación clase-partido, y la Luxemburgo tiene ciertamente razón en criticar la desafortunada expresión de Lenin, según la cual, el socialdemócrata revolucionario sería como «el jacobino ligado a la organización de los obreros concientes». “En efecto —dice la Luxemburgo—, la socialdemocracia no está *ligada* a la organización de la clase obrera [esta palabra indicaría todavía un aspecto de alienación, observación de Lelio Basso] sino es el *movimiento específico* de la clase obrera [por tanto interno, en el sentido que se explicó arriba, observación de L. B.]. El centralismo socialdemócrata debe por tanto ser de una calidad esencialmente diversa del blanquista. No puede ser más que el momento imperativo en el que se unifica la voluntad de la vanguardia conciente y militante de la clase obrera frente a sus grupos e individuos particulares, y esto es, por decirlo así, un «autocentrismo» del estrato dirigente del proletariado, el domino de la mayoría al interior de la propia organización de partido”.⁵⁸

Ahora bien, en Rosa Luxemburgo están siempre presentes y son vistos teóricamente en su relación justa, los dos momentos de este proceso dialéctico, espontaneidad y conciencia, masas y partido. “La socialdemocracia es la vanguardia más educada y más rica en conciencia de clase del proletariado. Ella no puede y no debe esperar fatalmente con los brazos cruzados, la llegada de la «situación revolucionaria», esperar que caiga del cielo ese movimiento espontáneo del pueblo. Al contrario, ella debe, como

⁵⁸ *Ibidem*, p. 223.

siempre, *recorrer previamente* el desarrollo de las cosas e intentar *apresurarlo*"; este es un pasaje que ya hemos recordado aunque por otra razón.⁵⁹ Y en el mismo escrito Rosa Luxemburgo anota entre las tareas de dirección que corresponden a la socialdemocracia en períodos de luchas de masa las de "[...] dar la consigna, la dirección a la lucha, regular la táctica de la lucha política en forma tal que en cada fase y en cada momento, el conjunto de la fuerza activa del proletariado, disponible o ya empeñado, se realice y se exprese en la posición de lucha del partido, y además que la táctica de la socialdemocracia por su decisión y rigor no esté jamás *por debajo* del nivel de la efectiva relación de fuerzas, sino más bien que supere dicho nivel; este es la tarea más importante de «dirección» en el período de la huelga de masas".⁶⁰

Existe pues indiscutiblemente también para la Luxemburgo un problema de dirección conciente de las luchas, de dirección general, pero dado que esta dirección no baja del cielo, no viene del exterior, sino que es un momento del proceso unitario de lucha del proletariado, momento expresado por el partido socialdemócrata, ella está necesariamente condicionada. Condicionada en primer lugar por la situación histórica, porque una acción, revolu-

⁵⁹ *Ibidem*, p. 347. Cfr. también: "La misión de la socialdemocracia y de sus jefes no consiste en dejarse arrastrar por los acontecimientos, sino al contrario en recorrerlos previamente en forma conciente, en abarcar con la mirada el sentido de la evolución y en abreviar esta evolución con una acción conciente, en acelerar la marcha de ellos" (GW, IC, p. 669).

⁶⁰ *Ibidem*, p. 335. Ver también en *Was weiter?*, *cit.*, p. 509: "Pero las recientes e imponentes manifestaciones en las calles significan ya de por sí una reconfortante innovación en las formas de lucha externas de la socialdemocracia y contemporáneamente han abierto de la manera más potente la lucha prusiana de masas por el derecho electoral, ellas por su parte imponen al Partido, a cuya iniciativa y dirección hay que conducir las, deberes determinados. Nuestro Partido debe tener un plan claro y determinado sobre la manera en que pretende seguir adelante, frente al movimiento de masas que ha desencadenado".

cionaria socialista no puede jamás ser inventada de la nada sino que puede nacer como un momento del desarrollo histórico, un «factor de la historia» según la expresión usada por ella;⁶¹ además la socialdemocracia tan sólo puede hacer triunfar sus decisiones si acepta injertarse en las «leyes», es decir en las tendencias del desarrollo social,⁶² en el movimiento real, como hubiera dicho Marx, condicionada también por la adhesión de las masas no organizadas y no concientes, que actúan bajo el impulso espontáneo de los acontecimientos: si el partido está separado de las masas y de las consignas que no sienten, que permanecen sin eco en el corazón del pueblo, la acción está destinada al fracaso. Pero si en cambio el partido ha in-

⁶¹ “Por lo que concierne al uso práctico de la huelga de masas en Alemania, la historia, donde la socialdemocracia con sus decisiones es ciertamente un factor importante, pero solamente un factor entre muchos, decidirá como ya lo hizo en Rusia”. (*Escritos Políticos*, p. 293) “Ciertamente las revoluciones no se hacen bajo pedido, pero ni siquiera esta es la tarea del partido socialista. Su deber consiste tan sólo en expresar corajudamente en todo momento la verdad, decir, exponer de forma monda y lironda, sus tareas en el momento histórico dado, proclamar el programa de acción política y las consignas que nacen de la situación. El pensamiento, siempre y cuando se ligue a la sublevación revolucionaria de las masas, el socialismo lo debe dejar confiado a la historia. Y si asume su deber al respecto, entonces opera como factor potente en el desencadenamiento de los momentos revolucionarios de la situación y contribuye a acelerar el estallido de la acción de masas” (*Frennende Zeitfragen en Spartacus*, n. 6 agosto de 1917, o en 58, Berlín, 1958, p. 366).

⁶² La historia de todas las revoluciones pasadas nos muestra que movimientos populares violentos, bien lejos de ser un producto arbitrario, conciente, de los llamados «jefes» y de los «Partidos» como se imaginan el gendarme o incluso el historiador burgués oficial, son más bien fenómenos sociales absolutamente elementales que se realizan con violencia natural y tienen su fuente en el carácter clasista de la sociedad moderna. El surgimiento de la socialdemocracia no ha modificado nada todavía en este estado de cosas y por tanto su papel no consiste en prescribir leyes al desarrollo histórico de la lucha de clases sino al revés someterse a sus leyes y por esta vía apoderarse de él” (*Und zum dritternmal*, cit., pp. 360-361).

terpretado bien el curso de la historia y se ha colocado en la dirección justa del desarrollo, si está en contacto permanente con las amplias masas y sigue y canaliza el potencial espontáneo de lucha, quizás incluso lo suscite sin tolerar jamás una fractura entre él y las masas populares, entonces verdaderamente la acción de masas se convierte en un movimiento real del pueblo, y la revolución se abre camino victoriosamente.

Pero para que no se produzca una fractura entre el Partido y las masas, o entre los dirigentes y la base, es necesario que la dirección del partido no se limite a lanzar consignas sino se esfuerce por todos los medios en explicar y aclarar las razones y los objetivos, y decir a las masas la verdad. La masa no puede guiarse por sí misma porque ella “[...] como *Thalata*, el mar eterno, encierra siempre en sí todas las posibilidades latentes: la calma mortal de la bonanza y la furia de la tempestad, la vileza más abyecta y el más salvaje heroísmo. La masa es siempre lo que *debe* ser por fuerza de las circunstancias y está siempre lista a convertirse en algo totalmente diverso de lo que parece”.⁶³ La masa debe ser guiada pero guiada con la verdad: sobre este punto, sobre la función revolucionaria de la verdad y su presencia necesaria en la relación dirigentes-masa, Rosa Luxemburgo es de un rigor intransigente. “No hay nada que sea más dañino para la revolución como las ilusiones; no hay nada que sea más útil que la clara y abierta verdad”.⁶⁴ Por ello, “[...] si los más amplios estratos del proletariado deben ser ganados por la socialdemocracia con vistas a una acción política de masas, y si

⁶³ Carta a Matilde Wurm del 16 de febrero de 1917 en R. Luxemburg, *Briefe an Freunde*, cit., p. 47. La expresión «*Thalata*, mar eterno» está tomada de una poesía de Heine. El texto siguiente de la carta dice claramente que Rosa Luxemburgo no otorgaba confianza a la espontaneidad de las masas, sino que al contrario consideraba necesario que los dirigentes políticos regularan la propia táctica no según los humores de las masas sino según las leyes del desarrollo histórico.

⁶⁴ *Escritos Políticos*, p. 619.

recíprocamente, la socialdemocracia debe ganar y conservar la dirección real, convertirse en dueña *en un sentido político* de todo el movimiento, entonces debe hacer conocer al proletariado, con toda claridad, coherencia y decisión, la táctica y los objetivos para el período de las luchas que vendrán”.⁶⁵ Sólo de esta forma se desarrolla verdaderamente un proceso de formación de conciencia y se impulsa la iniciativa y la autoeducación de las masas; sólo en esta forma también los errores se vuelven fecundos.

“El proletariado moderno se transforma en estas pruebas históricas. Al igual que sus tareas, sus errores son gigantescos. Ningún esquema pre-establecido, válido de una vez por todas, ningún guía infalible le muestra el sendero que debe recorrer. La experiencia histórica es su única maestra, la calle de espinas de su autoliberación no está plagada solamente de sufrimientos infinitos sino también de innumerables errores. La meta de su viaje, su emancipación, depende del problema de si el proletariado está en grado de aprender de sus propios errores. La autocrítica, una autocrítica despiadada, cruel, capaz de penetrar hasta el fondo de las cosas, constituye el aire y la luz del movimiento proletario. La capitulación del proletariado socialista en la actual guerra mundial no tiene parangón en la historia, es una desventura para toda la humanidad. Pero el socialismo perderá solamente si el proletariado internacional no pudiera medir la profundidad de esta caída y no quisiera aprender algo de todo esto”.⁶⁶ En este marco aparece claro el sentido de la famosa frase con la que Rosa Luxemburgo cierra su polémica de 1904 contra el principio centralista de Lenin: “Los pasos falsos que realiza un movimiento obrero real y revolucionario son, en el plano histórico, inconmensurablemente más fecundos y más preciosos que la infalibilidad del mejor comité central”.⁶⁷ En otras palabras, si no hay distancia entre dirigentes y masas,

⁶⁵ *Ibidem*, p. 347.

⁶⁶ *Ibidem*, p. 439.

⁶⁷ *Ibidem*, p. 236.

si entre unos y otros existe la relación dialéctica constante que hemos indicado, si por tanto la masa actúa bajo su impulso espontáneo y es puesta por el partido en grado de entender la razón y los objetivos, entonces, incluso si de la acción resultara un fracaso y un error, es un error fecundo. Pero si las masas son ordenadas o llamadas solamente cuando les plazca a los dirigentes, entonces falta la relación dialéctica, hay fractura y por tanto caída en el blanquismo,⁶⁸ que se diferencia claramente en este punto del marxismo en el sentido de que no llama a las masas a una participación constante y conciente en la lucha política sino las moviliza sólo para seguir las decisiones de los jefes según los planes de una conspiración que se ha desarrollado fuera de todo contacto y con el desconocimiento de las masas.⁶⁹ Sabemos que después de la experiencia de la revolución rusa de 1905, la Luxemburgo misma rechazaba la acusación de blanquismo dirigida a Lenin por los mencheviques, pero el disentimiento acerca de los problemas de la espontaneidad, de la organización y de la dirección desde arriba que hemos esbozado permaneció sustancialmente inmutable.⁷⁰

El choque con Lenin tenía que ser vivaz, en particular sobre problemas de la organización, y éste nunca desperdició ocasión para denunciar la concepción luxemburguina de la organización como proceso. ¿En qué consistía esta concepción? En su polémica de 1904 con Lenin, Rosa Luxemburgo había escrito que la socialdemocracia “[...]”

⁶⁸ “Este es un trasplante en vivo al movimiento obrero de las ideas de conspiración, de las ideas blanquistas sobre el papel de las masas en las revoluciones, que los socialistas «invocan» cuando es «necesario», en el «momento decisivo», así como se llama a la comparsa al escenario del teatro si se necesita completar el diálogo de los actores”. (Carta a Leo Jogisches del 4 de junio de 1905 en *Z pola walki* 1931, n. 11-12).

⁶⁹ *Escritos Políticos*, p. 221.

⁷⁰ Es interesante sin embargo notar que Lenin, al escribir en 1922 una enumeración los «errores» de Rosa Luxemburgo, no mencionó para nada el pretendido espontaneísmo, acerca del cual se insistió tanto después,

surge de la lucha de clases elemental. Se mueve en esta contradicción dialéctica en la que por un lado el ejército proletario se recluta tan sólo en el curso mismo de la lucha y por el otro, que es precisamente en la lucha donde se aclara a sí mismo los objetivos. Organización y clarificación en la lucha no son aquí momentos divididos o separados mecánica y temporalmente, como en un movimiento blanquista, sino que son tan sólo caras diversas de un mismo proceso. Por un lado —prescindiendo de los principios generales de la lucha— no hay ninguna táctica detallada y fijada con anticipación. Por el otro, el curso de la lucha que crea la organización, determina una fluctuación continua de la esfera de influencia de la socialdemocracia”.⁷¹ En esta posición de la Luxemburgo había ciertamente el peligro de perder, en el marco de una perspectiva sustancialmente justa, el sentido de las distinciones necesarias. En el curso de la lucha, que es como decir en el curso del proceso histórico, se forma la conciencia de clase y también las estructuras organizativas se modi-

⁷¹ *Ibidem*, p. 222. Ver también el discurso en el Congreso de Jena de 1905: “¡Aprended tan sólo una vez de la revolución rusa! Las masas son empujadas a la revolución, no hay casi huella de organización sindical, y ahora ellas refuerzan paso a paso su organización al través de la lucha. La concepción que afirma que fuertes organizaciones deben siempre preceder a la lucha es totalmente mecánica, anti-dialéctica. Al contrario. La organización surge, también en la misma lucha, junto con la conciencia de clase” (*Protokoll Über die Verhandlungen des Parteitag der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands—abgehalten zu Jena vom. 17. bis 23. September 1905*, Berlín, 1905, p. 321). Esta relación entre lucha y organización es de origen estrechamente marxista; véase la carta de Marx a Bolte, del 23 de noviembre de 1871: “Y en esta forma surge de los movimientos económicos aislados de los obreros y se desarrolla por todas partes el movimiento político, es decir, un movimiento de la clase para realizar sus intereses en forma general, en una forma que tenga fuerza coercitiva socialmente. Si es cierto que estos movimientos presuponen una cierta organización previa, constituyen otros tantos medios del desarrollo de esta organización” (*Briefe und Auszüge aus Briefen von J. Ph. Becker, J. Dietzgen, F. Engels, K. Marx und anderen an F. A. Sorge und andere*, Stuttgart, 1906, p. 42).

fican, se transforman, se adaptan a las situaciones en movimiento: por tanto la polémica contra la organización rígida, cerrada y estática, la organización como fin en sí misma, es profundamente correcta pero no puede llegar a una minimización total del momento organizativo, no puede llegar a la pretensión de abandonar de vez en vez a la espontaneidad creativa de las masas también las formas organizativas. En este sentido tiene razón Lukács cuando escribe que la Luxemburgo con gran perspicacia ha percibido el límite de la concepción tradicional de la organización, falsa en su relación con las masas, y que con esto ha hecho dar un gran paso adelante hacia una conciencia clara del problema de la organización arrancándolo de su aislamiento abstracto e insertándolo en la totalidad del proceso histórico, pero que por esta vía ella indudablemente cayó en el error de concebir quizás la lucha de las masas sin la mediación del partido y de la organización, o al menos con una minusvaloración de este momento. Sin embargo es justo reconocer que esta concepción ha permitido a la Luxemburgo entender la importancia que asumen las masas no organizadas en el curso del proceso revolucionario y ser la primera en ver el valor de nuevas formas organizativas. A este propósito es particularmente significativo el testimonio de Zinoviev: “[...] me acuerdo de mis charlas con Rosa Luxemburgo en 1906 en Kuollala, en el pequeño apartamento de Lenin, quien entonces vivía en una especie de exilio después del fracaso de nuestra primera revolución. Fue Rosa Luxemburgo la primera que se dedicó a escribir un resumen teórico de las causas que habían determinado el fracaso de la revolución; fue ella la primera entre los militantes marxistas que comprendió lo que representaban ya nuestros soviets en 1905, aunque no estuvieran entonces más que en grado de esbozo”.⁷²

En sustancia podemos decir que si en el plano de las formulaciones teóricas no hay fuertes objeciones de principio contra el enfoque luxemburguiano, sin embargo, tal

⁷² G. Zinoviev y L. Trotski, *Discours, cit.*, p. 17.

vez en la práctica la Luxemburgo caía en la sobrevaloración del elemento espontáneo en contraste con Lenin, cuyas formulaciones son tal vez menos rigurosas, pero cuya capacidad de dirección práctica, incluso en las condiciones más difíciles, permanece insuperada. Por tanto, no es justo hablar respecto a la Luxemburgo de una verdadera «teoría de la espontaneidad» sino más bien de una excesiva confianza, tal vez demostrada en los hechos, hacia la iniciativa espontánea de la masa que, como ha escrito recientemente Flechteim, veía con los mismos colores con que Eisenstein vio a la multitud de Odessa en el *Acorazado Potemkin*.⁷³ Pero esta actitud se debía en gran parte a la reacción contra la situación del movimiento obrero alemán: contra «el burocratismo y una cierta restricción de miras» de los funcionarios sindicales, que se convirtieron un obstáculo para el crecimiento del movimiento,⁷⁴ contra la pretensión de imponer a la masa «la virtud meramente pasiva de la disciplina»,⁷⁵ contra el peligro continuamente presente de que los funcionarios de Partido se consideraran «como los titulares profesionales de la iniciativa y de la dirección de la vida local de Partido» transformando a sus miembros en meros ejecutores de directivas,⁷⁶ contra «el papel esencialmente *conservador* de la dirección socialdemócrata»⁷⁷ y en general contra toda la política de freno, de sofocación y de capitulación de los dirigentes. No hay ninguna duda de que en las condiciones efectivas de la socialdemocracia alemana la acción de las masas representaba el elemento de ruptura de las cristalizaciones burocráticas y conservadoras de los aparatos y de las organizaciones partidarias y de que era la única fuente de la que podían surgir nuevos métodos de lucha y metas más avanzadas. Sin embargo, el que Rosa Luxemburgo supiera

⁷³ O. Flechteim, introducción a *R. Luxemburg, Die russische Revolution*, Frankfurt sobre el Marne, 1963, p. 5.

⁷⁴ *Escritos Políticos*, p. 363.

⁷⁵ *Ibidem*, p. 364.

⁷⁶ *Ibidem*, p. 364.

⁷⁷ *Ibidem*, p. 225.

comprender el valor de una dirección revolucionaria lo prueba el hecho de que en la socialdemocracia polaca, que tenía precisamente una dirección revolucionaria de la que ella formaba parte, el papel de la dirección no fue nunca minimizado, y que cuando preparó la tesis para una nueva internacional revolucionaria después de la guerra, puso el acento en la necesaria dirección centralizada, atrayéndose las críticas de Liebknecht que defendía la espontaneidad de las masas, precisamente contra la Luxemburgo.⁷⁸

Otro aspecto de la actitud de Rosa Luxemburgo que es objeto de crítica, en relación a su falta de valoración del momento organizativo es, como ya lo hemos mencionado la ausencia de la oportuna constitución de una fracción de izquierda en el interior del partido socialdemócrata y la escisión tardía, con miras a la constitución de un partido autónomo después de los acontecimientos de la guerra. Si es indiscutible que la constitución de una fracción o incluso de un partido autónomo se hace una necesidad para los auténticos militantes socialistas cuando la política de la mayoría que guía al partido es una política de capitulación y por tanto de integración a la sociedad capitalista, sin embargo es obligatorio precisar que una actitud semejante contrastaba entonces con la naturaleza de la socialdemocracia alemana. En efecto, no tiene mucho sentido hacer un paragón con Lenin, el cual militaba en un partido surgido apenas, cuyos cuadros principales vivían en el exilio y que no organizaba a amplias masas. Al contrario, Rosa Luxemburgo había entrado en 1898 a formar parte de la socialdemocracia alemana, un partido que ya tenía 35 años de vida y una fuerte organización, que siempre había exaltado como una conquista la unidad de la clase obrera y que era considerado por todos como «el»

⁷⁸ Ver las observaciones de Liebknecht a las tesis preparadas por Rosa Luxemburgo ("Demasiado «disciplina», demasiada poca espontaneidad") reproducidas por E. Meyer, *Zur Entstehungsgeschichte der Junius-Thesen en Unter dem Banner des Marxismus*, 1925, n. 2, p. 420.

partido de la clase obrera. Cualquier intento de escisión hubiera estado destinado al más clamoroso fracaso, no sólo por la indefinición que tienen todas las organizaciones actuantes sino por la fuerza particular de la socialdemocracia alemana, tanto en el plano organizativo, como en el plano psicológico. Y también la constitución de una fracción era difícil por estas mismas razones, pero además porque durante muchos años, precisamente la izquierda se había convertido en sostenedora a ultranza de la disciplina en el interior de la socialdemocracia alemana, frente a la derecha que violaba en la práctica las decisiones de los congresos.

Pese a ello, al principio de 1913 se había dado un principio de organización fraccional con la creación de un periódico mimeografiado, la *Sozialdemokratische Korrespondenz* por obra de la Luxemburgo, de Mehring y de Karski-Marchlewski, pero la fuerza cohesiva del Partido y el terror a los actos de indisciplina eran tales que todavía después del 4 de agosto de 1914, es decir después del clamoroso viraje de la dirección que había pisoteado las más solemnes decisiones de los congresos y todas las más enraizadas tradiciones partidarias, no le fue posible a Rosa Luxemburgo recoger para una proyectada declaración de protesta más que otras dos firmas además de la suya propia.⁷⁹ Entre estas tres personas no estaba Karl Liebknecht:

⁷⁹ "La guerra estalló y la compañera Luxemburgo se dedicó, desde el primer día, a la propaganda contra la guerra. Esperaba reunir un círculo escogido de compañeros alemanes para un trabajo común. En primer lugar veía la necesidad de un manifiesto firmado por un número, así fuera pequeño, de personalidades que tuvieran una popularidad entre los obreros. Tyzka (Jogisches) decidió inmediatamente que no se habría de lograr nada. Sin embargo hicimos el intento con Rosa. Pero a su invitación para reunirse en casa suya para examinar esta cuestión no respondieron más que siete personas, de las cuales dos solamente eran miembros eminentes del Partido, Mehring y Lensch. Este último prometió firmar, pero se retractó más tarde. El manifiesto no hubiera podido ser firmado mas que por Luxemburgo, Zetkin y Mehring, lo cual era inconcebible y se debió abandonar

ciertamente no porque le faltara el coraje necesario, sino porque entonces juzgaba que un acto de ruptura de la disciplina pudiese aislarlo precisamente de esas masas en las cuales confiaba para la acción futura, pero a las que para hablarles era necesario presentarse en uniforme de compañero de partido.⁸⁰ Si compañeros autorizados y seriamente empeñados rechazaban por esta razón la idea de la indisciplina, era lógico que con mayor razón rechazaran la idea de la escisión: "En nuestro modo de actuar no pensamos ni siquiera un instante en una escisión del Partido", escribió recientemente un protagonista de aquellos acontecimientos.⁸¹ Es indudable que la reticencia de la Luxemburgo y de sus compañeros a encaminarse hacia la escisión del Partido y de la Internacional, nacía también de su concepción política general: entre más aguda es la tendencia a trasladar el centro de gravedad del vértice a la base, de los jefes a la clase, tanto más fuertemente se siente la necesidad de unidad y viceversa, mientras más fuertemente se siente la necesidad de homogeneidad, y por tanto de una escisión necesaria más se hace subir el centro de gravedad hacia la dirección. Por tanto, razones de principio y razones históricas operan en forma conjunta para retardar la escisión: sin embargo no se puede decir que Rosa Luxemburgo no observase en un cierto momento la necesidad de esta medida y no encaminara en esa direc-

el proyecto" (J. Marchlewski, *En souvenir de Rosa Luxemburg et de Jougiches en Internationale Communiste*, n. 3).

⁸⁰ Fue esta misma razón la que indujo a Liebknecht a votar disciplinadamente los créditos de guerra el 4 de agosto de 1914, a pesar de haberse expresado en sentido contrario en el seno del grupo parlamentario. Sólo hasta el segundo voto decidió romper la disciplina, el 2 de diciembre de 1914.

⁸¹ Cfr. E. Collotti, *Sinistra radicale e spartachisti nella socialdemocrazia tedesca attraverso le "Spartakus-Briefe"* en *Annali, Feltrinelli*, 1961, p. 16: "Reflejando lo que entonces era el punto de vista general de la minoría, Paul Echwenk testimonia que "[...] en nuestro modo de actuar no pensamos ni siquiera un instante en una escisión del Partido: se trataba de actuar en su ámbito, en la perspectiva de modificar la orientación con una presión desde abajo".

ción sus esfuerzos,⁸² aun teniendo siempre presente la necesidad de mantener el contacto con las masas y de realizar una escisión que conllevara la más fuerte laceración posible también a la base del Partido. Por ello sería difícil dar sobre este problema un juicio solamente de principio: no se puede hablar en abstracto de fracciones o de escisión porque cuando se opera al calor de la acción política son demasiados los factores de los que depende un juicio sobre la oportunidad concreta para realizar un acto determinado y, sobre todo, para realizarlo en un momento y en una forma determinada. Para concluir con este punto, diremos que tiene razón Lenin al negar que las masas puedan espontáneamente dirigir la lucha por el socialismo, la cual presupone un grado de conciencia altamente desarrollado, peculiar solamente de la instancia «directiva». La Luxemburgo no afirma jamás lo contrario y más bien reconoce la exigencia de esta dirección, pero prácticamente minimiza su papel y en ello ciertamente se equivoca; pero en nuestra opinión, tiene razón en cambio al juzgar que esta instancia directiva no puede permanecer como exclusiva de los dirigentes, exterior y superior a las masas, sin cuya participación espontánea y experiencia directa no se llega a desarrollar la conciencia de clase que es la verdadera fuerza del socialismo. Lejos de estar contrapuestos los dos momentos de la dirección y de la espontaneidad constituyen los términos de una síntesis en el sentido de que sin la experiencia de las masas no se forma ni siquiera la

⁸² “Durante la guerra había intentado, según mis posibilidades, salvaguardar la existencia de nuestra organización de partido, mientras Rosa incitaba a la escisión”. (K. Kautsky, *Eine Skizze*, cit., p. 16).

La necesidad de la escisión estaba por otra parte implícita en las tesis preparadas para el grupo de sus amigos que entonces se llamaba grupo «internacional» y después se llamó grupo «Espartaco». Se debe observar que la crítica a Rosa Luxemburgo por no haber provocado una escisión es una crítica *a posteriori*: hasta el estallido de la guerra ni siquiera Lenin había formulado jamás semejante crítica.

capacidad de los dirigentes y que ésta a su vez es un factor necesario para el éxito, a condición sin embargo, de que se integre ininterrumpidamente en la conciencia de las masas.

Queda por considerar ahora cual fue la actitud concreta de Rosa Luxemburgo frente a la revolución rusa y a la revolución alemana en los años 1917-19.

Hemos visto ya la importancia que atribuyó a la revolución rusa y pusimos en evidencia al menos cuatro elementos que justificaban su gran interés, es decir:

a) Desde el final del siglo XIX se dio cuenta del carácter revolucionario de la situación rusa y comprendió que de Rusia habría de saltar la chispa de la revolución mundial.

b) Con ocasión de la revolución de 1905, había puesto de relieve su carácter socialista en el sentido de que, con el grado de desarrollo alcanzado por la economía y por la sociedad rusa, la burguesía no tenía ni la fuerza ni la voluntad política de ser el guía coherente de una revolución y sólo al proletariado socialista le correspondía este papel.

c) Con motivo de la misma ocasión había encontrado también el valor revolucionario de la nueva arma de lucha creada por el proletariado, los soviets, que a diferencia de la simple participación parlamentaria, tenía el gran valor de no encerrar el empuje de clase en el marco de un organismo madurado en el seno del viejo sistema.

d) Finalmente, no había dejado jamás de subrayar el gran valor internacional de la revolución rusa y el interés directo que representaba para el proletariado europeo, sobre todo para el alemán, que de una revolución en Rusia hubiera debido extraer nuevos ímpetus para su propia lucha revolucionaria.

Por tanto era natural que desde la primera fase de la revolución en Rusia (marzo de 1917), siguiera con pasión los acontecimientos y presagiara su posterior desarrollo. En una carta de abril a Marta Rosenbaum escribe que los acontecimientos rusos actúan sobre ella como un «elíxir de vida» y representan «para todos nosotros un mensaje de

salvación», pero, agrega, «temo que ustedes minimicen y no aquilaten lo suficiente el hecho de que es nuestra propia causa la que vence ahí». Y pronostica, a pesar de que se estaba todavía en los primeros pasos de la revolución y en el gobierno provisional del príncipe Lvov, que la revolución ejercerá sus efectos sobre todo el mundo e irradiará a toda Europa: “Yo estoy firmemente convencida de que comienza un «nueva época»”.⁸³ Y en el mismo período escribe a la misma Rosenbaum: “Lo cierto es que Kautsky no sabe hacer otra cosa que demostrar sobre la base de las estadísticas que las relaciones sociales en Rusia no están todavía maduras para la dictadura del proletariado [...] Por fortuna desde hace largo tiempo la historia no camina según las recetas de Kautsky, por ello esperamos que suceda lo mejor”.⁸⁴

Este contraste entre las visiones de Kautsky y de la Luxemburgo se reflejaba al mismo tiempo en la prensa de los dos grupos cuyos teóricos eran respectivamente uno y otra; por un lado los socialistas independientes que se constituyeron en partido socialista autónomo de la socialdemocracia en el Congreso de Gotha 6-8 abril de 1917) y por el otro, el grupo «Espartaco» que, aunque se había adherido también al nuevo Partido, mantenía respecto a él su propia autonomía política e ideológica. Mientras que los independientes veían en la revolución de marzo tan sólo una contribución posible a la paz pero no presagiaban desarrollo socialista,⁸⁵ Rosa Luxemburgo por el contrario, escribía ya en abril que la victoria contra el zarismo obtenida en marzo “[...] no es el final, sino tan sólo un débil principio [...]”, y agregaba; “[...] que el movimiento retardador de la burguesía debe, antes o después, con ló-

⁸³ *Briefe an Freunde, cit.*, p. 157.

⁸⁴ *Ibidem*, p. 159. Probablemente Rosa Luxemburgo alude aquí al artículo de Kautsky, *Die Aussichten der russischen Revolution in Die Neue Zeit* del 6 de abril de 1917 (xxxv, 1916-17, 2, n. 1).

⁸⁵ Cfr. E. Collotti, *cit.*, p. 66.

gica inevitable, abandonar su posición momentáneamente avanzada de decidido liberalismo y doblarse ante su carácter reaccionario general y su antagonismo de clase con el proletariado”.⁸⁶ Y otra vez en el mismo artículo “La acción por la paz en Rusia, como en cualquier parte, puede ser desarrollada solamente en una forma: como lucha de clase revolucionaria contra la propia burguesía, como lucha por el poder político en el Estado. Estas son las perspectivas irrecusables del desarrollo ulterior de la revolución rusa. Lejos de haber concluido su obra, su actuación apenas ha sido un breve prólogo, al cual seguirá la más potente lucha de clases por la paz y por el programa radical del proletariado”. La Luxemburgo siguió creyendo en esta necesidad de un desarrollo ulterior socialista de la revolución aún después de la derrota bolchevique de julio; en agosto escribía en *Spartacus* que “[...] el nuevo gobierno de coalición deberá dejar su lugar, gracias a su desarrollo interno lógico, y a mayor o menor plazo, a un gobierno socialista, es decir a una dictadura del proletariado”.⁸⁷

Por ello saludó con extrema alegría la revolución de octubre, evento tan esperado y del cual debía nacer un desarrollo revolucionario internacional. “En política —escribe a Mehring el 24 de noviembre— te sucede ciertamente lo mismo que a mí con mano impaciente busco todo nuevo periódico para conocer las noticias de Petersburgo, pero todavía no se puede uno orientar. Desgraciadamente es casi imposible que los leninistas conserven el poder en este caos terrible y en medio de la indiferencia de las masas occidentales. Pero su sólo intento caracteriza una época”.⁸⁸ La indiferencia de las masas occidentales es el

⁸⁶ *Die Revolution en Russland* en *Spartacus*, no. 4, abril 1917, hoy en SB, pp. 302-305.

⁸⁷ *Brennende Zeitfragen: II, Die Diktatur des Proletariats* en *Spartacus*, n. 6, agosto 1917, hoy en SB, pp. 355 y ss.

⁸⁸ *Aus den Briefen Rosa Luxemburgo an Franz Mehring* en *Die Internationale*, 1 de febrero de 1923 (VI, 3), pp. 67 y ss. Véase también la carta a Luisa Kautsky del 24 de noviembre de 1917 en la que se habla de la revolución de octubre como de

punctum dolens de Rosa Luxemburgo: es la prueba del fracaso de todo el movimiento socialista occidental que había perdido el sentido del internacionalismo y al mismo tiempo todo impulso revolucionario. Es precisamente sobre este punto que se concentra su polémica, y la de los espartaquistas en general, con el nuevo partido socialista independiente, del que también son parte formalmente: ya desde abril de 1917 la Luxemburgo replicaba a los independientes que consideraban imposible una revolución en Alemania porque chocaría con la potencia organizada del Estado militar, que los acontecimientos rusos habían demostrado que los soviets de obreros y soldados podían convertirse en el instrumento del poder popular y de la revolución, «con tal de que naturalmente existiese un proletariado revolucionario».⁸⁹ La ausencia de esta conciencia revolucionaria en el proletariado alemán, en un momento decisivo de la historia era precisamente la consecuencia de toda la política y de toda la enseñanza de la socialdemocracia, embebida hasta el tuétano de «cretinismo parlamentario».⁹⁰

Pero este legítimo entusiasmo por la revolución de octubre no le hizo jamás perder su independencia de juicio,⁹¹

«[...] un acontecimiento de importancia histórica mundial, cuya huella se conservará por la eternidad». (*Briefe an Karl und Luise Kautsky, cit.*, p. 193).

⁸⁹ *Zwei Osterbotschaften* en *Spartacus*, no. 5 de mayo de 1917, hoy en SB, pp. 347 y ss.

⁹⁰ Cfr. también E. Collotti, *cit.*, p. 70.

⁹¹ Arthur Rosenberg escribe: «La muerte de Rosa Luxemburgo y de Liebknecht fue una pérdida extremadamente grave para el movimiento obrero socialista, porque ambas personalidades eran exponentes de un socialismo basado científicamente, que tomaba en debida cuenta las circunstancias reales y por ello consecuente. [...] Antes que nada, Rosa Luxemburgo y Liebknecht, como jefes del KPD, no se hubiera dejado manejar jamás como instrumentos de la política nacional rusa. Hubieran tenido autoridad suficiente para rechazar el llamado leninismo a partir de 1921 en adelante, y el desarrollo fatal que convirtió en esclavo de la política campesina rusa, paralizándolo, al decidido socialismo alemán, cosa que hubiera sido evitada por una vida más larga

tanto más que la posibilidad de extender la revolución al proletariado alemán estaba condicionada por la capacidad de interpretar una situación histórica diversa, como la de Alemania, sin pretender imponer mecánicamente la repetición de la experiencia rusa. Acerca de esto debían por tanto ser considerados a tiempo no sólo los errores inevitables, sino también los que habían sido necesidades de adaptación, compromisos quizás indispensables en aquella determinada situación, pero no susceptibles de convertirse en modelo para situaciones diferentes. Pero no se puede entender el verdadero significado de los escritos de la Luxemburgo⁹² sino bajo esta clave: ella no podría tener la pretensión de dictar, desde su celda de la cárcel de Breslavia, las soluciones prácticas que los bolcheviques deberían haber adoptado en Rusia; sino que se esforzaba por impedir que esas soluciones prácticas, quizás perfectamente justificadas en la situación rusa, se convirtieran en dogma para todos. Ciertamente la soledad de la cárcel favorecía esta necesidad interior de la Luxemburgo por esclarecer los términos de la lucha de clases y el esfuerzo de clarificación podía llevarla a simplificar excesivamente, y por tanto a alterar los datos de la realidad: en este sentido es fundada la crítica de Lukács que reprocha al escrito de la Luxemburgo sobre la revolución rusa “[...] una sobrevaloración del carácter puramente proletario de la revolución rusa y por tanto la sobrevaloración de la po-

de Liebknecht y de la Luxemburgo”, (*Storia, cit.*, pp. 75-76). Es indudable que con la desaparición del grupo dirigente alemán (Luxemburgo, Liebknecht, Mehring y Jögisches), pero en particular de la Luxemburgo, desaparecieron los únicos que hubieran tenido autoridad a nivel internacional para discutir de igual a igual con Lenin y los otros jefes bolcheviques.

⁹² Se trata de un manuscrito incompleto acerca de la revolución rusa redactado en las últimas semanas de cárcel, que quizás no estaba destinado a publicación, y que fue encontrado y publicado póstumamente, por Paul Levi, bajo el título: *Die russische Revolution, Eine Kritische Würdigung, Aus den Nachlass von Rosa Luxemburg, herausgegeben und eingeleitet von Paul Levi*, Berlín, 1922.

tencia exterior y de la lucidez y madurez internas que la clase proletaria puede poseer y que ha poseído efectivamente en la primera fase de la revolución [...]”, y paralelamente, la minimización de los elementos no proletarios de la clase y de la influencia de sus ideologías en el interior de la clase.⁹³ Este escrito contiene diversas críticas a la obra de los bolcheviques y las tres principales se refieren a:

a) La reafirmación del principio de la autodeterminación de los pueblos y el reconocimiento del derecho de todo pueblo a hacer valer este principio aún cuando esto implicara la separación de un Estado nacional.

b) La distribución de la tierra a los campesinos.

c) El problema de la dictadura del proletariado y de la democracia.

La primera de estas críticas volvía sobre un argumento que estuvo en el centro de las preocupaciones de la Luxemburgo como dirigente del movimiento obrero polaco y del cual no hemos hallado forma de ocuparnos hasta ahora. Por tanto nos detendremos brevemente también en los antecedentes.

La actitud de Rosa Luxemburgo acerca del problema nacional, en relación a la situación de Polonia, entonces dividida en tres partes bajo el dominio de Rusia, Alemania y Austria respectivamente, fue el motivo de una constante e implacable polémica con el Partido Socialista Polaco (PSP) y, más tarde, con Lenin y los bolcheviques. Para el Partido Socialista Polaco la reunificación de Polonia y su adquisición de un *status* independiente era una tarea prioritaria incluso para el proletariado, mientras que Rosa y sus compañeros juzgaban este enfoque históricamente equivocado y capaz de distraer a la clase obrera de sus tareas

⁹³ G. Luckács, *Kritische Bemerkungen Über Rosa Luxemburg "Kritik der russischen Revolution"* en *Geschichte un Klassenbewusstsein*, cit., pp. 276 y ss.

de clase. Con el objeto de dar al proletariado polaco una dirección marxista, entendida la palabra en sentido clasista e internacionalista, y de combatir las desviaciones nacionalistas y pequeñoburguesas del PSP, un grupo de emigrados polacos (Rosa Luxemburgo, Leo Tyszka —Jogisches—, Adolf Warszawski —Warski— y Julián Marchlewski —Karski—), fundó el periódico *Sprawa Robotnicza* (La clase obrera) que se convirtió rápidamente en el órgano oficial de la «Socialdemocracia del Reino Polaco» surgida el mismo año como partido socialista que disputaba al PSP la dirección del movimiento obrero polaco. Rosa Luxemburgo, entonces de poco más de veinte años, se convirtió luego en el líder ideológico tanto del periódico como del Partido, y fue ella la que elaboró en nombre de la redacción, un informe al Congreso Internacional Socialista de Zurich en 1893, en el que el PSP era acusado de querer fundir el programa socialdemócrata con el programa independentista en una síntesis que ya desde entonces venía definida como «socialpatriotismo», una palabra que Lenin volverá a tomar y tendrá éxito en el curso de la primera guerra mundial.⁹⁴

La tesis de Rosa se basaba en el análisis del desarrollo económicosocial de Polonia, que en aquellos años fue objeto de intensas investigaciones por su parte y constituyó el argumento de su tesis de doctorado en la Universidad de Zurich, publicada después en libro por el editor *Duncker & Humbolt* de Leipzig.⁹⁵ Según este análisis, cuyo funda-

⁹⁴ “También nuestra «inteligencia» patriótica, que representa inconcientemente los ideales pequeñoburgueses en el terreno social, intenta llevar al movimiento obrero a la corriente patriótica; de ahí sus intentos en los últimos tiempos por fundir el programa de la reconstitución del Estado polaco independiente con el programa socialdemócrata en una síntesis de socialpatriotismo” (*Bericht an den III, internat. Socialistischen Arbeiterkongress in Zürich 1893 Über den Stand und Verlauf der socialdemokratischen Bewegung in Russisch-Polen, 1889-1893 erstattet von der Redaktion der Zeitschrift “Sprawa Robotnicza” (Arbeitersache)*), *Organ Der Socialdemokraten des Königreichs Polen*, p. 6.

⁹⁵ R. Luxemburg, *Die industrielle Entwicklung Polens, Inaugu-*

mento no podemos examinar aquí, Polonia había tenido hasta 1860, al igual que Rusia, carácter de país agrícola cerrado, semifeudal, sin relaciones económicas con Rusia que la compensaran por la ocupación militar de que era objeto, de donde se desprendía la vitalidad del sentimiento nacional y el florecer de los movimientos separatistas; pero el desarrollo del capitalismo creó sucesivamente lazos orgánicos entre los dos países y desarrolló un mercado común para la industria tanto rusa como polaca, es más: la vastedad del imperio ruso y sus conquistas, su extendida política proteccionista, beneficiaban a la industria polaca, debilitando la base social de las corrientes separatistas. Estas, según Rosa, seguían a remolque de la inteligencia pequeñoburguesa y en general de las capas precapitalistas que buscaban en la ideología nacionalista un arma de lucha contra la amenaza del desarrollo capitalista, pero no podían ser adoptadas por el proletariado que debía plantear en primer plano la lucha por la democracia y por el socialismo en estrecha unión con el proletariado ruso. Históricamente, la independencia de Polonia parecía a Rosa Luxemburgo como un ideal superado, y de cualquier manera realizable tan sólo al través de una guerra, mientras la lucha contra la autocracia zarista y la revolución democrática socialista en el imperio del zar constituían un objetivo de realización próxima, cosa que confirmaron los acontecimientos. Distraer los esfuerzos del proletariado polaco de esta revolución para seguir un ideal pequeñoburgués significaba para la Luxemburgo brindar un servicio al enemigo de clase: de ahí la dureza y la tenacidad de su polémica.

Naturalmente, esto no significa que la Luxemburgo y sus camaradas desconocieran la especificidad nacional polaca, sino consideraban que un *status* autónomo⁹⁶ en el ám-

ral Dissertation zur Wr. angung der staatswissenschaftlichen Doktorwürde der hohen Staatswissenschaftlichen Fakultät Zürich, Leipzig, 1898.

⁹⁶ He aquí cómo la misma Luxemburgo se expresaba en el comentario al programa de su Partido: "Dado que nuestro país

bito de un Estado plurinacional hubiera podido satisfacer las aspiraciones legítimas nacionales polacas, y al mismo tiempo hubiera permitido a los polacos participar en la próxima revolución rusa.

En esta polémica Rosa Luxemburgo chocaba también con posiciones ya tradicionales en el movimiento obrero, que se remontaban a conocidas tomas de posición de Marx y Engels. La misma Primera Internacional ¿no surgió de un mítin en favor de la independencia polaca? A este argumento ampliamente invocado contra ella, Luxemburgo objetaba con profunda razón que una interpretación auténtica, marxista, no consiste en repetir las palabras de Marx sino en la comprensión concreta e histórica, a la luz del método marxista, de las diversas situaciones. Y de la posición marxista en favor de la independencia polaca daba una interpretación histórica mostrando su carácter contingente: para Marx y Engels la independencia polaca era un arma de lucha contra el zarismo, baluarte de la reac-ción europea,⁹⁷ pero también ellos pensaban que el avan-

forma una cierta unidad aunque distinta en el interior del Estado ruso, que se distingue en su vida cultural y en parte también en el aspecto económicosocial del resto del Estado, la socialdemocracia del reino polaco pide, junto con la igualdad general civil de todas las nacionalidades, el autogobierno del país, es decir la autonomía para Polonia. Esto significa que se pide que los problemas relativos a nuestro país sean resueltos por nuestro pueblo al través de funcionarios propios y un parlamento también propio, elegido por todos los ciudadanos adultos del país con voto igual, universal, secreto y directo, y que las escuelas polacas estén organizadas por nosotros, lo mismo que los tribunales y las otras instituciones indispensables, y además sometidas en su actividad al parlamento". (R. Luxemburgo, *Czego Chcemy? Komentarz do programu socjaldemokracji Kroltstwa Polskiego i Litwy, ¿Qué es lo que queremos? Comentario al programa de la SDKPIL, Varsovia, 1906, p. 67*).

⁹⁷ "Todo esto, Alemania se lo podía garantizar salvaguardando al mismo tiempo sus intereses y su honor, si después de la revolución hubiera tenido, por su propio interés, el coraje de exigir a Rusia, armas, el abandono de Polonia [...] La única solución posible que hubiera salvado el honor de Alemania y de los inte-

ce del socialismo habría superado la cuestión nacional.⁹⁸ Queda por ver si tendría razón en juzgar que en concreto, en las condiciones históricas de su tiempo, el problema de la independencia hubiera perdido valor y fuera una reivindicación retardadora de la revolución socialista.

Que el peligro denunciado por la Luxemburgo en las posiciones socialpatriotas fuera real, lo probó, durante la revolución de 1905, la actitud de muchos de sus dirigentes preocupados por separar la acción del proletariado polaco de la del proletariado ruso, y atentos más bien a realizar la unidad de todas las clases polacas en favor de la independencia hasta el punto de combatir las huelgas y las luchas que los obreros polacos conducían contra industriales polacos. Véanse por ejemplo la carta abierta del má-

reses de Alemania, era, lo repetimos, la guerra a Rusia". Esto escribía Marx en un artículo de la *Neue Rheinische Zeitung* del 20 de agosto de 1848, comentando los debates sobre la cuestión polaca en la Asamblea de Frankfurt: el artículo citado está reproducido en *Aus dem Literarischen Nachlass von Karl Marx Friedrich Engels und Ferdinand Lassalle, herausgegeben von Franz Mehring*, III, Stuttgart, 1902, pp. 150-154, o bien en MEGA, I, 7, pp. 303-4. Acerca de la actitud de Marx en 1848 respecto a la cuestión polaca, véase la amplia introducción de F. Mehring *Die polnische Frage*, en el vol. *cit.*, pp. 18-44.

Acerca del papel que la cuestión polaca jugaba en la estrategia marxista, véase también la carta de Engels a Marx del 23 de mayo de 1851 (*Correspondencia*, 1, p. 243, Roma, 1958): "Cuan- to más reflexiono en la historia, tanto más claro me resulta que los polacos son una *nation foutue*, que se puede manejar como instrumento sólo hasta que Rusia misma sea arrastrada a una revolución agraria." V. también los manuscritos de Marx sobre Polonia publicados por primera vez en K. Marx, *Manuskripte Über die polnische Frage (1863-1864) herausgegeben und eingeleitet von W. Conze u. D. Hertz-Eichenrode S. Gravengage*, 1961.

⁹⁸ Véase la carta de Marx a Engels del 18 de agosto de 1869 (*Correspondencia*, p. 407, Roma, 1951): "En Poznan [...] los obreros polacos (carpinteros, etc.), mediante la ayuda de sus colegas berlineses han concluido victoriosamente una *strike*. Esta lucha contra *Monsieur le Capital*, aunque sea en la forma subordinada de la *strike*, liquidará los prejuicios nacionales en forma mucho más diferente que las declamaciones sobre la paz de los señores burgueses".

ximo líder del PSP, Daszynski, publicada en diciembre de 1905 en el órgano del partido *Naprzod* y las respuestas de Rosa Luxemburgo en el *Czerwony Sztandard*. Una vez conquistada la independencia, la derecha socialista polaca terminó en brazos del nacionalismo y su líder, Pilsdski, se convirtió en el dictador fascista de Polonia.

Sin embargo, como observa justamente Nettl,⁹⁹ Rosa Luxemburgo, en su furor polémico, a menudo fue llevada a asimilar a las posiciones nacionalistas de la derecha socialista también las de la izquierda del PSP y hasta las de los bolcheviques rusos que, aunque rechazando el nacionalismo, consideraban que el movimiento obrero se hubiera quedado fuera de la realidad si no hubiera sido partidario de la independencia polaca: en efecto, el Partido de la Luxemburgo no logró jamás afirmarse en las capas pequeño-burguesas y entre los campesinos.

Sería difícil resolver el conflicto Lenin-Luxemburgo sobre este problema como si se tratara de una cuestión de principio, como si una otra tesis pudiera tener un valor absoluto, como tesis progresistas. Lenin hacía suyo el principio afirmado por Kautsky: "El Estado nacional es la regla y la «norma» del capitalismo; el Estado cuya composición nacional es heterogénea es un Estado atrasado o una «excepción»",¹⁰⁰ mientras la Luxemburgo se rehusaba a admitir que cada Estado debería recorrer las fases atra-

⁹⁹ Cfr. Nettl, *ob. cit.*, p. 853. Ver al respecto todo el interesante apéndice 2 al libro de Nettl, dedicado precisamente a la cuestión nacional que da amplia información sobre los diversos aspectos de la polémica. Se pueden consultar también útilmente recientes estudios polacos como W. Najdus, *Z historii kształtowania się poglądu na SDKPiL w kwestii narodowej* en *Z pola walki* 1962, n. 3 (19), pp. 3-25 y J. Kancewiz, *Rewolucja społeczna, kwestia narodu i SDKiL*, *ibidem*, 1965/1 (29), pp. 59-84; E. Kusko, *Tradycje ruchu robotniczego a kwestia narodowa*, *ibidem*, 1967, w (38), p. 83; W. Najdus, *Poglady rup SDKiL i KPRP w Rosji w latach 1917-1920 na kwestie narodowa*, *ibidem*, p. 114.

¹⁰⁰ V. L. Lenin, *Sobre el derecho de autodeterminación de las naciones*, en *Prostwestnienie*, 1914, ns. 4, 5, 6, hoy en *Obras*, xx, Roma, 1966, p. 381.

vesadas por quien lo había precedido en el desarrollo y veía ya en acción, quizás adelantando un poco los tiempos, una fase de desarrollo imperialista que habría creado las economías supranacionales ligadas orgánicamente con burguesías solidarias, a las cuales quería oponer la solidaridad de las clases obreras.

Ciertamente, los dos contendientes fueron llevados en el curso de su polémica a dar alguna vez carácter absoluto a sus opiniones, pero es evidente que éstas, en cambio, deben ser examinadas en el contexto general de las relaciones políticas y sociales de su tiempo y juzgadas en el cuadro de una estrategia global del movimiento obrero.

Sobre este punto de método, en realidad los contendientes están de acuerdo. Lenin escribe: "Para analizar una cuestión cualquiera, la teoría marxista exige absolutamente que ésta sea colocada en un marco histórico *determinado* y además, si se trata de un solo país (por ejemplo del programa nacional relativo a un país dado), que se tenga en cuenta las particularidades concretas que diferencian este país de los otros en el mismo período histórico. [...] Está en juego el programa nacional marxista para un país determinado, Rusia, y durante un período determinado, el inicio del siglo xx, ustedes pensarán sin duda que Rosa Luxemburgo se pregunta: *¿Cuál es el período histórico* por el que Rusia atraviesa, *cuáles son las particularidades concretas* del problema nacional y de los movimientos nacionales del país *en cuestión*? *¡Rosa Luxemburgo no habla, para nada de todo eso!* En su escrito no encontrarán ni siquiera la sombra de un análisis de la manera como se presenta el problema nacional *en Rusia*, en el período histórico actual, ni de las particularidades *de Rusia* bajo este aspecto!"¹⁰¹

Rosa Luxemburgo parte de las mismas consideraciones de método: "Se trataba —escribe— no de constatar en Polonia los fenómenos del capitalismo, esquemáticos, típicos de todos los países, sino de dar una explicación de los fe-

¹⁰¹ Art. cit. en *Obras, cit.*, xx, pp. 382-383.

nómenos específicos de la vida social de *Polonia* creados por el capitalismo en base a las condiciones históricas y políticas particulares del país. Se trataba en una palabra, no de transportar a Polonia los resultados generales del análisis marxista de la sociedad burguesa, sino de efectuar un análisis social particular de la Polonia burguesa, y al mismo tiempo, de transferir el socialismo de las nubes de la abstracción y del esquema privado de cuerpo al terreno real de Polonia".¹⁰² Y de este análisis concreto extrae conclusiones generales contra el derecho de autodeterminación (cuyo principio no rechaza jamás sino del cual discute la eficacia en la situación polaca de su tiempo¹⁰³), sino conclusiones particulares pertenecientes al movimiento obrero polaco. "Hoy, para nosotros, como socialistas polacos, es importante antes que nada, para tomar posición frente a cualquier fenómeno social, la pregunta de cómo semejante posición influirá sobre los intereses de clase del proletariado polaco. El análisis del desarrollo social objetivo de Polonia conduce a la conclusión de que las tendencias a la reconstrucción de Polonia soy, *hoy en día* [énfasis

¹⁰² Prefacio a *La cuestión polaca y el movimiento socialista*, en Rosa Luxemburgo, *Escritos Políticos*, ob. cit., p. 267.

¹⁰³ He aquí una afirmación precisa: "Estaba y está claro para los socialistas el indudable *derecho* de toda nación a la independencia porque también ello se deriva de los principios elementales del socialismo". (*Ibidem*, pp. 261-62). Y Lenin a su vez, en el artículo varias veces citado sostiene que lo que cuenta precisamente es el reconocimiento del derecho: "He ahí por qué el proletariado se limita a presentar la reivindicación, por decirlo así negativa, del reconocimiento del derecho de autodeterminación de las naciones, sin dar garantías a ninguna nación, sin echarse el compromiso de darle *algo a costa de otra*". (*Obras*, cit., xx, p. 391). Y más adelante explica que se trata de la misma actitud que los socialistas toman respecto al divorcio, cuando reivindicar el derecho al divorcio no significa querer en concreto la total disolución de todos los vínculos matrimoniales. Pero contra lo que Rosa Luxemburgo se batía no era, como se ha visto, el derecho general a la autodeterminación, sino en concreto contra la consigna de la lucha por la independencia polaca dada al proletariado polaco,

de Lelio Basso] una utopía pequeñoburguesa; y como tales son capaces tan sólo de turbar y conducir a una salida falsa la lucha de clase del proletariado".¹⁰⁴

La lectura de estos dos textos sugiere quizás una clave para colocar en su justo marco histórico las posiciones respectivas de Lenin y de la Luxemburgo. Lenin parte de las condiciones de Rusia y la Luxemburgo parte de las condiciones de Polonia. Razonando como revolucionario ruso, Lenin ve en todos los enemigos del zarismo otros tantos aliados: incluso el nacionalismo de los países oprimidos, aunque fuera tan sólo expresión de pequeñoburgueses, es un arma contra el zarismo. Después de haber observado que "[...] no hay la más mínima duda de que los marxistas holandeses y polacos, que están contra la autodeterminación, pertenecen a los mejores elementos revolucionarios e internacionalistas de la socialdemocracia internacional [...]]", se pregunta dónde pudiera estar la raíz de sus «errores», y contesta que su actitud se explica "[...] teniendo en cuenta las *particulares* condiciones objetivas de sus respectivos países. [...] Pero basta desembarazarse de esta *envoltura*, evidentemente equivocada, de argumentos generales, y mirar el *fondo* de las cosas desde el punto de vista de la originalidad de las condiciones *particulares* de Holanda y Polonia, para que se haga *comprensible* y plenamente legítima su peculiar posición [...]. Todo esto [la toma de posición polaca contra la independencia de Polonia, N. de Lelio Basso] habla muy *justamente contra* la consigna de la independencia de Polonia *hoy*, dado que ni siquiera la revolución en Polonia cambiaría mínimamente la situación, y la atención de las masas polacas sería desviada *de lo que es fundamental*: la ligazón de su lucha con la del proletariado ruso y alemán. No es una paradoja sino un hecho que el proletariado polaco, como tal, hoy puede ayudar a la causa del socialismo y de la libertad, *incluida la libertad polaca*, sólo luchando *junto* con los proletarios de los países vecinos, contra los nacionalistas

¹⁰⁴ *Ibidem*, Prefacio *cit.*, p. 271.

burdamente polacos. No se puede negar el gran mérito histórico de los socialdemócratas polacos en la lucha contra estos últimos.

“Pero los mismos argumentos, justos desde el punto de vista de las condiciones *particulares* de Polonia en la época *actual*, están evidentemente equivocados en la forma general que les ha sido dada [...].

“La situación es, sin duda, muy intrincada, pero hay una salida que permitiría a *todos* los participantes seguir siendo internacionalistas: los socialdemócratas rusos y alemanes exigiendo la «libertad incondicional de separación» de Polonia; los socialdemócratas polacos luchando por la unidad de la lucha proletaria en un país pequeño y en los grandes países sin lanzar, por el momento, o por el período actual, la consigna de la independencia de Polonia”.¹⁰⁵

Hemos citado ampliamente este texto de Lenin, que a menudo es ignorado por los críticos de Rosa Luxemburgo, para mostrar el error que también a menudo se comete buscando las contradicciones rígidas y totales entre estos dos líderes de la izquierda marxista. En sustancia, es precisamente en plena guerra donde se hubiera podido dar y se dio en efecto realidad a la reivindicación de la unidad y de la independencia polaca; y en la víspera de un nuevo estallido revolucionario en Rusia (el escrito en cuestión es de octubre de 1916), Lenin toma nota de los grandes servicios rendidos por la Luxemburgo y por sus camaradas en lucha contra el nacionalismo polaco y admite que la justa posición para los socialdemócratas polacos es la de

¹⁰⁵ El programa del Partido Socialdemócrata Ruso decía explícitamente que el Partido sostiene “[...] todo movimiento revolucionario o de oposición dirigido contra el régimen social y político existente en Rusia”. Y Lenin explicaba: “[...] los socialdemócratas dan este apoyo para acelerar la caída del enemigo común [...], los socialdemócratas sostienen todo movimiento revolucionario contra el régimen social vigente, toda nacionalidad oprimida, toda religión perseguida, toda capa social humillada, etc.” (*Las tareas de los socialdemócratas rusos*, en *Obras*, II, Roma, 1954, p. 324).

no plantear la reivindicación de la independencia «para el período presente». ¿Pero no había dicho precisamente Rosa Luxemburgo que la consigna de la independencia no era válida para el proletariado polaco «en el presente período»-¹⁰⁶

Por tanto, creemos poder concluir que la Luxemburgo había visto con mucha claridad los peligros que podía representar para el movimiento obrero el seguimiento de las tendencias independentistas, en cuanto su realización suponía una guerra por lo menos europea que ciertamente no podía ser un objetivo socialista, y además porque en una lucha centrada sobre el problema nacional el liderazgo caería en manos pequeñoburguesas, relegando a la clase obrera a un papel subalterno y por tanto alejando las perspectivas socialistas.¹⁰⁷

Pero, como le sucedió otras veces, al enfocar con rigor lógico un problema, la Luxemburgo fue arrastrada a descuidar ciertos aspectos de la realidad, quizás destinados a desaparecer, más sin embargo todavía presentes y operantes en dicho momento, como precisamente es el caso

¹⁰⁶ *Resultados de la discusión sobre la autodeterminación*, en *Obras*, xxxii, Roma, 1966, pp. 345-346; 348-349.

¹⁰⁷ Como lo hemos observado varias veces, Rosa Lúxemburgo no pretendió en realidad presentar jamás el problema en términos generales. En un artículo dedicado al iv congreso de la SDKPiL y publicado en la reseña oficial *Przegląd Socjaldemokratyczny* en agosto de 1903, hacía notar que la consigna de la solidaridad del pueblo polaco con el ruso en contraposición a las consignas de los socialpatriotas, “[...] era, en el momento en que la socialdemocracia entraba en el escenario, una necesidad política urgente y no la expresión de un razonamiento abstracto según los principios del socialismo científico. Porque aquel era el momento en el que el socialpatriotismo por primera vez (mayo de 1893), presentaba su programa de la reconstrucción de Polonia y al mismo tiempo con su agitación chovinista tendía a aislar el socialismo en Polonia del movimiento ruso, y además a amalgamar el socialismo polaco en la contradictoriedad de los intereses y las tendencias políticas de la clase obrera rusa” (*IV Zjazd Socjaldemokracji KPiL en Przegląd Socjaldemokratyczny*, 1902, n. 8).

del peso que en concreto tenía la cuestión nacional en el ánimo del pueblo polaco. En la práctica, una consecuencia de esta actitud era el aislamiento de su Partido de los estratos precapitalistas, del campesinado y la pequeña burguesía, cuyo papel la Luxemburgo era, en general, llevada a minimizar en la misma medida en la que acentuaba fuertemente las tendencias históricas del desarrollo capitalista y por tanto en la superación de las fases, de las capas y de la mentalidad precapitalistas.

En conclusión, no se puede negar que Rosa Luxemburgo haya minimizado la fuerza del sentimiento nacional de los polacos, pero se puede entender el interés que ella tenía, desde un punto de vista revolucionario, en oponerse a que se utilizara este sentimiento para impedir la formación de una conciencia de clase. Y se puede comprender que se preocupara porque el proletariado polaco llegara a quedarse fuera de la revolución precisamente en nombre de estos sentimientos nacionales y precisamente en el momento en el que se podía esperar que el socialismo victorioso en Rusia hubiera sabido encontrar una solución adecuada, respetuosa de la nacionalidad polaca y en el marco de un Estado plurinacional.¹⁰⁸

Lenin por el contrario, con su extraordinaria capacidad de captar los aspectos contingentes de la situación y de adaptar su táctica en forma tal que siempre extraía la máxima ganancia y el mínimo daño, intuyó la ayuda que el nacionalismo antiruso habría podido dar en la lucha contra el zarismo, y buscó la forma de alentarle, incluso a costa de dar a estas posiciones tácticas un revestimiento doctrinal a veces discutible.

El que después, en la práctica, ni siquiera él creyese en el derecho que había proclamado de la «separación

¹⁰⁸ Véanse las observaciones muy pertinentes de la Luxemburgo sobre el papel que ha tenido la cuestión nacional en el uncimiento de los partidos socialistas al carro de sus respectivas burguesías, en el fragmento acerca de la guerra, la cuestión nacional y la revolución, publicado por F. Weil en *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, 1928, pp. 292-298.

Estatal» de los diversos pueblos que componían el viejo imperio, lo ha demostrado reconquistando para la revolución países que se habían distanciado, como por ejemplo Georgia.

La segunda crítica de Rosa Luxemburgo a la que nos hemos referido es la relacionada con la consigna de la «tierra a los campesinos». También aquí es evidente que Lenin obedecía en aquel momento a una necesidad táctica, y si Rosa Luxemburgo tenía razón en mostrar las dificultades que se plantearían a la futura edificación del socialismo por una fragmentación de la propiedad de la tierra (como los acontecimientos sucesivos lo demostraron), es verdad que ella caía una vez más en el error, reprochado por Lukács con las palabras que hemos recordado más arriba, de sobrevalorar el carácter puramente proletario de la revolución rusa, minimizando en cambio el peso de los elementos no proletarios tan ampliamente presentes en aquella sociedad. Sin embargo, su sentido histórico la llevaba a corregir el error y a escribir desde la cárcel al camarada Warski: “Ciertamente las relaciones agrarias creadas son el punto más peligroso y más doloroso de la revolución rusa. Pero también aquí vale la verdad: la más grande revolución puede realizar tan sólo aquello que ha madurado al través del desarrollo”.¹⁰⁹

En fin, el tercer y más importante problema expuesto por la Luxemburgo es el de la democracia. Quien hoy en día lea, a distancia de 35 años, naturalmente con espíritu marxista, las páginas de la Luxemburgo sobre la democracia socialista no puede dejar de quedar fascinado. Ella se muestra enteramente de acuerdo con los bolcheviques en las tareas de la revolución. “Los bolcheviques se han propuesto inmediatamente, como objetivo de esta toma del poder, el programa revolucionario lo más completo y amplio posible: no consolidación de la democracia burguesa, sino dictadura del proletariado, con el objeto de realizar

¹⁰⁹ A. Warski, *Rosa Luxemburgs Stellung zu den taktischen Problemen der Revolution*, 1922, p. 7.

el socialismo. Con ello han conquistado el mérito, históricamente imperecedero, de proclamar por primera vez como programa inmediato de la política práctica, los fines últimos del socialismo".¹¹⁰ Pero "[...] la dictadura del proletariado es la democracia en el sentido socialista del término. La dictadura del proletariado [...] significa [...] el uso de todos los medios del poder político para la edificación del socialismo, para la expropiación de la clase capitalista, conforme al sentimiento y por la voluntad de la mayoría revolucionaria del proletariado, por tanto en el espíritu de la democracia socialista. Sin la voluntad y la acción de la mayoría del proletariado, no hay socialismo".¹¹¹ "La misión histórica del proletariado llegado al poder es la de crear en lugar de la democracia burguesa una democracia socialista, no destruir toda forma de democracia [...]. La democracia socialista comienza junto con la obra de destrucción de la dominación de clase y de construcción del socialismo. Comienza en el momento en que es tomado el poder por parte del partido socialista. Ella no es otra cosa que la dictadura del proletariado".¹¹² La dictadura del proletariado no es por tanto la negación de la democracia, como sostiene Kautsky y como desde un punto de vista opuesto parecen sostener Lenin y Trotsky, sino es el principio de la democracia socialista porque es la dictadura de toda la clase y no sólo del partido.

Reaparece aquí el viejo conflicto Luxemburgo-Lenin y una vez más debemos decir que la enunciación que hace Rosa Luxemburgo de los principios de la dictadura del proletariado está en perfecta concordancia con la enseñanza marxista. Pero éstos eran válidos para una revolución socialista en las condiciones en las que Marx siempre había pensado, es decir para una revolución que sobreviniese en un país de capitalismo muy avanzado y no en un país

¹¹⁰ *Escritos Políticos*, p. 572.

¹¹¹ Ver el artículo *Die Nationalversammlung en Rote Fahne* del 20 de noviembre de 1918, o en *ARS*, II, p. 606.

¹¹² *Escritos Políticos*, p. 593.

atrasado como la Rusia de 1917 donde faltaban absolutamente las condiciones para una semejante dictadura del proletariado, la cual fuera el pleno despliegue de la democracia socialista «la más amplia e ilimitada democracia», la «libertad de quien piensa en forma diversa».¹¹³ Ciertamente, Rosa Luxemburgo tiene razón cuando sostiene que el socialismo puede madurar sólo gracias a la iniciativa, a la capacidad creativa, a la participación de las masas; que «decretos, poder dictatorial de los inspectores de las fábricas, castigos draconianos, terrorismos, solo son paliativos» y que «la única vía que conduce al renacimiento es la escuela misma de la vida pública», pero ¿acaso era ésto posible en la Rusia de entonces, con un proletariado en gran parte escasamente preparado, con terribles problemas por resolver, con la amenaza de la agresión capitalista y con la guerra civil en marcha,¹¹⁴ y sobre todo con la debilidad del proletariado internacional, en el asilamiento de Rusia? La Luxemburgo misma lo advirtió cuando escribe: “[...] todo lo que sucede en Rusia es explicable, es una cadena inevitable de causas y efectos cuyos puntos de partida y de llegada son la debilidad del proletariado alemán y la ocupación de Rusia por parte del imperialismo alemán. Sería pedir a Lenin y compañeros una obra sobrehumana si se les exigiese que crearan en estas condiciones casi por encanto la mejor democracia, el modelo de dictadura del proletariado y una floreciente economía socialista”.¹¹⁵ En esta frase está ya la respuesta a algunas críticas de la Luxemburgo a los bolcheviques, por ejemplo a la de haber disuelto la Asamblea constituyente. No hay duda de que si los bolcheviques se hubieran sometido a la Asamblea constituyente, donde estaban en minoría, no hubieran hecho la revolución y hubieran restituido el poder a la burguesía y esto, la Luxemburgo no lo hubiera querido a ningún precio. Por otra parte es probable que sobre

¹¹³ *Ibidem*, pp. 588-589.

¹¹⁴ Sobre este problema cfr. L. Basso, *Da Stalin a Krusciov*, cit.

¹¹⁵ *Escritos Políticos*, p. 594.

este punto ella haya modificado su opinión, como sostuvieron sus compañeros alemanes, porque en las fogosas jornadas de noviembre y diciembre de 1918 se pronunció resueltamente contra la convocatoria de una constituyente alemana y en favor del traslado del poder a los consejos de los obreros y soldados.¹¹⁶

Por los términos en que fue redactada, la crítica luxemburguiana peca contra la realidad histórica que en ese particular momento exigía un poder fuertemente centralizado; sin embargo el espíritu de aquella crítica no sólo sigue dentro de la gran directriz del marxismo, sino que es el espíritu que siempre debe animar a los dirigentes revolucionarios marxistas. Si Rosa Luxemburgo se hubiera encontrado al lado de los bolcheviques en la revolución

¹¹⁶ “De igual forma aparece como símbolo del nuevo orden socialista del cual es portadora la presente revolución proletaria, del carácter de clase de su tarea específica, el carácter clasista del órgano político que debe realizar las tareas: el parlamento obrero, la representación del proletariado de la ciudad y del campo. La Asamblea Nacional es una herencia superviviente de las revoluciones burguesas, una cáscara sin contenido, una demanda de los tiempos de las ilusiones pequeñoburguesas del «pueblo unido», de la «libertad, igualdad, y fraternidad» del Estado burgués. Quien hoy se adhiere a la Asamblea Nacional, no hace más que mandar de buena o mala fe, la revolución al estadio histórico de las revoluciones burguesas; es un agente enmascarado de la burguesía o un ideólogo inconciente de la pequeña burguesía.” (Art. *Die Nationalversammlung*, cit. “¿Asamblea nacional o gobierno de los consejos?”) “Es ésta la forma del segundo punto del orden del día del Congreso de los Consejos de los Obreros y de los Soldados, y así es expuesto realmente el problema cardinal de la revolución en este momento. O Asamblea Nacional o todo el poder a los Consejos de los Obreros y Soldados; o renuncia al socialismo o la lucha de clases más aguda contra la burguesía con la fuerza total del proletariado: este es el dilema. Este sí que es un plan idílico: ¡realizan el socialismo por la vía parlamentaria, con una simple decisión de mayoría! Lástima que este sueño en las nubes no tenga en cuenta ni siquiera la experiencia histórica de la revolución burguesa, para no hablar de la naturaleza específica de la revolución proletaria” *Nationalversammlung oder Räteregierung?* en *Rote Fahne* del 17 de diciembre de 1918, o en *ARS*, I. p. 640).

rusa de aquellos años, o si hubiera logrado llegar a la cabeza de una revolución alemana victoriosa, su sentido de lo concreto la habría seguramente constreñido a una serie de actos de fuerte centralización del poder no previstos por ella la víspera. En este sentido sus tomas de posición entre noviembre de 1918 y enero de 1919 son muy significativas y no hay duda que luchando por la victoria o la derrota de la revolución contra un enemigo insidioso y anidado en cada rincón, no hubiera dudado frente a medidas draconianas.¹¹⁷ Pero en ningún momento hubiera olvidado el carácter excepcional de tales medidas, en ningún momento hubiera olvidado la exigencia de realizar siempre el máximo posible de participación y de democracia, en ningún momento hubiera descuidado el deber de decir la verdad a las masas y de dar razón de los actos realizados por la revolución. El régimen excepcional hubiera sido verdaderamente excepcional en una línea de desarrollo que hubiera tendido a crear a la mayor brevedad las condiciones de vida democrática. Por ello la crítica más profunda que dirige a los bolcheviques es probablemente la última, la de teorizar sus actitudes contingentes, de hacer de la excepción la regla de conducta. "Con su actitud decididamente revolucionaria, con su ejemplar fuerza de acción y su inquebrantable fidelidad al socialismo internacional, ellos han hecho verdaderamente cuanto era posible en circunstancias tan diabólicamente difíciles. El peligro comienza en el momento en que, haciendo de necesidad virtud, fijan teóricamente en todos los detalles la táctica a la que están constreñidos por estas condiciones fatales y quieren recomendarle como modelo de táctica socialista, para imitación del proletariado internacional. Debido a que en semejante forma se ponen ellos mismos

¹¹⁷ En el programa de la Liga Espartaco escrito en el fuego de la revolución alemana, Rosa Luxemburgo dice: "Toda esta resistencia debe ser despedazada poco a poco con puño de hierro y con energía sin contemplaciones. A la fuerza de la contrarrevolución burguesa, le debe ser contrapuesta la fuerza revolucionaria del proletariado" (*Was will der Spartakusbund?*, Berlín, 1919).

bajo una luz falsa, y ponen su mérito histórico, real e incontestable, bajo la acción de desviaciones impuestas por la necesidad, brindan un mal servicio al socialismo internacional por el cual han luchado y sufrido, cuando quieren introducir en su bagaje, como doctrinas nuevas, todas las tortuosidades cometidas en Rusia bajo la estrecha necesidad, tortuosidades que al final de cuentas no fueron más que contragolpes de la bancarrota del socialismo internacional en esta guerra mundial [...]. Los bolcheviques no deben pretender la realización de milagros. Porque una revolución proletaria, ejemplar y perfecta, en un país aislado, esposado por la guerra mundial, destrozado por el imperialismo, traicionado por el proletariado internacional, sería un milagro. Lo que importa es distinguir en la política de los bolcheviques, lo esencial de lo accesorio, la sustancia del accidente”.¹¹⁸ El que esta crítica golpeará en el blanco y que ubicase un peligro real, fue probado con suficiencia por la tendencia, que se desarrolló en gran medida después de la muerte de Lenin, de elevar la experiencia absolutamente original de la revolución rusa como «modelo de táctica socialista», hasta fijarla en un esquema válido para todos e incluso en un dogma de fe. Y creemos, además, que fue una valoración justa juzgar que sería «un mal servicio al socialismo internacional» hacerle aceptar no sólo el inmenso patrimonio positivo que la revolución de octubre había representado, sino también «como doctrinas nuevas todas las tortuosidades cometidas en Rusia bajo la estrecha necesidad», y que estén firmemente convencidos que en el esfuerzo por la superación de estos errores en los que el movimiento obrero está ahora empeñado, el pensamiento de Rosa Luxemburgo pueda ser una ayuda eficaz.

Y ciertamente es válida también su explicación de la raíz de estos errores, es decir del aislamiento internacional de la revolución rusa. De acuerdo con Marx y con Lenin, ella creía que una revolución rusa hubiera podido llevar

¹¹⁸ *Ibidem*, p. 594.

a la clase obrera al poder pero que “[...] la revolución rusa para su destino, dependía completamente de los acontecimientos internacionales”.¹¹⁹ El que después, venida a menos la revolución internacional, Rusia haya podido caminar por sí sola por la vía del socialismo, no quita nada a la validez del razonamiento luxemburgiano que en esto se aparta de las posiciones de Lenin: en realidad la construcción del socialismo en Rusia solamente, única opción que les quedaba a los bolcheviques, costó infinitamente más sacrificios, más sangre y más lágrimas de lo que en otra forma hubiera sucedido, y la responsabilidad no recae tan sólo en Stalin, sino también y sobre todo, en el movimiento obrero internacional que dejó a Rusia en esa situación de aislamiento. Y esta es otra conclusión válida del escrito de Rosa Luxemburgo, socorrida en este análisis por su profundo espíritu internacionalista.

Quizá nadie tenga tan clara como ella la conciencia del internacionalismo del movimiento obrero y de los estrechos lazos que corrían entre las vicisitudes de la lucha en los diferentes países.¹²⁰ En un período en el que el

¹¹⁹ *Ibidem*, p. 565.

¹²⁰ Escribe Radek, que fue compañero de muchas de sus luchas: “Por el hecho de que Rosa Luxemburgo estaba fuertemente enraizada en el movimiento obrero polaco y ruso además del alemán, por el hecho que gracias a su conocimiento íntimo de la historia del movimiento obrero internacional estaba familiarizada con los problemas del socialismo tanto francés como inglés, ella es la representante de la internacionalidad del movimiento comunista y su pérdida no es solamente la pérdida de la dirigente del comunismo alemán, es la pérdida de una de las expresiones más eminentes del internacionalismo de nuestro movimiento”. (*Op. cit.*, p. 25).

J. P. Nettl, al final de su biografía muchas veces recordada, dedica algunas páginas al «internacionalismo extremo y dogmático» de la Luxemburgo y concluye que ella, más que cualquier otro marxista, había transferido a la clase la «lealtad» que habitualmente es reservada para la nación. “Rosa Luxemburgo encabeza el intento por volver funcional el concepto marxista de clase, como referencia social primordial, y por romper de una vez por todas

movimiento obrero occidental se encaminaba ya por la vía que después habría de seguir ampliamente, de la integración progresiva a la sociedad capitalista y por tanto también a su dimensión estatal y nacional, Rosa Luxemburgo defendió con firmeza las razones del internacionalismo, no sólo por su pertenencia doble al movimiento polaco-ruso y al alemán, no en razón de la ligazón casi religiosa que ella sentía con la humanidad entera,¹²¹ a causa de sus mismos estudios. Como la política del imperialismo, analizada por ella atinadamente en sus escritos, creaba una tupida red de relaciones internacionales que terminaba por abarcar a las clases dirigentes de todos los Estados, ella advertía que la lucha antimperialista y anticapitalista del proletariado no podía desarrollarse en espacios cerrados, en el ámbito de los Estados aislados; a ello la llevaba su visión del proceso histórico manteniéndola lista para percibir todos los efectos y todas las implicaciones de cada momento en particular, para colocarlo en el cuadro de la totalidad, único en el que puede ser comprendido verdaderamente.

Ahora bien, como hemos visto, Luxemburgo había insistido desde el fin de la revolución de 1905 en la influencia recíproca del movimiento obrero ruso y alemán y en la necesidad de ligar sus esfuerzos para el logro de la revolución socialista. No podía por tanto no sentir que las terribles dificultades en que se debatía la revolución rusa eran debidas en primer lugar a la responsabilidad de la

con la vieja y asfixiante alternativa de «nación». Su contribución no tiene igual. (Nettl, *op. cit.*, pp. 859-862).

¹²¹ "Yo me siento como en casa en todo el mundo, donde quiera que haya nubes, y pájaros y lágrimas humanas [...]" escribía a Matilde Wurm desde la cárcel, el 16 de febrero de 1917 (*Briefe an Faunde, cit.*, p. 49). Además Radek, (*op. cit.*, p. 26) habla de «esta gran humanidad de Rosa Luxemburgo que tanto atraía a quienquiera que tuviese contacto con ella» y la Roland-Holst, del «sentimiento elemental de la pertenencia que penetraba su ser hasta la identificación con animales, plantas y hombres, con todo lo que sufre pero también con la vida gozosa y consciente de su gozo». (*Op. cit.*, pp. 41-42).

socialdemocracia alemana que se había dedicado durante años a apagar toda la vitalidad revolucionaria del proletariado alemán y que utilizaba la férrea disciplina para frenarlo en la vía de la revolución y de la solidaridad activa con la revolución rusa.¹²² Y todos sus esfuerzos estuvieron dirigidos a acelerar la revolución alemana para poner fin a la carnicería y para asegurar el triunfo del socialismo al través de la solidaridad de los proletariados ruso y alemán. Desde abril de 1917, es decir siete meses antes de la victoria bolchevique, ella ve en el estallido de la nueva revolución rusa un «mensaje de salvación» y anuncia a su amiga Marta Rosenbaum que «es nuestra propia causa la que vence», que «lo que llega de Rusia», «se irradiará por toda Europa» y que «ahora comienza una nueva época».¹²³ Y en mayo escribe que se trata de una “[...] revolución proletaria de alcance histórico mundial, que *debe* repercutir en todos los países capitalistas y que precisamente, en cuanto lucha socialista-proletaria por el poder puede ser propagada tanto en Alemania como en otros lados, puede ser extendida solamente por la vía revolucionaria”.¹²⁴ Desgraciadamente en enero de 1918 constata que “[...] la revolución rusa, si se prescinde de algún corajudo esfuerzo del proletariado italiano, ha sido abandonada por los proletarios de todos los países”.¹²⁵ Y en septiembre de 1918, en el mismo período en que se inscribe el ensayo publicado póstumamente sobre la revolución rusa, concluyen el artículo *Die russische Tragödie* con estas

¹²² Véase el artículo *Die Oparteinnahme der deutschen Sozialdemokratie für den Krieg*, atribuido a Mehring, publicado en *Niederburnimer Referente nmaterial*, o en SB, pp. 5-9 en donde se denuncia “[...] la intervención de toda la fuerza organizada del Partido Socialdemócrata Alemán y de los sindicatos en favor del gobierno guerrerista y el empleo de esta fuerza para sofocar la energía revolucionaria de las masas”. Sobre este artículo cfr. E. Collotti, *Sinistra radicale e spartachisti*, cit., pp. 16-17.

¹²³ *Briefe an Reunde*, cit., p. 157.

¹²⁴ *Zwei Osterbotschaften en Spartacus*, no. 5, o en SB, p. 351.

¹²⁵ *Die Geschichtliche Verantwortung en Spartacus*, n. 8, o en SB, p. 409.

palabras: "Hay una sola solución a la tragedia en la que se encuentra Rusia: la rebelión en la retaguardia del imperialismo alemán, la sublevación de las masas alemanas, como señal para poner internacionalmente un fin revolucionario a la masacre de los pueblos. Salvar el honor de la revolución rusa en esta hora fatal es cosa idéntica que salvar el honor del proletariado alemán y el socialismo internacional".¹²⁶

Pocas semanas después, la revolución estallaba y la guerra llegaba a su fin. Rosa Luxemburgo, liberada de la cárcel el 9 de noviembre, asumía el 18 la dirección del órgano espartaquista *Rote Fahne* y desde las columnas del periódico iniciaba una intensa propaganda para incitar a las masas a la lucha. Hoy en día es difícil valorar la actividad de la Luxemburgo en sus dos últimos meses de vida desde el punto de vista de la estrategia revolucionaria, porque, a pesar del inmenso prestigio del que estaba circundada en las filas de sus partidarios, no logró hacer aceptar su línea de conducta y fue víctima de acontecimientos a los que había intentado en vano oponerse.

El punto de partida de su análisis era el carácter de la revolución: ¿era simplemente política y por tanto destinada a consolidar el dominio burgués, o también social y destinada a derrumbar este dominio de clase? Su respuesta fue clara:¹²⁷ La guerra mundial había sido la salida necesaria de la política imperialista, y el imperialismo era la expresión normal del capitalismo llegado a un cierto grado de desarrollo; la alternativa estaba por tanto entre una revolución socialista o una continuación de la política imperialista de la que ya había escrito en la *Juniusbroschüre*, que hubiera llevado a una dictadura y a una nueva guerra mundial. Sólo una revolución socialista hubiera podido impedir estas consecuencias, sólo ella hubiera po-

¹²⁶ *Die russische Tragödie in Spartacus*, n. 11, o en SB, p. 543.

¹²⁷ "El derrocamiento de la dominación capitalista, la realización del orden socialista: nada más que esto es el tema histórico de la presente revolución". (*Der Anfang in Rote Fahne* del 18 de noviembre de 1918, hoy en ARS II, p. 594).

dido asegurar a la humanidad un desarrollo democrático y pacífico. Por otra parte era evidente que la clase obrera, pese a que bajo la dirección de la socialdemocracia había seguido en parte la política imperialista, era la única clase libre de responsabilidades directas y al mismo tiempo la que había sufrido las consecuencias y los sacrificios de una guerra contra la que había venido intensificando su lucha: por tanto, ella tenía títulos para presentar su candidatura al poder.

Así, tras el problema del carácter de la revolución aparecía, de repente, el problema del poder: si la revolución debía tener naturaleza y objetivos socialistas, el poder debía pasar enteramente a las manos de los trabajadores. El 9 y el 10 de noviembre las palancas de mando de la máquina estatal estaban rotas en pedazos: el kaiser había abdicado, el gobierno había dimitido pasando la dirección de la cosa pública al jefe de la socialdemocracia, el ejército, derrotado, se batía en retirada, la gran burguesía tenía miedo de sus responsabilidades y no osaba levantar inmediatamente la cabeza. Por otra parte las masas obreras, en la plaza y en las calles, de hecho eran dueñas del país en aquellos días. Hubiera sido fácil en aquel momento proclamar la república socialista, lo que naturalmente, no hubiera evitado la resistencia de la burguesía y la guerra civil, pero también hubiera empujado a las masas a la lucha para la consolidación del poder. Pero los socialdemócratas, que se habían comprometido en la guerra imperialista y que hubieran tenido también que rendir cuentas al país, se opusieron decididamente a esta revolución e intentaron explotar para su propia ventaja la victoria popular. El compromiso al que llegaron el 10 de noviembre con el Partido Socialdemócrata Independiente¹²⁸ es en la

¹²⁸ El Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania (*Unabhängige Sozialdemokratische Partei Deutschlands*) había sido fundado en el Congreso de Gotha (5-8 abril de 1917) por parte de los socialistas disidentes de la política belicista del Partido, cuyos órganos directivos habían sido ya declarados fuera del Partido. La derecha del nuevo partido estaba formada por Kanutsky

práctica la clave del futuro desarrollo. Los socialdemócratas de derecha tuvieron en efecto la habilidad de no negar el objetivo socialista de la revolución, con lo que evitaron chocar con la profunda aspiración de las masas y en particular con el proletariado de Berlín, fuertemente radicalizado y dirigido por los socialistas independientes de izquierda, y pretendieron garantizar su participación en una futura Asamblea Constituyente, con lo que ganaban el tiempo necesario para consolidar la alianza con todas las fuerzas conservadoras y salvar el orden constituido dejando pasar el momento más peligroso de la tempestad revolucionaria. Fue así como se opusieron a la proclamación inmediata de la república socialista aunque declarando que este era el objetivo de su Partido: y así también se opusieron a que todo el poder fuera concedido a los Consejos de los Obreros y los Soldados, porque ello contradecía los principios democráticos. Aceptando el compromiso, los independientes detenían prácticamente el empuje revolucionario sin ponerse en condición de utilizar el tiempo para su propia ventaja.

Así, el 10 de noviembre nació el nuevo régimen con un gobierno provisional (*Rat der Volksbeauftragten*) compuesto de tres socialdemócratas mayoritarios (Ebert, Scheidemann y Lansber) y tres independiente (Haase, Ditmann y Barth), de los cuales Ebert y Haase eran copresidentes, y con una junta ejecutiva (*Vollzugsrat*) nombrada por la asamblea de los representantes de los obreros y los soldados, compuesta de seis miembros por cada uno de los dos partidos, los representantes de los consejos obreros y además 12 representantes de los soldados de Berlín, sin que fuera clara la delimitación de las esferas de influencia. En la práctica, la junta ejecutiva tuvo escaso o ningún poder

y Bernstein; en la extrema izquierda estaban los espartaquistas que se adhirieron no sin dudas y ni polémicas internas pero conservaron una autonomía, propia de grupo. En el centro estaban hombres como Haase y Ledebour. La línea del Partido no fue revolucionaria sino más bien centrista, sin embargo los maestranzas berlineses y sus jefes, que militaban entre los independientes, tomaron una posición revolucionaria.

efectivo y el gobierno siguió siendo el único efectivo detentor de la autoridad, pero en el seno del gobierno se delineó el claro predominio de los socialdemócratas de derecha, gracias a las ligas que estos estrecharon y a los apoyos que obtuvieron de la burocracia, del ejército y de todas las fuerzas conservadoras del país. Por otra parte, los socialistas independientes, miembros del gobierno, no opusieron seria resistencia; al contrario, en algunos temas de fondo, por ejemplo acerca de la lucha contra los Consejos Obreros, el independiente Barth no figuró ciertamente menos que los mayoritarios. Esa misma dicotomía de poder que dos años antes en Rusia había llevado a los Soviets a derribar al gobierno provisional, se resolvió en cambio en Alemania rápidamente en beneficio del gobierno, más bien de una de sus alas: lo que logró maniobrar la situación en forma tal de posponer toda reforma hasta la futura Asamblea Constituyente, y logró preparar las condiciones para quitar a esa misma asamblea cualquier peligrosidad revolucionaria.¹²⁹

De cualquiera manera el problema siguió abierto en las semanas que siguieron al 10 de noviembre, y naturalmente la toma de posición de la Luxemburgo fue clara y en favor del poder para la clase obrera y contra la Asamblea Constituyente.¹³⁰ Pero, dadas las ideas de Rosa Luxemburgo sobre la toma del poder y sobre la dictadura del proletariado, no podía imaginar la toma del poder como

¹²⁹ Acerca del conflicto de poderes en este período en Alemania cfr. la reconstrucción de H. E. Friedlander, *Conflict of revolutionary authority: Provisional Government vs. Berlin Soviet*, November-December, 1918, en *International Review of Social History*, 1962, 2 pp. 163-176.

¹³⁰ Cfr. en particular los artículos *Die Nationalversammlung y Nationalversammlung oder Räteregierung*, en *Rote Fahne*, respectivamente del 20 de noviembre y del 17 de diciembre de 1918, hoy en *ARS*, II; respectivamente, pp. 603 y 640. Su tesis fundamental era que la asamblea nacional hubiera representado un reforzamiento del poder burgués, mientras la necesidad de una revolución socialista exigía que el poder estuviera en las manos de los trabajadores al través de órganos que fueran expresiones de su clase.

un simple *putsch*: en su concepción debía ser la mayoría, e incluso posiblemente la gran mayoría de la clase obrera la que conquistara el poder.¹³¹ Por lo que el problema de la conquista del poder por parte del proletariado se entrelazaba con el otro de la necesidad de ganar para una voluntad revolucionaria a la mayoría de los trabajadores, es decir la necesidad de que los espartaquistas se convirtieran en guía efectiva del proletariado. Pero a pesar de la gran popularidad que gozaban los líderes de la Liga Espartaco por su corajudo comportamiento contra la guerra, esta perspectiva estaba muy lejos de realizarse: un liderazgo dentro de un proletariado que tiene una larga tradición de organización no se obtiene sin la adhesión de una vasta capa de cuadros intermedios que son los que de hecho movilizan y guían a las masas. Y los cuadros intermedios se habían quedado ligados a la organización de Partido: en Berlín, en su mayoría al Partido Independiente y a su ala izquierda representada por los «*revolutionäre Obleute*», en el resto de Alemania, salvo alguna ciudad, sobre todo al viejo Partido. Y así el problema del liderazgo por conquistar en el seno de la clase obrera se transformaba en el problema de la colocación de los espartaquistas: ¿tendencia autónoma en el interior del Partido Independiente o partido separado?

Rosa Luxemburgo y Leo Jogisches propugnaban más bien la primera solución: Rosa desconfiaba del extremismo revolucionario separado de las masas, temía los golpes de mano y las aventuras; creía en cambio en la capacidad de las masas para educarse al través de la lucha y

¹³¹ (*Was will der Spartakusbund*, p. 6). La concepción democrática de la Luxemburgo no debe confundirse con una concepción de democracia formal en el sentido de que se debería tener primero una mayoría y después pasar a la acción; al contrario. La Luxemburgo estaba convencida de las virtudes formadoras de la acción y por tanto la mayoría surgiría de la misma lucha revolucionaria: por ello la toma del poder sería el punto terminal de un proceso cuyo primer paso era la lucha revolucionaria de una minoría y el segundo la formación de una mayoría al través de la lucha.

quería seguir estando en contacto permanente con ellas durante el desarrollo de la lucha misma.

La oposición de la Luxemburgo a la escisión ha sido criticada a menudo como una de las causas del fracaso de la revolución alemana. Y ciertamente la falta de un partido revolucionario, creado desde hacía tiempo y ya organizado con cuadros propios, pesó negativamente en el desarrollo de la situación. Sin embargo el problema es menos simple de como generalmente es presentado. En efecto en las condiciones de la Socialdemocracia Alemana, partido único de la clase obrera, que tenía más de medio siglo de vida y un prestigio inmenso entre las masas (Marx y Engels lo habían considerado su Partido y había sido dirigido hasta 1913 por el líder más prestigiado de Europa, Augusto Bebel, a quien el mismo Lenin había rendido homenaje), una escisión era extremadamente difícil y podía significar la ruptura de todo contacto con las masas. Por tanto los espartaquistas, que mantenían divergencias con el Partido desde 1914, habían esperado de hecho el momento propio para escindirse, cuando apareció una profunda ruptura encabezada por uno de los dos presidente del partido, Hugo Haase, y por quien era considerado el máximo teórico del marxismo, Karl Kautsky, lo que dio origen al Partido Socialdemócrata Independiente. Una escisión posterior de este partido, que era mayoritario entre los obreros berlineses (pero no en el resto de Alemania donde la masa había seguido fiel en general a la socialdemocracia de Ebert y de Scheidemann), corría el riesgo de hacer el vacío alrededor del grupo espartaquista, precisamente en el momento en que era más necesario poder hablar a las masas para guiarlas en la lucha e influir sobre la formación de su conciencia revolucionaria. Y de nada hubiera servido conservar la pureza de los principios si estos estaban destinados a no encarnarse en la acción.

El grupo de los revolucionarios de Bremen, por su parte, no se había adherido al Partido de los independientes; no obstante ello, no había logrado constituir uno por

cuenta propia, y probablemente lo mismo hubiera pasado a los espartaquistas si no hubieran permanecido en el Partido Independiente, en medio de cuyos seguidores pudieron trabajar hasta el final de la guerra. Mientras seguía viva una esperanza de poder arrastrar al Partido Independiente, o por lo menos a su izquierda obrera, a la lucha revolucionaria, la Luxemburgo y Jogisches consideraban un error el separarse porque ello había significado posponer un largo plazo toda posibilidad revolucionaria, tanto más que la organización del grupo espartaquista, cuyos principales dirigentes habían estado en la cárcel durante la guerra, era todavía prácticamente inexistente. No es posible establecer ningún parangón con la situación rusa, donde la escisión se verificó principalmente al nivel de dirigentes en el exilio, y donde muchos años de calma relativa habían permitido llevar adelante el trabajo organizativo, incluso clandestino.

Sin embargo, las impaciencias de los espartaquistas jóvenes por un lado, y por el otro, la permanencia del Partido Independiente en el gobierno de coalición con la socialdemocracia mayoritaria, hicieron prevalecer en diciembre la idea de la escisión y de la fundación de un nuevo partido, que fue el Partido Comunista. Pero antes aún de que fuera oficialmente constituido en el Congreso celebrado en Berlín del 30 de diciembre al 10 de enero, se manifestaron disentimientos acerca de la estrategia. Rosa Luxemburgo, convencida, como ya hemos dicho, de que por un lado la educación revolucionaria de las grandes masas sólo se puede proporcionar en el curso de una lucha revolucionaria y que, en la medida en que se forma esta educación la clase obrera reacciona intensificando la lucha y atrayendo a ella nuevos estratos de trabajadores, rechazaba cualquier proyecto de revolución hecho en el escritorio o decidido por los dirigentes, y advertía que habría sido necesario un largo período para que el proceso revolucionario comenzado pudiera alcanzar su punto culminante, la toma del poder.

Por tanto, ella no se cansaba de repetir que el tiempo

del socialismo estaba ya maduro, que el proletariado debía oponerse a la conservación del orden burgués y asumir por sí mismo el poder con los Consejos de los Obreros y de los Soldados para instaurar la dictadura del proletariado, pero advertía también que “[...] sólo gracias a una constante, viva, recíproca acción de las masas y de sus órganos —los Consejos de los Representantes de los Obreros y Soldados— se puede impregnar el Estado de espíritu socialista”.¹³² Y agregaba que la lucha no sería fácil, que duraría largo tiempo y ocasionaría muchas víctimas.

“La clase capitalista imperialista, como último renuevo de la clase de los explotadores, supera la brutalidad, el cinismo abierto y la bajeza de todos sus predecesores. Ella defenderá su *sancta sanctorum*, su ganancia y su privilegio de la explotación con las uñas y con los dientes, con esos métodos de fría crueldad que ha manifestado en toda la historia de la política colonial y en la última guerra mundial. Ella moverá cielo e infierno contra el proletariado. Movilizará a los campesinos contra las ciudades, azuzará los estratos atrasados de los trabajadores contra la vanguardia socialista, provocará estragos entre los oficiales”.¹³³ Y de estos estragos sentía una amenaza que pendía sobre sí; sabía que después de Liebknecht nadie era más odiado que ella por las fuerzas de la reacción y en primer lugar por los socialdemócratas en el gobierno. Al mandar el 18 de noviembre sus condolencias a los amigos Geck, que habían perdido el hijo en los últimos días de guerra, Rosa Luxemburgo escribe: “Todos nosotros estamos sujetos a la suerte ciega, y me conforta solamente el pensamiento de que quizás también yo pronto seré mandada al más allá, quizás por una bala de la contrarrevolución que está al acecho por todos lados”.¹³⁴ Eran palabras proféticas.

Pero no todos sus compañeros pensaban de la misma

¹³² *Ibidem*, pp. 7-8.

¹³³ *Briefe an Freunde*, cit., p. 173.

¹³⁴ W. Pieck, *The Founding of the Communist Party in Germany* en *International Press Correspondence*, IX, (1929), n. 1.

manera, y una primera confrontación se verificó inmediatamente acerca del tema de la participación del nuevo Partido en las elecciones para la Asamblea Nacional. Rosa Luxemburgo había sido de los primeros en tomar posición contra la elección de una constituyente, pero después de que el mismo Congreso de los Consejos de Obreros y Soldados había aceptado la tesis gubernamental en favor de la constituyente no había más argumento para evitar las elecciones, y ella se pronunció claramente en favor de la participación, convencida de que la lucha electoral ofrecería una ocasión más para aclarar a las masas trabajadoras la posición del nuevo Partido y de hacer obra de proselitismo, esperando también que la tribuna de la asamblea se convertiría después en una óptima tribuna de propaganda. Era la tesis que en el pasado habían defendido Marx y Lenin contra el extremismo abstencionista, y era la tesis que encuadraba perfectamente en la estrategia a largo plazo de la Luxemburgo, para la cual la lucha electoral era sólo un momento del proceso de maduración revolucionaria.

Pero en el seno del nuevo partido todavía no existía suficiente madurez política y la mayoría de los delegados al Congreso se alineó contra la proposición del comité central, sostenida por la Luxemburgo y por Jogisches: los votos fueron 62 por la abstención y solamente 15 por la participación. Rosa hizo notar a los delegados que no se podía hacer un parangón con la situación rusa y con la disolución de la constituyente decretada por el gobierno soviético precisamente porque en Rusia había ya un gobierno comunista mientras que en Alemania estaba todavía el gobierno Ebert-Scheidemann. Pero los delegados estaban convencidos de que «ese no era tiempo para elecciones, y que la lucha contra la Asamblea nacional debía ser llevada adelante por medio de huelgas de masa y ametralladoras»¹³⁵ Posición que, como se ha visto después, tenía en sí las más graves implicaciones.

¹³⁵ *Op. cit.*, p. 339.

Algunos autores han puesto de relieve que hay una contradicción entre el tono fogoso de los artículos de la Luxemburgo y el sentido de mesura de sus tomas de posición en el seno del grupo dirigente, pero se trata de dos planos diversos de acción, que correspondían a su estrategia. Por un lado, hablando hacia el exterior, era necesario intentar continuamente la elevación del grado de combatividad de las masas contra el gobierno socialdemócrata, el cual se había convertido en el instrumento de todas las fuerzas capitalistas, militaristas y reaccionarias, mientras que en el interior del grupo dirigente, que debería guiar precisamente la acción de las masas, era necesario tomar nota de la realidad de la situación, de las relaciones efectivas de fuerza y de la necesidad de regular la acción sobre las posibilidades.

Ahora bien, en aquel momento, no obstante su confianza en las masas y sus valoraciones optimistas, ella sabía que no existía ninguna posibilidad de batir al gobierno sobre el terreno de la fuerza y estaba en contra de toda revuelta prematura, tanto más que, fuera de Berlín, el gobierno mantenía sólidamente las posiciones y la revuelta no hubiera tenido base alguna. Cuando el gobierno socialdemócrata procedió a la destitución del jefe de la policía berlines Eichorn, que pertenecía a la socialdemocracia independiente, y los obreros de Berlín respondieron a la provocación con una imponente manifestación de masas, la Luxemburgo y Jogisches se pronunciaron netamente contra todo proyecto de llevar la lucha al terreno de la violencia y de la revuelta. Y no obstante que este punto de vista fuera compartido por la dirección del Partido, Karl Liebknecht y Wilhelm Pieck, en una reunión tenida con los representantes de los obreros de las fábricas (los llamados «*revolutionäre Obleute*») y con los dirigentes berlineses del Partido Independiente, aceptaron la proposición de pasar a la acción y se adhirieron en la constitución de un comité revolucionario, a cuya cabeza fueron puestos Georg Ledebour, Karl Liebknecht y Paul Scholse. Cuenta Frölich, que vivió esas experiencias, que cuando

la Luxemburgo fue informada de la actitud de Liebknecht, que había actuado por su cuenta, tuvo con él una violenta discusión y lo acusó de pisotear el mismo programa del Partido que el Congreso había aprobado cinco días antes.

Pero ya los dados habían sido echados, las masas estaban comprometidas, la «ciega suerte» había decidido. No obstante su oposición a la insurrección, a cuya realización habían probablemente contribuido también agentes provocadores, ella no quiso por ninguna razón desertar de su puerto: los comunistas, había escrito Marx, están en medio a las masas y las ayudan a comprender «por lo que verda- puesto: los comunistas, había escrito Marx, están en medio de las masas también, para reforzar el proceso de maduración,¹³⁶ incluso después de que el ministro socialdemócrata Noske llamó a Berlín tropas imperiales para organizar la represión y de que la incitación al asesinato de los jefes espartaquistas fue difundido públicamente, incluso en las columnas del *Vorwärts*, y pegado en las paredes. El historiador Rosenberg habla a este propósito de un residuo de decoro pequeñoburgués en la Luxemburgo,¹³⁷ pero a

¹³⁶ Clara Zetkin expone en su libro *Um Rosa Luxemburgo Stellung sur russis chen Revolution* (Verlag der Lommunistischen Internationale, 1922, pp. 83 y siguientes) la difícil posición de Rosa Luxemburgo y de Leo Jogiches contrarios a la insurrección y a sus consignas, y por ello constreñido entre el deber de expresar claramente su propio pensamiento y el otro deber de no abandonar a las masas empeñadas en la lucha, entre una posición negativo-crítica y una posición positiva y de impulso hacia adelante.

¹³⁷ «Liebknecht y Rosa Luxemburgo hubieron podido alejarse a tiempo y sin dificultades de Berlín, y ponerse a salvo en el *Reich*, pero por un errado concepto del honor, no quisieron «huir» y se quedaron en Berlín, si bien todo el odio de la burguesía y de los oficiales se concentró sobre los dos «principales azuzadores» espartaquistas. Los grandes revolucionarios del pasado supieron siempre lo que significaba su persona para el movimiento y no dudaron en abandonar la patria cuando el interés de la causa lo exigía. Marx y Engels se fueron en 1849 a Inglaterra sin ningún escrúpulo de conciencia y no pensaron para nada en presentarse delante del tribunal de la contrarrevolución

nosotros nos parece más válida la tesis de la Zetkin y de Lukács que habla de la unidad teórico-práctica que estuvo en ella viva hasta el final y le impidió separarse de las masas cuya actuación compartía pero que con mayor razón debía contribuir a desarrollar la conciencia.¹³⁸ El 15 de enero de 1919 Rosa Luxemburgo y Carlos Liebknecht fueron arrestados por los oficiales de caballería y asesinados antes de ser conducidos a prisión. El cuerpo de Rosa fue echado en un canal, donde fue encontrado tan sólo algunos meses después. “Carlos y Rosa cumplieron su último deber revolucionario [...]”, escribía Leo Jogisches a Lenin

alemana. En el verano de 1917, Lenin abandonó Petersburgo para huir a las persecuciones del gobierno de Kerenski y esconderse en la ilegalidad en Finlandia, regresó sólo cuando pudo reaparecer en Petersburgo sin peligro. Rosa Luxemburgo era una mujer genial y la mejor mente del movimiento obrero alemán, pero tenía todavía algunos residuos de «decoro» pequeñoburgués. Así se explican su obediencia frente a la mayoría de Partido, su colaboración a la insensata acción de enero, en la cual quiso todavía mantenerse fiel a la organización y en fin, su rechazo a huir que pagó con la vida” (*A Rosenberg Storiadella repubblica tedesca*, Roma, 1945, pp. 74-75). Para Max Adler, “[...] cometió este error, concientemente, y se echó corajudamente hasta la muerte por la brecha que el socialpatriotismo y el cansancio revolucionario habían abierto en el espíritu del socialismo, buscando llenarla con toda la dedicación salvaje, pero lista también al sacrificio de una voluntad combativa y revolucionaria” *M. Adler, Karl Liebknecht und Rosa Luxemburg en Der Kampf*, febrero de 1919).

¹³⁸ “Es la marca de la unidad de la teoría y de la praxis en la obra de su vida lo que muestra que esta unidad de victoria y derrota, de destino individual y de proceso global lo que constituyó el hilo conductor de su teoría y de su conducta de vida [...] el que ella haya permanecido con las masas durante la insurrección de enero de la que teóricamente ya desde hacía años y tácticamente en el momento de la acción había claramente previsto la derrota, y el que haya compartido su suerte, es precisamente una consecuencia tanto más lógica de la unidad de teoría y praxis en su acción, de cuanto lo es odio mortal que justificadamente le dedicaron sus asesinos, los oportunistas socialdemócratas” (*G. Lukács, Geschichte und Lassehewusstein, cit.*, p. 56).

apenas fue confirmada la noticia de la muerte:¹³⁹ pocas semanas después también Jogisches, arrestado, sufría la misma suerte.

No se debería concluir un análisis del pensamiento de Rosa Luxemburgo sin hacer mención de su personalidad, de esa excepcional personalidad de la que se escribió que reunía en sí “[...] la alegría del niño más alegre, la ternura de la mujer más tierna, la seriedad y la fuerza intelectual.”¹⁴⁰ Apenas fue confirmada la noticia de la muerte:¹⁴⁰ pocas otra ocasión para hacerlo.

Queremos todavía agregar sólo unas palabras para un juicio concluyente sobre la contribución de Rosa Luxemburgo al pensamiento marxista. Durante demasiados años, salvo en algunos casos aislados, sus escritos han sido usados sólo instrumentalmente en las polémicas del movimiento obrero según dos enfoques característicos. Por la parte socialdemócrata han sido utilizados sólo poquísimos escritos, generalmente dos (*Problemas de organización y La Revolución Rusa*) para hacerla aparecer como adversaria de Lenin y de los bolcheviques, fustigadora de la dictadura del proletariado y defensora decidida de la democracia, naturalmente burguesa. Esperamos por nuestra parte haber logrado aclarar que Rosa Luxemburgo fue una implacable adversaria precisamente de la socialdemocracia (en el sentido actual de la palabra), es decir de toda política socialista que se integre a la democracia y a la sociedad burguesa y no conforme todos sus actos al objetivo preciso de derrumbar la sociedad capitalista y realizar la conquista del poder por parte de los trabajadores.¹⁴¹ Por lo que toca

¹³⁹ El texto es mencionado en *C. Zetkin, op. cit.*, p. 83. Un texto ligeramente diferente es mencionado por *G. Zinoviev* en *Leo Tyszka* (Jogisches) en *Die Kommunistische Internationale*, 1919, n. 5.

¹⁴⁰ *H. Roland Holst, op. cit.*, p. 88.

¹⁴¹ Max Adler en artículo *cit.*, dice que Rosa Luxemburgo combatió su batalla suprema contra “[...] la mentalidad ignorante y la voluntad indolente en las que el socialismo mayoritario tenía a sus masas; ese miserable contentarse con los aconteci-

al Partido Comunista, se ha partido en general del presupuesto de que Lenin nunca se equivocó, que siempre tuvo razón, que por tanto Rosa Luxemburgo, por definición, estaba equivocada en todas sus polémicas con Lenin, y sus méritos consisten en haberse acercado poco a poco a la verdad leninista. Ahora bien nosotros estamos firmemente convencidos de que Lenin ha sido sobre todo un grandísimo, difícilmente igualado jefe revolucionario, que supo descubrir y utilizar todas las posibilidades estratégicas y tácticas para conducir al proletariado ruso a la victoria. Pero en esto estriba también su límite teórico, porque demasiado a menudo fue llevado por la necesidad de la polémica contingente a presentar como verdades absolutas, como modelos, opciones tácticas perfectamente válidas pero históricamente muy condicionadas. Por ello quien lea a Lenin sin colocarlo en la realidad histórica en la que actuaba se arriesga a cometer formidables equivocaciones. Ahora bien, Lenin actuaba en la realidad rusa de su tiempo y Rosa Luxemburgo en la alemana y en la polaca: muchas de sus contradicciones se derivan precisamente de esta situación. Sobre algunas de ellas ya nos hemos pronunciado; de otras nos ocuparemos en otra oportunidad. Aquí nos urge solamente poner de relieve que incluso los límites de Rosa Luxemburgo están ligados a sus cualidades positivas y son esencial-

mientos cotidianos, ese dedicarse a ganar influencia en el Estado, sin ideales, sin cambiar con ello algo del sistema de la dominación de clase; toda esta meteorología política que se indica ahí donde sopla el viento, en resumen [...] esta mortificación del espíritu revolucionario de la lucha de clase, constreñido en el pantano de los modos burgueses de sentir y de entender, esta mortificación con su incomodidad y su desolación". En constante en sus escritos la denuncia de los partidos socialistas como responsables de las derrotas del proletariado y de los mismos errores de los bolcheviques: ver también la frase que hemos puesto de epígrafe a este último capítulo sacada de un manuscrito suyo de la cárcel, publicado muchos años después de su muerte (cfr. F. Weil, *Rosa Luxemburg Über russische Revolution-Einige unveröffentlichte Manuskripte* en *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, 1928, pp. 285 y ss.)

mente dos. Por un lado su apasionado sentido de humanidad, su profunda ligazón con todos los seres, su aspiración a la bondad como la veta más alta del espíritu, el mismo odio hacia la sociedad clasista, creación de la historia, le daban una carga de optimismos y de confianza casi roussoniana en la naturaleza humana, lo cual tal vez pesaba sobre sus mismas valoraciones políticas. Por el otro lado, la agudeza de su ingenio y sus análisis fuertemente penetrantes, que la habían hecho descubrir los mecanismos más escondidos de la sociedad capitalista y en particular del imperialismo, aun enmascarados bajo diversos vendajes, le daban una cierta tendencia —no extraña ni siquiera al mismo Marx— a sobrevalorar el efectivo comportamiento de las leyes del desarrollo capitalista en el sentido de apresurar sus ritmos, gracias a su propia amplitud de miras, y de valorar en menos por tanto los aspectos no capitalistas de la sociedad, cuya futura desaparición anticipaba: de ahí también la insuficiente atención dada al problema de los campesinos.¹⁴²

Kautsky, al cerrar su esbozo biográfico de Rosa Luxemburgo, escribe: “Rosa Luxemburgo y sus amigos tendrán siempre un puesto de gran relieve en la historia del socialismo; de esta historia ellos personificaron una época, la cual ha llegado al final.”¹⁴³ Nosotros somos de la opinión completamente contraria, en el sentido de que juzgamos que sólo ahora, con el fracaso de la socialdemocracia y con la crisis del dogmatismo, se abre verdaderamente el período histórico en el que el método y el pensamiento de Rosa Luxemburgo pueden y deben convertirse en una guía in-

¹⁴² La actitud luxemburguiana hacia el problema de los campesinos merecería un tratado especial que no podemos hacer en esta nota. En sustancia se puede decir que ella vio claramente el carácter contradictorio de una fuerza que puede ser al mismo tiempo revolucionaria contra la sociedad actual y también conservadora y reaccionaria, pero en la práctica se ocupó muy poco de ella sintiéndose más atraída por la agitación entre las masas obreras.

¹⁴³ K. Kautsky, *Eine Skizze*, cit., p. 20.

telectual del movimiento obrero, porque hoy más que nunca es necesaria la síntesis luxemburguiana de lucha cotidiana y de objetivo final, para combatir tanto el oportunismo como el revisionismo, que han llevado a la mayoría del proletariado occidental a una capitulación y al extremismo pseudo-marxista que ignora las mediaciones necesarias y quiere «rápida y absoluta» la revolución total. Junto con Lenin, con el que combatió tantas batallas, Rosa Luxemburgo debe volver a ser conocida y apreciada porque “[...] ha sido siempre portavoz insuperada, maestra y dirigente inolvidable del marxismo revolucionario”.¹⁴⁴

¹⁴⁴ Georg Lukács, *op. cit.*, p. 281.

Este libro se terminó de imprimir el día 28 de julio de 1977, en los talleres de la Editorial Libros de México, S. A., Av. Coyoacán 1035, México 12, D. F. Su tiro consta de 4 000 ejemplares.

La figura de Rosa Luxemburgo como descollante protagonista de las luchas revolucionarias alemana y polaca en las turbulentas décadas que precedieron a las insurrecciones de 1917 a 1919 es suficientemente conocida. Sin embargo su contribución a la teoría y la práctica de la revolución socialista permanece insuficientemente divulgada. En este libro Lelio Basso, destacado investigador y dirigente del Partido Socialista Italiano, inicia la labor de salvar ese vacío y al través de los trabajos y las palabras luxemburguianas, extensamente citadas, nos revela a una mujer de una extraordinaria integridad política, brillante intelecto y, sobre todo, heroica. Basso se ha concentrado en aquellas secciones de su obra más directamente concernientes a la problemática actual: su posición ante el imperialismo y sobre la estrategia y las tácticas revolucionarias, así como la relación entre el Partido y las masas y la interacción del movimiento socialista con los movimientos de liberación nacional. El tratamiento de tal temática ha determinado la inclusión de esta obra en la colección La Lucha por el Poder.

Biblioteca "Mtro. Jesús Silva Herzog

HX273.L88 B3712



ROSA LUXEMBURGO

Lelio Basso



EDITORIAL NUESTRO TIEMPO